

MAYO 2023

REVISTA PULPORA MA

TERROR
RURAL

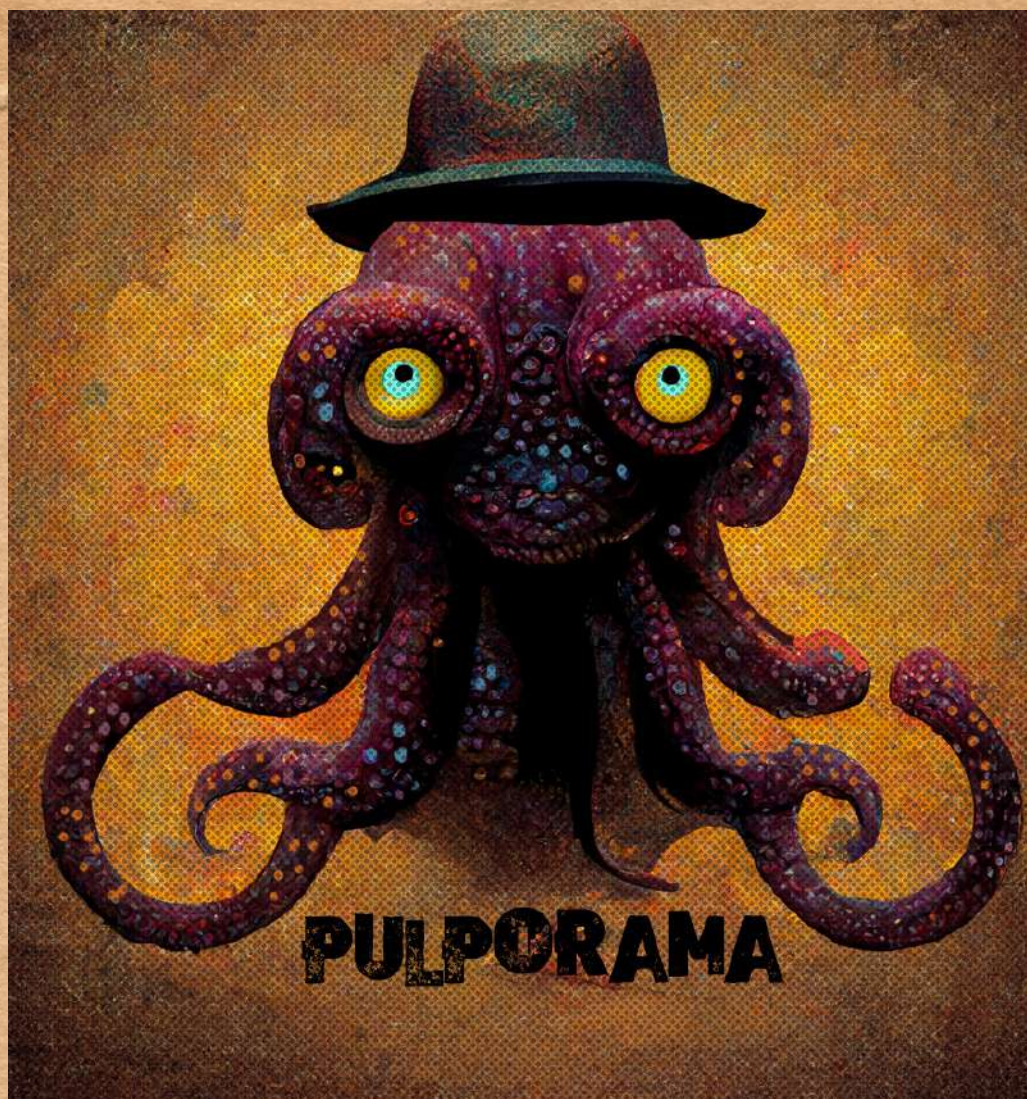
RELATOS
POEMAS
FOTOGRAFÍAS
CÓMICS
ARTÍCULOS

NÚMERO
3



JESÚS DURÁN, LIBERTAD GARCÍA-VILLADA, VIRGINIA DELGADO, J.D. MARTÍN, CARLOS RUIZ, RUBI GIRÁLDEZ GONZÁLEZ,
IOSEBA VILAS, JOSÉ GONZÁLEZ, CARLOS PELLÍN SÁNCHEZ, TEDDY CASTILLO, ALAN MARTÍN, JAVIER LOBO, JORGE ELOY,
ELENA ROMERO, J.F. SANMARTÍN, IGNACIO J. BORRAZ, ROSA N. MORILLO, LORENA ESCOBAR, ROMÁN SANZ MOUTA,
DANIEL BADOSA, SANTIAGO APARICIO, YOLANDA FERNÁNDEZ BENITO, PENÉLOPE FERNÁNDEZ, JOSÉ LUIS ALONSO,
ESTIBALIZ BURGALETA, VIRGINIA ORIVE DE LA ROSA, LAURA GÓMEZ, SHEILA FERNÁNDEZ,
ROCÍO STEVENSON MUÑOZ, LUCYNA ADAMCZYK





© 2023. Todos los derechos reservados

© de la presente edición y maquetación: Lucyna Adamczyk y Rocío Stevenson Muñoz

© de los textos e imágenes, los autores, 2023

Todos los derechos de los textos e ilustraciones pertenecen a sus respectivos autores. No está permitida la reproducción total o parcial de esta revista, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros, sin el permiso previo y por escrito de sus respectivos autores.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

NO TOMES EL SENDERO OSCURO QUE LLEVA AL CAMPO.....	3
Editorial de Rocío Stevenson Muñoz	
LA CAPILLITA DEL PANTANO.....	5
Relato de Sheila Fernández	
MI FAMILIA LLEVA AQUÍ MUCHO, MUCHO TIEMPO.....	21
Relato de Elena Romero	
YAYAJUANA.....	27
Relato de Yolanda Fernández Benito	
RITUAL y GUARDIAN DEL BOSQUE.....	40
Fotografías de Libertad García-Villada y Jesús Durán	
DESDE ABAJO, DESDE ARRIBA, NOS DEVORA.....	45
Relato de Román Sanz Mouta y Lorena Escobar	
LES GUSTA EL FUEGO.....	62
Relato de J.F. Sanmartín	
ASÍ EN LA ALDEA COMO EN EL CIELO.....	79
Relato de Penélope Fernández	
KITSUNE.....	88
Poema de Alan Martín Jerónimo	
TEMED AL BOSQUE.....	91
Artículo de J.D. Martín	
INTO THE WOODS.....	97
Ilustración de Ioseba Vilas	
LA PIEL.....	99
Relato de Javier Lobo	
ESPERANDO EL PLENILUNIO.....	102
Ilustración de Ioseba Vilas	
COMO SI UN VIENTO RECIO SOPLASE EN EL PORCHE.....	104
Relato de Ignacio J. Borraz	
UNA NOCHE EN UN LAGO.....	112
Cómic de Jose González	
LA ACABADORA.....	117
Relato de Isabel Pedrero	
MAPA Y GEOGRAFÍA DE LOS INFIERNOS.....	124
Artículo de Carlos Ruiz	
LA TRAVESÍA TENEBROSA, S.A.....	131
Relato de José Luis Alonso y Santiago Aparicio	
THATLIGHT.....	144
Fotografía de Virginia Delgado	
TRAZOS SIN IMPORTANCIA.....	146
Prosa poética de Teddy Castillo	
IDEAL PAREJAS.....	149
Relato de Estibaliz Burgaleta	
EL SACAMANTECAS.....	165
Relato de Virginia Orive de la Rosa	
MASCOTA.....	176
Ilustración de Ioseba Vilas	
DIENTES.....	180
Relato de Laura Gómez	
NO SE PUEDE ENCONTRAR AL QUE NO DESEA SER ENCONTRADO.....	193
Relato de Daniel Badosa Moriyama	
UFOMAQUIA.....	207
Poema de Carlos Pellín Sánchez	
QUIETUD.....	210
Cómic de Jesús Durán	
TODO TIENE SU MOMENTO.....	213
Relato de Rosa N. Morillo	
O CORPO ABERTO.....	228
Artículo de Rubi Giráldez González	
NO PISÉIS LA HIERBA.....	232
Relato de Jorge Eloy	

NO TOMES EL SENDERO OSCURO QUE LLEVA AL CAMPO

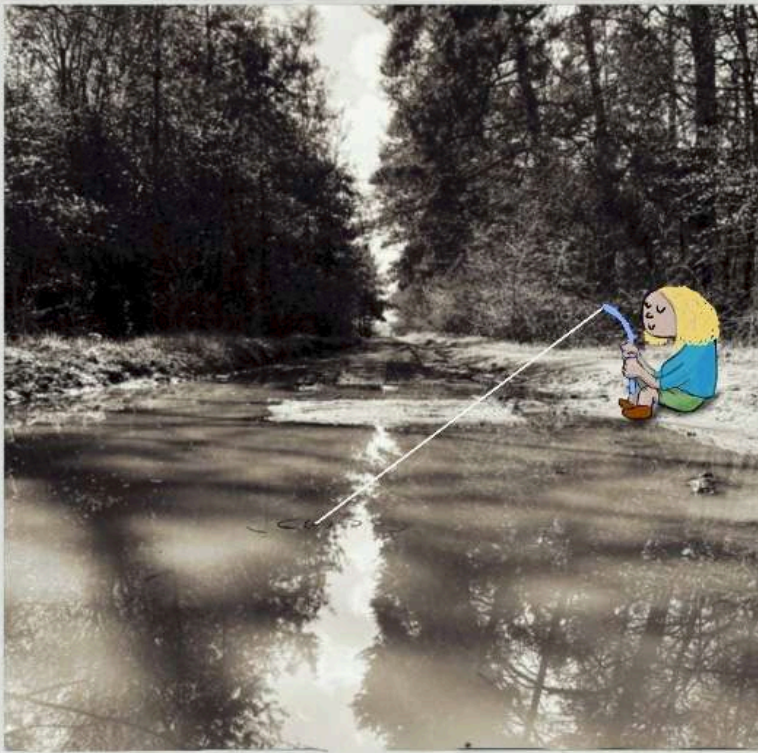
Te alejas de la ciudad. Tus pasos te llevan a campo abierto, donde te recibe el golpe de un viento que cabalga indómito, como un corcel salvaje. Avanzas junto a tierras de cultivo, de vez en cuando punteadas por la presencia errónea de alguna casa, el vagar de un río estrecho o el abrazo de un bosque impenetrable. A la luz del sol todo brilla, el dorado del trigo y los maizales te deslumbran, el agua canta en los meandros del río con un alborozo cristalino y los árboles se llenan con el trino de un sinfín de aves. Al llegar la noche, sin embargo, la belleza del paisaje rural toma un cariz siniestro. Los campos de trigo, de maíz o de cebada se siembran de susurros. Algo parece ocultarse entre las espigas ya crecidas, algo palpita en las alpacas ya segadas y prensadas. El río repta cargado de lamentos y a veces arrastra con el agua un recuerdo de sangre, lágrimas e historias olvidadas. El bosque esconde los rescoldos del crimen más reciente perpetrado entre sus sombras, los cánticos de un ritual pagano celebrado en una noche sin luna, los gemidos agónicos del último aquelarre. No sabes a dónde dirigirte. Todo a tu alrededor —los campos, el río, el bosque—, supura peligro. A una casa, piensas. Allí estarás seguro. Enfilas tus pasos hacia una masía cuyos muros parecen

haber sido testigo de los orígenes del mundo. Antigua y cuajada de musgo, la piedra de sus paredes parece respirar, se agita y con un resuello te habla de los horrores que se esconden en sus entrañas, bajo sus cimientos.

Te aovillas en el suelo, en la quietud de un sendero estrecho apenas transitado. Evitas los campos de cultivo, el bosque, el río y las casas. Solo esperas que, cuando llegue la mañana, te encuentre ahí, todavía vivo. A salvo.

Lector, estás a punto de tomar el sendero oscuro que lleva al campo. No esperes encontrar resguardo entre las páginas que siguen. Tan solo deseamos que la luz del nuevo día te encuentre todavía aquí, a salvo. Vivo.





Sheila Fernández

Sheila Fernández Martín nació en 1994 y creció (aunque no mucho) en Vallecas.

Desde pequeña, andaba fascinada por los monstruitos, los fantasmas y las brujas, así que naturalmente se hizo escritora y profesora.

Tiene relatos publicados en la antología *Orgullo zombi 2* y en *Borrador 284*, un blog en el que también divaga sobre escritura y estructura narrativa.

Puedes encontrarla en twitter (@sheyncognito), en substack (<https://borrador284.substack.com/>) o cerca del estadio del Rayo Vallecano.

LA CAPILLITA DEL PANTANO

Nunca estuvo prohibida. Técnicamente.

A la capilla del pantano ningún cura nos negaría la entrada, por si encontrábamos a Dios entre el lodo y los mosquitos y la peste marrón en la que se hundía el edificio. No había vallas, ni tablones en la puerta, nada que nos impidiera el paso. Y para nosotros tenía su encanto: estaba vacía, era secreta, era nuestra. A mediados de aquel julio, hundirnos en el fango hasta las rodillas para colarnos en la capillita parecía lo más emocionante que nos pasaría en la vida.

Sí que desaconsejaban acercarse, claro. Por seguridad.

El padre Damián nos lo contó en el bus, de camino al campamento, en cuanto vimos el campanario de la capillita despuntar entre los sauces: torcido y marrón. Hacía muchísimo sol, siempre hacía mucho sol aquel verano, y los mosquitos empañaban las ventanillas del bus. Los cristales ardían tanto que te sacaban ampollas en la piel si los tocabas. Estábamos todos medio mareados y el sermón del padre Damián no lo mejoraba.

Hacía siglos, explicó, el terreno no



era tan inestable, y los lugareños construyeron una iglesia pequeña para honrar un pequeño milagro. Era cosa reciente que el suelo se hubiera reblandecido, las corrientes cedieran y la superficie se inundara, embarrándose y tragándose los cimientos de la capillita.

Yo miré la aguja del campanario que se clavaba en el cielo tan azul mientras él hablaba. Había fotos de la capilla en el panfleto que mamá colgó en la nevera aquel abril, convencida de que el campamento sería mi salvación. Sus muros eran amargos, el musgo manchaba las vidrieras y las caras sucias de sus querubines sonriendo en el tríptico ya me habían dado pesadillas antes de venir.



Pablo y yo nos sentamos juntos durante aquel viaje en autobús, entre girasoles marchitos y secarrales de trigo. Así nos conocimos. Cuando el padre Damián recitó nuestros espacios de culto, él resopló una risita. Y decidí que me gustaba. Pablo tenía los ojos saltones, verdes como el pantano, como el polo del uniforme que llevábamos en el campamento, y las mejillas cocidas por el sol. Los dos estábamos sudando, pero todo eso me dio igual; me gustó su sonrisa: fresca en mitad del bochorno, obscena entre tanto sacramento.

El sol de julio estirajaba las patas de los mosquitos y le tatuaban a Pablo rayas en la cara y en el cuello y en los brazos; puso los ojos en blanco mientras el padre Damián nos daba opciones: un altar detrás del comedor, la iglesia grande para las misas matinales y una ermita que fue una bodega antes de que reformaran el campamento para salvarnos del infierno, oscura y solitaria bajo tierra.

Fui yo el que se rio entonces, y supongo que Pablo decidió que yo le gustaba también.

Desde entonces, hicimos juntos todo lo que dos chicos pueden hacer juntos en un campamento de verano católico. Y casi todo lo que no se podía hacer, también.

A la capilla del pantano la llamaban sólo «la capillita», porque era pequeña. Vieja y de piedra. Marrón. Sosa, salvo porque la ciénaga se la tragaba.

Se veía desde todo el campamento, aunque de eso me di cuenta después.

Cuando recuerdo aquel verano, el barro y el sudor y el repelente de mosquitos se me quedan entre los dientes, y en la cabeza, el campanario torcido.

Todo el campamento parecía construido alrededor de la capillita: las cabañas de los chicos, los campos de fútbol, las pistas para correr. Todo. Tras ella, había un embarcadero muy pequeño que se adentraba en el pantano, pero eso sí que estaba prohibido. La madera podrida de humedad casi no se sostenía y, de todas formas, ninguno hubiéramos querido nadar ahí.

Parecía un nido de caimanes mutantes.

O de algo peor.

El campamento estaba plagado de ranas. Se las oía cantar día y noche, y varias cigüeñas habían anidado sobre nuestros dormitorios y en el campanario de la iglesia grande, pero en la capillita no. Ningún pájaro la sobrevolaba jamás, eso me lo dijo Pablo. Aunque fue mucho más tarde.

Los únicos animales que zumbaban cerca de ella eran bichos. Mosquitos, moscas, tábanos, avispas... Lo que quisieras. Todos los bichos del mundo, todos a la vez.

Yo la odiaba. Al principio, la odiaba.

Despertarse y verla, tan mugrienta y fea y sepulcral, era deprimente. Antes de desayunar, de nuestra

hora de ejercicio, de ir a rezar, veíamos la capillita del pantano, hundiéndose.

Y yo evitaba mirarla cuanto podía; pero Pablo no. Incluso antes de que empezáramos a colarnos en ella, solía inclinar la cabeza hacia el edificio, como si los zumbidos de los mosquitos y los tábanos y las avispas le contaran secretos. Antes del primer fin de semana, ya estaba dibujando la capillita en los márgenes de su Biblia de bolsillo.

Todos sabíamos que era peligroso: el pantano, la capilla, el cenagal, y estoy bastante seguro de que a la mayoría nos inquietaba el edificio, su olor y sus bichos, y cómo el barro nos succionaba las deportivas, que hacían *squelch, squelch, squelch* al bordearla. Pero todos lo hacíamos.

Más allá del pantano estaba la verja y, más allá de la verja, el mundo exterior. A veces, si te quedabas con la nariz ahí pegada durante mucho rato, con el sol maltratándote y los mosquitos dejándote seco, se veía el pueblo a lo lejos.

Era pequeñito y muy blanco, con calles estrechas y casas bajas. Casi todas tenían las persianas cerradas y la pintura pelada por la humedad de nuestro pantano. En el mundo exterior había chicas y todos fingíamos que era milagroso que así fuera. Hasta Pablo y yo. Aunque las chicas nunca nos interesaron, la verdad.

Aun así, si la luz y la hora eran buenas, el sol les destellaba sobre

las bicis, la arenilla crujía bajo sus ruedas y atisbos de su champú de lavanda flotaban hasta el campamento, aunque luego la ciénaga se los merendara de un bocado. Escuchabas sus risitas. Y, te interesarán las chicas o no, era hipnótico, porque dentro del campamento las bicis y el champú de lavanda y las risitas parecían especies extintas. De otro universo. Succionadas por los mosquitos. Sepultadas en lodo. Aplastadas bajo los murmullos de docenas de chicos en misa asintiendo a los sermones de los curas.

Y era difícil creerse que hubiera un mundo más allá, donde los insectos no te arrullaran hasta la modorra y las ranas no fueran tu despertador, donde no hubiera que hundir los pies en el lodo para recordar que se supone que el verano es divertido. Donde nadie te obligaba a mirar a la capillita del pantano en cuanto abrías los ojos: muda y ensordecedora, amenazando con mantenerse en pie para siempre.

Cuando las campanas de hojalata repicaban en la iglesia grande, el sonido se reconducía y parecía que sonaban en la capillita. Las campanadas de las dos nos pillaban casi siempre en la verja y todos nos encogíamos cuando tañían a nuestra espalda, cuando sonaban tan cerca. A mí me daban escalofríos. Tal vez a todos nos las daban. Pero nadie lo comentó nunca: teníamos quince años, ninguno quería pasarse el verano siendo el gallina del grupo. Estábamos aburridos y solos, y

necesitábamos sentirnos rebeldes: aventurarnos a través del barro nos permitía ese desafío, sentirnos como héroes hollywoodienses explorando los peligros de la jungla.

Pablo siempre decía que los curas sólo nos recordaban lo peligroso que era cruzar la ciénaga porque querían que lo hiciéramos. Porque nos querían ahí: en la verja, en el barro, entre los mosquitos. Decía que, al que se quedara en el campamento, el padre Damián lo llevaría a la capilla del sótano para obligarle a espachurrar moscas y untarle la pasta en las uñas, como penitencia. Según él, el padre Damián olía a moscas muertas y coleccionaba bichos y era mejor que el padre Ernesto, que Pablo decía que se tragaba las ranas del pantano sin masticar, porque era como un vampiro, pero anfibio. Tenía trescientos años y sólo así sobrevivía.

A Pablo le encantaba inventarse historias macabras sobre los curas. Y sobre cualquier cosa. Tenía mucha imaginación y a mí me gustaba escuchar sus cuentos. Se inventó que, más allá de la verja, había una chica llamada Belén que estaba enamorada de nosotros dos. A veces me escribía cartas de amor muy cursis y las firmaba así: Belén. Y yo las encontraba en las cajas de huevos que traían del pueblo cuando era mi turno en cocina.

Otras veces, se escribía las cartas a sí mismo.

Luego empezó a dibujarla, a Belén, frente a la capilla. En sus cua-

dermos, o en la Biblia, o donde fuera, en todas partes la dibujaba. Cuando descubrimos a los querubines de la capillita, empezó a pin-tarla en mitad de todos los ángeles, una santa cruel y sin misericordia.

Belén no me gustaba mucho.

Real o imaginaria, parecía tan amarga como los muros de la capilla.

En el campamento, Pablo era el rey de las hogueras. Los cuentos de miedo se le daban muy bien y, por las noches, los chicos le miraban con la misma fascinación con la que yo le miraba durante el día. El fuego le brillaba en los ojos verdes mientras se inventaba historias sobre el pueblo tras la verja: desapariciones y sacrificios y sectas, esos eran sus favoritos. Y hablaba de los mosquitos que devoraban el campamento y de sus ranas como si fueran plagas enviadas para castigarnos; nosotros le escuchábamos con tres cuartos de complicidad y uno de devoción.

Los mosquitos se volvían locos por su sangre. La de Pablo. Pero, cuando hablaba delante de las hogueras, su rasgar y sus zumbidos se apagaban. Las ranas guardaban silencio, las moscas también, las lechuzas se quedaban mudas. Si hacía una pausa en el cuento, oíamos al barro digiriendo la piedra de la capillita tan, tan despacio. Y ninguno lo diría, pero eso nos daba miedo, así que animábamos a Pablo a hablar y hablar y hablar y hablar y seguir hablando.

Su madre le puso un repelente de mosquitos repugnante en la maleta. Lo abrimos una vez y me dieron arcadas, así que Pablo me juró que no se lo pondría nunca, aunque los bichos le comieran. No quería envenenarme, decía, y lo decía con esa sonrisa atrevida suya que me gustaba tanto. Por las noches, los insectos se relajaban y las ranas dormían, nosotros escuchábamos a los grillos como si fuesen una radio y nos comparábamos las picaduras, las contábamos, nos dibujábamos tatuajes entre ellas. Nos besábamos un rato y nos tocábamos otro rato, y fingíamos que las sábanas de la litera no olían a moho y a rana muerta. Y se estaba bien, casi siempre. Nos gustaba.

Nos gustábamos.

Estábamos solos y aburridos. Y supongo que un poco asustados, también. Aunque eso entonces no quería saberlo.

Pero ahora sí lo sé.

La primera vez que nos colamos en la capilla del pantano no fue por nada especial. No hay justificación, nos aburría la verja y seguíamos sin querer ser los únicos críos al alcance del padre Damián en el campamento. Las noches cada vez daban menos de sí y queríamos un sitio donde intercambiar saliva a escondidas. Pero la verdad es que, mientras cruzábamos el cenagal, Pablo se detuvo. Yo me giré cuando dejé de oírle chapotear (*squelch, squelch, squelch*) detrás de mí y le encontré con la cabeza ladeada y mirando

al campanario torcido. Un tábano le correteaba por los hombros del polo verde y sonreía igual que en el bus, igual que por las noches.

El sol nos pegaba fuerte, a mí en la nuca y a él en las mejillas. Las tenía cocidas. Me acuerdo de ese moscardón correteándole por el pecho y de que mi intención, al acercarme, fue espantarlo de un manotazo. Pero Pablo me agarró de la muñeca, señaló a la capilla con la nariz. Vamos a explorar. Eso dijo. Y tiró de mí, con los dedos alrededor de la muñequera de picaduras de mosquito que tenía en la piel, sonriente y chapoteando hacia la iglesia.

Subimos los seis escalones inclinados, hasta el recibidor. Nuestras huellas en la piedra eran de color marrón verdoso, el barro nos salpicaba por encima de las rodillas y hasta esos pantaloncitos tan ridículos que teníamos de uniforme. La puerta de madera se hinchaba de humedad. De moho. Olía a podredumbre y chirrió cuando Pablo la empujó hacia dentro.

Yo le solté. Le dije que no me gustaba ese sitio, que olía mal y que me daba mala espina. Que no quería entrar. Pablo se echó a reír y luego cacareó y, cuando fui a llamarle imbécil, me besó y entró corriendo en la capilla.

Sus pasos resonaron como si estuviera hecho de piedra.

Me quedé en el umbral, rodeado de mosquitos y bichos que zumbaban. La ciénaga estallaba en burbu-

jas y eructaba y lamía los escalones torcidos tras mis pies. Pablo me llamó gallina. Yo le llamé idiota. Nuestras voces retumbaron entre la piedra como si fueran lo único que quedaba en el mundo. Y el campamento, el pueblo, los chicos al otro lado del barro que se morían por ver a lo lejos a una chica en bikini, todo eso se había extinguido.

Entré a la capilla.

Era pequeña y oscura. Su frescor me acarició en la cara y en los labios. El suelo ascendía en diagonal hacia el altar. Los bancos se habían tragado la humedad hasta deformarse, pero no olía a podrido. Olía a misa. Y no había ningún insecto entre aquellas paredes.

Pablo me esperaba bajo el reflejo de una de esas vidrieras mohosas y el sol que la atravesaba la pintaba de rojo y de púrpura y de verde.

Sobre todo, de verde.

Él sonreía con desafío y yo acepté el reto. Fuimos idiotas un rato.

La capilla dejó de importarme después de los primeros minutos. Sólo era un edificio, nosotros éramos dos tortolitos, dos desobedientes.

Con quince años, ¿qué más íbamos a pedir?

Nos reímos y nos abrazamos y nos disfrutamos, y casi me olvidé de cómo susurraba el barro que seguía lamiendo los cimientos, de la humedad que nos hacía sudar, de la voz del padre Damián diciendo que la capilla era peligrosa, sí, aunque estaba permitido usarla con

fines religiosos. Casi me olvidé de que el edificio se hundía. De que el barro burbujeaba y se abría y que, al estallar, parecía que cada pompa tendría dientes.

Estuvo bien, nos divertimos. Nos divertimos hasta que repicaron las campanas a la hora de comer. Eran las de la iglesia grande, pero sonaron tan fuerte en la capilla como si las tuviéramos encima. Los dos nos separamos igual que si nos hubieran dado un latigazo.

Y nos miramos durante un momento, confusos y culpables. Luego Pablo se echó a reír, y yo hice lo mismo, y nuestras carcajadas hicieron tanto eco en el vacío de la iglesia que llamamos a las campanas.

A los querubines los vimos después.

Los señaló Pablo.

Y, como estábamos riéndonos, seguimos haciendo lo mismo. Aunque ninguno de ellos tuviera pinta de ser algo de lo que uno debiera reírse, bajo pena de castigo eterno.

Todos tenían sucias las mejillas: caminitos marrones que bajaban por la piedra de sus caritas. Parecía que habían llorado lodo. Todos tenían los ojos vacíos y todos nos rodeaban. Y nos miraban. Nos juzgaban. Yo les saqué el dedo corazón, Pablo se rio de mí y salimos de la iglesia siguiendo nuestras propias huellas de barro: al verano, al cenagal, a los mosquitos. De vuelta al campamento con todos los chicos, como si nada.

Y cuando, desde la mesa del come-

dor, alcé la vista de mi tortilla seca y mi yogur hacia el campanario inclinado, pensé que ya no le tendría miedo. Pablo y yo olíamos a charca en el comedor y seguíamos asquerosos de barro, pero ¿y qué?

Nos sonreímos.

Un mosquito le había picado en el cuello y la piel se le había inflamado en un rojo feísimo. No nos habían pillado; nos sentíamos inmortales.

Así que pensé que acabaría por gustarme, la capillita del pantano.

De verdad que sí.

Casi todos los días nos colábamos y, si alguien se enteró, nadie nos detuvo. Exploramos la sacristía y encontramos un montón de tesoros y sacrilegios: cálices llenos de moho y restos de barro en los bordes. Huesos de rana dentro de una cajita que debería estar llena de incienso. Un nido de avispas fosilizado. Un libro que pensamos que sería una Biblia, pero resultó ser un tomo antiquísimo de páginas en blanco pintadas de humedad y carcomidas por el verdín. Ramas y corteza de sauce, del pantano, supongo. Botellas de cristal llenas de barro y de agua y de moscas. Cosas que alimentaron la imaginación de Pablo para inventarse cuentos de miedo y que yo hubiera preferido no encontrar.

Empezó a susurrármelos al oído, sus cuentos de monstruos y sangre, mientras estábamos en los bancos de la capillita, con las deportivas enredadas y las manos bajo los po-

los. A mí no me gustaba y, cuando le decía que se callara porque me cortaba el rollo, se reía y decía que éramos su público preferido. Los querubines y yo. Aunque yo me esforzaba por fingir que los querubines no nos vigilaban.

Si hacía un día muy húmedo, parecía que sus ojos supuraban de verdad. Supuraban algo marrón que me ponía las tripas del revés. Esos días, Pablo se quedaba muy callado entre cuento raro y cuento asqueroso, y distante cuando salíamos de la capillita y volvíamos al mundo.

En los días secos, se reía de mí por ser un miedica. Estaba claro que quienes llenaron la sacristía de tanta basura fueron críos como nosotros. Obviamente. ¿A quién no le gusta asustar a los novatos? Sería tradición del campamento. Eso decía. Y nos sentábamos los dos delante de ese libro que no era una Biblia y con esos cálices sucios de lodo y moho, los dos con nuestras zapatillas embarradas, a pensar qué regalito dejaríamos a los que vinieran después. Luego, Pablo me cogía de la mano y me guiaba por la capilla, señalando a esos querubines tan feos y sucios y atentos a todo lo que hiciéramos, para ponerles nombres ridículos y hacerme reír. Para que les perdiera el respeto.

Y funcionó. Más o menos, funcionó.

Algunas veces, cuando alzaba la vista hacia el campanario, no sentía

otra cosa que emoción por volver a colarme. Que me cubrieran sus muros. Que me acunara el barro. Que se me llenaran los pulmones de aire mohoso y pareciera que me ahogaba en el pantano mientras los mosquitos cantaban contra las vidrieras. Algunas veces, miraba los dibujos de Pablo y sonreía, hipnotizado y repasaba las líneas de la iglesia, la cruz, las vidrieras, las caras de cada querubín, el pelo largo de Belén, nuestra novia imaginaria.

Julio se acababa; agosto era sólo un borrón.

Con el tiempo he intentado recordarlo: estábamos amodorrados, Pablo y yo, pero he rescatado algunas cosas. Cómo nos limpiábamos las deportivas antes de entrar en la capillita. Cómo dibujábamos formas con el barro en los escalones. Cómo encontramos esos retablos escondidos al fondo de la iglesia, con óleos de charcas y hombres y dedos palmeados, de una niñita con camisón blanco. Cómo mirábamos a la iglesia desde cualquier parte, mientras se hundía y se inclinaba. La mirábamos en una especie de anhelo, de éxtasis, desde las mesas del comedor o cuando corríamos por las mañanas o cuando nos tocaba llevar las cajas de huevos a las cocinas. Levantábamos la cabeza y mirábamos al campanario y sonreíamos un poco.

Mamá guarda las cartas que le envié ese verano. En ellas hablo de la capillita. No de lo que hacíamos Pablo y yo ahí dentro, ni de los te-

soros que encontramos, ni de las historias que él se inventaba.

Sólo hablo de la iglesia.

La describo. La elogio. La adoro.

Como el monaguillo devoto en el que ella quería convertirme; hablo de la iglesia como si me estuviera salvando.

Todo cambió con tanta lentitud como el barro digería la capillita. Las cartas de amor de Belén en las cajas de huevos llegaban manchadas de barro y hablaban de matrimonio. A mí me parecía una locura, pero las doblaba y las guardaba en mi Biblia y sonreía al tocar el papel. Los cuentos de miedo de Pablo en las hogueras del campamento se volvieron retorcidos y oscuros y asfixiantes. Antes, los chicos los escuchaban como quien ve una buena peli de miedo y devora palomitas; ahora parecían asustados de verdad.

Y no querían escucharle, ya no. Ninguno quería saber cómo llegaron los huesos de rana a la capillita del pantano o cuál fue el milagro que la hizo emerger de la ciénaga.

Yo tampoco.

Un día fuimos al embarcadero. No recuerdo el camino, no recuerdo el porqué. Sólo recuerdo estar en el muelle de madera podrida y ver cómo el agua verde se teñía de escarlata porque caía el sol. Pablo miraba al agua con sus ojos saltos vidriosos, como si estuviera colocado. Tenía el pelo mojado y yo también. Los dos estábamos descalzos, con los meñiques entrelaza-

dos y no se oía ni un ruido más que el barro alrededor y nosotros respirando. Tuve mucho miedo cuando me di cuenta y le pregunté a Pablo qué hacíamos ahí.

Él sonrió y dijo:

—Para poder casarnos con Belén, tenemos que estar bautizados primero.

Los mosquitos dejaron de picarle desde esa noche.

Yo ya no disfrutaba estando con él. Pablo siempre tenía los labios secos, pero su boca estaba pegajosa y sabía como si hubiera bebido agua del pantano. Cuando nos besábamos en la capillita, nunca parecía estar conmigo. En las habitaciones fue mejor al principio, y luego ya no, y luego dejamos de besarnos, y entonces entrábamos a la capilla y nos sentábamos en los bancos como dos buenos fieles a mirar a los querubines llorar. Durante horas.

Tenían suciedad en los labios, las sombras les dibujaban sonrisas. Pablo les devolvía el gesto y los pintaba en su Biblia, en los cuadernos, en todas partes. Trazaba sus siluetas sobre mis costillas cuando nos quedábamos despiertos y en silencio por la noche. Los pintó a lápiz en la fachada trasera de la capilla, hundiéndose y hundiéndose en el barro, hasta que tuve miedo de que la ciénaga se lo tragara y tiré de él para sacarle de ahí.

Y no sé cómo salí de ese trance. Fue el miedo, o fue otra cosa. Quizás no me necesitaban. Con Pablo

les bastó. Pero me acuerdo de estar en los vestuarios del campamento, después de correr y arrodillado frente al inodoro, vomitando. Recuerdo que no era la primera vez que me encontraba así, pero fue diferente entonces. Sobre la blancura del váter, mi vómito era verde y fangoso. Se parecía al barro del pantano.

Y lo miré mucho rato, pensando que estaba agotado, y que si estaba agotado era porque Pablo y yo habíamos ido a la capillita esa noche, y otras noches, varias noches. Me miré al espejo después, después de tirar de la cadena y lavarme la cara y los dientes, con mi polo verde barro y mis pantaloncitos ridículos, el pelo encrespado de humedad. Tenía la cara hinchada y blanca y febril. Y me acordé, entonces, de que la noche anterior fuimos a la sacristía y luego subimos al altar con los frasquitos de agua del pantano y corteza de sauce y moscas, y me acordé, entonces, de que nos arrodillamos ante la vidriera que nos pintaba de verde, y ya no quise acordarme de más.

Tenía bolsas bajo los ojos. Verdín bajo las uñas. La boca me sabía a barro.

Empecé a temblar y grité, y corrí al sol, al verano, al campamento, fuera. El cielo era de un azul sin perdón y los mosquitos zumbaban y las ranas cantaban y todo apestaba a agua estancada y a podrido. Parecía una pesadilla. Y yo me había despertado, pero la pesadilla

continuaba.

Me vomité otra vez encima de las deportivas.

El sol brillaba sobre el vómito, era igual que el barro que se me quedaba en las suelas cada vez que pasaba junto a la capillita.

El padre Damián me hizo esperar junto a las cocinas, después. A que llegaran del pueblo con nuestra comida y para llevarse nuestra ropa sucia. Me senté a la sombra, mirándome la mugre en las deportivas y no recibí ninguna carta de Belén esa mañana. Casi sonreí. El padre Damián anunció que estaba enfermo, que necesitaba que me acercaran al médico del pueblo. Y de lo que más me acuerdo es de cómo se miraron entre ellos, los dos hombres que habían terminado de descargar su furgoneta. Como si estuviera infectado de peste y fuera un riesgo para el pueblo mezclarme con ellos.

Uno escupió al suelo. Creí que nos mandaría al infierno, pero sólo cabeceó hacia la furgoneta y el padre Damián me indicó que me levantara. Yo obedecí. Es verdad que él olía a moscas muertas, igual que esa botellita de cristal en la capilla y la camioneta apestaba a mierda de gallina. Ambos hombres miraban a cualquier parte menos a nosotros. Menos a nosotros y al campanario torcido de la capillita en el retrovisor.

Cuando me di cuenta, quise gritar.

Pero seguí callado en mi asiento, y en la consulta, y en el banco del

pueblo, al sol, mientras el padre Damián compraba medicinas en la farmacia. Estuve callado y observando la calle estrecha, la pintura pelada de las casas, las bicis y los gatos y los perros y los niños. Algunos me miraban y apartaban la vista. Algunos susurraban y corrían como si fuera a contagiarles. Uno me llamó «niño rana».

Allí, en el pueblo, se oían las campanadas de nuestra iglesia, pero parecían venir de otro universo. De dentro de una burbuja de barro.

Quise vomitar otra vez.

Y oí que hablaban de ella. De la capillita. Me sentía alerta y despierto, igual que esas noches en las que una pesadilla te deja dando vueltas en la cama y asustado de tu propia respiración, cuando cada detalle de la realidad parece demasiado real. Los oí maldecir al campamento, al padre Damián, al santo y a la capilla. Pero todos apartaban la vista cuando yo los miraba.

En el camino de vuelta, yo sólo tenía ojos para ella. La capillita. Era horrenda al atardecer, una aguja lista para reventar el cielo inflamado y hacerlo sangrar. Pensé en el cuello de Pablo lleno de picaduras y seguí inquieto hasta que volvimos. Los hombres del pueblo se largaron rápido, sin una despedida y el padre Damián siguió de espaldas a mí. Sentí la necesidad de confesarme y le solté todo: que Pablo y yo llevábamos colándonos en la capillita semanas y semanas y semanas, y todo lo que habíamos

hecho dentro.

Él sólo se giró hacia mí. El atardecer le ardía en los ojos. Parecían verdes, como el pantano, pero yo sabía que los tenía oscuros. Negros. Me puso el pulgar en la frente y trazó un símbolo muy despacio sobre mi piel. No era una cruz. Era otra cosa.

Y me dijo:

—Te absuelvo.



Supongo que así fue.

Pero a Pablo no lo absolvió nadie.

Intenté explicarle todo cuando le vi. No esa noche, esa noche estuvo fuera; a la mañana siguiente. Intenté explicarle todo y no sonar desequilibrado, pero él no dejó de sonreír mientras me escuchaba, como si lo supiera, como si siempre lo hubiera sabido. Hacía mucho sol, la humedad nos empapaba en sudor, los mosquitos nos rodeaban.

Pablo me dijo:

—¿Te cuento una historia?

—No.

—Sobre por qué la iglesia se hundió.

—No quiero saber nada.

—Primero construyeron el pueblo, pero no era un buen sitio donde construir —dijo él—. El suelo era blando y no pertenecía a los humanos. Construyeron igual, aunque lo sabían, porque no tienen respeto, esa es la verdad. Y levantaron sus casitas y mandaron a sus críos a jugar en la ciénaga, y se enfurecían cada vez que la tierra se comía cualquiera de las dos cosas. El pueblo vino primero, y era un mal sitio para construir. No era suyo.

—Cállate.

—Pero un hombre escuchó. Cualquiera podría haberlo hecho, pero los humanos son así, ¿no? Nos tapamos los oídos y chillamos para silenciar los susurros porque creemos que somos los únicos con derecho a hablar. Ninguno escuchaba, sólo maldecían y lloraban y veían a sus casas hundirse y a sus críos ahogarse, pero un hombre sí

que escuchó e hizo lo que había que hacer.

Yo no dije nada. Estábamos en las pistas, acabábamos de terminar de correr y era temprano, pero el calor ya resultaba insoportable. Los demás chicos estaban en las duchas, sólo quedábamos Pablo y yo y el verdor. Me acuerdo. Pablo tenía ojos de rana. Verdes. Pablo tenía un escudo contra los mosquitos, pero su piel parecía enferma. Verdosa. Pablo inclinaba la cabeza hacia el pantano y sus ojos jamás abandonaron el campanario de la capillita y su sonrisa era fina y sucia como las de los querubines, tenía los dientes manchados. Verdes.

—Sólo fue una cría. —Se encogió de hombros.

—Una cría, ¿qué?

—El sacrificio.

Yo di un paso atrás.

—No fue su cría, pero la ahogó en el pantano y entonces el suelo dejó de tragárselo todo. Se volvió firme. El pantano se convirtió en un lago, hasta se podía nadar en él. Se volvieron locos, ¿te lo puedes creer? Locos de felicidad. Así que al hombre lo hicieron santo y a la niña, mártir, y le construyeron una iglesia llena de angelitos. —Pablo se rio—. Pero sólo era una cría. Y, a veces, tiene hambre.

Sonriendo aún, se giró hacia mí. El sol le daba en la cara y tenía las mejillas cocidas. A mí me picaban las rodillas y me temblaba todo, abrí la boca y la cerré. Pablo dijo:

—Me lo contó todo ella.

—Cállate ya.

—Me lo contó Belén.

—¡Que te calles!

Le empujé y corrí. Corrí y ya está. Y él gritó, detrás, me gritó que ella me quería, a pesar de todo, que me quería y que me quería, y que todavía podía volver. Y yo corrí y corrí, hasta que dejé de oírle.

Pablo no se despidió de mí la última noche.

Le oí vestirse y me desperté por eso; no se puso el uniforme, era su ropa de casa, y yo le observé desde la litera de abajo y le llamé muy bajito, pero no se volvió.

Le seguí cuando salió del dormitorio. No podía hacer otra cosa, seguía siendo Pablo. Y a mí me gustaba. Estábamos solos, teníamos miedo, éramos unos críos. Le seguí, unos pasos por detrás, y le vi hundir las zapatillas en el barro y escuché el squelch, squelch, squelch que hacía por la ciénaga.

Los mosquitos le abrían camino. Abrían camino a su mártir.

Y le seguí, aunque me zumbaran los bichos en las orejas y en la nariz e intentaran dejarme seco. Aunque el barro me hiciera tropezar y caer, seguí a Pablo. Aunque a él yo ya no le importara.

Cuando llegó al embarcadero, estaba tan oscuro que las ramas del sauce parecían dedos dispuestos a acunarlo y acariciarlo. La cajita de huesecillos de rana estaba ahí, luego no la encontraron, pero estaba, y Pablo la abrió y sacó de dentro unos huesitos con forma de anillo. Se los puso en el dedo.

Era una noche sin luna, parecía

que los árboles tuvieran caras. Me han dicho, después, que me las inventé, que es parte del trauma. Pero estaban, lo sé, las caras de los querubines con lágrimas de lodo y sonrisas cómplices. Estaban ahí, mirando a Pablo. Con placer y codicia. Lo juraría una y mil veces.

Las campanas repicaron entonces, las de la capillita. Sonaron chillonas. Agudas. Mortales. Tan estridentes que tuve que taparme los oídos. Eran las tres y el eco reverberó eternamente. Pablo, en el muelle, inspiró muy hondo.

Y, cuando la última campana cayó, saltó al pantano.

Yo corrí tras él. Corrí y grité su nombre, tropecé en el muelle y estuve a punto de caer al agua, pero sólo me clavé las astillas de la madera podrida en las piernas y en las picaduras de los mosquitos. Abajo el agua era verde, estancada y sólida; al principio, lo era. Pero después empezó a burbujear y el verdín estalló en pompas que se abrían como sonrisas y aclaraban el agua.

Había cuerpos al fondo.

Me los inventé, eso me dijeron. Que estaba aterrorizado. Que necesitaba justificar por qué mi amigo acababa de matarse y que yo lo hubiera visto y que no pude salvarle. Eso fue. Eso diagnosticaron. Que vi cosas. Chicos con polos verdes y pantalones cortos, ahogados y mirando a la superficie, podridos y pidiendo una salvación ya imposible. Muchos, muchos chicos.

Y una niña.

Una niña con la cara y los brazos

y el vestido llenos de verdín. Tume-
facta y muerta y sonriente.

Sé lo que vi.

Los diagnósticos me importan
una mierda, yo lo sé.

Aún los veo cuando duermo y
sigo oyendo esa campana repicar
y todas las mañanas recuerdo la
cara del padre Damián en la orilla,
cuando volví arrastrándome por el
barro y gritando y llorando y pi-
diendo ayuda para Pablo.

Lo recuerdo: sonrió.

Pero ellos contaron la historia y la
historia cuadraba. Pablo se suicidó,
lo había intentado antes, aunque
yo eso no lo sabía. Así que lo llama-
ron tragedia y cerraron el caso, y
los chicos del campamento fuimos
al funeral vestidos de negro. Todos
los curas estuvieron allí, revoloteando como los bichos de la cié-
naga entre su familia. Fue otro día
de inmenso sol y humedad, pero el
cuerpo de Pablo nunca lo recupera-
ron. Se quedó en el pantano. Enterra-
mos un ataúd vacío y decidimos
que ahí terminaba todo.

El campamento se canceló duran-
te los tres años siguientes, luego re-
abrió sus puertas.

Yo fui de psiquiatra en psiquiatra.

Intenté superarlo. Pasaron los
años. Creí que lo había conseguido.
Aunque a veces soñaba con Pablo,
con Pablo sonriendo en el autobús,
con Pablo sentado en los escalones
de la capillita, esperándome. Con
Belén, algunas veces. Algunas ve-
ces solo.

Pero el otro día encontré mis cosas

de aquel verano. Mamá lo guardó
todo y yo descubrí la caja mien-
tras me preparaba para mudarme
a una residencia de estudiantes.
Estaba el panfleto que tuvo en la
nevera aquel abril, mis cuadernos,
mis cartas, mi Biblia de bolsillo.
Dentro seguían las cartas escritas
por Pablo y firmadas por Belén que
decían que siempre me esperarían,
y tuve escalofríos. Miré la dirección
del remitente. La miré mucho rato.
Llevaba años intentando olvidar el
nombre del pueblo, pero el sabor
del pantano me vino a los dientes
en cuanto lo leí.

Cogí el coche y vine. A mí psicó-
loga le pareció una buena idea. Ha
pasado mucho tiempo, podía en-
frentarme a la realidad, despedir-
me de Pablo para siempre, seguir
con mi vida. Ser un chico feliz en
una ciudad donde nadie me cono-
ce, en una universidad donde na-
die sabe que hubo un verano en el
que me volví loco. Donde podría
beber y divertirme y no odiar los
sauces, las campanas, las ranas y el
verano.

Hacía mucho sol, los mosquitos
se destriparon contra mi parabris-
sas. Me empañaban los cristales y
me tatuaban franjas en las manos y
los brazos y la cara. Conduje hasta
el pueblo, pero no seguí adelante.
Porque, entre los sauces, despunta-
ba el campanario de la capillita.

Marrón. De piedra.

Recto.

Salí del coche en el arcén y me
sentí enfermo y sucio, con ganas

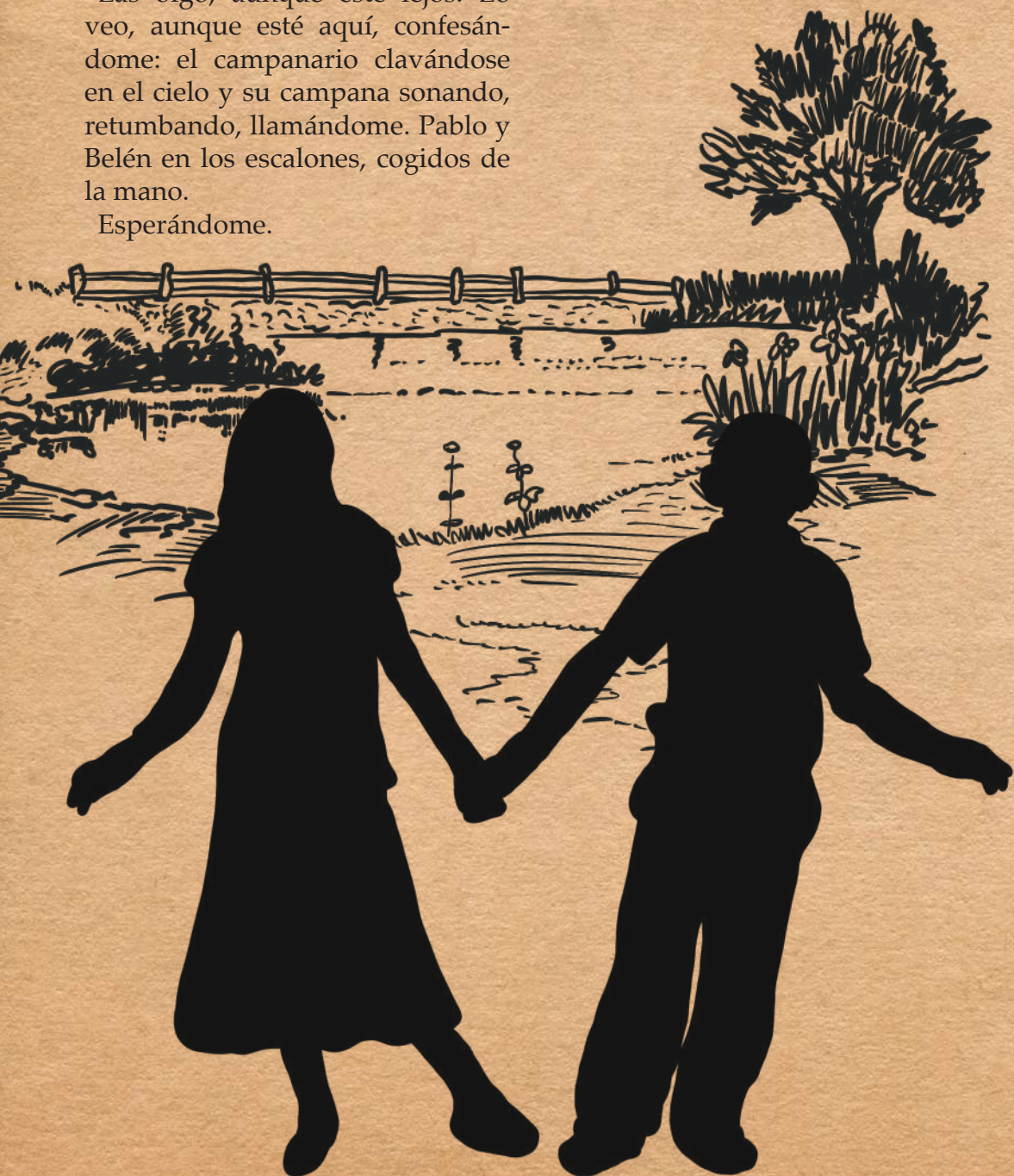
de vomitar. Hipnotizado por ella,
como a los quince años. La capilli-
ta del pantano no se ha hundido, al
final no. Sigue alta y firme y eterna.

Y sus campanas repicaban.

Siguen repicando.

Las oigo, aunque esté lejos. Lo
veo, aunque esté aquí, confesán-
dome: el campanario clavándose
en el cielo y su campana sonando,
retumbando, llamándome. Pablo y
Belén en los escalones, cogidos de
la mano.

Esperándome.





Elena Romero

Elena Romero tiene veintitrés años. Actualmente está acabando sus estudios universitarios en Cádiz, ciudad en la que también nació.

Colabora con la revista de literatura juvenil *El Templo de las Mil Puertas*, sobre todo reseñando novedades editoriales y entrevistando a autores nacionales.

Ha publicado varios relatos en revistas y antologías, como “Un buen hombre” en *Misteria I* (LES Editorial, 2019) y “Los niños perdidos” con *Tentacle Pulp*.

Le gustan el mar, los países nórdicos, *Hora de aventuras* y las historias de terror.



MI FAMILIA LLEVA AZÚÍ MUCHO, MUCHO TIEMPO

La tarde era perfecta. La llegada del invierno atenuaba los sonidos, el tono del cielo, el de las hojas, los crujidos provenientes del bosque. A Sandi, clavada en mitad de la carretera con las dos ruedas delanteras pinchadas, le pareció una broma de mal gusto.

—Joder. Joder, joder, joder, joder, joder, joder, joder. JODER.

Nadie podía oírla, de todos modos. Se encontraba en una carretera desierta, rodeada de bosque. Una bandada de pájaros salió volando de entre las copas de los árboles con el grito, pero eso fue todo.

Dio la espalda a la carga de tablores astillados que le obstaculizaba el paso. Se encaró con el coche, le lanzó una mirada de odio, como si el viejo Subaru de su hermano tuviera la culpa de algo. Un trozo de madera con clavos torcidos en un extremo, tirado en mitad de la carretera, era lo que le había reventado las ruedas.

Había bellotas por el suelo, trazando los límites del bosque. Sandi las envió mediante una patada

hacia las profundidades; algunas chocaron con los troncos de los árboles, otras rebotaron entre las hojas secas, otras simplemente desaparecieron.

El ruido de un motor evitó que intentara reventar una de las ventanillas con el puño.

Una camioneta de un rojo desvaído, con un logo que no conocía, frenó a una distancia prudencial del Subaru. Un hombre joven bajó de ella de un salto. Sandi le echó un rápido vistazo: gorra roja con el mismo logo, chaqueta vaquera forrada con borreguito, pelo oscuro y ondulado que le llegaba a la altura de los hombros.

—Hola —saludó, cauto—. ¿Qué demonios ha pasado?

Sandi notó las palabras malsonantes dando volteretas en su interior. Las controló.

—No tengo ni idea.

El desconocido anduvo unos pasos hasta el tablón que había pinchado las ruedas del Subaru. Soltó un hondo suspiro.

—Qué falta de consideración.

—¿Hum?

—Estamos en medio de un parque natural. Quienquiera que haya provocado este desastre podría haberse parado a recogerlo.

—Tendría prisa.

El joven sonrió. La visera de la gorra le proyectaba algunas sombras en el rostro, pero Sandi pudo intuir una sonrisa amable, algo tímida, que le achinaba aún más los ojos hendidos. Se relajó. No sabía

por qué se había puesto tan tensa. Él también estaría fastidiado, pero lo gestionaba mejor que ella, lo que tampoco era tan difícil.

—¿Has venido por la 26?

—No lo hubiera hecho si no me lo hubieran recomendado —respondió Sandi—. Vengo de muy lejos. No sé moverme por estos bosques.

—¿Y quién te recomendó esta ruta, por el amor de Dios? Me llamo Danny, por cierto.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—¡Porque yo me llamo Sandi! —Como no dio signos de haberlo comprendido, la chica frunció el ceño—. ¿No has visto Grease?

Pudo contemplar, al menos, cómo el rostro del desconocido se iluminaba al entenderlo. Ambos rieron, soltando la tensión acumulada.

Danny llamó a la grúa. Sandi lo oyó dar indicaciones detalladas de dónde se encontraban. Le dio la impresión, por cómo describía el paisaje, de que conocía la zona a la perfección. Ella tomó asiento a un lado de la carretera. Notaba el cuerpo entumecido. Esa mañana había tenido que conducir muchas horas para llegar a la entrevista; los ahorros no le habían permitido pasar la noche de antes en un hotel cerca del lugar acordado.

Danny se dejó caer a su lado. Se ajustó la visera de la gorra.

—Tardarán al menos una hora. Les he dicho que es urgente.

—¿Por qué les has dicho eso?

—Porque tienes cara de hambre y yo no tengo nada que ofrecerte. Ni siquiera unas patatas fritas... ¡Ah!

Lo observó correr hacia la camioneta, meter medio cuerpo dentro, rebuscar algo en los asientos delanteros; volver, triunfante, a donde aguardaba ella.

Le tendió lo que al principio creyó que era una barra de caramelo.

—¿Qué es?

Sandi lo volteó entre las manos con curiosidad. Distinguió el logo que decoraba los lados de la camioneta y la gorra.

Danny volvió a tomar asiento junto a ella.

—Tofe recubierto de chocolate. Especialidad de la zona. A ver si te gusta. Mi familia es la dueña de la fábrica.

Sandi desenvolvió la barra. Dio un gran bocado y masticó con dificultad. El caramelo se le pegaba a los dientes.

—Delicioso. Me acabas de alegrar el día. Estaba siendo una mierda, la verdad.

—¿Y eso?

En los ojos de Danny había una mezcla de curiosidad y preocupación.

—Necesitaba ese trabajo —murmuró Sandi—. Esta tarde he tenido una entrevista, pero no le he gustado nada a la directora. Era para impartir clases. Clases de teatro extraescolares, en ese colegio tan

grande que hay en las montañas.

—¿Eres actriz?

—Bueno... Estoy intentado serlo. Estudio en una escuela de interpretación. Interpretación musical.

No mencionó que llevaba cerca de un año de baja, que no había tenido más remedio que afrontar lo que llevaba tanto tiempo retrasando: ir a terapia, tomarse un descanso. No mencionó nada de eso, pero notó el impulso de hacerlo. Al fin y al cabo, hacía tiempo que no intercambiaba tantas frases seguidas con alguien.

La entrevista de esa tarde no empezó con buen pie. Rememoró la mirada que la mujer le echó; resultaba obvio que no le gustó lo que vio. Quizá fuera por la ropa. Había elegido para aquel día la chaqueta de la suerte, una de segunda mano llena de parches de colores.

Sandi cerró los ojos ante el recuerdo. Ardía de vergüenza.

—La gente suele huir de esta zona, no instalarse en ella —comentó Danny—. Aquí solo hay leñadores. Y fabricantes de caramelos, claro.

Sandi dio otro bocado a la barra. Quedaba poco menos de la mitad.

—¿Dónde los hacéis?

—En una fábrica cercana. ¿No la has visto? —Ahora que lo mencionaba, Sandi recordaba cierta silueta a los pies de las montañas—. Bueno, yo solo soy el recadero. Recojo la mercancía, me deshago de los residuos. Mi familia es la que se encarga de todo lo demás.

Se incorporó, el móvil de nuevo en la mano. Se alejó unos metros de Sandi, con el aparato pegado a la oreja. Luego se giró hacia ella con una amplia sonrisa.

—¿La grúa?

—Se han perdido. No te preocupes, podemos ir a por ellos. Por lo que me han contado, no están lejos.

Danny abrió la puerta del asiento del copiloto y ayudó a Sandi a subir; la chica apenas llegaba al metro sesenta; últimamente, además, sus brazos eran poco más que palillos. El interior era cálido y fresco. Un colgante con una foto se balanceaba en el aire, atado al espejo retrovisor. Danny arrancó el motor. Sandy se giró para alcanzar el cinturón. Iba a abrochárselo, pero entonces algo más allá del asiento le llamó la atención.

La cortinilla que separaba la zona del conductor de la parte trasera de la camioneta estaba a medio echar. Fue durante poco tiempo, pero pudo verlo. Pudo ver el extremo de los tablones de madera. Pudo ver los clavos.

No supo si el entumecimiento que empezó a sentir en un lado de la cara se debió a la confusión o si el cansancio acumulado se había extendido hasta esa zona. Se recostó en el asiento. Como en sueños, contempló la fotografía del colgante. La oscuridad se cernía sobre ella.

En la imagen, Danny sonreía con su familia alrededor. Le pareció que se encontraban frente a la fábrica de caramelos. Reconoció a una

mujer, probablemente la madre, la misma persona que le recomendó el atajo y la entrevistó esa tarde.

Antes de perder el conocimiento, Sandi pudo atrapar un puñado de palabras.

—No me mires así. Solo soy el recadero.







Yolanda Fernández Benito

Nací en Valladolid hace más de medio siglo. Ciudad en la que sigo anclada y trabajando como empleada de banca para pagar la hipoteca. Disfruto observando el anodino mundo que me rodea buscando caras, imágenes y sonidos que me sirvan de inspiración para crear mis realidades paralelas. Me gusta experimentar con distintos géneros, personajes y extensiones, pero reconozco que siempre, en mayor o menor medida, acaban teniendo un toque siniestro y oscuro. Varios de mis relatos han sido seleccionados para formar parte de diversas antologías o premiados en concursos. También he publicado en revistas como Pulporama, Lite-*rentropía*, *Droids & Druids*, *Metahumanos*, *Sangría*, *Mordedor*, *Entre Lusco y Fusco*, *Interesantes relatos*, *Relatos increíbles*, *Revista Weird Review*, *Teoría Ómicrom* o *Tentacle Pulp* y, como no tengo blog propio, podéis encontrar mis relatos y más información en el blog Cylcon (ACLCFT).

(<https://aclfcft.wordpress.com/2018/01/01/conociendo-a-nuestras-socias-yolanda-fernandez-benito/>)

YANAGUANA

«¡Maldita sea mi estampa! No vuelvo a beber. ¡Cagüen mi puta vida!» gruñó mientras intentaba abrir los ojos, creyendo que era presa de los efectos de otra interminable noche de juerga.

Como cada mañana de resaca, quiso encontrar un punto de apoyo donde anclarse para conseguir que la cama dejase de girar como un endiablado tiiovivo. Comenzó a palpar a su alrededor en busca de una superficie a la que agarrarse. Habitualmente, con apoyar la mano derecha en la pared, en la que desde hacía años tenía proyectado colocar un cabecero que aportase algo de elegancia y calidez a aquella triste habitación de solterón recalcitrante, bastaba.

«¡Hostiaputa! ¿Qué mierda es esta?» farfulló con la voz pastosa al comprobar que el brazo no le respondía. «¡Malditos cabrones! Esto no va a quedar así, les voy a meter un puro que se van a cagar. Se les va a quitar las ganas de darnos esa mierda de garrafón».

Eligió aquella como la explicación más plausible. No en pocas ocasiones, después de pasar la noche bebiendo en garitos frecuentados por guiris, se había sentido enfermo hasta la muerte. La mierda que servían a los imberbes Erasmus ya no era apta para tipos de su edad.



Una sola copa de aquella bazofia garantizaba una intoxicación etílica en toda regla. A los síntomas habituales de las borracheras, se les unía el dolor de huesos y la parálisis muscular. Sabía que acudiendo a aquellos antros tenía todas las papeletas para ser envenenado con alcohol a medio destilar y, sin embargo, volvía una y otra vez en busca de jovencitas desinhibidas que solo pretendían pasárselo bien. Todo mejoraría con un par de horas en la cama. Se lo podía permitir, era sábado y nadie le esperaba. «¿Pero qué cojones es esto?» volvió a gruñir mientras intentaba darse la vuelta en la cama.

Aún no se había atrevido a levantar los párpados, sabía que un rayo de luz, por pequeño que fuese, le causaría el mismo efecto que miles de finas agujas al rojo vivo clavadas en su córnea. Sintió frío e intentó taparse con la sábana. Por segunda vez, sus brazos no le respondieron.

Su cabreo iba en aumento. Si la cabeza no le diese tantas vueltas y su cuerpo le respondiese, ya hubiera llamado a la policía y denunciado a todos aquellos tugurios que vendían matarratas en elegantes vasos llenos de hielo.

No podía o no quería admitir que, en aquella película que se estaba montando, algo no encajaba. Recordaba haber estado bebiendo en un oscuro bar con una decoración tan atrayente como tétrica. Estaba inspirada en las novelas de un tal

Poe, según le aclaró la morena a la que intentaba encandilar con la única intención de llevarla al baño para algo rapidito y sin compromiso. Recordaba su sonrisa y su larga melena morena y rizada, pero no recordaba el color de sus ojos, tan solo un inmenso vacío en ellos. De repente todo se volvía oscuro. No conseguía saber cómo había llegado a su cama, si es que era en ella donde estaba.

«¡Maldita puta! Seguro que me ha drogado para robarme. Ya sé dónde estoy. En un hospital, recuperándome de la mierda que me ha dado esa zorra» volvió a gritar. Pero en ese momento se dio cuenta de que no escuchaba sus propios lamentos. Conocía múltiples efectos adversos de las drogas, sin embargo, no recordaba que la sordera estuviese entre ellos. No podía ser, intentó chillar de nuevo, pero sus labios tampoco se movían. En ese momento sintió como un terror primigenio le invadía. «No puede ser, no puedo estar muerto, soy muy joven» hubiese gritado si los labios y la garganta le hubiesen obedecido.

Después de un momento de pánico, se tranquilizó al sentir los acelerados latidos de su corazón. Escuchar como bombeaba su sangre a una velocidad endiablada, le ayudó a descartar su propia muerte. Gracias a aquel chute de adrenalina logró espabilarse y pudo comenzar a evaluar la situación. Poco a poco, fue haciendo recuen-

to de las pocas sensaciones que era capaz de percibir.

La oscuridad absoluta que le rodeaba le hizo descartar la revisión ocular, aunque realmente no sabía si estaba en un recinto carente de luz o eran sus párpados los que no lograban abrirse. Cuando se centró en el olfato, descubrió qué olía como los baños de aquel antro donde le hubiese gustado llevar a la morena. Seguía sintiendo frío en todo su cuerpo y no notaba el roce de las sábanas de la cama del hospital en el que se suponía que estaba. Reparó en la superficie áspera y dura que presionaba los laterales de sus antebrazos y las plantas de sus descalzos pies. Empezó a pensar que no podía estar tumbado en una cama de hospital. Por un momento se imaginó a sí mismo metido en un tosco ataúd, pero inmediatamente volvió a descartar la muerte al oír de nuevo sus acelerados latidos. Intentó centrarse en los tenues sonidos que escuchaba. No tardó en darse cuenta de que el murmullo que atribuía a los efectos de la resaca no partía del interior de su cabeza, venía del exterior. Tras agudizar el oído, descubrió que se trataba del ronroneo del motor de un coche. Por fin algo tenía sentido: estaba dentro de un vehículo que se movía y su mareo no era producto de la resaca.

«Maldita sea mi puta boca, la muy zorra me ha secuestrado» pensó al recordar cómo se había pavoneado contándole no solo,

que era un exitoso hombre de negocios, sino que también habló largo y tendido de la fortuna de su familia. «¡Qué estúpido he sido! Se lo he puesto en bandeja. Pero esto es bueno, pedirán un rescate y a mamá le faltará tiempo para soltar lo que pidan». Más tranquilo y mecido por el traqueteo del viaje se adormeció.

Un violento movimiento le despertó. Estaba dolorido y seguía inmóvil. Su corazón comenzó a palpar con fuerza al notar que el ronroneo del motor había cesado y el vehículo se había detenido. Escuchó voces a lo lejos y no tardó en notar como tiraban del cajón, o lo que fuese donde estaba tumbado. Un par de minutos más tarde, el movimiento cesó. De repente, la luz le cegó, inequívoca señal de que había tenido los párpados abiertos todo el tiempo. El intento de cerrar los ojos se vio abortado cuando sus captores le taparon la cara con un asqueroso trapo. «Buena señal, no quieren que los vea» pensó intentando racionalizar la situación. Le fascinaban las series de detectives y sabía lo que pasaba en los secuestros.

En esos pensamientos estaba, cuando advirtió el hedor en el que estaba inmerso, la entrada de aire puro había provocado que pudiese percibir semejante pestilencia.

—¡Qué peste! Si se ha cagado encima —comentó uno de los secuestradores.

—No te quejes, que nos ha aho-

rrado el trabajo de purgarle. Ya sabes que Yayajuana necesita que estén puros de inmundicias para hacer lo suyo —comentó esta vez una voz femenina.

—Tienes razón, menos curro. Voy a por la manguera, que tal y como viene de untado será la forma más rápida de limpiarlo. No le pierdas de vista, el efecto del tranquilizante todavía tendría que durarle un par de horas, pero con lo que ha expulsado no me fío. Ahí te dejo el táser —contestó el hombre antes de meterse en un pequeño cobertizo.

Oír aquella conversación, provocó que su corazón volviese a palpar desbocadamente. Gracias al peculiar tono cantarín de aquellas voces se imaginó en qué zona de la comarca estaba, y si sus oídos no le habían engañado había caído en manos de los nietos de la loca del pueblo. En aquel momento tuvo la certeza de que el móvil de los secuestradores no era el dinero.

Apenas recordaba como aquellos dos salvajes le habían manipulado como a un cerdo en la matanza. Le habían sacado del cajón y tendido en una artesa de madera de las que aún se usaban para despiezar. Allí, desnudo como su madre le trajo al mundo, le dieron un manguerazo de agua fría. Como al gorrino recién muerto, le apretaron la tripa y la vejiga intentando vaciar todos los inmundos fluidos de su cuerpo. Por un momento, pensó que lo siguiente iba a ser que le chamuscasen el vello corporal, pero todo

quedó en otro par de chorros de agua fría. Lo último que sintió fue una fuerte descarga eléctrica que le hizo volver a los brazos de Morfeo.

—¿Ya está despierto el pajarito? —preguntó una voz tan vieja como cascada mientras golpeaba el cajón con un tosco cayado.

Se despertó desorientado y comenzó a repetir la rutina de las mañanas de resaca. Se maldijo por los efectos de la borrachera e intentó levantar su brazo para tocar la pared. Pero esta vez no pasó de ahí, al recordar en manos de quien estaba. Dolorido y asustado, no se atrevió a mover ni un solo músculo intentando ganar unos minutos que le permitiesen observar su nuevo entorno. En este caso sí había luz. Era tenue y se colaba por las estrechas ranuras de lo que parecía la tapa superior de un cajón de madera. Estaba tumbado en un espacio muy reducido, sus antebrazos y pies seguían en contacto con las paredes. Olía a madera húmeda, lo que le hizo suponer que estaba en el mismo cajón y que también se había llevado unos cuantos manguerazos. Aunque seguía desnudo, tenía la sensación de estar tumbado encima de algo más mullido. Por el olor supo que era paja. De repente, sus tripas rugieron como mil dragones encerrados. El olor del guiso que se hacía en la lumbre de la chimenea le recordó la cantidad de horas que llevaba sin comer.

—Hola, pequeño pajarito. Bienvenido a mi humilde choza, parece

que tienes hambre —le dijo aquella anciana de dulce apariencia—. Chicos, venid aquí. No quiero que vuelva a desmayarse.

Intentó abrir la boca para pedir ayuda, pero fue imposible. Su cuerpo seguía inerte y estaba merced de aquella familia de chiflados. A través de las rendijas de la madera pudo ver como la anciana se acercaba. No había llegado hasta su posición cuando la tapa de aquel rústico ataúd se levantó bruscamente dejándole más indefenso aún. La vieja se asomó y durante un instante observó su cuerpo desnudo en busca de vaya usted a saber qué.

—Buen trabajo chicos, por lo que veo está aseado y bien colocado —dijo a los jóvenes que aún sujetaban la tapa del cajón. Cuando volvió a mirar al desgraciado que tenían cautivo, murmuró con desprecio—: ¡Qué poquita cosa eres sin tu elegante traje y tu corbata de ejecutivo agresivo!

Sin más preámbulos, la anciana encendió un cigarro toscamente liado que sacó del bolso de su raído mandil. Una profunda calada bastó para inundar de humo sus viejos pulmones y después de retenerlo unos segundos lo expulsó sobre la cara de su pajarito indefenso. Él hubiese tosido, pero ni para esa provocación tenía respuesta su maltrecho cuerpo. A la primera calada le siguieron cuatro más, que consiguieron ahumar totalmente su expuesto cuerpo.

—Mira, niña, con el humo puri-

ficamos el cuerpo y su piel se prepara para el proceso —comentó mientras le señalaba—. No te impacientes, ya te dejaré que pruebes la próxima vez.



A través del humo, pudo ver la cara de la morena de pelo rizado que le había drogado en aquel garrito. Ella le observaba sin que su cara reflejase emoción alguna. Tan solo asentía a las explicaciones de la abuela. Mientras observaba a la muchacha, no vio cómo la vieja cogía una botella llena de un líquido parduzco y tomaba un trago. De repente, el rostro ajado de la vieja estaba a un palmo del suyo y descargaba en sus labios el contenido que había bebido de la botella mientras le apretaba la nariz con

sus ásperos dedos. Para evitar ahogarse, tragó aquel brebaje de sabor amargo como la hiel. Una arcada hubiese doblado su cuerpo si no fuese porque aún seguía inmóvil. Poco a poco se fue hundiendo en un negro sopor que le liberó de aquella extraña realidad.

No era consciente del tiempo que había dormido, ni siquiera de si aquello era real y no el fruto de un mal viaje provocado por alguna mierda adulterada. Solo sabía que tenía sed, mucha sed. A través de las rendijas del cajón se filtraban unos tenues rayos procedentes de la luminosa luna llena que lucía en el exterior y que se colaban por la única ventana de la estancia. Aun así, no logró ver nada dentro de la caja en la que estaba. Como en otras ocasiones, hizo un repaso de su cuerpo y de sus sentidos, intentando evaluar las posibilidades que tenía de salir con vida de aquella casucha. Aunque seguía oliendo a cerrado y al humo de aquellas hierbas que fumaba la vieja, agradeció no percibir el hedor de sus propios humores. Agudizó el oído, apenas escuchó los ecos de los animales de la noche. Había dejado para el final lo que más le preocupaba, saber si se había recuperado de la parálisis que le habían inducido. Con cuidado y gran temor intentó moverse. Se relajó al descubrir que podía mover la cabeza e incluso los hombros, y que también los dedos de los pies habían recobrado su movimiento. Contento y espe-

ranzado, levantó los brazos para salir de aquel ataúd, pero todo fue en vano. Horrorizado, descubrió que algo se lo impedía. Sin recato alguno, intentó patear la caja, pero tampoco pudo. Después de un silencioso ataque de pánico, ya que estaba amordazado y no pudo emitir un solo grito de auxilio, rabia o desesperación, logró serenarse y evaluar la nueva situación. Estudió el tacto del material que retenía sus extremidades y tapaba su boca, era áspero, pero no rígido y se adaptaba perfectamente a su cuerpo.

En ese momento, a su enloquecida mente llegó la imagen de un cuadro que hacía tiempo había visto en una casa de aquella zona de la sierra. Una foto enmarcada que mostraba un ataúd abierto que contenía el cuerpo de un hombre joven envuelto en una mortaja funeraria. Lejos de sufrir otro ataque de pánico, respiró profundamente. Uno de los olores que entraban por la ventana abierta le hizo recordar una época de su vida no demasiado lejana.

Diez años atrás no era más que un joven que intentaba demostrar a sus acaudalados padres que podía valerse por sí mismo e incluso atesorar su propia fortuna. Aunque su padre le recomendase al director del banco, estaba totalmente convencido de que habría conseguido el puesto por méritos propios. Después de un par de años de formación, consiguió su primera dirección en una sucursal de un

pueblucho de la sierra. No le sentó muy bien, pero sabía que si lograba buenas cifras no tardaría en volver a pisar el asfalto de su adorada ciudad. Nunca llegó a reconocerlo, pero en aquellos tres años disfrutó de su trabajo y del estatus que logró alcanzar en aquella comunidad ajena al resto del mundo.

No le tembló la mano al invertir el dinero de aquellas gentes sencillas en lo que sus jefes le imponían. Todos y cada uno de los habitantes de la zona cambiaron sus plazos fijos tradicionales por productos más modernos y rentables, como los fondos de inversión, acciones y hasta participaciones preferentes. Eran buenos tiempos y aquellos productos eran sumamente rentables.

—Niña, ven que ya ha despertado el pajarito. Hoy vas a ser tú la que le aplique el tratamiento —chilló la anciana para que su nieta, que estaba en otra estancia, la oyese.

Las voces de la vieja le sacaron de sus ensoñaciones. Gracias al ligero movimiento de cuello que su mortaja le permitía hacer, pudo sortear los tablones de la caja para ver a través de las rendijas cómo la anciana guiaba a su nieta en aquel ritual. La enseñaba a elegir las hierbas para liar un cigarro, que curiosamente era más presentable que el de la vieja, y le indicaba la botella de licor que debía usar.

Como en otras ocasiones, el hombre, hermano de la joven y nieto de la vieja, levantó la tapadera de su

rústico ataúd, y una mueca de asco afloró en su cara, pero esta vez se abstuvo de hacer ningún comentario. La joven, bajo la estricta mirada de la vieja, prendió el cigarro y meticulosamente aplicó el humo a todos y cada uno de los rincones de su cuerpo. También fue ella la que tomó un trago de aquel brebaje. Ayudada por su hermano, que le inmovilizó por completo la cabeza, retiró la venda que le cubría la boca y le tapó la nariz para a continuación verter en su garganta el amargo licor. Aunque otra vez le provocó una arcada, lo recibió con alivio al comprobar que mitigaba su apremiante sed. Sin más contemplaciones, volvieron a tapar la caja y retomaron sus quehaceres como si él no estuviese presente.

Día tras día se repetía aquel ritual. Notaba cómo su cuerpo perdía elasticidad y las vendas estaban cada vez más holgadas. Desesperado, era testigo de cómo sus sentidos se deterioraban. Su vista se nublaba, tenía la sensación de que un gran tapón dificultaba su oído, el olfato estaba totalmente atrofiado por el efecto del humo del apesoso cigarro y lo más preocupante, su lengua estaba acartonada, rígida y correosa. Hubiese querido gritar, pero no tenía fuerzas y de poco le serviría, ya que en todos aquellos días de cautiverio no había visto a ningún otro ser humano ajeno a aquella familia de dementes. Su único consuelo era que no sentía dolor alguno, sus terminaciones

nerviosas estaban tan acorchadas como su cuerpo.

Una mañana a la hora acostumbrada, contra todo pronóstico, nadie levantó la tapa de la caja, ni le miró con cara de asco. No hubo puro, ni tampoco licor. Aunque no quería hacerse ilusiones, por un momento, se sintió aliviado pensando que se habían aburrido de él. Agotado como estaba, se sumió en un profundo sopor del que, minutos más tarde, fue sacado abruptamente por los ruidos que invadieron aquella cocina que se había convertido en su morada.

—Niños, hoy es el gran día, el parjarito ya está seco —gritó la vieja con gran alborozo.

—Yaya, ¿cómo lo sabes? —preguntó el nieto, que era de pocas palabras.

—Es instinto, la Yayajuana lo presiente, ella tiene un don y sabe cuándo el alma quiere abandonar su cuerpo. Hermanito, yo he heredado ese don y estoy a punto de retener mi primera alma —contestó la joven con un aire de superioridad que hizo que su hermano se sintiese mal.

—Niño, no te molestes. Tu hermana tiene razón. La madre naturaleza reparte sus dones y a ti te ha tocado la fuerza —intentó reconfortar a su nieto con aquella mentira piadosa. Ella bien sabía que el muchacho se había llevado la peor parte durante el embarazo y el parto. Su melliza no solo se había conformado con tenerle nueve meses arrinconado

en la barriga de su desgraciada madre, acaparando la mayor parte del alimento, sino que también había salido la primera, dejando a su madre sin fuerzas para expulsar al segundo niño. Su pericia como partera no pudo impedir que aquel diminuto bebé estuviese durante unos minutos privado de aire—. Apuraos, que apenas le queda una hora de vida y aún hay mucho que hacer.

Aunque no había logrado percibir toda la conversación, contra toda lógica, se sintió aliviado. Sabía que por fin iba a morir y podría descansar. Ya no le quedaban fuerzas, apenas se podía mover y sentía cómo su cuerpo estaba seco y acartonado. Durante aquella hora, que pensaba que sería la última, intentó hacer balance de lo que había sido su vida.

Recordó su infancia, feliz gracias a que sus acaudalados padres le concedían todos sus caprichos con tal de que les dejase en paz. Rememoró cómo los niños le adulaban con tal de disfrutar de sus juguetes y las golosinas que el dinero de sus padres le proporcionaban. Sabía que aquella corte le seguía por su dinero, pero no le importaba. Desde pequeño aprendió la importancia del vil metal. Aquel dinero que compró varios aprobados en la universidad y con el que logró seguir reteniendo amigos en su juventud. No le faltaron pretendientes entre las hijas de las más influyentes familias de la ciudad, pero

nunca le interesó sentar la cabeza. En aquella época tenía la absurda idea de lograr su propia fortuna y demostrar a sus padres que podía valerse por sí mismo. Fue entonces cuando comenzó a trabajar en el banco y se convirtió en el azote de sus compañeros y clientes. No tenía reparos en robar operaciones a los primeros y embaucar a los segundos para que contratasen productos, que tarde o temprano, les iban a hacer perder sus ahorros. Estaba tan centrado en su carrera y en demostrar a sus padres lo que valía, que apenas fue consciente del paso del tiempo y de cómo su vida se iba consumiendo entre el trabajo y las juergas. Habría sonreído si las vendas le hubiesen dejado, pues ahora era él el que literalmente se consumía.

Después de tantos días metido en aquel mísero cajón, aún no había averiguado por qué le habían elegido a él. Durante los primeros días de tratamiento, como ellas lo llamaban, había descartado el secuestro. De la época en la que había vivido en la comarca sabía quién era su captora, pero nunca la había llegado a conocer. Según los lugareños, gente muy crédula, Yayajuana era una curandera que se ganaba la vida vendiendo emplastos y reparando pequeñas lesiones. Aunque en las noches frías, en la barra de los bares, se contaban historias sobre otros trabajos, de no tan noble factura, que la anciana realizaba. Ahora que estaba a punto de morir,

al repasar toda su vida, no encontraba un nexo que le uniese a aquella sinrazón. No le quedó más remedio que achacar a la casualidad que aquella noche tirase los tejos a la nieta de la Yayajuana.

—¡Jobar, yaya, parece una de esas momias de los libros! —exclamó el joven alabando a su manera el trabajo de su abuela.

—Sí, mi niño, el efecto de las hierbas que ha ingerido y del humo han logrado curar perfectamente su cuerpo. Mírale por última vez, ya que cuando acabemos con el ritual reposará a perpetuidad en el sobrado —contestó con cariño la anciana, mientras una traviesa sonrisa afloraba en su cara al pronunciar la palabra perpetuidad.



La joven vestida de negro irrumpió en la cocina entonando un lúgubre cántico en un idioma desconocido para él. En sus manos llevaba una bandeja cuyo contenido no se podía ver al estar tapado con un paño negro como el azabache. La vieja y el muchacho se unieron a los cánticos. La joven maestra de ceremonias se situó en la cabecera del ataúd y los acólitos a los lados. El muchacho recibió la bandeja y la vieja retiró el paño que la cubría dejando a la vista el contenido: un pequeño relicario de hueso toscamente tallado, un pañuelo de lienzo y un fino cordón de cuero. Él se dejó llevar, feliz porque su miserable vida por fin acababa. De repente, los cánticos subieron de intensidad, la joven comenzó a mover violentamente las manos alrededor de su cara. Con la cabeza echada hacia atrás y los ojos en blanco, comenzó a emitir unos desgarradores chillidos que no pretendían otra cosa que invocar a divinidades paganas que ya nadie recordaba. Cuando él notó cómo el último hálito de vida se escapaba, ella se dobló bruscamente sobre él y con un movimiento tan rápido como preciso, le retiró la venda de su seca boca y se la selló con los labios. Ella aspiró aquel último aliento para inmediatamente insuflarlo en el relicario de hueso. Los acólitos bajaron la intensidad de sus cánticos, admirados por la maestría con la que la joven envolvía el relicario en el lienzo, lo afianzaba

con el cordón de cuero y lo ataba alrededor del cuello de lo que quedaba de aquel hombre. La vieja asintió con orgullo al ver la pericia de su nieta, sabiendo que ya podía morir tranquila mientras el muchacho, con la boca aún abierta, cogió la tapa del ataúd para colocarla de nuevo en su sitio.

Contrariado, el moribundo se dio cuenta de que no estaba muerto, es más, aunque su cuerpo estaba en un estado lamentable, su percepción del entorno había mejorado. No entendía nada de lo que había pasado.

—Niño, ahora te toca a ti. Tapa el cajón, pero esta vez afiánzalo con clavos y súbelo al sobrado. Allí pasará el resto de la eternidad —ordenó la vieja con voz dulce, pero firme.

No le encontraba el más mínimo sentido a lo que acababa de oír hasta que, justo antes de que tapasen definitivamente su ataúd, vio el único cuadro que adornaba la pared. Era un retrato de un hombre que, orgulloso, posaba con sus dos hijos de corta edad. A él sí le conocía: era Paco, el viajante de la comarca, uno de tantos de sus crédulos clientes. ¿Quién iba a pensar que era hijo de Yayajuana?

—¡Es una auténtica maravilla! —comentó Eva mientras examinaba con deleite la nueva momia que había adquirido el museo.

—Bueno, supongo que va en gustos —contestó sarcásticamente Luisa, mientras intentaba calentarse las manos con el café.

—No te rías de mí, que ya sabes a lo que me refiero. Como sigas así, voy a tener que prohibirte que entres en mis salas —respondió con un simpático mohín a su amiga. En noches como aquella, disfrutaba mucho de su compañía. Aunque estaba acostumbrada, no le gustaba quedarse durante mucho tiempo a solas en el museo. Su mente científica no le permitía creer en las leyendas, pero sabía que aquellas fascinantes piezas atesoraban demasiadas historias y no todas agradables.

—Pues aún no lo entiendo. Por muy momia que sea, ¿qué pinta una pieza tan reciente entre las más ancianas del lugar? —preguntó con un ademán muy teatral. Sabía que Eva estaba muy nerviosa por la inauguración del día siguiente y que hablar la relajaría, además todavía le quedaba una hora hasta su próxima ronda.

—¡Qué tonta eres! ¿Estás segura de que quieres escuchar la verdadera historia de esta preciosidad y no la edulcorada que hemos redactado para la nota de prensa? —dijo, aunque sabía que su amiga estaba ansiosa por escuchar un buen cotilleo por muy científico que fuera. Sin más preámbulos comenzó el relato mientras se servía una taza de humeante café.

»Como ya sabrás, hace dos años la

guardia civil encontró a este pobre desgraciado en el sobrado de una casa semiderruida en medio del bosque. Parece ser que el borrachín del pueblo llevaba más de diez años malviviendo solo en aquella casa. Debido a la muerte de su abuela y hermana en un extraño accidente de caza, había quedado solo y desamparado. El hombre, que además era un poco corto de luces, ante la insistencia de los vecinos para que se fuese a vivir al pueblo, contestaba que no estaba solo, que vivía con el señorito y que los dos se hacían compañía. En el pueblo ya nadie le tomaba en serio y se limitaban a seguirle la corriente. Era normal que el pobre estuviese un poco ido, su vida había sido una auténtica colección de desgracias: su madre muerta durante su parto, su padre suicidado al saberse arruinado y el accidente de las dos mujeres.

»El caso es que en una de sus borracheras comentó un detalle que llamó la atención de un periodista que andaba por la zona. En esa ocasión se refirió al señorito por su nombre y apellidos, que resultaron ser los de un niño pijo de la capital que había desaparecido sin dejar rastro años atrás. A cambio de un par de copas, le contó la historia que los vecinos se sabían de memoria y que nunca habían creído. Le contó que por culpa de aquel señorito su padre se había arruinado y que, muerto de la vergüenza, no pudo soportarlo y se suicidó. Que su hermana le localizó en la capital

y le llevaron a su casa. Allí, entre su abuela y su hermana, que eran unas brujas muy poderosas, le secaron y le quitaron el alma. Y desde entonces vivía con él en el sobrado.

»El periodista se ofreció a acompañarle a casa. Mientras el hombre dormía la borrachera, el periodista inspeccionó la chabola para descartar las locuras que entre copa y copa habían salido de la boca de aquel pobre diablo. Horas más tarde, la casa se llenó de guardia civil, forenses y demás mundo de la farándula criminal.

»Menos mal que el forense asignado era un amante de la egiptología y pudo apreciar la excepcionalidad del hallazgo. Es otro y desenvuelve a esta criaturita. El caso es que nuestro amigo vendado había sido el director de un banco de la zona, culpable de la ruina de la familia por venderles no sé qué producto bancario.

»Lo más morboso del tema es que está embalsamado según un rito antiquísimo de la zona, y en este pequeño hatillo que lleva al cuello, se supone que está su alma retenida de manera permanente para el resto de la eternidad. Pero vamos, entre tu y yo, cuentos de viejas.

—¡Uhhh, qué miedo! Y digo yo, ¿qué le vendió el pijo para que se suicidase? —preguntó haciendo que ambas estallasen en una carcajada. Luisa, escuchase la historia que escuchase, siempre acababa interesándose por la parte más mundana.

Desde su estantería, a aquella momia testigo de la conversación le hubiese gustado chillar: ¡eran participaciones preferentes, deuda permanente!





Libertad García-Villada
Jesús Durán

Libertad García-Villada ha autopublicado dos novelas (Nostalgia y El final de Melancolía) y tiene una tercera novela en valoración por editoriales. Ha participado con relatos en: Legado (antología); Sueños, Visiones, Terrores (antología), y en la revista Literentropía.

Ha publicado poemas y relatos escritos a cuatro manos con Jesús Durán en: Droids and Druids (fanzine); La Savia de El Bosque (antología); Melodías de papel (antología); Una biblioteca sin libros (antología); Huellas (antología); La bastarda postmoderna (revista); Pulporama (revista); Mordedor (revista); el III concurso de Libélulas Negras (antología); Lo Desconocido (revista); la II antología Show Your Rare; La magia de la primavera (antología); en De Rebeliones Va La Cosa II (antología); Altavoz Cultural; Revista Exogénesis; El Yunque de Hefesto; y en el concurso de «Historias de Europa» de Zenda.

Publica también relatos y reseñas de libros en el blog Relatos y mentiras. Twitter: @LibertadVillada

Jesús Durán ha participado en diversas antologías y revistas literarias. Con poemas, en: Legado (antología); Sueños de Nieve (antología); Recuerdos de Tinta (antología), y Pulporama (revista).

Con relatos, en: Droids and Druids (fanzine); Hay Otros Mundos (antología), y Sueños, Visiones, Terrores (antología).

Ha publicado poemas y relatos escritos a cuatro manos con Libertad García-Villada en: Droids and Druids; La Savia de El Bosque (antología); Melodías de papel (antología); Una biblioteca sin libros (antología); Huellas (antología); La bastarda postmoderna (revista); Pulporama; Mordedor (revista); el III concurso de Libélulas Negras (antología); Lo Desconocido (revista), la II antología Show Your Rare; La magia de la primavera (antología); en De Rebeliones Va La Cosa II (antología); Alta-voz Cultural; Revista Exogénesis; El Yunque de Hefesto; y en el concurso de «Historias de Europa» de Zenda.

Publica también poemas, relatos y reseñas de libros en el blog Relatos y mentiras.

Twitter: @joseyshepard

RITUAL



GUARDIÁN DEL BOSQUE

**Espera el guardián
la entrada de infelices
bosque en silencio**



Román Sanz Mouta
Lorena Escobar

Román Sanz Mouta es un autor nómada y amante de la metamorfosis. Traspasa con sus historias los límites, trasgrediendo en cada género para ofrecer libertad a todo un estilo y simbología propias que convierten al lector en protagonista; con importantes tendencias lovecraftianas e inmersivas.

Ha publicado las novelas *Intrusión* (onirismo sobre la memoria, Ediciones Camelot 2016), *De Gigantes y Hombres* (fábula, Lektu, 2018), *Benceño en la Piel* (humor y terror Pulp en Gijón, Editorial Maluma 2019), y *Carpintería Muerta* (fábula, Open City 2023).

Es redactor en la web *Dentro del Monolito*, y ha colaborado, participado o ha sido seleccionado durante los últimos seis años, con su capacidad dispersa para el relato, en diversas antologías, revistas o delirios cualesquiera como: *Insomnia* de S. King, *Vuelo de Cuervos*, *Círculo de Lovecraft*, *NGC3660*, *Castle Rock Asylum*, *Boletín Papenfuss*, *Los52golpes*, *Terror y nada más*, *Tentacle Pulp*, *Testimonios Paranormales*, *Diversidad Literaria*, *Cuentos de la Casa de la Bruja*, Colección «Show Your Rare», *Revista Terminus*, *Space Opera* «Dentro de un Agujero de Gusano», *Anto-*

logía «Hay Otros Mundos», Revista Los Bárbaros edición especial “Noir” New York, 2Cabezas y su “Clark Ashton Smith; Cuentos de Extrañeza, Misterio y Locura” además de Capitalipsis, Revista Mordedor, Revista Preternatural de Pulpture, Supersonic Magazine, Penumbria, Underwri-zer, Cósmico Calavera, El Kraken Liberado, Avenida Noir, El Yunque de Hefesto, Radagast Editorial, Calabazas en el Trastero, Cuentos para leer en el váter, Weird Review, Ópera Prima, revista Lo Desconocido, revista Pulporama, Cuentos del Bosque Oscuro, Las escamas de Pelayo, o el concurso Libélulas Negras.

Todo ello de fácil localización, en su mayoría gratuito, y disponible en su twitt fijado. Siempre profundizando en lo extraño, absurdo, surreal o terrorífico-esperpéntico.

Gallego de nacimiento y asturiano de adopción, este vagamundos de la imaginación reside en Vegadeo mientras completa su trasvase a la locura...

@RomanSanzMouta

<https://dentrodelmonolito.com/roman-sanz-mouta>

<https://www.facebook.com/roman.sanzmouta.92>

OBRA LARGA PUBLICADA:

Intrusión: Ediciones Camelot en 2016. Una ficción transgresiva de suspense onírico sobre el origen y el funcionamiento de la memoria.

De Gigantes y Hombres: Autopublicado en Lektu en 2018. Una oda surrealista y abstracta en clave de aventura que homenajea a la imaginación y la literatura.

Benceno en la Piel: Editorial Maluma 2019. Un delirio Pulp de humor y terror sobre un virus durante la semana negra de Gijón, que cierra la ciudad afectando y transformando a cada cual según su personalidad.

Carpintería Muerta: Editorial Gradiente, sello Open City. Una fábula simbólica sobre la soledad y el autoconocimiento, cuando un desvalido personaje debe construir un barco en medio del desierto, con las vicisitudes que conlleva.

Lorena Escobar

Contadora de historias desde muy pequeña, compagina esto de la escritura con su trabajo, la carrera de Filología Hispánica y la maternidad de dos pequeños torbellinos. Ha participado en numerosas antologías y en revistas como Revista Tártarus y Círculo de Lovecraft. Es, además, redactora y forjadora en Dentro del Monolito, redactora en la revista Lo imposible y cofundadora de Ruta 62, espacio donde se promociona la historia y literatura españolas.

Es autora del thriller policíaco El ilustrador paciente, publicado con Valhalla Ediciones y de Cuentos de la Mar, publicado con Open City.



DESDE ABAJO,
DESDE ARRIBA,
NOS DEVORA

*(*From Beneath You, Above
You, It Devours)*

La luna clama llena en la noche, aullando los lobos su presencia con lágrimas de plata, famélicos, expulsados de su entorno por el hombre, sus armas, sus altas cercas, sus perros salvajes, más salvajes que los canis lupus, asesinos de muchos a uno. El humano mata por querencia, por placer; el lobo, debido a la necesidad.

Pero el hombre no puede mantener a la naturaleza permanentemente encadenada, enjaulada, alejada de su nido, de su seno, como tampoco a su reverso oscuro de otredad. Algunas veces, incluso planta al enemigo en las puertas de sus moradas. Eso sucede con la espantapájaros, quien aguarda su momento bebiendo los nutrientes de la tierra, delectando sangres a pájaros, a insectos, a niños... Deglutiendo para devenir en más fuerte, ganar densidad bajo esa ropa desgastada. Ahora aprieta sus puños de paja, refuerza su sonrisa de hilo con nuevos dientes bajo

las costuras, se baja de su pedestal tambaleante hasta que asienta unas piernas que ya no son de palo. Y avanza, hacia la casa, hogar de la familia que lo construyó entre risas y sustos. Una hacienda de ancestros, granjeros ricos y pobres, terratenientes y trabajadores. Con el inmenso granero pleno de animales y labranzas, artefactos de ciento usos.

La espantapájaros avanza, pero no llega muy lejos. Su cabeza de calabaza es cercenada por un mal mayor que surge de cimientos y cielos; porque desde abajo nos devoran, y desde arriban se ríen tirando de las cuerdas.

¿Escuchas los aullidos, Alicia?

Claro, no soy sorda, tonto.

¡Qué vienen los lobos!

Los lobos no pueden cruzar las vallas. Nos tienen miedo.

¡No! ¡Los lobos son feroces! Lo dicen los cuentos. Se comen a niños y hacen casas de cocholate.

Chocolate, tonto.

¡Eso! ¡Cocholate! Lo que yo decía.

Jajajajaja. Tranquilo. No te va a comer ningún lobo. Pero... cuando te duermas esta noche, el hombre del saco...

¡Mamá! ¡Alicia me quiere asustar!

¡¡MAMÁÁÁÁÁ!!!

Así sale corriendo Álex de la charla bajo la pequeña tienda de campaña al raso, al lado de la vivienda de sus padres, empleados a sueldo

de los potentados dueños de la inmensa parcela de tierras, cultivos, animales domeñados. Un Álex que, a sus tres años para cumplir cuatro, gusta más de contar historias que de recibirlas, niño imaginativo y, por ende, asustadizo. De lo cual se aprovecha su hermana mayor, Alicia, con sus adultas siete primaveras de cuasi adolescente, como tiende a presumir, para sonrisa de sus progenitores. Un clan aparentemente fuera de lugar entre la jauría rural que los rodea, que los mantiene por ahora. Los motivos de este exilio los conoceremos más adelante; las razones para que Maya, científica y profesora de Biología, y Adalberto, Adal para los amigos, escritor, erudito vario, y enseñador de artes sin estudios, hubieren decidido convertirse en trabajadores asalariados del campo, con vivienda incluida, mínima, pero decente, en plena dehesa y a tiempo, que no existe, recordad, completo.

Álex entra en la cabaña acelerado, como siempre debido a su idiosincrasia. Su madre lo recibe en el regazo dejando la comida a medio freír, con la carcajada brotando. Alicia entra justo después, a rebufo, partida de risa, imitando los andares de lo que consideraba un monstruo. Repitiendo:

Soy la niña del saco...

Para risas comunales, incluso de Álex.

Pronto, la pobre, todos ellos, sabrán cómo se mueve un monstruo de verdad, tan conocedores de le-

yendas que se jactan de ser, de compartir, quizá el verdadero motivo de esta penitencia tan esforzada como agreste, rutinaria, pacífica. Por ahora, ¿qué saben que nosotros no? Acaso huyen...

¿O se esconden?

Visto desde fuera, la imagen desprendería oleadas de tierna vigilia. Visto desde fuera, supone el lienzo perfecto de la perfecta familia, el orden en el desorden, la belleza del caos; el amor, si es que ese invento existe realmente, nacido de vientre propio y ajeno en cascadas de placenta convertida en alimento para la fe.

Para la esperanza desteñida.

Y ESA los observa desde fuera.

Los observa y se relame, dejándose en las comisuras de ningún labio un resto que sabe a metálico y huele a podredumbre. Un resto que cae sobre la tierra antes labrada y ahora desprotegida, sobre el terreno fértil que se vuelve inhóspito, sobre las partes ya rotas de una rota espantapájaros que creyó, ilusa, ser la protagonista de aquella fiesta.

ESA gorgotea emulando una carcajada muda.

ESA no puede reír, pero sabe que cuando la parca se alimenta digesta palabras prohibidas.

Inventa idiomas desconocidos.

Y baila, baila con zapatos nuevos, viejos, prestados, baila sobre tumbras que se cavaron para vivos que

aún no estaban muertos. Baila con pies ajenos, robados bajo la complicidad de la noche.

ESA los observa desde fuera: la típica escena feliz.

Madre abraza a hijo, padre a hija.

Sonrisas aderezando unos rostros demasiado jóvenes para comprender el dolor del mundo. Impostando.

O quizá no.

ESA sabe cosas, cosas que se ocultan debajo de la cama cuando la luz se prende.

Que reptan por las paredes desnudas.

Que lamen las cuencas ya vacías de unos ojos cansados de ver.

ESA conoce la verdad, aunque la verdad no es más que una mentira maquillada para ir a misa.

Estudia a Maya, sus movimientos suaves, su figura ligeramente encorvada de haber gestado y parido y parido y alimentado con unos pechos cada vez más lánguidos ante la gravedad del espacio que la rodea y la asfixia.

Estudia sus ojeras amoratadas y los callos que adornan unos dedos retorcidos, alejados ya de la plácida vida de la ciudad y el plácido trabajo de la enseñanza.

ESA se excita al saberse portadora de su secreto.

El secreto del exilio.

De la huida.

Se obliga a tener paciencia: la noche está tejida con hilos de perpetua juventud. La noche siempre resulta cómplice para el viento que

sopla sin mover la hierba. La noche también entiende de secretos.

De exilios.

De huidas.

Los lobos aúllan a una niebla que mira hacia otro lado: bastante sangre han derramado ya los poetas en su nombre. Se presiente algo en el aire; un desastre indefinido. Nadie se da cuenta, porque el humano perdió el instinto cuando abandonó la naturaleza para construirse palacios de hormigón en una tierra violada por el asfalto.

ESA también entiende de abandono.

Y gorgotea.

Gorgotea emulando una carcajada muda.

¡Ya no quiero dormir fuera! ¡La hermana es una tonta y ahora me da miedo!

Maya sonríe con disimulo mientras rellena por segunda vez el plato de su hijo. Tan pequeño como voraz con la comida. Tan pequeño como repleto de una energía arrolladora, la clase de fuerza que solo puede nacer de la inocencia más pura. La que aún no ha sido sometida a la crueldad del mundo.

Cariño, sabes que los monstruos no existen. No conozco a nadie que haya visto ninguno.

Miente la madre.

Aunque tu madre cuando no tiene café se pone bastante monstruosa.

El padre interviene y la familia ríe.

Dos niños con todo un mundo por delante, una existencia sin mácula, una existencia que se pronostica feliz bajo la protección de los márfidos que les dieron forma y sentido.

Dos adultos con todo un mundo que dejar atrás, una existencia manchada, una existencia preñada por un pasado corrupto de conocimiento abstruso. Sin la protección de la ignorancia. Con la carga de la conciencia mancillada.

Maya se levanta y arrastra su cansancio hacia la ventana de la cocina. El exterior perpetra su crimen consentido con la complicidad de una oscuridad absoluta: las nubes han tomado el cielo por asalto y lo han vestido con ropajes de luto. Siente un escalofrío que muerde sin preaviso la boca de un estómago recién lleno.

Contiene la arcada y se gira hacia su marido: Adal permanece ajeno a la premonición, en juego bullicioso con sus hijos, en encantadora ligereza. Ella trata de buscar su mirada para transmitirle el pensamiento, para leer la hiel con hiel, para desplumar las alas del terror más genuino.

Hay algo ahí afuera.

Algo que ella conoce bien.

Y que bien la conoce a ella.

Maya mira a la Luna abriéndose paso a la fuerza en el cielo ya derrotado. Atisba a lo alto, ese astro lle-

no, blanco, impoluto. Maya atiende al lugar en el horizonte cercano bajo la misma. El suelo depositario. Maya vislumbra y recuerda. Le parece distinguir un chorro níveo que cae en hilo desde ese firmamento nocturno. Y esa alba hebra aterrizando sobre los infinitos latifundios sembrados del terrateniente para el que los Williams trabajan. Forjando un agujero, quemando el suelo, mantos y capas y rocas. Horadando hasta su núcleo, ese centro perdido de Verne. Expandiéndose por la fauna vegetal con su rizoma y base con su podredumbre.



Todo eso y ello no puede verlo Maya con sus ojos avezados, pero sí lo intuye mientras rememora el descubrimiento, primero en textos ora arcaicos, ora modernos; después sobre el terreno, allende continentes. Aquello que cae. Aquello que siembran los cielos. Aquello que enraíza con la tierra y su esen-

cia corrompiendo todo cuando con ello fluye y se mezcla. Pasando de líquido denso a sólido maleable. Brotando por los poros de esa parte concreta del planeta donde la Luna su veneno excreta, rezuma, derrama. Aquello de lo que se deshace nefasto para la purga, propia, y de su hermana azul alrededor de la que rota.

La Luna nunca fue un simple satélite.

Siempre tuvo un secreto.

ESA.

Maya cierra la ventana con pavor e instauro de nuevo el luto. Remembrando los estudios que la arrebataron de la universidad, ese ensayo que la vetó para siempre. Prohibido por decanos, eruditos y especialistas pocos que tuvieron el infortunio de leerlo. Basado en la historia, basado en la arqueología, basado en cosmos (astrología, cosmología) y cosmogonías. En la biología, su campo, que encontró aquello de lo que nadie puede hablar porque supondría admitir que los monstruos de los cuentos existen.

Y no, no se esconden bajo la cama. Sino en caras ocultas que nadie ha visitado jamás.

Su marido, Adal, reconoce la reacción, y comparte el miedo. Él sabe. Se incorpora súbito para afianzarla al presente, a su realidad lejos de la fantasía. Él sabe, menos que ella sabe, pero él sabe. Los niños no entienden. Siguen jugando a polemizar hasta que callan contagiados de

la atmósfera paterna. Un secreto de adultos, de papá y mamá, que los ha tenido viajando antes, que los tiene agazapados ahora. Eso intuyen, pero no son capaces de entenderlo.

Maya sonríe, sin lograr el borrado de esa sombra que comienza a cubrir los campos, tiniebla que se bebe la negrura, al mismo ocaso. Óculos de pupilas negras sobre ojos blancos cual estrellas y universo inverso. Colores. Una silueta de marisma que crece, se cierne, acecha. Que parece haberlos encontrado. Que reclama vida.

¡Niños, a dormir! Cada uno a su habitación. A la cama.

La premura se denota. Tensión contenida para no chillar.

¡Es pronto!

Responde Álex.

¡Prometisteis que dormiríamos fuera, en la tienda!

Replica Alicia.

¡Sí! Ya no tengo el miedo. Quiero dormir fuera con la hermana.

Confirma envalentonado de rebelión Álex.

Niños, hay que obedecer a mamá, si os dice que a dormir, es a dormir.

Defiende Adal, en su papel.

¡Mamá no se obedece a sí misma! Ella dijo de dormir fuera.

Sí, lo dijo. La hermana tiene razón. Queremos dormir fuera.

Frente común. Implacable. Inapelable. Firmes. Maya suspira, suspira como una madre derrotada. Suspira pensando en que se escapen

lejos de su mirada para cumplir el pacto. Suspira como un animal acechado. Suspira como una leona protegiendo a su camada. Tanto y tamaño suspira. Y asiente.

Vale. Pero dormiré con vosotros.

Pues te montas otra tienda, mamá. Una de mayores.

Alicia se sorprende de la iniciativa de su hermano, y la complace. Así podrá llevar a cabo las bromas preparadas, a la salud del pequeñajo, a la salud de sus progenitores. Chanzas al límite, para generar un trauma. Para crearse risas de una sola. Y se relame. Si supiera...

Todo se organiza rauda. El padre monta una nueva tienda, canadiense, junto a la iglú de la prole. La madre lleva avituallas para ellos, para ella. Adal se ofrece a acompañarla, conocedor de sus temores. Ella niega, que vigile desde la casa, desde lo alto de la boardilla en la segunda planta. Así lo hará, hasta que se quede dormido. Fallido.

Maya cuenta los segundos de cada minuto de cada hora desde que se separa de sus hijos, a quienes escucha malmeterse el uno a la otra, alborotar la noche de Luna llena, maldita Luna, devorar las chucherías que acarrearon escondidas. Y ríe, pesarosa, con dolor. Por su curiosidad académica.

Maya se embriaga de silencio, tentada de irrumpir en el refugio de los niños para velar su sueño, la seguridad de todos. Tentada. Pero no rompe su promesa. Mientras algo le susurra, la misma voz plá-

cida que ronronea en el tímpano de su marido. Una nana de malas noches.

Maya cae.

Adalberto cae.

Un alarido hiende el silencio. Seguido de una demanda.

¡¡¡MAMÁÁÁÁÁÁÁÁ!!!

¡ ¡ ¡ M A A A A A A A -
MÁÁÁÁÁÁÁÁÁ!!!

La aludida despierta con alerta avergonzada. Acude al suplicio. Antes de entrar arranca la tienda de sus inestables cimientos de pica y cuerda. Observa. Al infantil Álex destrozándose la garganta, llorando, desnudo de cintura para arriba, cubierto de sangre, con heridas en su pecho. Solo.

Alicia no está.

¡Se la ha llevado, mamá! ¡SE LA HA LLEVADO ESA COSA QUE ME PERSIGUE EN PESADILLAS! ¡SE HA LLEVADO A LA HERMANA!

La madre abraza al hijo con tanta presión como ternura. Compartiendo sus lágrimas. Sin preguntar mientras su esposo baja las escaleras y sale a la calle fracasado, elegante en cacharrería vacua. Para sufrir las consecuencias. Mudos. Los tres. Hipidos mediante. Sollozos mediante.

Maya no necesita preguntar qué ha pasado, cómo ha pasado, quién ha sido. Las marcas en el torso de su niño clarifican la escena, el parco futuro inmediato.

«Me robaste.

Te robo».

Y no amanece. No llega el alba.

El instinto.

No existe mayor enemigo del ser humano.

Ni sentimiento más atroz.

El instinto es una solitaria alimentándose de tus entrañas, un espejismo que se ríe de tu sed en pleno desierto, el instinto te devora el esófago y solo deja aire.

El instinto de Maya es de madre.

Instinto supremo.

Mi niña. Mi niña. Alicia...

Adal se lleva a su hijo para curarle la piel; curar el alma será un trabajo demasiado complejo. Las lágrimas surcan sus sonrojadas mejillas sin pagar peaje ni rendir cuentas. Antes de perderlos de vista, Maya cruza una mirada con el ser que se alimentó de su alimento, que bebió de su placenta, que trasladó órganos, piel y tejido para acomodarse en los recovecos de su abdomen, ahora vacío y muerto de miedo.

No volveremos a verla,
dicen sus dos ojos castaños.

Y Maya se traga la bilis a falta de saliva. Y aprieta los puños a falta de coraje, y se muerde el interior de las mejillas a falta de alma que estallar en pedazos.

No se puede romper lo que ya está roto.

Vamos, ven a por mí. Es lo que deseas, ¿no?

Mira alrededor y la oscuridad demuestra ser la cómplice perfecta

para el delirio. El aire llega a sus pulmones repleto del aroma dulzón del sudor y a lo lejos divisa el humo que siempre indica fuego: la ciudad, lejana y desconocida, arde.

El campo arde.

El mundo arde en compungidas llamaradas, como si sintiera vergüenza por las vidas que cercenará en su hoguera. Que camuflará con las cenizas. Que quemará hasta no dejar más que un puñado de huesos de un gris descolorido.

Fuego.

Fuego que no que puede ver, porque ESA es una maga de lo imposible, una jugadora tramposa, un monstruo, un monstruo al que ni siquiera se le puede poner cara.

Pero sí nombre.

«Me robaste.
Te robo».

Ella comprende. Fue, es, será, una ladrona de nombres. De un solitario nombre solo.

Maya avanza a ciegas, guiada por los hilos de algún titiritero loco. Lo que antes era un paisaje idílico ha mutado en ominosa sentencia: las sombras de la noche se elevan hacia el cielo en una plegaria que chilla un do corrupto.

Y ESA se relame los labios.

Y ESA mastica carne virgen, carne que solo quería pasar una noche de diversión asustando a su hermano pequeño.

Vamos, ven a por mí. Es lo que deseas, ¿no?

Maya sabe que hay cosas que no se pueden decir en voz alta. Cosas

que asustan al mismo miedo. Maya sabe que el aire se vicia con la carne podrida y llega hasta los pulmones para implantar su semilla de odio.

Siente las gotas antes de avistar la tormenta.

Salvo que no son gotas de lluvia.

Mamá. ¡Mamá, ayúdame!

Mira hacia arriba, hacia esa esfera plateada a la que se le han dedicado tantos versos proscritos. Y sabe que las palabras se han formado irreales en su mente, lo sabe porque el líquido que le moja el cabello, los hombros, la comisura de los labios no es agua, sino sangre.

Mamá. ¡Mamá, ayúdame!

La sangre de Alicia.

Tropezones.

Tropezones que la bañan con histérica deslealtad.

Nota algo viscoso y lo coge con mimo entre las palmas de sus manos.

Ojos. Los ojos de Alicia profanados por una Luna sin nombre. Por ESA.

Mamá. ¡Mamá, ayúdame!

Restos. Los restos de Alicia triturados y convertidos en lluvia de gelatina.

Siente que una carcajada va a explotar en su garganta, sin embargo, cuando abre la boca para darle forma, suena a grito enquistado.

Está cubierta de los restos de su propia hija.

¡¡No querías recuperar tu nombre!!

¿Recuperar lo que ya es mío?

¿¿¿Por qué tenías que matarla???

Se hiere la garganta. Se purga la

boca para sacar palabras negras, negras como las alas del cuervo. Se golpea los muslos, se arranca la razón a bocados.

¿¿POR QUÉ QUERÍAS TÚ JUGAR A SER DIOS??

Desde la bóveda que la cubre se deslizan cascadas de un blanco roto. Un blanco sucio. Un blanco pervertido. Maya se aparta de la mirada los bultos pegajosos de lo que antes era Alicia su pequeña y eleva la vista al cielo ya descubierta al completo, fugadas las nubes, para rogar a aquello a lo que, años atrás, pretendió domesticar como un animal de compañía.

Mostrar al mundo.

Descubrir como el fenómeno más extraordinario de la historia de la humanidad.

Imbécil.

Los mortales siempre están en desventaja contra las leyes de la naturaleza.

La Luna ESA vomita y el vómito despierta lo dormido. La capa blanca, espesa, insufla vida a los árboles, la hierba, las flores, la madre selva que rodea los ladrillos de una casa que ahora se encoge, desfavorida. El campo se convierte en un asesino que lleva demasiado tiempo sin comer: eones de hambre acumulada.

El bosque.

La selva.

La playa.

Todo regido por los designios de un satélite que solo esperaba su oportunidad.

A lo lejos, los lobos aúllan.

Cerca, Maya comprende.

Comprender exige un precio demasiado alto.

¡Maya!

La llamada de auxilio de Adal detiene durante un instante el baile de muertos que se aproxima. Maya se gira hacia el hogar convertido ahora en infierno y nota en las sienes el palpito de un corazón que ya ha dejado de latir, aunque siga asegurando su respiración.

ESA solo pretendía alejarla de su familia.

No es un juego, es un exterminio.

«Tú me robaste.

Yo te robo».

Maldita mentirosa hija de puta.

La LUNA ríe.

La TIERRA llora.

La naturaleza rodea la estructura que alberga a Adal y Alex y comienza a ejercer una presión insana, asfixiante. Maya intenta correr, pero desde el suelo se alzan raíces que atrapan sus piernas y se clavan en el músculo, arrancando pedazos y alaridos del más desgarrado dolor.

El mundo rural se tiñe en plata y corta, corta como el acero más afilado.

¡¡¡¡MAYA!!!!

Despierta la madre sin fruto.

Rodeada de madera muerta.

Con la garganta en carne viva.

Los músculos todavía en tensión.

Despierta con el recuerdo latente.

Se incorpora y corre.
Ya de día. Adiós la noche, hola pronto de nuevo.

¿Cuánto tiempo ha pasado?
Corre a través de su siembra viendo el destrozo.

Helicópteros surcan su cielo.

Filmando.

El desastre.

Esos campos, esos prados, han sido fagocitados. A ras. Arrancados sus bulbos, horadado el suelo simiente a simiente.

Y no solo.

Ahora puede escuchar.

Gritos de fuera de su familia.

Al patrón clamando órdenes, directrices compasivas.

Con mezcla de odio y resignación en su tono.

Alaridos que rompen la sensibilidad, el mismo espaciotiempo.

Maya se ignora como ignora su nombre en clamor cuando pasa junto a compañeros, fuerzas del orden, vecinos, capataces.

Solo detiene su vista en el rojo, que no sus piernas.

Un rojo acompañado de lágrimas.

Ojalá fuesen solo los animales. El ganado.

Vacas. Caballos. Gallinas. Cerdos. Desmembrados. Repartidas por doquiera sus partes y piezas.

Pero sabe que no. Pura anatomía.

Hay piernecitas, bracitos, deditos, ropa pequeña rasgada. Cuerpos a medio tragar, a medio enterrar por el piso. Un piso latiente. Que muerde. Que alberga. Que es nido y sima.

Puta Luna.

Puta Hija de la Luna.

Llega a su cabaña.

Un agente la espera.

No Adal, mucho menos Álex.

El agente sostiene algo entre sus brazos. Algo incompleto. Un puzle humano.



Ella se detiene. En seco. Paralizada.

Él le habla suave. Midiendo cada palabra y cada pausa.

Algo así como señora, me temo que hemos encontrado un cuerpo, creemos que es el de su hija, necesitamos que la identifique.

Algo así como señora, casi todos los niños de la hacienda, del pueblo, de las viviendas en la región, han aparecido muertos.

Algo así como señora, ¿entiende lo que le digo? ¿Es esta su hija? ¿Dónde están su marido y su hijo? El capataz ha dicho que viven todos aquí.

Señora...

Maya destapa la sábana que ya no es blanca para vislumbrar los restos. El pelo de Alicia. La cara de Alicia. Un ojo de Alicia. El torso de Alicia. Un brazo de Alicia. Nada más. O sí, una sonrisa cómplice, un secreto que alegró su marcha antes de partir en dolor. Sin sufrimiento. Eso quiere pensar Maya. La madre. La investigadora. ¿Compasión?

Más y más luces. Más y más policías y detectives y expertos. Guardia rural. Preguntas sin respuesta.

Mientras ESA regurgita, continúa la digestión, expulsando restos, diseminando pruebas.

Llamándola.

A Maya.

Reclamando su nombre.

Colapsa.

Se bloquea.

Paralizada.

Cae en rodillas, humillación, no existen dioses a quienes solicitar clemencia, una segunda oportunidad, cambiar su vida por la de ella.

Enfermeros de una de las múltiples ambulancias la recogen. La abrigan. Le ponen una vía. Hablan con el agente. Comprenden. La tumban en una camilla. La dejan

sola.

Ella recuerda. Tiempo en pretérito. Era más joven, era virgen, era inquieta, era una científica con ganas de comerse el mundo y lo que existe fuera.

Recuerda el flujo caer en la noche desde el astro. Bebido por el manto y la corteza. Regando la tierra. Ella, espectadora involuntaria. Un accidente cósmico. Recuerda cómo se llevó una muestra. Cómo la analizó, desestructuró, despiezó. Orgánica. Celular. Viva. Anómala. No albergaba razón para saber que estaba más que viva, consciente, sajada, separada de su todo, clamando por la madre, por la hija, por la Luna y la Cosa.

Descifró parte de sus entrañas, arquitectura. Imposible. Aunque quizá...

Las leyendas y los mitos...

El origen...

Protonacimiento de la misma vida caída de las estrellas...

Lo innombrable.

Consultó, estudió, debatió, con pocos y pocas y en voz baja. Se alcanzaron conclusiones. Se elaboró el estudio para devenir censurado más rápido de lo que su concepción llevó. Al archivo. Al gobierno. A las fuerzas que rigen. Para que no les falte ningún secreto.

Ese documento llevaba un nombre, el que ella le puso. Cinco simples letras. Un nombre viejo y ahora nuevo. Un nombre que Maya había encontrado y robado sin saberlo, tras horas de sesera.

ESA crecía y crecerá. ESA se asienta, fue y será. ESA marchó y ha vuelto. ESA.

Maya se arranca la vía. Esquiva a los hombres de negro que ya toman el control de la masacre, repartiendo órdenes junto con mordazas y vendas. Yendo más allá de la carnicería, de las moscas, de los cuerpos, del sol que no calienta. Al bosque, al monte, al fondo.

Maya toma una determinación. ¡Los traerá de vuelta! Se sacrificará. Hará lo que tenga que hacer.

Sin más carga que su dolor, sin más equipo que su orgullo de madre, huye agazapada de luces y trajes. De mandos y buenas intenciones y consuelos vacuos.

No sigue ni persigue a los hombres de negro, junto a sus esbirros de trajes biológicos, de lanzallamas, de bombas.

Ignora las patrullas y esquiva el insidioso ojo del helicóptero.

ESA espera. ESA la llama. ESA y ella continúan conectadas. Se conocen. Han hurgado una en la otra y viceversa.

Se adentra en la foresta indómita, alejándose de los prados carmesí. Madera, tierra y roca. La naturaleza ya jamás volverá a ser la misma. El campo pasará por la senda del olvido, sin supervivientes que lo reconozcan, recuerden, que cuenten la historia inerte de cómo y cuándo se desparramaba la vida cuando la vida aún bailaba. Aún olía a primavera indecente. A pentagramas de cinco líneas. A cereales, salvia, raí-

ces y humedad.

ESA espera.

ESA la llama.

Maya camina.

Sabe adónde se dirige.

A su alrededor va creciendo lo que nadie logra ver a simple vista. La infección que avanza silenciosa, tímida, que muestra la impaciencia de un amante en la primera cita, la cautela del anciano, la contención del que ha perdido la partida antes de jugarse la apuesta.

Maya la conoce bien.

Ella

le

puso

nombre.

La amamantó, como un día, tiempo atrás amantó a un ser que ahora yace entre jirones de carne descosida. A una boca despedazada que ya jamás le pedirá cuentos. A un estómago arrancado que no recordará el sabor de la merienda.

Maya camina.

Sabe que, a partir de ese momento, las nanas no volverán a tener letras dormidas. Solo hablarán de lo que arde. Lo que profana. Lo que corta. Lo que infecta.

Lo que, desde abajo, desde arriba, nos devora.

Maya camina.

Deja atrás el recuerdo para transmutar en memoria nueva. Más adelante, cuando todo termine o todo comience, tendrá tiempo para llorar a los muertos. Para marcar a fuego en su memoria las facciones de su hija. El remordimiento,

ese que tose por las noches cuando no existen sonidos. Tendrá tiempo para ahogarse en su propia falta: la culpa nunca tiene prisa. Se sabe vencedora de la guerra antes de la primera batalla.

Maya camina.

Hasta que las heridas provocadas por las raíces de los árboles le supuran un líquido azul, cuasi negro. Hasta que las vísceras que le han llovido encima se hacen costra. Anda hasta que el bosque la abraza con mimo y entonces, solo entonces, se deja caer sobre la tierra, resistiendo el impulso de convertir en océano sus mejillas, en pasto sus venas, en cuajo su garganta.

Llorar no le devolverá a su familia.

Llorar no frenará la infección, lo sabe ella, que un día, eones atrás, le robó su nombre. La dejó desnuda y desprovista, hambrienta y vengativa, falta y desfalta, ronca de tanto pronunciar un verbo de conjugación imposible.

Y ni siquiera le queda el consuelo de una muerte digna.

Aquí me tienes.

La noche regresa en compases lentos, porque no lleva un reloj escondido bajo la manga, porque solo está comenzando, calentando, divirtiéndose un poco antes de la gran fiesta. Mientras espera a que la oscuridad sepulte los árboles y los convierta en sombras corruptas, Maya tiene horas para pensar.

Horas para recriminarse.

Debí detenerlo entonces.

Debí devolverle su nombre.

Debí.

Debí.

Debí.

Se siente como Judas traicionando sin recibir siquiera las treinta monedas de plata. Emisora del apocalipsis. Guadaña sin filo. Traidora de aquel que la ama y aquello a lo que dio vida. Se siente asesina con las uñas limpias de sangre y el corazón lleno de mierda.

Aquí me tienes. Es lo que querías, ¿no? Déjalos vivir y haré todo cuanto quieras. Todo cuanto necesites de mí.

Los rayos de la Luna son como un acero candente. El satélite está tan cerca que Maya presiente que, si alarga la mano, podrá tocarlo, acariciar su superficie erosionada, sus tentáculos de blanco roto cuasi gris, sus mares sin líquido salado, su mal.

Acariciarla y dejarse acariciar por ella.

Por ESA.

ESA desciende con un temblor que resquebraja lo poco que aún queda en pie. Y se desliza sobre Maya en un roce que no es más que un canto desesperado.

De desesperado amor.

Ya lo contaron los poetas desde que existe la palabra escrita.

Cuánto tiempo. Hija mía.

Maya permite que el líquido viscoso la bañe con tierna devoción. El organismo penetra en ella como aquella vez, la embiste con suavidad como aquella vez, la fecunda

sin embrión, como aquella vez, despertando gemidos ominosos y jadeos arcaicos, incestuosos, despertando latidos de una tierra que no volverá a ser alimento, leche, pasto, abono.

Devuélveme mi nombre.

La Luna aprieta más fuerte. Maya siente la corriente recorrerla desde dentro, abriéndole las tripas con una rabia repleta de amor.

Mi familia...

Alrededor de ellas, madre e hija, la naturaleza sangra de nuevo, los campos se hunden en grietas gigantescas, la gente grita pidiendo un auxilio deforme, los niños buscan a sus padres entre espantapájaros que cobran vida y muertos que pagan el precio de una libertad podrida.

Alrededor de ellas, madre e hija, la naturaleza expande la infección y germina en los animales con pérfida lujuria, los enloquece, los viola, los vuelve máquinas de matar contra los que un día los alimentaron y se alimentaron de su carne y de su fruto.

Devuélveme mi nombre o no quedará nada en pie tras el nuevo día.

Adal y Alex. No les hagas daño. Te lo suplico.

Maya no puede evitar el placer. Ni el dolor. Los acontecimientos se repiten y la historia proyecta el recuerdo en su cabeza: la joven estudiante en el laboratorio, jugando con el ente recién descubierto, notando el poder que emanaba, comiéndolo, masticándolo, lamién-

dolo, fusionándose, infectándose en una simbiosis que nadie podría romper jamás.

Por mucho que Maya callase. Huyera. Pusiera kilómetros de por medio. Se convirtiera en una campesina. Se casase. Tomase pastillas para borrar los sueños. Tuviese hijos. Silenciase la conciencia. ¿Cómo hacer público su descubrimiento? ¿Cómo decirle al gobierno, a la policía, a la ciencia... lo que había hecho?

Devuélveme mi nombre.

Debió detenerlo entonces.

Debió devolverle su nombre.

Debió.

Debió.

Debió...

La embestida final la baña con una gelatina plateada que llena su entrepierna de asco y fascinación. El orgasmo anida en sus cuerdas vocales y pare un nombre. Un nombre escupido con saliva de blasfemia.

Madre...

Puta Luna.

Puta Hija de la Luna.

Se escucha un gorgoteo, un grito de júbilo. Una carcajada.

Muy bien, hija. Aquí tienes a tu familia...

Luna hueca.

Maya llena de Luna.

En parto otro tras delectarse.

Blanca como no es el cielo, el mundo.

Maya avanza, fluye, emana. En

los tres estados de la materia.

No mira al firmamento, solo delante, a su mayor. La tierra; fagocitada, vapuleada, vilipendiada.

Ella le da vida con sus flujos níveos. Con sus entrañas derramadas.

Otra vida.

Otro nombre.

La foresta renace en blanco y negro.

Los ríos discurren, rezuman de gris.

El viento sopla pálido.

La lluvia borra el carmesí y se lleva los despojos de hombres, niños y bosques para mostrar su nuevo ser.

Limpio.

Erradicados los colores. Mutado el organismo intrínseco de cada alma.

Adiós a los tonos, pigmentos, gamas; fulminados. Títeres de la Luna. Muerte por vida de muerte.

Maya se mueve, llega al punto en el que la Luna ya no gotea, no contagia.

Un agujero recién cubierto.

Desentierra.

A Alejandro y Adalberto.

Los irriga de sí. De Luna. Madre e hija. Coge la boca del hijo y la acerca a su pezón.

Lo alimenta.

Después acerca la boca del esposo a su otro pezón.

Lo alimenta.

La Luna los alimenta a los tres.

Los infecta.

Esperan. Esperan. Esperan.

De pronto, Adal y Álex renacen. Monocromos. Sombríos.

Como el bosque.

Como el río y las mares.

En blanco y negro.

Con ceniza por sangre.

Con Luna en el pecho.

Las sirenas no cantan. Ulular perdido junto a la esperanza.

Los lobos sí aúllan rejuvenecidos. Sus favoritos.

Ellos saben. La humanidad no.

La bruma de plomizo se extiende comiendo los cimientos de la civilización, no tan arraigados. Impregna lo natural y lo inerte.

Expande.

Ora esta comunidad, con las carreteras por venas, las junglas pulmones, el océano eco de sus ojos, las ciudades, rotos corazones. De transportes latentes.

Y los humanos, glóbulos blancos que se esconden extraviada su función, su poderío dominante, extasiados de ruina grisácea.

Siempre se esconden del cambio, de lo diferente, de lo desconocido.

La madre observa. La hija contempla.

Cómo Álex y Adal despiertan sus recovecos.

Maya ha partido. Hacia arriba, hacia abajo. Nos devora.

Alicia fue partida.

Están solos.

Incluso la Luna, Madre, abandona el cielo regalando su lugar completo al presuntuoso hermano astro. Dejando la noche para las estrellas y el caos para las mareas.

Revolución.

Por un nombre.

Por una mujer valiente.

Alex y Adalberto caminan sin rumbo, de la mano hacia ninguna parte, echando de menos. En ese nuevo mundo.

¿Sobrevivirán?

Desde abajo nos devoran.

Desde arriba nos ríen.

Lobos aúllan.

Este cuento ha terminado.

Epílogo

Tuvieron que renacer.

Los campos ya no dieron fruto (se los había comido el lobo).

Las madres se quedaron sin leche para dar pecho.

Los hijos que nacieron después lo hicieron torcidos: en ellos se advertían los rasgos de un espantapájaros sin pájaro que espantar.

Las cosechas se parieron en blanco y negro.

El mar escupió una brea que ningún barco le regalaba. Ya no quedaban peces para las redes. Ni marineros cantándole a la prisión de la noche. El fruto de la naturaleza estaba podrido.

Infectado.

A ratos vivo. A ratos fingiéndose muerto.

Los supervivientes, pocos, volvieron a la era neandertal. Cazar para comer. Fornicar para procrear. Viajar de un lado a otro sin conocer más sentimiento que el del olvido.

Ahogarse en cenizas. Secar los lagrimales. No volver, nunca, a enjuagar en sal sus miradas.

El llanto también era en blanco y negro.

Sobre sus cabezas, sobre las cabezas de Adal y Álex ya convertidos en hombres de paja, se alzaba una Maya dueña y señora del firmamento revestido.

De vez en cuando, en las madrugadas en las que la lluvia los teñía de una sangre en gris neutro, alzaban su mirada al cielo y se escuchaba la voz de un niño:

¿Mamá, eres tú?

Mas nadie contestaba.

Y aprendieron a ahondar la tierra cuajada de lombrices muertas.

Y aprendieron a plantar semillas para germinar en esporas inservibles.

Y aprendieron a comer aire, y a domesticar animales sin tripas, y a convertir el firmamento en carne para insectos.

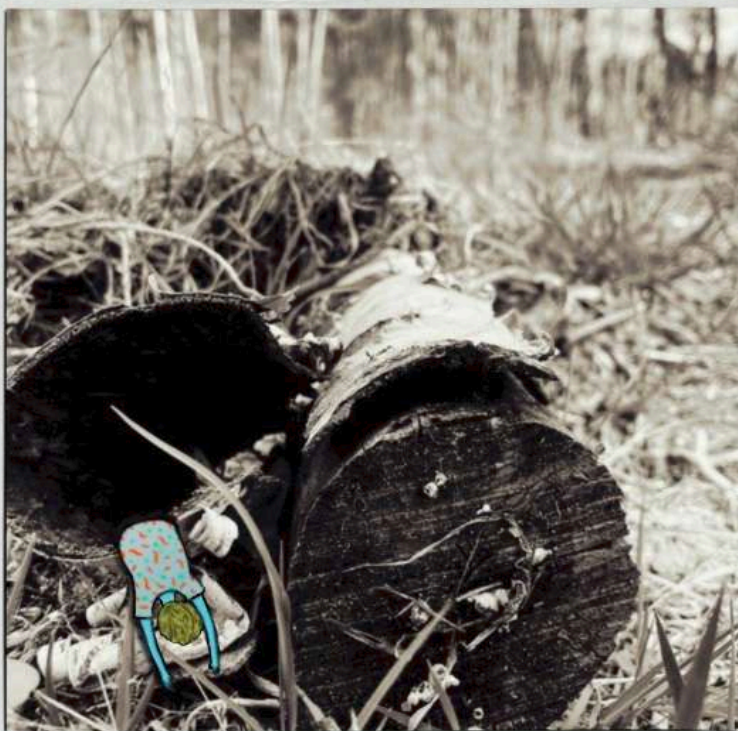
Las ciudades no volvieron a servir para nada.

El regreso a la inocencia más podrida fue inevitable.

Ahora las manos de Adal escarban en busca de raíces para alimentar sus pellejos y los de su hijo.

Ahora el mundo es un desierto azabache.

Que reza para que desde abajo, desde arriba... ella no los devore.



J. F Sanmartín

J.F. Sanmartín (Vigo 1990) es licenciado en Historia por la Universidad de Santiago de Compostela. Lee a todas horas y cuando puede, escribe. En 2021 quedó finalista del premio Domingo Santos de relato con el cuento “Bienvenida al mundo”.

Bajo otro nombre, ha publicado cuentos en la revista Droids and Druids y en Teoría Ómicron.

En breves, su relato “La Madre Transverberación” será publicado en el número 18 de la revista Windumanoth.

Actualmente vive en Barcelona, con su novia y con un gato que vigila sus sueños.



LES GUSTA EL FUEGO

Úrsula estaba perdida.
Y se estaba congelando.

Cuando se adentró tambaleándose en el pinar, que estaba escondido en una hondonada entre dos peñascos calcáreos, jadeó y se dejó se dejó caer encima de un pedrusco cubierto de nieve.

También estaba exhausta. Los dedos de los pies le dolían, y no descartaba que se hubiera lesionado un ligamento de la rodilla.

Había pasado las últimas tres horas recogiendo leña para encender una hoguera. Era ya algo tan evidente que no encontraría la ruta de vuelta a casa, que se había resignado a aguantar hasta que llegase un equipo de rescate.

A -30°, en un despoblado de la Sierra de Albarracín, rodeada de nieve y con la ropa húmeda por el sudor, un fuego era lo único que podía salvarla.

Lo sabía bien.

En los cursos de supervivencia del Regimiento 64 de Cazadores de Montaña en el que Úrsula había servido, no se cansaban de recordar que, a veinticinco bajo cero, sin la protección apropiada, el cuerpo se congelaba en cinco minutos, y

que en esas circunstancias un fuego era la diferencia entre la vida y la muerte.

Rememorando esas palabras, Úrsula había llevado a cabo la tarea de recolección con especial cuidado, demorándose para coger solo la leña que no estuviese húmeda, que era la que se encontraba lejos del suelo o en los árboles caídos, tal y como le habían enseñado.

El reloj digital que ceñía su muñeca marcó las 16:30 con un pitido. Un nuevo escalofrío trepó por su espina. Estaban a veintidós de marzo de 1993 y anoecería en unas tres horas. No podía postergar más la construcción de la fogata. Debía aprovechar que la ventisca había dado una tregua. Si empezaba en ese momento, para cuando la oscuridad se abatiese sobre la Sierra, la hoguera proporcionaría ya una buena cantidad de luz y calor.

Úrsula tomó aliento y, con las manos ateridas, apartó la nieve del pedrusco en el que estaba sentada, abrió la cremallera de la mochila ayudándose con los dientes y volcó casi todo el contenido de su interior. Un desorden multicolor de ramas cayó formando una maraña.

Se detuvo un momento para ajustarse la capucha, frotarse las mejillas y mirar a su entorno. Aquel era un buen sitio para una hoguera, pensó orgullosa: la base de los peñascos servía como resguardo contra un eventual viento que volviera a soplar, y los pinos habían perdido casi todas sus ramas a causa de la

tormenta.

Era consciente de que no debía encender un fuego debajo de ramas cargadas de nieve. Una corriente de aire o cualquier otro movimiento brusco podía hacer que la nieve cayese sobre la hoguera y la apagase. Había aprendido la lección del cuento de Jack London, «Encender una hoguera». El sargento se lo había mandado leer a todo el pelotón durante el curso de supervivencia, pero Úrsula era la única que lo había hecho.

Sonrió, recordando aquellos dulces y turbulentos tiempos en el ejército. Le invadió de pronto una inesperada tranquilidad. Ya visualizaba en su mente una reconfortante hoguera que rugía irradiando luz y calor mientras ella, muy tranquila, fumaba un cigarro. Casi pudo olvidarse de ese frío atroz que la estaba helando.

Era pan comido. La preocupación que la había atormentado se desvaneció rápido.

¿De qué tenía miedo? De nada.

Conocía las técnicas de supervivencia. Solo era cuestión de ponerlas en práctica. La naturaleza no era rival para ella.

Además, pensó, seguro que ya habían iniciado las labores de búsqueda. Antes de irse a caminar por la sierra le había dicho a Raúl, su marido, que estaría en casa a las tres. Como eran las 16:30, era más que probable que Raúl hubiese sospechado que Úrsula estaba perdida y sin duda se habría puesto en

contacto con los equipos de emergencias.

No había fisuras en el rescate.

Úrsula batió las manos enguantadas, dando palmas para calentarse y despertar los dedos.

Confiaba no esperar demasiado.

Úrsula era metódica. Siguió con diligencia los pasos que le habían enseñado en el Regimiento 64 para encender la hoguera.

Primero separó la leña y la apiló formando tres montones según su tamaño y función: yesca (corteza de abedul, que ardía incluso estando húmeda), palos gruesos y ramas finas. Luego, dispuso seis palos grandes juntos, formando una plataforma debajo de un montón de corteza. Por último, coronó la corteza colocando cuatro ramas finas entrelazadas encima.

La cosa era sencilla. Prendería la yesca y utilizaría las ramas más delgadas para ir alimentando el fuego. A medida que las llamas crecieran, iría añadiendo palos más gruesos de forma gradual.

Debía utilizar la leña con cuidado, sin malgastarla. Tenía que usar con inteligencia el combustible para mantener el fuego hasta que llegase el rescate.

Cuando acabó de edificar la base de la hoguera, bufó cansada.

Le había costado horrores distribuir la leña. Los dedos estaban tan engarrotados que apenas le obe-

decían. Llevaba guantes, sí; pero unos guantes baratos rellenos de guata servían de poco a esas temperaturas. No en vano se conocía a la región como la «Laponia española». Y no se debía solo a la escasa densidad de cabezas por kilómetro cuadrado.

Aprovechando que había recuperado algo de movilidad en las manos al ordenar la leña, Úrsula palmeó el exterior de los bolsillos del anorak buscando el mechero.

Maldijo a voces. Era frustrante palpar y no sentir nada. Agitó las manos para desentumecer los dedos y, cuando al fin encontró el mechero, que estaba en el bolsillo de la cajetilla de tabaco, se quitó el guante derecho a mordiscos para manipular el encendedor con mayor facilidad.

Los ojos oscuros de Úrsula se llenaron de espanto al ver las puntas amoratadas, hinchadas y llenas de ampollas del meñique, el anular y el corazón. Pestañeó seis veces, boquiabierto. El pulgar todavía le respondía, aunque había adquirido un matiz cianótico y el índice se doblaba con dificultad.

Sacudiendo la cabeza para despejarse, metió el pulgar en la entrepierna y lo restregó contra la ingle para calentarlo. Después, sostuvo el mechero con las dos manos y dio un golpe con el pulgar a la rueda. La rueda giró y produjo una chispa. Una llama iluminó el afilado rostro de Úrsula, que ahora volvía a lucir una sonrisa.

Gateó y se arrodilló junto a la hoguera.

Mientras aproximaba la llama azulada a la yesca, Úrsula captó un movimiento por el rabillo del ojo, y su mano quedó paralizada en el aire. Una sombra acechaba entre los pinos mutilados. Pensó en una musaraña o algún conejo que se deslizaba buscando su madriguera.

Pero no era un animal.

Porque era una sombra que caminaba sobre dos piernas.

Una voz agria rasgó el silencio.

—Eh.

Úrsula volvió la cabeza y encontró el cañón estriado de una escopeta, que apuntaba hacia su pecho.

El sobresalto hizo que el mechero le resbalase de los dedos. La llama se apagó en la nieve. Con las rodillas todavía hundidas, Úrsula alzó los brazos.

—¡No soy un animal! —gritó— ¡No dis...!

Su voz se congeló. ¿Qué clase de loco saldría de caza con semejante tempestad?

El individuo, oculto bajo una capucha, avanzó hacia Úrsula en silencio. La nieve crujía bajo las anchas raquetas sobre las que se desplazaba. A una docena pasos se detuvo y retiró la capucha con el guante.

—Ya sé que no eres un animal —repuso el individuo, con un avina-

grado acento turolense—. No estoy ciego. Aléjate d'esa hoguera, anda.

Úrsula se sorprendió al ver que era un viejo. Debía de tener alrededor de setenta años. Su cara era todo pellejo y hueso y estaba cubierta por una barba gris, rala y llena de escarcha. Llevaba un gorro de lana. Grandes nubes plateadas brotaban de su boca.

Sostenía con firmeza una escopeta que Úrsula conocía bien gracias a su padre: una Corredera Mossberg, común entre los amantes de la caza.

Úrsula fingió no escuchar la orden y no se movió.

—No tengo nada —gimió ella—, me estoy congelando. Por favor. Necesito ayuda.

—Aléjate de la leña —repitió el viejo, elevando el tono una octava.

—Por favor, necesito encender un fuego o me helaré. Mira mis dedos.

Mostró las puntas amoratadas y llenas de ampollas que había dejado al descubierto. El viejo observó los dedos. Su expresión no cambió.

—Eso tiene mala pinta —dijo—. Necesitas ayuda. *Arrea*, no seas desobediente, apártate de *l'hoguera*. Es por tu bien.

Úrsula cedió a regañadientes, desconcertada por la actitud ambigua del viejo.

Con la escopeta todavía en alto, el viejo pateó la leña que Úrsula había recopilado con tanto esmero, desbarató la hoguera y la enterró casi toda bajo la nieve.

—¿Por qué haces eso? —bramó Úrsula—. Nos vamos a congelar.

El viejo resopló, bajando el arma.

—Te estoy salvando la vida, *moce- ta*.

—¿No has visto mis dedos? Tengo que darles calor.

—Le daremos calor —repuso el viejo—. Pero no el calor d'una hoguera. En mi cabaña hay calefacción y agua. Está a menos de cinco kilómetros. Hay que calentar esos dedos antes de que la gangrena se los coma.

—Tengo que volver a Albarracín —dijo Úrsula, suspicaz—. Tengo familia esperando.

—¿Vives en Albarracín?

Úrsula asintió y dijo:

—Estaba haciendo senderismo. Me cogió de sorpresa la tormenta y me perdí. Como no había prevista ninguna, no traje ropa adecuada. Se suponía que iba a ser un día tranquilo; no íbamos a llegar ni a tres bajo cero.

—Ya. Claro que no estaba prevista esta tormenta.

Úrsula no comprendió qué quería decir.

—Pues te has alejado mucho, *moce- ta* —prosiguió el viejo—. Albarracín está a más de catorce kilómetros.

Las palabras del anciano fueron como una puñalada en las tripas. Dada la situación, era una distancia impracticable.

Úrsula guardó silencio, sopesando sus opciones.

—Vamos a la cabaña —insistió el viejo—. Cuando las quitanieves despejen las carreteras, podrás re-

gresar.

—Cinco kilómetros con esta nieve es mucho. Estoy helada. Déjame encender la hoguera para calentarme un poco.

—No vas a encender esa hoguera.

—¿Por qué? ¿Se puede saber por qué no puedo hacer una hoguera? Úrsula hizo ademán de agacharse para desenterrar la leña, pero se detuvo cuando el viejo volvió a apuntarle.

—Te he dicho que no vas a *hacelo*. ¿Quieres atraer a los Uh-uh?

El gesto de desconcierto de Úrsula fue tan elocuente, que el viejo se sacudió la escarcha de la barba y continuó hablando:

—Esta tormenta... dime ¿te parece normal? ¿Crees que es normal que haya bajado la temperatura treinta grados en pocas horas?

Por respuesta, Úrsula se encogió de hombros; desde luego, no le parecía el viento familiar del cierzo.

—Pues han sido los Uh-uh, *moce- ta*.

La irritaba que puntuase las frases con el vocativo «*moce- ta*».

—¿Y qué son los Uh-uh? —preguntó Úrsula.

—Monstruos —dijo el viejo—. La Sierra de Albarracín está llena de monstruos ¿no lo sabías? A los Uh-uh les gusta el fuego. Por eso es mejor no hacer hogueras.

Úrsula suspiró. Que la única ayuda disponible fuese un hombre enloquecido y, además, armado con una escopeta, era desalentador.

—*Arrea* —dijo el viejo, agitando el

arma en dirección a unas colinas.

Pidiendo permiso, Úrsula recogió el guante derecho. No se atrevió a coger el mechero.

El viejo volvió a apremiarla, y Úrsula se puso en marcha. ¿Qué otra cosa podía hacer? Corriendo no llegaría muy lejos y, con los músculos tan ateridos, intentar desarmar a ese viejo era una temeridad.

De modo que resolvió no hacer nada por el momento. Después de todo, quizá ese viejo tenía buenas intenciones; quizá la condujese a una cabaña, le salvase los dedos con agua tibia y la invitase a un vaso de coñac y a un puro; quizá todo quedase en una anécdota surrealista que contaría a Raúl entre risas frente a una lumbre llena de troncos.

Porque ese viejo estaría loco, pero Úrsula tuvo que admitir que sabía lo que se hacía. Su atuendo lo delataba como alguien avezado en entornos fríos. No eran solo las raquetas. El abrigo que llevaba era un tipo de forro polar no impermeable, que evitaba que la nieve se compactase y permitía el escape de la humedad. Nadie que no supiera algo de supervivencia llevaría una capa externa no impermeable. Además, los pantalones, holgados y cortavientos, estaban metidos a conciencia por dentro de las botas; los guantes eran de caza, cálidos y dejaban movilidad a los dedos para disparar; y la capucha disponía de un cordel del que podía tirar para ocultar el rostro y protegerlo

del viento.

Era como si hubiese seguido al dedillo el manual de Wiseman.

A su lado, Úrsula parecía una turista.

Así que tendría que ser paciente, esperar a ver cómo se desarrollaba la situación y aprovechar con astucia alguna ventaja que pudiera surgir si las cosas se ponían feas.

Eso habría dicho el sargento.

Úrsula se restregó las mejillas con el dorso de los guantes. Notaba ahora un frío muy doloroso que le abofeteaba la cara.

Miró con lástima los restos de leña que sobresalían entre la nieve, pero se animó al recordar que en la mochila todavía quedaba algo.

El viejo gruñó y Úrsula aceleró el paso hacia el desierto blanco que se abría en las inmediaciones del pinar.



Se desplazaban muy despacio.

Una monótona capa blanca cubría sin interrupción las ondulaciones de la Sierra, ocultando bajo treinta centímetros de nieve cualquier camino o carretera. Era una nieve complicada: blanda y porosa.

Sin raquetas, Úrsula daba traspiés, se hundía y tenía que parar a recobrar el resuello cada pocas zancadas debido al esfuerzo. Calculó que a esa velocidad cubrirían menos de un kilómetro cada hora.

El terreno era irregular y abrupto, lo cual los ralentizaba todavía más: descendieron la empinada pendiente de un ribazo, cruzaron un remanso congelado en una quebrada boscosa, atravesaron una llanura sembrada de matas, remontaron un talud y dieron vueltas y revueltas por extensiones que subían y bajaban.

El viejo poseía un vigor que a Úrsula le parecía envidiable; no retrocedía ante ningún terreno, por muy escabroso que pareciese, y siempre mantenía un trote enérgico con sus raquetas.

Estaba en un persistente estado de alerta. Su cabeza dibujaba semicírculos, como si buscase amenazas ocultas, preparado para blandir la escopeta que llevaba colgada al hombro con una correa de cuero. Úrsula supuso que sus temores se deberían a la locura que le afectaba.

El gris del cielo se hizo más intenso y uniforme a medida que atardecía. El frío empeoraba, y la ventisca

gélida que volvía a soplar lo hacía insufrible. Úrsula sentía que el aire le cortaba las mejillas y le abrasaba los labios y la punta de la nariz.

Se adentraban en un valle frondoso cuando la tormenta arreció. El viento chillaba y azotaba por todas partes, haciendo crujir el bosque escarchado. Úrsula caminaba encogida bajo la fuerza del aire, intentando seguir las pisadas del viejo antes de que la tempestad las borrara. Copos enormes revoloteaban con furia, giraban y se arremolinaban a su alrededor. La nieve se acumulaba en cada pliegue del anorak, en las cejas, en los labios, en las orejas y se le colaba por el cuello. Pensó que no saldrían de allí, que acabarían engullidos por la nieve.

Sin mirar atrás, el viejo hizo una alusión a que los Uh-uh volvían al ataque.

A izquierda y derecha, Úrsula escuchaba el estallido de la savia de los árboles. Retumbaba como un disparo.

Se dio cuenta de que los pies habían dejado de doler. No los sentía. Tampoco el suelo sobre el que pisaba. Era como caminar sobre zancos.

Escuchó entonces un restallido atronador arriba, en la copa de un sauce.

—¡Cuidado! —berreó el viejo.

Estaba tan aturdida por el frío y el cansancio que solo pudo quedarse quieta. Un segundo más tarde, una enorme rama congelada golpeaba el suelo frente a ella. El impacto levantó una nube de nieve que la salpicó de arriba a abajo.

—Me cuesta mucho orientarme así —dijo el viejo—. Vamos a refugiarnos antes de que nos mate una noguera.

Cierto. Tan embotada estaba Úrsula que había olvidado la primera regla de supervivencia en la montaña: no moverse mientras dure la ventisca.

El viejo encontró una boca negra que penetraba una loma. Estaba en lo alto de un repecho, por lo que la cueva no había quedado sepultada bajo la nieve. Antes de entrar, el viejo comprobó con una linterna que no fuera el cubil de una jineta o de un gato montés.

La cueva era angosta y profunda. Tuvieron que reptar para introducirse en su interior.

Al pasar junto a un arbusto que crecía en la entrada, una rama espinosa arañó la mejilla de Úrsula. No sintió nada y supo que ya no solo las manos y los pies estaban congelados, sino también la cara. La idea le produjo un estremecimiento de angustia.

Dentro, Úrsula se agazapó tras una roca que servía de parapeto contra la brisa. Escondió la cabeza bajo el cuello del anorak y se abrazó las rodillas.

No podían adoptar otra postura que no fuese la de estar recostado o sentado, y después de un rato, Úrsula empezó a revolverse para combatir el frío, que era especialmente crudo a causa de la inacti-

vidad. Removió los pies dentro de las botas, dio ruidosos pisotones, sacudió las manos contra los muslos, agitó los brazos y se frotó las mejillas y las orejas.

Pero nada consiguió reactivar la circulación de sus extremidades ni mitigar el frío.

—Por favor —suplicó con voz suave—, encendamos un fuego... me estoy congelado... ¿Vas a permitir que muera? Los monstruos no existen. Esos... Uh-uh no existen. No existen ¿entiendes?

El viejo se mantuvo en un silencio hosco, denegó la petición con la cabeza, carraspeó y cerró los ojos, acariciándose la punta de esa nariz aguileña.

—Déjame marchar —dijo Úrsula—. Si no me muevo, me congelaré.

—No puedo *dejarte* ir. Vas a encender una hoguera y nos matarás a los dos.

Impotente, Úrsula miró la escopeta entre los brazos del viejo y supo que estaba atrapada sin posibilidad de escabullirse.

Pasaron unos minutos y el sopor se apoderó de ella.

Pensó que quizá el sueño era el producto de una hipotermia severa, pero estaba demasiado cansada para resistirse. Abrió la boca, miró cómo su aliento se congelaba en la penumbra de la cueva y se dejó envolver por el sueño.

Seguía viva.

El hielo que se adhería a sus pestañas se hizo trizas al abrir los párpados. Estaba tan anquilosada que permaneció quieta.

De afuera provenía una claridad pálida. Se oía el ulular de las ráfagas de viento y los chasquidos del bosque helado.

Junto a la pared de la cueva vio de nuevo ese abrigo no impermeable, la capucha con cordel, la escopeta y los guantes de caza.

El viejo estaba quieto como una estatua y Úrsula deseó que se hubiera congelado para poder encender un fuego.

—¿Cuánto queda para la cabaña?
—preguntó Úrsula, castañeteando los dientes.

El viejo apartó la mirada del muro de piedra de la cueva,ladeó la cabeza y clavó los ojos en Úrsula.

—Poco... unos tres kilómetros. Tuve que dar un rodeo.

Úrsula torció el gesto. Tres kilómetros. Era demasiado. Supondría horas de caminata por esa nieve blanda. Estaba segura de que no soportaría una travesía tan larga. Desfallecería de cansancio y frío.

Y sabía que no sobreviviría si se veía obligada a seguir en la cueva, inactiva, sin una fuente de calor. Necesitaba un fuego.

Lo necesitaba ya.

El instinto de supervivencia estaba gritando desde lo más profundo de su pecho, incitándole a reaccionar.

Sacudió la cabeza para despabilarse y observó al viejo en silencio.

Él era el único escollo para encender un fuego.

Entonces tomó la decisión: iba a matarlo. Iba a deshacerse del obstáculo.

Podía parecer excesivo, pero estaba convencida de que era lo correcto. Desarmarlo no serviría, resolvió. No disponía de cuerdas ni esposas para aprisionarlo, y Úrsula estaba segura de que sería un preso incontrolable.

Matarlo era lo más conveniente para asegurar su supervivencia.

Durante su servicio en el 64 de Cazadores, Úrsula siempre se había preguntado si, llegado el momento de la verdad, tendría la sangre fría suficiente para apretar el gatillo y arrancarle la vida a otro ser humano.

Ahora le sorprendía la facilidad con la que había tomado la decisión. De hecho, no suponía ningún dilema ético para ella. Desde su perspectiva, matar a ese viejo no sería un asesinato. Era defensa propia. Ciertamente que el viejo no la estaba atacando, pero su injustificable obstinación impedía que pudiera salvarse, lo cual equivalía a un asesinato.

Sí; la estaba matando, no por acción sino por omisión.

Cuando lo hubiese liquidado, encendería una hoguera con la leña que quedaba en la mochila. Viviría. Volvería a casa y se regocijaría frente al calor de un fuego.

La esperanza de salvarse que abrigaba en su interior insufló en su

cuerpo renovadas energías.

Pero ¿cómo deshacerse del viejo? La desventaja era clara: él poseía el arma de fuego, y ella solo su cuerpo congelado.

Necesitaba un arma para enfrentarse a él.

Recordó el aforismo de un japonés, que había citado su sargento, años atrás: «El hierro está repleto de impurezas; forjándolo puede convertirse en acero y transformarse en un sable afilado».

Casi cualquier cosa era susceptible de convertirse en un arma si se trabajaba de manera apropiada; de esa manera había interpretado Úrsula esas palabras. Tenía que improvisar un arma. Quizá una roca, una rama robusta o...

Un ataque de tos la arrancó de sus cavilaciones. Echó un esputo y miró al viejo, que la escudriñaba con los ojos entornados. Percibió un extraño brillo de compasión en ellos.

—¿Cuánto llevas sin comer? —preguntó.

La pregunta la cogió desprevenida.

—Mucho.

El viejo se quitó el guante, metió la mano en la entrepierna, rebuscó y sacó un envoltorio de plástico entre sus dedos envejecidos.

—Come, pues —dijo, mientras abría el envoltorio—. Sabe a *fari-netas*. No está congelado. Pero cómelo rápido o tragarás hielo y será peor.

Era asqueroso, pero Úrsula no

vaciló. Con gran trabajo alargó el brazo, tendió la palma boca arriba, recibió la golosina, resquebrajó la escarcha que le cubría los labios y comió con voracidad. Era puro azúcar con aglutinante de maíz.

Las calorías y la glucosa fueron bienvenidos en su organismo.

El viejo también comió. Su cara se llenó de nuevas arrugas cuando abrió la boca para dar un bocado a otra golosina.

La muestra de amabilidad aplacó la sed de sangre de Úrsula; quizá era posible hacerle entrar en razón.

—¿Por qué quieres verme morir congelada? —preguntó Úrsula.

—No quiero eso —dijo—. Ojalá tuviese una manta para date. Lo que no quiero es que aparezcan los Uh-uh. Si vienen, no llegaremos a la cabaña. Yo no tengo balas suficientes *pa' ahuyentarlos*.

—¿Qué son los Uh-uh?

—Son monstruos de la Sierra. Les gusta el fuego. Viven bajo tierra, y cuando alguien enciende un fuego en su territorio, pueden salir a la superficie. Los Uh-uh son incapaces de hacer fuego. Así que intentan pillar desprevenido a algún desgraciado y lo fuerzan mediante el frío para que encienda un fuego. Por si no te habías dado cuenta, ellos son quienes han provocado esta tormenta.

Úrsula escuchaba con atención dando los últimos bocados.

—Pero... los monstruos... no existen...

—Sí que existen. Aquí en Teruel,

la sierra está llena de monstruos: cada primavera tengo que salir a cazar *Omes* Granizo para que no ataquen los ganados ni arrojen peñas contra las casas. Y las *Bruxas*... ahora están más relajadas, pero cuando yo era pequeño, mi pueblo, Orihuela del Tremedal, se quedaba aislado por la nieve todos los *ibier-nos*. Todos. A veces, estábamos tres semanas sin que viniese nadie de fuera. Las *Bruxas* lo sabían, invocaban al Buco, que es como una cabra gigante, nos atacaban y *rataban* a los niños. Teníamos que *defendenos* solos, claro. Luego, la Administración nos pagaba para que no dijésemos nada. ¡Ja! *Fatos* ¿a quién le íbamos a decir nada? Nadie nos cree, igual que tú. Todos piensan que somos unos cazurros y que estamos majaretas.

Hablaba con tanta vehemencia que, por momentos, Úrsula caía embrujada y asentía, como si creyera sus palabras.

—Hay más —dijo el viejo, su voz ahora más comprensiva—, pero tampoco quiero aburrirte. —Y añadió—: no *m'has* dicho nada de ti.

—Déjame encender un fuego, y te diré lo que quieras.

—Sobrevivirás sin fuego, no te preocupes. Esta ventisca no durará demasiado y reanudaremos pronto el camino.

—Escucha —dijo Úrsula—. Tengo familia. Estoy casada y Raúl se pondría muy triste si...

El viejo chistó interrumpiendo de súbito la conversación. Un estruen-

do sordo, no muy distante, le hizo aferrar con fuerza el guardamanos de la escopeta.

—Quédate aquí —dijo, reptando hacia el exterior.

—¿Adónde vas?

—*M'alejé* tanto de la cabaña porque estaba persiguiendo a un lobisón que lleva semanas atacando a las ovejas. Creo que anda cerca.

El viejo se alejó y su lánguida silueta desapareció en la espesura.

Poco después, un alboroto resonó en el bosque, seguido de un grito desgarrador.

Úrsula salió dando tumbos cuesta abajo por la nieve. Deseaba moverse para disipar el frío que le agarrotaba los músculos. Su mente estaba tan perjudicada por la congelación, que no le resultaba disparatada la idea de toparse con un lobisón o una cabra gigante.

Caminó bamboleándose por el bosque, siguiendo el rastro de las raquetas, hasta que se topó con el viejo.

O lo que quedaba de él.

El cuerpo yacía inmóvil boca abajo en la nieve. Decapitado. En el lugar en el que debería estar la cabeza se encontraba el tronco congelado de un sauce derribado por la tormenta.

Medía unos seis metros de largo y su diámetro era de un metro. Le había arrancado el cuello de un golpe al viejo. La sangre fluía de la herida y teñía de rojo la nieve hollada.

Úrsula respiró con alivio.

El obstáculo había sido elimina-

do. Volvía ya a visualizar la hoguera: un cálido resplandor en lo más profundo de la gruta.

Abandonó el cadáver, recogió la escopeta usando los brazos y se arrastró hasta al refugio, guiada por sus propias huellas.



Irrumpiendo en la cueva, se aprestó a volcar la poca leña que le quedaba en la mochila. Lo hizo ayudándose de los dientes.

Como no podía doblar los dedos por la congelación, fue incapaz de montar la hoguera.

Sus ojos se anegaron de lágrimas mientras su cerebro pensaba de manera frenética una solución. Necesitaba recuperar la movilidad. Pero... ¿cómo?

Recordó en ese instante que en el cuento de Jack London el protagonista valoraba la opción de abrir en canal al perro que le acompañaba y hundir sus manos en las entrañas aún calientes para desentumecer los dedos.

Pensó en el viejo decapitado y, sin reflexionar un segundo, renqueó hasta el cadáver desandando el camino que había hecho.

Temblorosa por la ventisca, examinó la herida y se sorprendió de lo rápido que se estaba congelando.

Veía la cavidad del esófago. Era estrecha, aunque sus manos eran pequeñas y delgadas. Se quitó el guante derecho, hundió primero los dedos en el agujero para tantear y, empujando, se abrió paso a través de tejidos, músculos y membranas hasta introducir toda la mano hasta el abdomen.

El bosque helado restallaba sobre su cabeza, y temió que le fuera a caer alguna rama en la cabeza.

Siguió avanzando. La sangre y

las vísceras todavía estaban calientes. Su calidez revivía el índice y el pulgar de la derecha; los otros tres dedos no respondían. Continuó forzando, despedazando la musculatura, hasta que palpó una bolsa que imaginó que sería el estómago. Se detuvo ahí, ceñuda. Al cabo de un rato, empezó a sentir una comezón. Los ácidos gástricos estaban bañando su piel.

Extrajo la mano, goteando sangre, fluidos y entrañas. Aguantó una arcada, doblándose sobre la nieve. Se puso el guante derecho, porque ya notaba que se le volvían a congelar los dedos.

La mano izquierda no estaba tan afectada; las puntas de los dedos estaban teñidas de un ligero color azul.

Como el camino era ahora más espacioso, no tuvo que hacer mucha fuerza al meter la izquierda. Estuvo un par de minutos dentro del viejo y, con las manos desentumecidas, volvió a la cueva y se puso a trabajar.

En pocos minutos había montado una hoguera muy precaria: ramas de menos de dos centímetros de diámetro, entrecruzadas encima de un trozo de corteza de abedul.

La edificó en la parte posterior de la cueva; de este modo, las volutas de humo subirían hasta el techo y escaparían por la entrada.

Agarró una piedra y la golpeó con

furia varias veces contra el cañón pavonado de la escopeta.

Una chispa cayó y la yesca se encendió, pero las ramas no prendieron; estaban húmedas. Entonces Úrsula arrancó un pedazo de tela del bolsillo del anorak y lo acercó a la yesca encendida.

La tela ardió fácilmente. Úrsula sopló para avivar la llama. Cuando la humedad de la madera se hubo secado por el calor, el fuego se dispersó a las ramas finas.

En poco tiempo, la hoguera chisporroteaba con alegría. Las llamas devoraron las sombras de la gruta. Era una fogata más brillante de lo que Úrsula había imaginado, y tuvo que entrecerrar los ojos, deslumbrada.

Aproximó las manos al fuego. El calor era vivificante.

Poco a poco, se reactivaba el flujo sanguíneo en sus manos. Con el retorno de la circulación, llegó también un dolor sordo en los dedos.

Esperaría un poco en esa posición, y luego se descalzaría y pondría los pies al calor.

Sabía que su mano derecha quedaría mutilada, pero en ese momento le resultaba algo más que aceptable. El instinto de supervivencia estaba satisfecho, y no le permitía agobiarse por pequeñeces.

Úrsula contempló las palpitantes llamas y, pasados unos minutos, quedó hipnotizada por la danza que entretejían las lenguas de fuego. Alimentó la fogata con otra rama para que no parara el baile.

De pronto, se dio cuenta asombrada de que la tormenta había cesado. El ruidoso bosque era mudo ahora. Reinaba una calma perturbadora; ni un soplo hacía chasquear el ramaje de los sauces.

Prestó más atención, y se percató de que un sonido se elevaba de forma muy leve.

Un sonido lejano, cadencioso, parecido a uh-uh... uh-uh... Y seguía: uh-uh... uh-uh..., mientras la leña crepitaba en la hoguera.

Úrsula se puso los guantes, reptó y se asomó a la entrada de la cueva. Todo su cuerpo se quejaba a cada movimiento.

Todavía había luz en el cielo.

Acucillándose en la entrada sobre sus pies insensibles, contempló el paisaje boscoso desde lo alto del pecho. Permaneció un rato así, tiritando, luchando por no desfallecer, mientras esa melodía lenta, acompañada, flotaba en el aire... uh-uh... Era sedante como una nana.

Captó movimientos en la espesura.

Eran unos seres pequeños. No más de cuarenta centímetros de altura.

Una cabeza desproporcionada se balanceaba sobre un cuerpo rollizo de piel biliosa. Sus ojos eran círculos negros. La boca abierta emitía un espeluznante uh-uh.

Eran muchos, e iban hacia la cueva.

Y ante la mirada atónita de Úrsula, cada vez aparecían más. Agujereaban la nieve con sus manitas y

emergían como topos.

Úrsula soltó una risotada. ¿Sería posible que el viejo tuviera razón? No. Era imposible. Tenía que ser una alucinación, producto de la hipotermia. Intentó convencerse de que así era.

Pero no lo logró.

Al fin y al cabo, Úrsula era una mujer práctica: estaba en peligro, ¿qué importaba la naturaleza de ese peligro?

Detuvo su risa histérica. Regresó para apagar la fogata pero, de alguna manera, ya habían entrado en la cueva. De cerca esos monstruos eran todavía más repugnantes. Úrsula podía apreciar cada húmedo pliegue de su cuerpo algodonoso, cada destello que emitían esos horrendos ojos, cada espasmo de sus cuellos macilentos.

Arrodillados ante la hoguera, algunos hundían sus monstruosas cabezas en las llamas y convulsionaban. Otros bailoteaban como idiotas.

«Les gusta el fuego», recordó Úrsula.

¿Qué estaban haciendo? Prefería ignorarlo.

Los ojos de un Uh-uh se clavaron en Úrsula. El monstruo parecía intrigado, pero de pronto, gañó y corrió hacia ella.

Úrsula alargó el brazo, recogió la escopeta, la amartilló y apuntó.

Abrió fuego. La cabeza del Uh-uh estalló y la sangre, negruzca, salpicó la roca de las paredes. Sus compañeros, que se entretenían con la

hoguera, parecían ajenos a lo que ocurría a su alrededor, convulsionando y danzando en el fuego.

De entre las rocas emergían más Uh-uh, buscando la fogata.

Sabiéndose rodeada, Úrsula corrió afuera.

Los Uh-uh ya estaban escalando el repecho con dificultad. Úrsula deslizó hacia atrás el guardamanos de la escopeta para recargar y volvió al ataque.

Colérica, enseñaba los dientes mientras apretaba el gatillo.

Una. Dos. Tres detonaciones. Había una distancia de unos cinco metros con los Uh-uh más cercanos, de modo que los tres disparos hendirían la nieve. Pero no se rindió.

Un perdigón agujereó la cabeza a un Uh-uh. Dos balas más despedazaron a otro, y su sangre manchó la blancura bajo sus pies.

La escopeta rugía en sus manos. Los casquillos eyectados moteaban la nieve. Algunos tiros fallaban, otros acertaban. Los cuerpos de los Uh-uh convulsionaban al ser heridos, sus enormes ojos se desorbitaban y sus bocas formaban un círculo.

Los demás avanzaban implacables, sin dispersarse, emitiendo ese uh-uh como si fuese alguna clase de oración.

Úrsula apretó de nuevo el gatillo, pero la escopeta no vomitó ninguna bala. Reculó arrastrándose lejos de la cueva, esperando que los Uh-uh se dirigiesen al fuego y la ignorasen.

Un tirón en la pernera derecha hizo que se detuviera. No había funcionado. Tres Uh-uh trepaban por sus pantalones. Sus bocas se abrían mostrando unos dientes pequeños pero afilados como cuchillas. Le horrorizó la calidez de sus pieles, la pulsación de sus pequeños corazones en sus pechos.

Gritó. Se revolvió, forcejeando para espantarlos.

Uno escaló hasta la nuca. Mordió. Los pequeños dientes se hundieron en la piel desprotegida de su cuello, y Úrsula sintió la sangre caliente correr por su piel.

Tirando la escopeta, se dio un revolcón en la nieve.

Los Uh-uh se soltaron.

La cabaña del viejo, pensó Úrsula, levantándose. Tres kilómetros. Era su única salvación.

Volvió la risa histérica. Era incontenible.

Con aire de divertida desesperación, agarró la escopeta descargada y echó a correr. Corrió, corrió y corrió. No sabía de dónde salían las fuerzas.

Usaba la escopeta como un bate, aplastando a culatazos los cráneos de los Uh-uh que se interponían en su camino. Contó más de diez cabezas destrozadas. Pero otros muchos Uh-uh se enganchaban a sus pantalones y a su anorak, y escalaban hasta su cabeza, hasta el cuello o hasta las muñecas. Eran decenas los que se aferraban a su cuerpo. A su alrededor se apiñaban cientos entre los árboles. La algarabía era

ensordecidora.

Úrsula seguía corriendo con la esperanza de encontrar unas ventanas y un tejado en medio de la nieve.

Al fin, el peso de los Uh-uh que se apelotonaban a su espalda fue tal, que Úrsula se derrumbó sobre su barriga.

Veía su sangre goteando en la nieve. Escuchaba los gruñidos, el chasquido de los mordiscos, el crujido de la carne al ser desgarrada.

A pesar de todo, rio. Era asombroso, pero no había dolor ni miedo.

Estaba convencida de que nada de eso era real, de que todo era una pesadilla.

El viejo, la hoguera, la tormenta, sus dedos congelados, los Uh-uh... Nada tenía el más mínimo sentido.

No paraba de reír. Las carcajadas ahogaban todos los demás ruidos.

Una dentellada le arrancó una mejilla. Un ojo explotó bajo unos relucientes dedos afilados. Una zarpa centelleó al seccionarle el tabique nasal.

Estaba segura de que cuando la matasen despertaría, y de que volvería a ver a Raúl en el otro extremo de la almohada.

Entonces cerró el ojo que le quedaba. Intentó sonreír, pero un Uh-uh masticaba sus labios.

En la oscuridad, visualizaba la hoguera, consumiéndose.

Otro mordisco desgarró la yugular y la sangre manó a borbotones.

No tardó en llegar la somnolencia. Y Úrsula abrazó la oscuridad.





Penélope Fernández

Penélope Fernández (Sevilla, 1976) cursó la carrera de Biología sin saber que, en vez de formarse para estudiar virus mortales, en realidad se estaba preparando para escribir historias de terror científicamente correctas.

Ha publicado relatos de terror en tres antologías (“Bienvenidos al Hotel Caronte”, de Literup, “Mentes Brillantes y Oscuras”, de Hela Ediciones, y “Orgullo Zombi 3”, editada por Andrés Granbosque), además de dos novelettes (“Peter Fand”, de Hela Ediciones y “Las Treinta Mujeres del Capitán Jack”, de Ediciones Dorna).

Más adelante publicará otras historias de terror y fantasía, pero, aunque aún no sepamos con qué editoriales, sí estamos seguros de que estarán llenas de elementos oscuros, escalofriantes y muy, muy realistas.

ASÍ EN LA ALDEA COMO EN EL CIELO

Solo los depredadores encuentran placer en la caza. El terror, la desesperación y la lucha por sobrevivir pertenecen exclusivamente a las pequeñas bestias.

Aunque el sol brillaba con fuerza, la brisa de la montaña, que tenía deditos de hielo, buscaba cómo meterse bajo la ropa una y otra vez. Clara dejó la enorme maleta en el suelo para ceñirse la bufanda y calarse el gorro de lana hasta las orejas.

Contempló la calle principal con un escalofrío. La aldea era exactamente como en las fotos que le habían mandado: casitas, iglesia, montaña. Las casitas blancas y grises y la iglesia de piedra en el centro del pueblo, como en todos los pueblos pequeños. Aquí, sin embargo, la montaña era una mole gigantesca que se cernía sobre el pueblo. A Clara se le antojó especialmente amenazante, como si en algún momento un niño despistado fuera a chocar contra ella y a hacer que toda la masa de rocas se desplomara sobre las casitas blancas y grises.

Pero la calle principal parecía encantadora. Para el corazoncito de



ciudad de Clara, que no hubiese ningún coche aparcado suponía una buena señal. Implicaba silencio, paz, y todo lo que soñaba que fuera salir, al fin, de casa de sus padres. La calle comenzaba a sus pies, en la estación de autobuses, y se deslizaba por el pueblito como una serpiente, subiendo la cuesta hasta la plaza de la iglesia y partiendo en dos la aldea de Ledos.

Clara aspiró el aire fresco, y se dijo que este sería el primer día del resto de su vida.

y la lucha por sobrevivir

Después de las novedades de la primera semana llegaron las responsabilidades de la segunda y la rutina de la tercera. La farmacia la absorbió como si llevara años trabajando allí, despachando pastillas para la tensión y recomendando marcas de pasta de dientes. El dueño, el señor Tomás, la trataba como si fuera su nieta, y ella, feliz, se dejaba cuidar.

Todo a su alrededor era absolutamente encantador, hasta el canto del gallo que la despertaba al amanecer. El aire de la mañana era helado, porque bajaba desde la cima de la montaña. Para cuando llegara abajo del todo, al valle, sería como una brisa fresca de primavera. En Ledos, sin embargo, Clara se veía obligada a comenzar sus días con abrigo, gorro y bufanda, aunque al mediodía, al volver

a su piso a almorzar, lo llevara todo colgando del brazo.

La aldea poseía su propia banda sonora, compuesta por la incesante melodía de los ruiseñores, el alboroto de las gallinas, los rugidos de los cerdos. A lo lejos se escuchaba, de vez en cuando, a un burro o a uno de los perros que deambulaban, a solas, por las calles. Clara se despertaba cada mañana con una sonrisa satisfecha, segura de haber encontrado al fin su sitio.

Su llegada a la aldea había causado tanta curiosidad que, en solo en el primer mes, los quinientos habitantes de Ledos se habían pasado ya por la farmacia «a ver a la nueva». Cada vez que sonaba la campanita de la puerta, el señor Tomás la presentaba con orgullo. Le parecía a Clara que la inmensa mayoría de los ledanos superaba los ochenta años de edad, al igual que su nuevo jefe, que le había confesado la razón de su contrato: estaba deseando jubilarse, pero no quería dejar a Ledos sin farmacia. Fue un gesto de su rostro, tan sutil como deliberado, el que terminó la conversación sin palabras:

«Si trabajas bien y quieres quedarte, la farmacia es tuya».

Pero Clara no sabía si quería quedarse a vivir para siempre en la aldea.

Solo los depredadores

Una de las personas que iba allí de cuando en cuando distaba mu-

cho de ser un anciano. Guillermo, el hijo más pequeño de la señora María, era uno de los pocos jóvenes que habían vuelto a la aldea tras completar sus estudios. Los aldeanos los contrataban para ayudar en las huertas, arreglar ventanas y otros trabajos menores. Cuando nadie los necesitaba, se reunían en el bar o salían a correr por el paseo del río.

A Guillermo lo llamaban «el mozo», y los ancianos del pueblo lo adoraban. Contaban, orgullosos, lo alto y fuerte que era, lo bien que hablaba y lo listo que había salido. Pero Clara tenía pesadillas con sus ojos, que se deslizaban por su cuerpo sin permiso ni disimulo. Con sus manos, que vigilaba cuando le daba la bolsa con el pedido, a pesar de que los separaba un mostrador. Con las sonrisas cómplices que cruzaba con sus amigos cuando la veía por la calle.

Cuando iba a la farmacia, a Clara se le erizaba la piel. Presentía su mirada cuando se daba la vuelta a coger las cajas, cuando bajaba la cabeza a contar el cambio. Esa sensación desagradable en la base de la nuca que, si se le permite, tiene el poder de salvar vidas.

En la farmacia todo eran risas. A los ledanos les parecía encantador que Guillermo hubiera elegido «a su moza», y raro era el cliente que no hacía un comentario al respecto.

—¡Qué pareja más bonita! ¡Ya veréis cómo de grandes y hermosos os salen los hijos!

—¿Ya te ha llevado a ver las cuevas? Aquí hay mucha costumbre de ir a visitar las cuevas por dentro.

—¡Qué pillina! Un novio así de guapo no se encuentra en la ciudad, ¿eh?

Clara comenzó a improvisar cada noche una nueva ruta para volver a casa. Se deslizaba en silencio por las calles de Ledos andando deprisa, mirando hacia atrás cada pocos pasos, atenta a los sonidos de su alrededor como una liebre que se ve obligada a atravesar un campo de amapolas.

Y, cuando los ancianos del pueblo empezaron a llamarla «la moza» con evidente afecto, Clara estuvo segura de que no iba a quedarse en la aldea, ni siquiera a cambio de una farmacia.

a las pequeñas bestias.

—¿Eso es un tatuaje? —preguntó la señora Purificación, ligeramente escandalizada, ajustándose las gruesas gafas.

Clara se miró el hombro izquierdo, y vio que la manga de la camiseta se le había subido al levantar el brazo.

—¡Pero si es muy normal, Puri! —exclamó el señor Tomás—. En la ciudad se lo hacen mucho.

—¡Bah! —chascó la anciana con los labios—. Ahora ves a los mozos y las mozas pintarrajeándose el cuerpo sin parar. Algunos ya no se acordarán ni de qué color los parió su madre.

—Al menos el tatuaje es bonito — trató de defenderla él.

—Sí, bueno, reconozco que el dibujo es bonito, en eso tiene usted razón. —La señora Purificación guiñó los ojos y acercó la cabeza al brazo de Clara—. ¿Qué es, un ratón?

—Es un jerbo —corrigió Clara con una sonrisa paciente—. Es... un tipo de roedor, como los ratoncillos de campo. Vi la foto en internet de un jerbo monísimo que llevaba una florecita amarilla entre las patitas, y se la llevé al tatuador. Hizo un buen trabajo, ¿verdad?

—Es muy bonito —repitió su jefe—. Muy de Seramis.

Clara iba a preguntar qué significaba ese nombre, pero la señora Purificación se le adelantó.

—Ya le habrás contado a la moza lo de la fiesta, ¿no?

La mirada culpable del farmacéutico iba acompañada de una sonrisa de disculpa, que no hizo nada por apaciguar a la anciana.

—¡Estos hombres! —bufó ella antes de dirigirse a la chica—. Seramis es el dios de Ledos. En esta montaña está el Cielo, y aquí viven los dioses. Te vienes a la fiesta, ¿verdad?

—¿Cómo el Olimpo? —se interesó Clara, fascinada a su pesar.

—Sí, como eso de los griegos. Pero los dioses de aquí son todos españoles. Y en cada pueblo hay un santuario chiquitín, así como hasta la rodilla, hecho de las rocas de las cuevas. Cada aldea tiene el suyo.

—¿Cada aldea tiene su santuario?

—Su dios. Todos los pueblitos de por aquí tienen su dios, y Seramis es el nuestro. Se encarga de la caza, así que celebramos su fiesta en octubre. ¿Vas a venir?

«Dioses paganos y fiestas de culto», pensó Clara, «si hubiera elegido Antropología tendría medio escrita la tesis doctoral».

—Justo antes de que tú llegaras tuvimos la de Cerro Testigo —comentó el señor Tomás—, y en el centro de las mesas pusieron una efigie de su dios hecha con flores blancas.

—Creo que para la nuestra están preparando algo también, yo me muero de ganas de verlo. —La señora Purificación terminó dando una palmada afectuosa al brazo de Clara—. Y tú, ¿qué? ¿Vas a venir? ¡No te lo puedes perder, es tu primer año en Ledos!

«Y el último», pero se guardó de decirlo en voz alta.

—No lo sé... —titubeó, sin encontrar una excusa que le pareciera aceptable—, a lo mejor me paso, ya veremos.

—¡Tomás, convéncela! —exigió la anciana—. ¡Que se venga por lo menos a la comida!

placer en la caza

La comida.

El banquete, más bien. Ante la atónita mirada de Clara, toda la explanada a las afueras del pueblo había sido convertida en un salón

comedor. Mesas largas decoradas con flores, mástiles altísimos que sostenían guirnaldas y los comensales de las cinco o seis aldeas cercanas, de pie y conversando con vasos de vino en las manos.

—¡Clara! —sonó a su derecha. Al volverse, vio a la señora Purificación con su corro de amigas, y todas le hacían señas para que se acercara—. ¿Acabas de llegar? ¡Cómo no tienes nada que beber, chiquilla! ¡Vosotros, ponedle una copa a la moza!

El vino estaba fuerte de sabor, pero también era dulce, y caliente, la bebida perfecta para pasar la tarde en la montaña. El sol avanzaba demasiado deprisa por el cielo y la brisa fresca que hacía necesaria una chaqueta ligera sería, en un par de horas, como abrir la puerta del congelador.

Clara se adentró en la multitud, insegura por no reconocer a nadie y, al mismo tiempo, contenta de que hubiera tanta gente —protectores, testigos— en caso de que pasara algo. Paseó por la explanada con curiosidad, con su copa de vino en una mano y cerrándose el abrigo con la otra. Bebía a sorbitos, tratando de que la copa le durara todo lo posible. No quería que se le subiera a la cabeza.

Clara iba devolviendo los saludos de sus vecinos y rechazando con educación todo lo que le ofrecían. Platos que parecían deliciosos, jugosos y especiados, con nombres imposibles: empanadas de burra,

coladeros, flores de trigo, carmones de anís... Conforme se acercaba la noche, Clara notaba cómo la pelota de su estómago se iba haciendo más ligera.

Eran buena gente. Seguro que estaba exagerando. Seguro que no tenía nada que temer.

En cuanto oscureció, tuvo la sensación de que ya era hora de volver a casa. Pero era más fácil decirlo que hacerlo porque los aldeanos trataban de tentarla con dulces y con algo llamado la Cola de Seramis.

—¿Qué es eso, otro postre?

—¡No, no! —rieron—. ¡Es la procesión! ¡Lo mejor de la fiesta! ¡Deben estar al llegar, no puedes irte ahora!

Con los nervios adormecidos con el ambiente y la buena compañía, Clara asintió después de pensárselo un poco. Después de todo, quizás no era tan buena idea volver a casa sola sabiendo que todo el pueblo estaría en la explanada. Tomó otro sorbito de vino. No, mejor esperar a que algunos vecinos abandonaran la fiesta, y así volverse con ellos.

Los aldeanos que se apelotonaban al otro lado de la hoguera empezaron a gritar, y Clara estiró el cuello para ver qué pasaba. De repente, la Cola de Seramis estaba por todas partes. Los jóvenes que la formaban, disfrazados con sábanas viejas, un corsé de paja trenzada y un gorro hecho de larguísimo pelo de animal, se infiltraron en la multi-

tud a toda velocidad, abrazando a unos, bailando con otros, y provocando así el jolgorio de los aldeanos.

Era caótico, pero también alegre y divertido. Clara tuvo cuidado de mantenerse lejos del bullicio, pero no pudo evitar sonreír al ver a los ancianos disfrutando de la fiesta.

Entonces algo chocó contra su espalda, la copa se estrelló contra la hierba, a sus pies, y sintió cómo la agarraban por la cintura.

No era un abrazo como el que habían recibido los demás. Clara perdió pie de repente, y estuvo a punto de irse al suelo por el impacto. Antes de que alcanzara a ser consciente de lo que ocurría, ya la habían arrastrado varias decenas de metros.

Gritó.

Chilló y pataleó.

No sirvió de nada.

El terror

La atmósfera del interior de las cuevas era tan lúgubre como se la había imaginado. Las paredes de piedra húmeda hacían que el frío de la noche se colara en los huesos, y los gritos de Clara se amplificaban en lo profundo.

Cuando la soltaron, cayó sin remedio al suelo de roca. Las manos, que usó para detener el golpe, quedaron húmedas y pintadas con sangre y verdín. Se dio la vuelta tan rápido como pudo, los ojos ahogados en lágrimas y la garganta rota

del llanto.

De espaldas a la suave luz de las hogueras, que apenas iluminaba los primeros metros de la caverna, Guillermo la miraba conteniendo la risa, como un niño que acaba de hacer una travesura.

—Esto no te lo esperabas, ¿eh?

—Su sonrisa era burlona, pero no cruel. Acostumbrado a salirse con la suya, no podía ni imaginarse que Clara lo estuviera contemplando con otra cosa que no fuera admiración.

Ella retrocedió hasta apartarse del alcance de sus manos, temblando de horror y frío.

«Tenía que haber cogido un cuchillo», se recriminaba. «Soy imbécil». En algún lugar del fondo de la caverna, una gota de agua retumbaba a intervalos regulares. Clara se pasó la manga del abrigo por la cara para limpiarla de mocos y lágrimas, e intentó razonar con Guillermo.

—No me mates, por favor... —El hilillo de voz que le salió quedó casi ensordecido por el roce de sus botas mientras se arrastraba por el suelo, poco a poco, hasta que dio con la espalda en la pared de roca.

Pero no era roca. No del todo, al menos. Clara giró la cabeza, sobresaltada por el cambio de textura y el calor que desprendía el bloque sobre el que se apoyaba, y vio que era uno de los santuarios de los que le había hablado la señora Purificación. Poco más que un mojón de piedra, con una forma que re-

cordaba, vagamente, a un animal que podía ser desde un ratón a una ardilla, de lo deformado que estaba por el tiempo y el agua de las cuevas.

Y Clara lo había manchado de sangre al apoyar la mano.

Un segundo después se encontró inmersa en una oscuridad total, que pasó sobre su cabeza como una sombra y, para cuando se plantó entre Guillermo y ella, se había convertido en una masa aparentemente sólida. Pero, por alguna razón, la sombra no despertó su instinto de salir corriendo.

«Porque no es un depredador», se le ocurrió de repente, los ojos imposiblemente abiertos y la respiración atascada en el pecho. «Este es Seramis, el dios de la caza».

«Pero no de los cazadores», le susurró una nueva voz desde dentro de su cabeza. Clara negó con energía, comprendiéndolo todo, al fin.

«Nunca de los cazadores, nunca. Dios de las presas, de los animalillos que huyen para salvar la vida. Dios de los chillidos en la noche, de los corazoncitos diminutos que laten a mil por hora, de las innumerables vidas que finalizan demasiado pronto por culpa de un solo paso en falso».

Y, si adoras al dios de las presas, no suele ser buena idea comportarse como un depredador.

placer en (...) sobrevivir

Fue horrible, lo que le hizo.

En la lucha por sobrevivir, no siempre ganan los depredadores. Y, en esos raros y extraordinarios momentos en el que la presa, aterrada y desesperada, logra librarse del abrazo de la muerte, el desenlace no suele tener un final feliz para el cazador. Porque los animalillos que huyen tienen garras, veneno, colmillos, espolones y nada que perder.

Guillermo ni siquiera llegó a gritar. Solo pudo convulsionar en silencio suspendido en el aire, los ojos vueltos, la boca abierta en una mueca espantosa. La súbita descarga del contenido de sus intestinos se derramó por el suelo de la cueva, salpicándolo todo y llenando el aire de un olor nauseabundo y potente.

Cuando al fin terminó todo y su cuerpo se desplomó, carne blanda contra piedra, recordaba más a una piel vieja descartada por una serpiente que a un ser humano. Clara se levantó, aún con las rodillas como un flan, se limpió la cara con la manga de su abrigo y salió de la cueva tambaleándose. Fuera hacía más frío que nunca, así que se dirigió hacia las mesas de la explanada, donde aún quedaba una pequeña multitud. Se sentó, se sirvió vino caliente con unas manos que aún sangraban y que no dejaban de temblar, y comenzó a comer con ganas. Estaba hambrienta.

A su alrededor se hizo el silencio. Las cabezas de los ledanos giraron hacia la entrada de las cuevas, y

unos pocos se acercaron a comprobar qué había pasado.

Cuando oyó los gritos, Clara sonrió con la boca llena, y cogió otra empanada.

Ahora sí que iba a ser feliz en la aldea.





Alan Martín Jerónimo

Alan Martín Jerónimo nació en Salobreña (Granada, España) en 1997. Es graduado en literaturas comparadas por la universidad de Granada, y ha estudiado un máster en estudios literarios y teatrales y otro de profesorado especializado en lengua y literatura en la misma universidad. Ha publicado anteriormente en la revista literaria *Silva Negra* (ayuntamiento de Carcabuey) y ganó el VIII Concurso Literario de Sonetos "Un caleidoscopio de letras" de mundo escritura.

KITSUNE

Japón, en el periodo de Edo.
Una noble doncella escapa
de su ciudad ardiendo.
Las ramas de los árboles
se han rendido y se inclinan
bajo el dominio de la escarcha.
La rodea de pronto una manada
de lobos blancos.
Pero antes de que todo sea rojo,
en el trayecto hasta sus ojos
de sus dos mangas,
ve el blanco sobre blanco,
el todo
 uno
de la nieve y los lobos y del mundo,
y entonces es como si el alma humana
dejara verse en torno a ella.

Pero un joven soldado de su bando
que la había seguido, da con ella
y da muerte a los lobos,
y la nieve se mancha con su rojo.
Ella sonríe y se le abraza.
Él se rinde a su abrazo.
Y un súbito dolor
se le clava en el hombro.
Aquello no era una doncella,
era un zorro, el *kitsune*.
Y el *kitsune* entendía el alma humana.

Mientras lo devoraba,
el zorro rojo
parecía mezclarse con la nieve:
el rojo sobre rojo,
no el blanco sobre blanco:
aquello sí era el alma humana.







J.D. Martín

J.D. Martín lleva escribiendo desde que descubrió en la literatura el mejor de los exorcismos. Sus relatos cortos, siempre en los géneros noir y terror, le han permitido ser seleccionado en varias antologías y ganar algunos premios.

Colabora con sus artículos sobre literatura en publicaciones como *Círculo de Lovecraft* o *Dentro del Monolito*, y con su voz en podcast como *Terror y Nada Más*, *Orgullo Zombie*, *Territorio Extrañer* o el programa *Forjadores de Relatos* en Twitch y You Tube.

Por decisión de sus jefes, los lectores, ha publicado cuatro novelas protagonizadas por el detective Jonathan Silencio, el más popular de sus personajes, que ha vendido más de dos mil ejemplares y del que prepara una nueva aventura.

Seguirá escribiendo mientras los lectores le den la oportunidad de compartir con ellos sus historias y mientras queden ángeles y demonios por exorcizar.



TEMED AL BOSQUE

Cinco de la mañana. Suena la alarma del móvil. Sonidos de la naturaleza 3, que no conviene levantarse alterado. Metes una cápsula en la cafetera y añades un chorrito de leche. De brik, que es de donde sale la leche. Al trabajo, son tres paradas y un transbordo en el metro. El cielo está ahí, en algún lugar, pero apenas has podido verlo. Ni siquiera lo has intentado. Tu mundo no tiene raíces sino raíles, tu sol es LED.

Hora del almuerzo. La máquina expendedora del pasillo te suelta un sándwich vegetal y un zumo cien por cien libre de aditivos. Comunión con la naturaleza.

Aprovechas la pausa, sacas tu libreta de papel reciclado de la mochila y empiezas a escribir. Tienes muchas ganas de acabar tu relato de terror rural para la revista Pulporama, a ver si te escogen, porque tú de esto controlas. Te gusta

el tema.

Y te das cuenta de que el bosque, la tierra, lo rural y sus características no son tan conocidas, tan cercanas. A día de hoy sabemos poco de lo que vive más allá del asfalto. Tal vez por eso nos asusta, aunque menos de lo que asustaría a nuestros abuelos, a quienes vivieron hace cien o trescientos años. O de una manera diferente.

El terror rural, en su aspecto sobrenatural, es en origen el miedo a lo incontrolable del entorno. Historias de hoguera sobre seres feéricos, dioses caprichosos y monstruos ocultos en la espesura se llevan contando desde que nos preguntamos quiénes somos y en qué mundo vivimos. La explicación mitológica y religiosa es la primera que las sociedades usan, y es lógico. Cuando uno está ocupado en conseguir alimento o refugio no tiene demasiado tiempo para la investigación

científica. Así que inventamos dioses, tememos al invierno, dotamos al bosque y a la tierra de una personalidad. Todo ello como mecanismo de supervivencia. Para evitar que Caperucita se interne en el bosque y muera devorada por el lobo. Para propiciar las buenas cosechas rezamos a los espíritus forestales, respetamos sus lugares sagrados y les ofrecemos sacrificios. Por tanto, y durante mucho tiempo, este terror es un sistema de advertencias, de comportamiento para preservar tanto los recursos que la naturaleza ofrece como nuestra seguridad en un entorno hostil.

Las cosas cambiarán a medida que la sociedad tiende al urbanismo, los núcleos de población crecen y la industria, primero en talleres artesanales y después en fábricas, va ocupando espacios. Finales de la Edad Media, Revolución Industrial... son varios los puntos de inflexión, es lento el camino, pero constante en su avance implacable y, en opinión de este redactor, también equívoco en muchos aspectos.

Olvidamos pues que el invierno llega porque Perséfone desciende al Inframundo, que la primavera resurge cuando las hadas de la segunda Corte vuelven a cruzar el velo, que enfurecer al Nuberu traerá tormenta...

Olvidamos, en resumen, el origen de lo que comemos, del aire que respiramos, del agua que bebemos. Y nos asentamos en una zona de confort que requiere menos esfuer-

zo, es más limpia y cómoda. Los antiguos dioses duermen, ya no les despiertan nuestras oraciones. Y compramos que eso nos hace más libres, modernos, independientes y avanzados. No digo que no sea cierto, pero también implica una pérdida de capacidades. Nos quedamos sin las herramientas necesarias para enfrentarnos al terror rural sobrenatural.

La narrativa fantástica, que es lo que hemos venido a hablar, ha dado frutos maravillosos siguiendo estas premisas. Los cuentos infantiles, esas historias de hoguera a las que aludí en principio, evolucionan con la sociedad. Por eso se atenúan sus aspectos más crudos cuando los hermanos Grimm (y muchos otros) recopilan, reestructuran y cambian los relatos. La sociedad de su época es más urbana, más técnica. Ese revisionismo vuelve a darse en diferentes etapas, pero por suerte para los aficionados a lo fantástico y al horror, quedan siempre investigadores fieles a la esencia de los cuentos. Los sauces o Wendigo, de Blackwood, Ritual, de Pinner o Los chicos del maíz, de King son algunos ejemplos destacados, que no únicos, de narrativa fiel a la esencia, capaz de adaptar la realidad humana, mutable y cambiante, a la otredad de la naturaleza, inmutable y paciente. La idea de una verdad natural, terrible o generosa dependiendo de nuestro comportamiento hacia ella, permanente en el tiempo pese a haberse sumergi-

do en el sueño del olvido, es terrorífica. Nos transmite la sensación de que algo espera más allá. De que no podemos dominar nuestra relación con ese algo, tan sólo aceptarla y corresponder, o enfrentarnos y destruirla. Estamos, por tanto, desarmados. No hay negociación posible. Y lo terrible de esta realidad es que, al enfrentar a la naturaleza, lo rural, lo agreste, hemos de aceptar la destrucción de una parte de nosotros mismos.

Matar al dios de las cosechas, al espíritu del río, al hada del bosque, es sentenciar a muerte aquello que nos alimenta y sostiene aún desde lejos, aún cuando nuestra moderna forma de vida nos incite a creer que la leche sale de los briks y el agua del grifo, caliente o fría según nuestro capricho y necesidad. Algo que reflejaba muy bien la película *Hellboy 2: el ejército dorado*, por acudir a un ejemplo que creo conocido.

Así, podríamos definir el terror rural sobrenatural como un reencontro entre el ser humano y su entorno más primitivo, encuentro en el que hemos olvidado las reglas de comportamiento para convivir o sobrevivir al entorno, y por tanto sufrimos el estupor, la incredulidad y la indefensión. Predominan los fenómenos climáticos adversos, que dificultan la percepción del protagonista. Nieblas, tormentas, noches cerradas. Si en el romanticismo estos rasgos son parte del escenario, el terror sobrenatural

rural los convierte en personajes, o armas del personaje preternatural para enfrenar al humano. Resulta también vital la importancia de la tradición, ceñida a un ámbito local, cerrado y poco permeable. El ser humano será invasor, bien por voluntad propia o fruto de la casualidad, y su acceso a la información, al trasfondo del fenómeno, estará sujeto bien a la propia experiencia, bien a la figura de un mentor que conozca el folclore y la tradición. Este mentor puede ser un humano que preserve las antiguas tradiciones o un ser preternatural cuya actitud hacia los hombres es menos agresiva.

En un segundo acercamiento al terror rural hemos de obviar los fenómenos sobrenaturales, ciñéndonos al conflicto entre las personas. En este caso es el aislamiento lo que suele definir el peligro. Comunidades cerradas, endogamia, temor al extranjero, a lo diferente.

La religión, del tipo que sea, suele tener un papel importante como vehículo de la conducta de la comunidad. A diferencia del terror sobrenatural, esta espiritualidad no tendrá una manifestación física, tan sólo marcará las reglas del juego. Es decir, determinados modos de actuación serán los aceptables para algunos personajes, y otros, los que se enfrentan al conflicto, ignorarán cuál es el comportamiento adecuado.

El esquema habitual puede partir de unos forasteros que llegan a la

comunidad cerrada, sea esta una familia aislada o toda una población, aunque también podemos encontrar uno o varios individuos de esa comunidad que quieren romper las reglas del juego, tomar un partido diferente, buscar otro futuro.

El peso de lo psicológico es muy relevante en esta narrativa. La comunidad te vigila. El lugar es demasiado pequeño para que pases desapercibido, y siempre hay alguien que sabe dónde estás, con quién hablas y qué haces. El papel de vigilante, los ojos y oídos de la comunidad, suele recaer en figuras de autoridad. Sacerdotes, alcaldes, policías locales. Un recurso natural y evidente puesto que pueden moverse con libertad, son referentes para el ciudadano medio y reciben respeto por su cargo.

El drama se producirá por un cambio en lo establecido. Llegará al pueblo un forastero que ha heredado allí una propiedad, o alguien que quiere explotar los recursos naturales, o un viajero que ha sufrido una avería en su coche... un elemento de cambio, en todo caso.

Las costumbres y objetivos del forastero son diferentes a las locales, por lo que el conflicto se desata. En un primer momento, habrá una fase de vigilancia, en la que el personaje de autoridad suele entrevistarse con el extranjero, marcando las pautas.

La tensión crece cuando el forastero no se ciñe a las normas de la co-

munidad, y la escalada suele acabar en un enfrentamiento crudo, muy explícito. Después de todo, una comunidad rural no usa armas refinadas y acabar con alguien a golpes de azada resulta muy coherente.

En este tipo de narrativa solemos encontrar un personaje global, sea la familia o el pueblo. Personaje global en cuanto a que se vive una complicidad entre ellos, una ley del silencio que aislará a los forasteros, un compromiso para defender lo propio y aislarse de lo extraño, sin juicios morales sobre lo benéfico de esas influencias externas. Las cosas son como han sido siempre y así deben seguir. La negociación es, de nuevo, imposible, o al menos muy difícil.

En ocasiones el forastero encontrará cierto apoyo en un personaje local. El recurso más utilizado y tal vez demasiado fácil es establecer una relación sentimental más o menos incipiente entre el recién llegado y alguien de la comunidad que siente la inquietud de salir de allí y vivir una vida distinta. En mi opinión, siempre discutible, se ha abusado del hombre maduro que impresiona a la chica guapa del pueblo, la cual suele acabar destripada por la comunidad o rescatada por el forastero, en un retruécano no siempre meritorio del príncipe y la dama a rescatar en los cuentos de hadas.

En todo caso, podemos definir los rasgos necesarios del terror ru-

ral costumbrista en los parámetros mencionados, y sin duda es un experimento interesante retomarlos a día de hoy, cuando el desarrollo de las ciudades, la despoblación del medio rural y la globalización capaz de aislar a los más cosmopolitas en burbujas de acero y hormigón son más acentuadas que nunca.





Ioseba Vilas

Ioseba Imanol Vilas Molina (Donostia-San Sebastián, 1973). Hijo de libreros, y precisamente muy influenciado por ellos desde muy pequeño se aficiona a la literatura, los tebeos, cómics, el cine, las series, y Artes en general. Cursa y culmina sus estudios como Técnico Superior en Artes Plásticas en EAD de San Sebastián. Ha tomado parte en diversos concursos y exposiciones de humor gráfico, fotografía, micro relatos, cómic, caricatura, logotipos, ilustración, o cartelería entre otras disciplinas, obteniendo diversas menciones y galardones, participando en varias publicaciones, y colabora asiduamente con entidades de ámbito cultural y deportivo. Es cofundador y autor de las ilustraciones y parte de los textos del fanzine La Valla, en el cual se abordan temas relacionados con el cine, el terror, y la ciencia ficción, y que está íntimamente ligado a la Semana de Cine Fantástico y de Terror de San Sebastián de cuya "Guerra de fanzines" ha resultado ganador hasta en cuatro ocasiones. Algunas de sus ilustraciones y micro relatos han sido seleccionados para los primeros números de la revista Pulporama.

INTO THE WOODS





Javier Lobo es el pseudónimo tras el que se oculta un escritor andaluz residente en Sevilla. Siempre tuvo el gusanillo de la lectura (de la que es un consumidor voraz) y la escritura, con la que ya empezó haciendo sus pinitos durante la adolescencia, pero que no retomó hasta 2012 debido a un largo periodo de baja provocado por un accidente laboral que a punto estuvo de dejarlo lisiado.

A lo largo de su aventura bloguera ha recibido numerosos premios por parte de otros autores de la Blogosfera, y ha llegado a tener su propio programa de radio, "El Brillo de la Tinta", en la emisora digital Epika Dial (<http://www.epikadial.com/>). En abril de 2017 publica "La Carne del Pecado" (relatos eróticos) que presentó en el primer Evento de Literatura Romántica-Adulta del Norte (NORA) (Santander, mayo de 2017), y en diciembre de ese mismo año publica "El Rey Escorpión" (novela corta-relato erótico largo). Ha participado en diversos concursos, siendo seleccionado para las siguientes antologías: Diversidad Literaria, Editorial Donbuk, Editorial Pulpture. También ha colaborado con las revistas digitales "Círculo de Lovecraft", "Tentáculos y Cuervos", "Visiones de un Japón Oscuro", "Vuelo de Cuervos", "Rigor Mortis", en las convocatorias "Extrahumanos-Mutaciones" y "Titanes" de la editorial Aeternum, Alta-voz Cultural, Revista Quinta Raza, finalista en el concurso de relato corto convocado por "La Librería" (Sevilla), o el fanzine de aparición anual "From Outer Space". "El faro del fin del mundo" resultó ganador de la V Convocatoria de Microrrelatos de La Parroquia en la revista digital Vuelo del Cometa, siendo convertido, además, en radioficción para su canal en Ivox. Igualmente, su relato "Las ratas" (disponible en su blog "El Brillo de la Tinta" dentro de la serie de relatos titulada "El club de los Primeros Bastardos") ha sido convertido en radioficción por el portal digital "Dentro del Monolito" en voz del también autor J. D. Martín.

LA PIEL

Tendió el cuerpo sobre la sucia mesa de madera, tomó un cuchillo de despiece, con la hoja pequeña, casi en forma de guadaña, con aquel pico en la parte inferior que, en ocasiones, rozaba su grueso e hirsuto dedo índice, y comenzó. Clavó con fuerza el córneo apéndice de su hoja en la ingle y desgarró la piel con suavidad hasta el cuello, dejando a la vista la cavidad abdominal.

Las vísceras brillaron lustrosas a la luz de la sucia bombilla que pendía del techo y que despedía sobre las paredes las inquietas sombras de moscas y mosquitos. Introdujo las peludas manos y sus rollizos dedos de uñas ennegrecidas arrancaron las entrañas, que dejó caer dentro de un oxidado cubo de peltre con un sonido húmedo.

Comprobó el estado de la piel. Era excelente. Suave y flexible. Idónea para una lámpara de mesa. A mamá le gustaría. Una bonita lamparilla para su mesita de noche que la alumbrase cuando leyera por la noche antes de dormir. Bueno, tampoco es que mamá leyera mucho ya. Su vista ya no es lo que era, y



cada vez se encontraba más y más cansada. De todos modos, para él seguía siendo la mamá más bella del mundo, la que le llevaba a rstras por las mañanas al colegio, la que jugaba con él a identificar los distintos tipos de ardillas y ranas que se iban encontrando en el camino, la que no le ponía de comer si sus notas no eran buenas, o la que le castigaba con el sótano cuando se portaba mal.

Mamá...

Desolló todo el cuerpo. Comprobó el estado de la piel. Estaba perfecta. Ni un solo desperfecto más allá de los cortes que había tenido que efectuar para separarla de la carne. Ahora venía la parte más divertida: el despiece. Tenía que separar la carne de los huesos... salvo las costillas, que esas estaban buenas con el hueso y todo, vaya... y luego a salarla con mimo. Quizás un toque final de ahumado, con eneldo y azúcar, quemando madera de nogal a ritmo lento. Sin prisas. Los alimentos cocinados a fuego lento son los que saben mejor, o eso le decía siempre mamá.

Mamá era la única que no se burlaba de él por tener el cerebro un poco lento. Todo el mundo se reía de él por eso, y por su manera de hablar, tan lenta y pausada, cargada de ceceos, tan inadecuados y que odiaba sobremanera. Pero mamá no se burlaba de él por el hecho de no saber hablar bien.

Tenía otras habilidades.

Se le daba bien la caza y la pesca.

Vaya que sí. Lo mismo traía un ciervo abatido de un certero tiro, que arrancaba de las aguas a un monstruo de río como un siluro de cien kilos tras una lucha titánica. Luego los preparaba y los vendía en el mercado del pueblo, o venían de las granjas limítrofes para ver qué había obtenido de las entrañas del bosque el bueno del *Bill el Lento*.

Bill el Lento... No, no le gustaba nada ese mote. Ni a mamá tampoco. Tampoco le hizo mucha gracia cuando el doctor Raymond, el médico del pueblo, le diagnosticó una cosa que llamaba idiocia. No sabía lo que era, pero sonaba muy mal. Mamá discutió con el viejo galeno hasta que cogió una pesada cabeza de porcelana en la que se marcaban las distintas partes del cerebro y le golpeó en la cabeza.

El doctor Raymond cayó al suelo, junto a su mesa, con una enorme brecha en una de las sienes que no paraba de sangrar. El caño de sangre escarlata que manaba por entre los labios de la herida le pareció de una hermosura indescriptible. Entonces mamá se tiró encima de él, golpeando con fuerza el cráneo con aquella cabeza de porcelana hasta que la del bueno y viejo doctor Raymond no pasaba de ser una masa gelatinosa sanguinolenta sobre las baldosas del suelo.

Fue entonces cuando se percató de que a mamá se le habían levantado las faldas y que le estaba viendo parte del culo, porque las bragas habían quedado engullidas

entre sus nalgas. Sintió un extraño calor entre las piernas, y un furor intenso se adueñó de sus tripas. No supo lo que era hasta que no comenzó a tocarse algunos años más tarde, todavía obsesionado por la imagen de las piernas y las nalgas desnudas de su madre. De hecho, comenzó a espiarla por un agujero en la pared mientras se bañaba cada día, masturbándose mientras veía el cuerpo desnudo de su madre sumergirse en un baño de espuma.

Eso fue hasta que le pilló. Le azotó con una vara verde y lo encerró de nuevo en el sótano, entre arañas, ratas y otras alimañas. Pero mamá no se dio cuenta de que ya no era un castigo para él, sino una forma de jugar y de ver cosas nuevas.

Ahora se iba al bosque a acechar, sobre todo a las chicas, aunque poco importaba si iban con sus novios o no. Era grande y fuerte, y acostumbrado a bregar con las bestias salvajes, así que un universitario no le suponía ningún gran esfuerzo.

Tiró de la cadena, y el mecanismo de polea elevó el cuerpo de la chica a un metro del suelo, con la cabeza desollada goteando sobre el polvoriento suelo. Dejaría que toda la sangre se escurriese hasta que no quedara ni una gota antes de comenzar con el despiece y tratamiento de la carne. Se detuvo un momento a ver la piel del rostro, aún unida por la frente al cabello.

Una nueva máscara para mamá.

La verdad es que cada vez tenía peor cara. Fue la última vez que le azotó. Estalló y le aplastó el cráneo con las manos. Luego mamá le hizo un hombre por primera vez, y fue hermoso. Pero mamá se secaba cada vez más y le hacían falta accesorios para seguir siendo bella.

Un poco de piel nueva, solamente.



Joseba Vilas





Ignacio J. Borraz

Jardinero de rosas para Algernon en la Torre Oscura.

Entrenador de axolotls invisibles en la habitación 101.

Atrapado entre el lado izquierdo de la oscuridad y el corazón de las tinieblas.

Crónico de mí mismo.

Buscando la palabra precisa desde 1982.

Escritor en vivo temeroso de los teclados Mac.

Se sueñan micros, relatos y otros brebajes.

Agitador cultural desde "Me suenan tus letras", "Hasta el próximo verso" y "Versandanzas". Reseñador inconstante en Café Librería. A veces, alma de cántaro.



COMO SI UN VIENTO RECIO SOPLASE EN EL PORCHE

3

El día que empezó el confinamiento, Judy se había marchado de excursión. El ejército cortó las carreteras poco después de que el desvencijado autobús amarillo tomase la autopista. La señora Hodgson —marido caído en combate en Vietnam e hijo muerto de sobredosis— se quedó encerrada sin la única persona que daba sentido a su vida. Desde la mecedora de su porche, contempló cómo el día se desvanecía entre nubes deshilachadas por un viento recio y cruzó miradas de desconcierto con sus vecinos.

Finalmente, Mac Jr. —hombre curtido, con la desgracia de ser hijo de Mac— tomó su utilitario y fue quien, a su regreso, corrió la voz de que el pueblo había quedado aislado. Si alguno de los padres estaba preocupado por la ausencia de sus niños, esa inquietud se esfumó con la píldora dorada del patriotismo. Mac Jr., ufano, estuvo detallando que había sido todo un coman-

dante del ejército de tierra de sus gloriosos Estados Unidos quien le había asegurado que estaban bien, que habían sido escoltados hasta una escuela del pueblo colindante.

Aquel primer día nadie preguntó motivos. Las causas mayores escapan al raciocinio de los pueblos pequeños.

La señora Hodgson echó en falta los comentarios mordaces que solía hacer Judy sobre aquella comedia ligera que escuchaban por la radio justo antes de acostarse. Hasta el punto de resultarle molesto escuchar esas voces disparejas que convertían en multitud su solitaria salita de estar. Apagó el aparato sin esperar al final del capítulo. Mientras subía las escaleras, evitando el escalón traicionero y chirriante, tomó consciencia de que un halo de silencio poco común se filtraba por las ventanas de postigos abiertos. Sus convecinos parecían haberse contagiado de esa misma desgana. Se ciñó su gorro de dormir y dejó que la noche sofocante apaciguara su espíritu.

El segundo día fue un sábado caluroso que —excepto por la ausencia de los estudiantes del curso de Judy y que Tom Wiley no apareció con su caravana destartada a venderles baratijas de la capital del condado—, podría haber sido tachado de un sábado de verano más en aquel rincón polvoriento del medio oeste. Algún corrillo de taberna, sin embargo, empezó a paladear frases inacabadas que sa-

bían a suspicacia.

Ese primer domingo de confinamiento el reverendo Marshall no varió ni un ápice su sermón. Aquello no estaba ocurriendo o no merecía la atención de los siempre ocupados ojos de Dios.

El lunes, cuando las familias con adolescentes de noveno grado no tuvieron a quien zarandear para que no llegase tarde a la escuela, el pueblo pareció despertar a esa realidad que el calor había mantenido abotargada: no tenían noticias de sus hijos desde hacía tres días. Ni una llamada, ni una carta, ni nadie, absolutamente nadie, ofreciendo alguna explicación plausible.

La señora Hodgson, aquejada de gota, declinó la invitación de participar en aquella marcha improvisada hacia la alcaldía. Ya le contarían a su regreso, si es que ese petimetre que tenían por alcalde había bregado por enterarse de la situación real. Aquella noche ni siquiera encendió la radio.

A mediados de semana, Michael Beard iba contando —a cualquiera que le pusiera una jarra de cerveza fresca delante— cómo le habían disparado. Aseguraba que no quería escapar del perímetro, que apenas se despistó en su paseo diario una media milla más al norte y que su gorra ceñida le había impedido ver el puesto de guardia. Se conocía a Michael por su afición a ciertas partidas clandestinas de cartas que realizaban en un tugurio en medio de ninguna parte así que nadie se

tomó en serio su despiste. Por el contrario, sí dieron veracidad a su crispamiento cuando describía el momento del disparo a sus pies y la idea que germinó fue la de que habían instalado puestos de guardia. El Estado no invertía en el coste de una pequeña construcción, ni siquiera de cuatro miserables tablas y una techumbre, para una vigilancia de apenas unos días.

El viernes el alcalde se dignó a citarlos de forma oficial en la plaza así que la señora Hodgson, agarrada del brazo de uno de los gentiles hijos de los Barrow, sí consideró que era requerida su presencia. Aquel hombrecillo de mejillas cuarteadas y cejas pobladas, visiblemente nervioso, leyó las indicaciones que le había transmitido el comandante del destacamento que había confiado a su pequeño pueblo. Mac Jr. gruñó sin que la concurrencia supiese si era desagrado por el contenido de la misiva o por no haber sido él, en esta ocasión, el portador de indicaciones de parte de aquel aguerrido y valiente servidor público del país. Aquel séptimo día los motivos esgrimidos sonaron vacuos, a paparruchas para tranquilizarles. La señora Hodgson vio en los rostros de sus vecinos que era un acto de demasiada fe ese simulacro de confinamiento para el que habían sido seleccionados. Encierro disfrazado de honor y gloria.

Ese segundo domingo de simulacro el reverendo Marshall no varió ni un ápice su sermón. Aquello, de-

finitivamente, estaba ocurriendo. Haría falta dilucidar si quien no escuchaba sus inquietudes era Dios, o ese reverendo resabiado que se aferraba a mantener invariable su agenda de sermones.

La señora Hodgson se horrorizó a sí misma el siguiente martes por la tarde. Se había sentado en su mecedora a pasar el trapo —mera excusa, los marcos estaban relucientes— a las fotografías de los desaparecidos hombres de su casa. Esta actividad le permitía aflorar recuerdos compartidos y sí, de vez en cuando, necesitaba enjugar alguna lágrima arribista que tozuda abandonaba su lacrimal. Ella era una mujer fuerte. Aquel martes soltó sobre su regazo, ahogando un grito, una fotografía de Judy.

2

El jueves de madrugada escucharon disparos transportados por el eco del desierto. La confirmación a la sospecha llegó la mañana siguiente: Michael Beard había sido abatido mientras trataba de escapar de la localidad. Hubo voces alzadas y vituperantes cuestionando que el ejército de su país estaba para proteger americanos no para segar sus vidas, cuestionando la necesidad de una atrocidad así tratándose solo de un simulacro. El alcalde alzó el dedo índice de su mano derecha y dijo convencido que sí, que simulacro, pero un simulacro de lo más serio. Soltó un

chillido de colegial cuando Bud Hollis le alcanzó en el brazo con una bellota.

Jeff Bishop y Marty Nungles pedalearon con sus bicicletas hasta el maizal de los Garrett, las escondieron a una distancia prudencial del perímetro, y reptaron por entre las plantas altas. Regresaron para contar que el ejército estaba tendiendo alambre de espino hasta una altura de dos metros. Pese a la comicidad de verlos saltando para intentar transmitir la altura real del contorno, nadie profirió una sola carcajada. El redondel anaranjado sobre el calendario de la señora Hodgson anunciaba que era sábado.

Ese tercer domingo de simulacro al reverendo Marshall se le trabó la lengua cuando, a medio sermón invariado, contempló cómo parte de sus feligreses abandonaban la iglesia con paso respetuoso, pero firme.

La señora Hodgson no había tenido una mala vida, o eso pensaba ella. Había aprendido labores del hogar como correspondía a una muchacha que aspirase a ser casadera —lo cual era la aspiración de todas las mujeres de su generación— y las llevaba a cabo con diligencia y —con la boca chiquita para no ser presuntuosa— con acierto. Le había pedido matrimonio un buen hombre, algo encorvado y taciturno, pero amable y trabajador. Nunca lo consideró valiente hasta que recibió la carta, repleta de alabanzas, que comunicaba su

muerte en la guerra de Vietnam. Ninguna otra mujer de su entorno perdió a su marido en esas circunstancias, así que la señora Hodgson no pudo enterarse de que el texto de la misiva era siempre el mismo: una mentira piadosa o un modo orquestado de transformar a víctimas en héroes. Esa noticia fue dura para ella por partida doble. Por un lado, a pesar de que su amor se había fraguado por costumbre y no por enamoramiento, notó que algo se rompía en su interior al saber que no volvería a ver a Frank. Por otro, su hijo, que había mantenido cierto respeto y mesura ante el temor al castigo paterno, se vio libre de ataduras para dedicarse a la mala vida que tanto le tentaba. La señora Hodgson sabía que el verdadero momento en que había perdido a los dos hombres de la casa era ese. El fallecimiento de su hijo solo era el epitafio coherente —no menos duro por esperado— a la rebeldía surgida de aquel anuncio. No había sucumbido porque tenía a alguien que dependía de ella, más frágil y quién sabe si más rota que ella misma: su hija Judy. Sin embargo, Judy hacía tres semanas y media que no estaba, y la señora Hodgson ya no palidecía cuando se encontraba en las manos un marco reluciente con una fotografía de ella.

Jeremiah Garret se acercó al pueblo y estuvo contando en la taberna que había conseguido sintonizar su transmisor de onda corta con las comunicaciones de los puestos de

guardia del ejército. Entre interferencias y ruido blanco aseguraba haber escuchado voces reiterando la importancia de que nadie saliese del pueblo, que el mal no podía propagarse.

El cuarto domingo de confinamiento el reverendo Marshall, con animosidad ante el desplante de la misa anterior, se aferró a ese rumor y pronunció un sermón sobre la culpa y el pecado. Nadie osó levantarse de los bancos y el cepillo mostró una generosidad inusual.

Nadie en el pueblo era ajeno a que ni noticiarios radiofónicos ni televisivos estaban dando atisbo de conocer el suceso que estaban viviendo o, si lo conocían, habían sido conminados a mantenerlo en secreto.

1

La señora Hodgson se dio cuenta de que estaba empezando a desaparecer. No era solo que la hubiese invadido la apatía y la desesperanza, y que apenas saliese a la mecedora del porche los martes para su ritual fotográfico, era una evidencia más palpable. Primero pensó que eran sus ojos los que fallaban; una larga vida dedicada a la costura con luminosidad insuficiente era un argumento más que razonable para ello. Sin embargo, cuando su mano izquierda terminó de difuminarse no fue solo que su mirada no identificase sus ásperos dedos sino que, por más que acer-

cara ese vacío extraño a platos y cucharas, éstos no eran golpeados ni asidos. Recordó haber leído en una revista de su marido —aquello no eran lecturas para una ama de casa— la elucubración de una rama filosófica sobre que los objetos solo existían cuando alguien los miraba; que si ese alguien cerraba los ojos la realidad física a su alrededor desaparecía. Ella nunca se había considerado un objeto, pero no había ojos que la mirasen desde hacía semanas y su actividad física y mental estaba bajo mínimos.

El ritmo del pueblo fue reduciéndose, como si no tuviese ya sentido salir a la calle ni hacer vida normal en aquella situación excepcional y extraña. Los lugareños se quedaban en sus casas y podía percibirse alguna mirada furibunda visillos afuera.

El quinto domingo de confinamiento, la señora Hodgson solo fijó su esmerada atención en el reverendo Marshall cuando creyó percibir el motivo de su nuevo peinado con raya al costado: la ausencia de oreja derecha. Aunque ella lo recordaría después, aquel sermón fue especialmente inspirado, lúcido, muy sentido. Algo había calado en aquella alma serena. También tomaría percepción más tarde, en ese regreso a las paredes de su hogar en que se sentía segura, de cuántos feligreses —como ella y pese al calor— habían acudido ocultando con disimulo algunas partes de sus cuerpos: manos, pies, orejas, nari-

ces.

La señora Hodgson estuvo deliberando consigo misma sobre cruzar la calle para inquirir a la señora Barrow. Había vislumbrado de ventana a ventana que le había desaparecido el pie izquierdo. Aunque bien podría haber sido un reflejo engañoso. Se imaginó abandonando la casa de su vecina con un dedo acusador en su dirección y la sentencia de que ella era la portadora del mal, la única portadora del mal que les asolaba. Un castigo divino por haber sido una mala esposa que no había insuflado a su marido las suficientes ganas de regresar al hogar y por eso había cedido al ímpetu de las balas enemigas; un castigo divino por haber sido una mala madre y no haber logrado enmendar a su hijo descarriado ofreciéndole un padre adoptivo que le hiciese reflexionar sobre su actitud con alguna paliza preventiva; una mala cristiana por haberse alegrado aquella ocasión en que a Madeleine Leak se le desgarró la blusa y quedó humillada; una mujer sin esperanza por frotar los marcos de las fotografías de Judy asumiendo su pérdida.

Pasaron algunas semanas y el pueblo terminó por sucumbir a la quietud y el silencio. No se tambaleaban cuadrillas de hombres de regreso de la taberna. Ningún empleado del ayuntamiento recorría las calles para convocar reunión formal en la plaza. No se escuchaba ninguna voz airada insultando

al alcalde por su cobardía ni ningún run-run de rifles para liberar el pueblo por la fuerza. El descontento había muerto. Puede que no solo el descontento.

0

Un miércoles cualquiera —fuera ya de las cuentas del tiempo—, la señora Hodgson utilizó el último atisbo de su dedo pulgar derecho para encender la radio y sintonizar la emisora de la comedia nocturna. Unos minutos después ya no habría dispuesto de apéndices para hacerlo y se habría quedado encerrada con ese silencio, tan profundo que era una segunda presencia.

Un jueves la señora Hodgson terminó de desaparecer. Ya era mala pata, le gustaban los jueves y lo atestiguaba con un redondel verde en el calendario. Tenía una ligera consciencia de sí misma pero no sentía pies que la condujeran y el espejo de su dormitorio no le devolvía reflejo. Si posaba su peso —o lo que ella consideraba su peso— sobre la mecedora conseguía que se balancease, como si un viento recio soplase en el porche.

Poco antes de que se extinguiera la crepitante radio, después de meses de funcionamiento ininterrumpido, escuchó una noticia que la habría dejado perpleja en cualquier otra circunstancia. El locutor afirmaba que todos los habitantes de un pequeño pueblo del medio oeste habían desaparecido, de la noche

a la mañana, sin dejar rastro.

La señora Hodgson tuvo dos últimos pensamientos antes de dejar de aferrarse a esa inmaterialidad consciente. El primero, qué larga se le había hecho esa única víspera. El segundo —a tenor del convencimiento con que el locutor había pronunciado ese «todos»—, que ya había hecho bien en frotar los marcos de las fotografías de Judy y en despedirse, a su manera, de su hija.





Jose González

The Mad Hatter, conocido como Jose entre sus allegados, ha sentido fascinación por crear mundos desde niño. A falta del Gen-X, se tuvo que conformar con darles vida en las páginas de los cómics. Y se lanzó a esa tarea con el empeño de quien es demasiado inocente para comprender sus limitaciones. Como resultado, estas no lo frenaron y se encuentra hoy ante los lectores con sus historias y con sus mundos, dispuesto a hacerse un hueco a codazos entre los grandes.

UNA NOCHE EN UN LAGO

¿SABES?

NO ME CREO QUE VAYAMOS A HACER ESTO.

EN ESTE BOSQUE DESAPARECE GENTE CONTÍNUAMENTE. SOBRE TODO CHICAS.

A VECES ENCUENTRAN ALGUNA Y... JODER. NO ES BONITO LO QUE QUEDA.

PERO NO TE PREOCUPES. A TÍ TE ENCONTRARÁN PRECIOSA.

SOY UN ARTISTA.



PUEDES GRITAR. DE HECHO
PREFERIRÍA QUE LO HICIERAS.
PERO NADIE TE OIRÁ AQUÍ.

MÍRALO POR EL LADO BUENO. VAS A SER
FAMOSA. AUNQUE NO COMO LA MONA LISA...



MÁS BIEN COMO LAS
SEÑORITAS DE AVIGNON.



BOUM







Isabel Pedrero

Isabel Pedrero empezó a escribir como casi todos; porque sí. De adolescente descubrió la literatura pulp de los noventa y, desde entonces, adora las historias que hagan que le explote la cabeza o aquellas escritas de formas diferentes. Todo lo que se salga fuera de lo común.

Como escritora también es así. Sobre todo, le gusta escribir ciencia ficción, terror y fantasía oscura, pero huye de las etiquetas y le disfruta haciendo mezclas con otros estilos. ¿Ciencia ficción con novela negra? Por supuesto. ¿Western con dragones? Faltaría más.

Ha publicado más de 40 relatos en diversas antologías y dos novelas: Omega con Insomnia Ediciones, una historia technoir finalista de los Premios Ignotus y 999 Pedazos, con Editorial Cerbero, una historia de terror con un formato que se sale de lo habitual.

LA ACABADORA

I. No quites los crucifijos de tu casa si no quieres su visita

El pueblo amaneció en silencio.

Pero no era el mismo silencio al que estábamos acostumbrados, ese que te mece y te sonríe mientras el sol brilla tras las montañas, que huele a leña y a leche caliente. No. Era frío y oscuro, de susurros en las sombras y de santiguarse tras las cortinas cerradas.

Las campanas tañeron de forma grave y lenta, como si tampoco ellas se atrevieran a romper ese silencio que nos sepultaba, anunciando lo inevitable. Su sonido se fundía en el ambiente, empapándolo todo como una niebla densa que cala hasta los huesos y que te deja el mismo cansancio amargo que una visita a deshoras.

Porque eso es lo que había pasado aquella noche y todos lo sabíamos: ella visitó al zapatero.

Su esposa había quitado el crucifijo de encima de la puerta la tarde anterior, llorando en silencio y ya enlutada. En minutos, la noticia se había esparcido por el pueblo como un mal catarro. Muchos fuimos los que acudimos a misa de ocho para pedir por nuestras almas; demasiados los que volvimos dando un rodeo para pasar por su calle y com-



probar que era cierto.

Lo era.

Y nadie la culparía por ello.

El pobre hombre llevaba demasiados meses luchando por aferrarse a una vida que ya se le había escapado entre los dedos. De él no quedaba ni la sombra de lo que fue. Aquel zapatero orondo, con dedos ágiles y sonrisa franca que caminaba a grandes zancadas por el pueblo, había desaparecido dejando en su lugar una mente balbuceante, encerrada en un montón de piel y huesos puntiagudos, que ya ni siquiera conseguía controlar los esfínteres. Todos sabíamos que, si él no pasaba pronto a mejor vida, sería a ella a la que encontrarían muerta cualquier mañana. Aquella santa mujer había envejecido quince años en los últimos meses, velando día y noche un cadáver que aún albergaba latidos.

Por eso hizo lo que hizo. Todos habríamos hecho lo mismo.

La había convocado eliminando todos los crucifijos de la casa, incluido el de la puerta de entrada, dejándola el camino libre para actuar a espaldas de Dios. Y la acabadora hizo su trabajo, como estaba escrito.

Abrí la puerta de la calle para dejar entrar el fresco de la mañana y que, de algún modo, se esfumaran los malos augurios que se quedan enredados en las telarañas de los rincones. El aire aún no olía a limpio y a nuevo, pero lo haría. Puede que no fuera mañana, ni pasado,

pero lo haría. Y la mujer del zapatero llevaría el luto con orgullo y no con vergüenza. Pero, para eso, primero teníamos que fingir que nos sorprendíamos de que el zapatero hubiera fallecido esa noche.

II. No la mires cuando camine por la calle ni te cruces en su camino

Aquel verano suave, de chaqueta al caer el sol, ya estaba llegando a su fin y las tardes menguaban hasta el punto de saber que quedaban, como mucho, tres o cuatro tardes de paseos antes de la cena. Habían pasado tres meses desde que enterramos al zapatero. Ya casi no había niños en el pueblo. Ni adultos. Casi no quedaban ni animales. Todos, de un modo u otro, volvían a aquellas vidas grises de la capital, pensando que eran mucho mejores que lo que dejaban aquí, entre las montañas.

Todos menos nosotros; la gente del pueblo.

Y menos él.

Aquel muchacho pelirrojo que hablaba a voces con un acento extraño y se reía palmeándose la barriga tras acabar con medio barril de cerveza en una sola tarde había decidido, para sorpresa de todos, comprar la casa a los pies del otero. Aquella casa llevaba deshabitada más tiempo del que el propio pueblo podría recordar.

La casa, para cualquiera que no fuera del pueblo, era una golosina. De dos pisos, con un gran patio

con castaños en la parte delantera y una buena huerta en la trasera. Era la primera a la que los rayos del sol saludaban y la última en recibirlos. Y tampoco estaba mal conservada. Había que revisar las pizarras del tejado y reponer alguna de las piedras de la fachada, pero ¡a qué casa no había que hacerle algo de eso en este pueblo!

Matías, y luego sus hijos, la habían mantenido con un precio bajo y un aspecto muy cuidado para poder venderla cuanto antes. Aun así, parecía que nunca se desharían de ella. No por la casa, por supuesto, sino por aquella otra que se veía desde las ventanas traseras. Nadie, en su sano juicio, compraría una casa en aquel lugar. Hasta que llegó él.

No sabemos si alguien avisó a aquel muchacho de los peligros de aquellas vistas, o si pensó que no eran más que supersticiones absurdas de provincianos, pero el caso es que la compró y, en menos de un mes, se había instalado allí.

No hubo un silencio tan inmenso como el de aquella tarde cuando, tras la tercera jarra de cerveza dijo de forma jovial que había visto a su vecina por primera vez. Fue un silencio tan sepulcral que las últimas palabras del muchacho reverberaron en las paredes, como un eco. Pareciera que todos, incluso los que no estábamos allí, aguantamos la respiración al tiempo, conteniendo el impulso de santiguarnos de manera compulsiva mientras el ex-

tranjero nos miraba divertido, ajeno a todo.

—¿La has mirado? —preguntó Marcial.

Fue una pregunta tonta, por supuesto, pero todos deseábamos hacerla.

«¿La has mirado?»

«¿La has mirado?»

«¿La has mirado?»

Repetíamos el resto, mentalmente.

—¡Y quién podía no mirarla! —respondió—. Vestida de negro de cabeza a pies y con un mantón negro... ¡con este calor! No creo que... —Y ella, ¿te ha visto? —le interrumpió.

Esa no era ninguna tontería de pregunta.

Siempre se había rumoreado que el problema no es que tú la mires; sino que ella lo sepa. Todo el mundo tiene un amigo, un primo lejano, un vecino que lo ha hecho; mirarla a escondidas sin que ella se diera cuenta. Y vivir para contarlo.

El muchacho se encogió de hombros como solo una persona cargada de inconsciencia podría hacer.

Puede que todas las mujeres del pueblo le llevásemos un crucifijo de repuesto ese día, antes de caer la noche. Se los dejamos apoyados en la puerta, entre los arbustos, en los poyetes de las ventanas, en todos los lugares en los que se nos ocurrió. Solo esperábamos que ella entendiese el mensaje: era nuevo e ignorante.

La mañana siguiente, el pueblo amaneció en silencio.

Y la casa volvió a estar en venta.

III. No dejes la puerta abierta, especialmente cuando el sol se pone

Dos días llevábamos con aquel viento. Dos días de árboles partidos y pizarras arrojadas desde lo alto. Todos los inviernos teníamos viento. Y lluvia. Y nieve. Pero mi memoria no alcanzaba a recordar cuándo fue el último día de un viento similar a aquel.

No había salido de casa desde entonces, y no debería haberlo hecho, pero no me quedó más remedio. Reconocí el sonido enseguida. Estaba sentada en la salita, con las piernas bajo las faldas de la mesa y el brasero encendido, cuando escuché el metal chocar contra la piedra. Y yo solo tenía una cosa de metal que pudiera caerse con ese viento: el crucifijo de la puerta.

Me levanté corriendo, enredándome con la labor y maldiciendo porque se me habían escapado los puntos. Pero no tenía tiempo para eso. Entre las pocas horas de sol del invierno y los nubarrones que cubrían el cielo, no tardaría en anochecer del todo. Debía asegurar el crucifijo lo antes posible.

El viento casi me arrancó la puerta de las manos cuando la abrí y acabó golpeando contra la pared de forma violenta. Por suerte, no me arrastró con ella. El pesado crucifijo no había salido volando demasiado lejos y estaba allí, esperándome, en

mitad del camino de entrada. Mentiría si dijera que lo alcancé en un parpadeo. Cada paso era una lucha contra el vendaval. La lluvia había comenzado a caer también con la misma fuerza del viento, golpeándose, empapándose, haciendo que mis lágrimas parecieran una broma de mal gusto.

Por suerte el crucifijo no se había roto, aunque sí la escarpia que lo sujetaba. Demasiados años a la intemperie habían hecho que se oxidara y se pudriera. No había forma de recuperarla.

Entré de nuevo en la casa y bajé la caja de herramientas que guardaba sobre la alacena. Revolví aquella bendita caja hasta casi desmontarle las bisagras, pero allí no había nada con lo que poder colgar mi crucifijo.

Llorando y desesperada crucé para llamar a la puerta de Carmina, mi vecina de enfrente. Seguro que guardaba algo de su marido que pudiera ser de ayuda. Antes de que la abandonara, corriendo detrás de las faldas de aquella joven de ciudad que había pasado por allí un verano y le había puesto ojitos a su herencia, se dedicaba a hacer chapuzas por un precio muy razonable. Nunca le hizo falta el dinero.

No sé cuántas veces llamé a aquella puerta hasta que me di por vencida. Demasiadas. Tantas como para saber que Carmina estaba allí, al otro lado, en silencio, decidiendo conscientemente que no la abriría.

Nunca me perdonó que yo supiera de la infidelidad de su marido antes de que se marchara y que no se lo dijera. ¡Como si aquello hubiera cambiado las cosas! Aquel hombre hacía demasiado tiempo que ya la había dejado, aunque aún viviesen bajo el mismo techo.

Regresé a mi casa, desesperada, y la puse patas arriba intentando encontrar cualquier cosa con la que aferrar el crucifijo a mi puerta. Al final, con la ayuda de unas cuerdas, lo agarré como pude a la aldaba, rezando porque fuera suficiente. Al fin y al cabo, allí estaba, sujeto de la mejor forma que pude. Ella debería entender que mi intención nunca fue quitarlo.

La noche cayó, fulminante, mientras cerraba la puerta, sudorosa y con los ojos hinchados de llorar. No cené. Tenía el estómago tan cerrado que habría sido incapaz de comer ni un bocado. Aunque aún era pronto, me metí en la cama con la única esperanza de que esa noche pasara lo más rápido posible. Por fortuna, me dormí enseguida, agotada por el cansancio y la desesperación.

No sé qué hora sería cuando me desperté, pero aún era de noche. El estruendo de la puerta no solo me había despertado, sino que había hecho que mi corazón latiera tan fuerte que me dolía el pecho. No me atreví a levantarme. Agucé el oído, intentando escuchar algo —o alguien— en mi casa. Pero allí no había más que el viento y la lluvia

y la puerta chocando contra la piedra.

No sé cuánto tardé en reunir el valor de levantarme de la cama, ni cuánto más me llevó salir de mi cuarto. Puede que no fueran más que minutos, pero a mí me parecieron varias vidas.

«No dejes la puerta abierta, no dejes la puerta abierta, no dejes la puerta abierta» me repetía en bucle mentalmente. Por algún motivo que no alcanzo a entender, lo hacía con la voz de mi abuela.

El suspiro que se escapó de mi garganta, cuando vi que la puerta se había abierto por el viento, fue tan fuerte que sentí cómo me deshinchaba. Sin embargo, el grito se negó a salir cuando comprobé que el crucifijo ya no estaba en su lugar.

Quise correr. Juro que era lo que quería hacer en ese mismo instante; correr lo más rápido que mi cuerpo pudiera para cerrar la puerta. Pero mi cuerpo no quiso reaccionar, paralizado. Parecía que, de algún modo, ya hubiera aceptado su destino.

Reconocí la sombra a pesar de no haberla visto nunca. Primero, alargada; después mucho más nítida a medida que se acercaba al dintel de mi puerta. La acabadora estaba allí, en mi casa, porque yo la había llamado.

Bajé la mirada.

«No la mires», me dije, como si aquello pudiera cambiar mi destino.

Pude ver su ropa oscura barrien-

do el suelo de mi casa y observar cada paso que daba en silencio, sin hacer ni un solo ruido, como si no quisiera molestar.

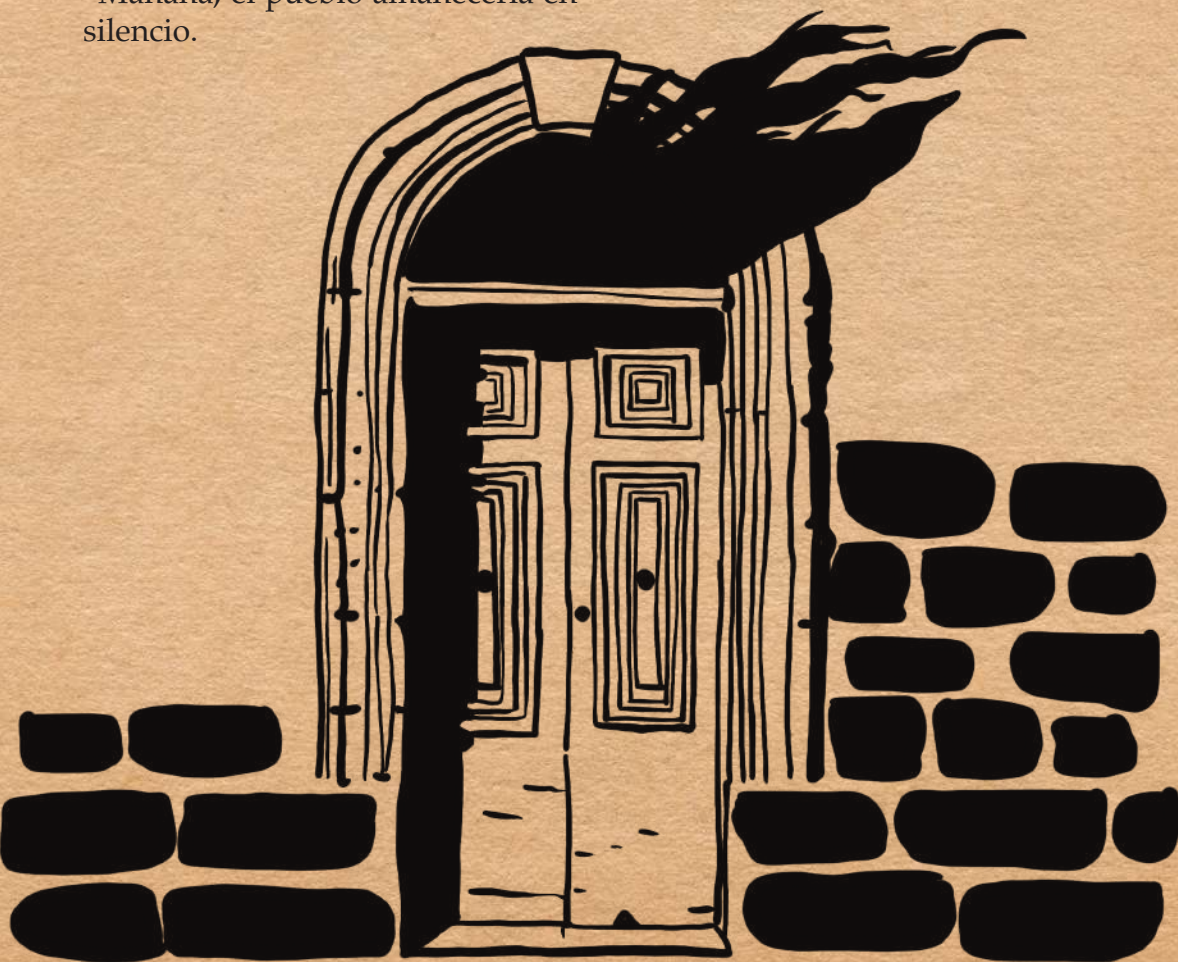
—No tengas miedo —me dijo.

De algún modo, su voz me recordó a la de mi madre cuando me consolaba al volver con las rodillas despellejadas y pensé en ella como la última madre que me arropaba en la cama, dándome un beso en la frente para dormir feliz. Solo que esta vez no despertaría.

Sonreí.

Todo había terminado ya.

Mañana, el pueblo amanecería en silencio.





Carlos Ruiz

Nací en Eibar en 1987. Siempre me ha gustado leer y escribir. Recibí varios premios en el certamen "Narruzko Zezen" de artículos y guiones teatrales de mi ciudad natal. Posteriormente he publicado artículos culturales en la web El Cadillac Negro, revistas como Plumabierta y la iniciativa Diario de un confinamiento. Últimamente me dedico a probar suerte con relatos oscuros, influenciados por autores como Stephen King, Ray Bradbury, Charles Bukowski, Raymond Carver y, por supuesto, H.P. Lovecraft y su círculo. El periodismo cultural y las biografías musicales también han sido una gran influencia. La gran parte de mi obra entre 2013 y 2017 está en el blog "El hombre Uróboros". Resido en Edimburgo desde 2015, desde donde participé en la redacción de artículos sobre viaje y turismo en la web Carlos de Ory. Mis actuales proyectos son una novela de ficción y una recopilación de relatos.

MAPA Y GEOGRAFÍA DE LOS INFIERNOS



—¡Vudú! —murmuró—. Lo había olvidado. Nunca he podido pensar en la magia negra en relación con el sur. Para mí, la brujería siempre ha estado asociada a viejas calles tortuosas en ciudades portuarias, suspendidas de tejados puntiagudos que ya eran antiguos cuando ahorcaban brujas en Salem; a oscuros y lóbregos callejones donde gatos negros y otras cosas se deslizan por la noche. La brujería siempre significó para mí las viejas ciudades de Nueva Inglaterra. Pero esto es más espantoso que cualquier leyenda de Nueva Inglaterra, estos pinos sombríos, estas viejas casas desiertas, estas plantaciones perdidas, estos hombres misteriosos, estas historias antiguas de locura y horror. ¡Dios, qué espantosos y antiguos terrores hay en este continente que los necios llaman “nuevo”!

«Las palomas del infierno» (1938), Robert E. Howard

Spring-Heeled Jack, o «Jack el saltarín», fue un malhechor y asesino embozado que atacaba a sus víctimas entre la niebla de la noche

londinense. Con el tiempo, las hazañas y descripciones de Jack fueron aumentando su figura sobrenatural y su territorio se extendió a toda Inglaterra. Nunca se le atrapó, nunca dejó atrás una pista, se desvaneció en el folclore. Este término refiere las características tradicionales que fundamentan la memoria y creencias de un pueblo o cultura particular. Los cartógrafos que trabajaron sobre el folclore de su entorno dejaron un rastro, y uniendo todos los mapas se forma uno absoluto. Dicho de otra forma, todas las historias sobre infiernos rurales se pueden trazar sobre un único terreno. Te he dejado este mapa por si alguna vez llegas hasta aquí y ya no estoy cerca. Si lo sigues me hallarás en el centro porque este horror es mejor que la normalidad.

El primer camino es el más ama-

ble. Cuando llegues al pueblo tras el que Ray Bradbury (1920-2012) enmascaró su Waukegan, Illinois natal, guíate por el olor del vino de diente de león y las tartas recién horneadas reposando en las ventanas. Aquí en Green Town el verano es eterno desde el último día de escuela y septiembre está a un millón de años de distancia. Tanto en *El vino del estío* (1957) como en *La feria de las tinieblas* (1962), los protagonistas son niños de doce años prisioneros de ese momento liviano justo antes de la adolescencia en el que la magia no se ha desvanecido del todo. Corren con sus zapatos nuevos, saltan sobre las casas, rodean el bosque. Plantan cara, desafiando al merodeador del arroyo y al viento de otoño que acecha, amenazante, detrás de la noche. El circo ha llegado a Green Town y el bibliotecario sabe los peligros que trae el Pandemonium Infernal de Cooger y Dark. Pero eso no afectará las cosechas de vino que, estación tras estación, maceran las flores en los sótanos. Todos estos vecinos, amigos, familias, estos aromas rurales, el aire de hace cien años quedaron encapsulados en estas maravillosas autobiografías de ficción. Bradbury, ya cerca de los noventa años, escribiría un tercer volumen, *El verano de la despedida*, con el que concluye su memoria de una infancia tan lejana como inmortal. Los villanos, la gente de otoño y el Hombre Ilustrado, harían más apariciones en los miles de relatos

que publicó este autor extraordinario, quizá más conocido para el gran público por sus crónicas sobre marcianos y sus distopías sobre libros quemados, pero es en estas historias donde dejó bien marcado el camino de regreso a casa.

El siguiente infierno es un entorno rural muy similar, al norte de Nueva Inglaterra.

Los caminos son más anchos, carreteras industriales que reflejan el modo de vida algo más moderno en el que Stephen King (1947-) absorbió las influencias de Bradbury para tratar de crear su propio pueblo donde contar sus historias. La dilatada producción literaria del cojo de Maine se ha ubicado en demasiados lugares como para enumerarlos, pero sí se puede trazar en el mapa una conexión entre Salem's Lot y Derry. Hagamos parada en el primero, porque queda mucho viaje y nunca se sabe cuando será posible descansar otra vez.

El Misterio de Salem's Lot (1975) es una puesta al día del mito de Drácula en un pequeño pueblo tranquilo, sumido en la cotidianidad. El vampiro maestro y su esclavo tienen todo el tiempo del mundo para establecerse en la vieja mansión encantada que nunca falta. La Casa Marsten hace las veces de castillo en el que los cazavampiros deberán hacer frente a sus miedos. King nunca supo contenerse demasiado bien sin llenar las páginas de historias y de personajes las historias. Crea una comunidad entera y

cada habitante tendrá su momento en la trama, de la pareja en relación extramatrimonial al médico y de la propietaria de la pensión al escritor que, cómo no, será el héroe que acabe clavando la estaca al tétrico Barlow. Pero es en aquellos interludios donde King no da voz a los personajes, sino que deja que hable el pueblo. Escuchamos la voz del viento de otoño, participamos en sus costumbres y vemos a los campesinos prepararse para la temporada de caza del faisán. Pero siempre termina llevándonos de vuelta a la siniestra Casa Marsten. Siempre hay una.

Esta misma propiedad será la guarida del monstruo en *IT (Eso)* (1986). La casa abandonada de la calle Neibolt atraerá a Bill Denbrough y sus amigos, el famoso Club de los Perdedores, en el verano de 1958 y volverá a ellos veintisiete años después. De nuevo una autobiografía de cómo debieron ser las cosas en el terreno de la infancia idealizada, donde los villanos son la momia, el hombre lobo y el duende bajo el puente. Los bravucones están aquí, así como los asesinos de niños y los violadores, los gánsteres y los padres envenenados. Pero los niños se enfrentan a ellos y ganan. En la vida real, los amigos se pierden, se mudan, los lazos se rompen, incluso mueren, pero dentro de este libro vivirán para siempre. La historia es bien conocida, la novela es una de las más leídas y las adaptaciones audiovisuales, oficiales o

homenajes como *Stranger Things* siguen extendiendo los conceptos aquí planteados. Pero hay una escena que siempre se queda fuera de las películas. Es cuando, intrigados por conocer el origen del monstruo, los niños se encierran en su cabaña subterránea y queman madera verde según el ritual indio, para invocar las visiones en el humo. De los siete, sólo dos aguantan hasta el final, con los ojos enrojecidos y sangrando por la nariz. Se ven en una versión prehistórica de Derry, a la que llega Eso como un meteorito, se incrusta en la tierra, parasita el pueblo. Este es el origen del mal, que se filtra en las costumbres locales como una infección. A pesar de su controvertido final, ésta es la obra maestra de King, y aunque ha seguido publicando novelas como quién va a fichar al trabajo, nunca ha rozado tanto la excelencia como cuando nos habla de su propia infancia.

Las leyendas oscuras del folclore de Nueva Inglaterra llegaron a King de la mano de, por supuesto, H.P. Lovecraft (1890-1937). El controvertido lord de Providence absorbió todas las influencias de autores anteriores como Lord Dunsany y Arthur Machen. En los relatos de este último el terror no está en el esqueleto armando ruido por el castillo, esta fórmula caducó hace varios siglos. Machen usa las viejas supersticiones galesas para sacar el terror de los espacios cerrados a la naturaleza, los mitos del bosque y

los dioses paganos. En la legendaria introducción de Rafael Llopis para *Los mitos de Cthulhu* (1976) se nos introduce por primera vez en lengua castellana a todo un mapa de folclore y leyendas oscuras que cimentaron algunas de las mejores historias de Lovecraft y sus contemporáneos. En *La sombra sobre Innsmouth* (1931), vagamos a través de un pueblo costero, lóbrego, en el que sus habitantes parecen haber sido despojados de toda vitalidad y tienen unos extraños rasgos acuáticos. La descripción de las ruinosas calles abandonadas, lo que Neil Gaiman llama «la zona lovecraftiana de cualquier pueblo inglés después de las cinco de la tarde» y el temor a los que viven bajo el mar hacen de este relato uno de los más efectivos jamás publicados en vida del autor.

Mucho se ha hablado de que las supersticiones locales con las que Lovecraft logra armar el núcleo del miedo que causa Innsmouth. Viene de su profundo racismo y fobia al inmigrante. Lo cierto es que Howard Phillips era tan racista como ignorante, es decir, mucho. Profundamente culto y leído (no hizo otra cosa que leer y escribir en toda su vida), nunca se interesó por las relaciones sociales que no le conviniesen, leyó un tratado de anatomía a los doce años y decidió que el sexo le horrorizaba. Hombre tan fascinante como pusilánime, ni siquiera cuando estuvo brevemente casado cambió de opinión

al respecto ni, por supuesto, movió un dedo para trabajar. Su lánguida biografía es un espejo de la oscuridad que logró insuflar a sus relatos, creando todo un universo al que se sumaron sus colegas epistolares, más profesionales y menos afectados, para expandirlo sin límites.

Si el mapa te lleva a un pueblo sin nombre, no te apartes del camino, pero ten cuidado con las piedras. En cualquiera de estas pequeñas poblaciones de apenas trescientos habitantes, Shirley Jackson (1916-1965) ideó una breve historia con la que consiguió que una multitud de horrorizados lectores del *New Yorker* cancelasen su suscripción. En «La lotería» (1948), asistimos a una cansina mañana de verano en la que los parroquianos celebran su festival anual. Cada familia deberá retirar una hoja de papel blanco de la caja común en la plaza, en un ritual que algunos pueblos cercanos han ido abandonando con el paso del tiempo. Ordenadamente, esperan haber terminado antes de la hora de comer. La familia Hutchinson gana la lotería al sacar el papel negro, y ahora deben dilucidar cuál de los cinco miembros se lleva el premio. Tessie, la madre, es golpeada hasta la muerte bajo una lluvia de piedras por parte del resto de habitantes, mientras grita la injusticia de la lotería. Pero gracias a ello la cosecha será buena un año más. Jackson usa la superstición a su favor para construir uno de los relatos más célebres y polémicos de

siempre.

Es posible que Clive Barker (1952-) hubiese leído un par de veces la historia de Shirley antes de escribir uno de los mejores relatos de sus *Libros de sangre* (1984). Dos turistas ingleses conduciendo por carreteras yugoslavas serán testigos de la confrontación imposible de dos ciudades gemelas. En «En las colinas, las ciudades», Barker expande la violencia rural de Jackson hasta su máxima expresión. Los miles de habitantes de cada población se unen en un sólo campeón, un gigante de carne y sangre formado por todos esos cuerpos encima de otros, los órganos, músculos y tejidos unidos en la mejor expresión de nueva carne que revitalizó el género de horror. El autor británico juega como nadie con la resistencia del lector a las continuas provocaciones de asco y visceralidad. Los dos gigantes, las dos ciudades, se enfrentan a muerte hasta que uno cae y el otro avanza hacia las colinas mientras las miles de personas que lo componen van muriendo. Cuando el gigante ganador se desplome, Barker habrá acabado con cerca de cien mil vidas en unas pocas páginas. El ritual viene teniendo lugar cada diez años, pero esta ha sido su horrible ceremonia final. La caída deja un socavón inmenso en el mapa y los pocos caminos legibles atraviesan las colinas hasta el desierto.

Y en el centro de todos estos infiernos, Comala. En el fondo siem-

pre hemos sabido que este era el final del camino, de donde ya no saldrán trenes nunca más. Quién llega hasta aquí nunca regresa. El pueblo muerto bajo el rencor vivo del cacique *Pedro Páramo* (1955) no hace prisioneros. Juan Rulfo (1917-1986) escribió una de las grandes obras de la literatura iberoamericana acerca del hambre y la pobreza que asolaban el México rural tras la Revolución, tema que también trató en los desgarradores relatos de *El llano en llamas* (1953). El protagonista busca a Páramo para reclamar su herencia, pero cada persona con la que se encuentra no es más que un alma en pena. Le acabará faltando el aire hasta fallecer, y es entonces cuando la narración nos pone en los ojos de Pedro Páramo, la desolación encarnada. Comala es visible desde todos los ángulos, donde los relatos pierden su pátina de ficción.

Puedes deshacerte del mapa. Aquí termina toda esta geografía terrible y maravillosa, estos pueblos con leyenda propia que existen porque una vez sus autores creyeron en ellos. Aquí es más probable que la magia exista. Por eso sus caminos agarran más al viajante, porque siempre han sido de verdad.



José Luis Alonso

Santiago Aparicio

Los dos nos conocimos al coincidir en la misma clase cuando estudiábamos 1º de BUP y al año siguiente ya nos habíamos embarcado en la interesante tarea de escribir un guion con la peregrina idea de grabarlo después usando la cámara de vídeo del colegio.

Como era de esperar, el director no fue nada receptivo a nuestras aspiraciones creativas, sin embargo la experiencia de desarrollar una historia y plasmarla en palabras nos pareció tan enriquecedora que, siempre que las circunstancias nos lo han permitido, hemos vuelto a las andadas con la mera intención de pasar un buen rato.

El descubrimiento de las convocatorias de Calabazas en el trastero nos supuso el incentivo que necesitábamos para ponernos las pilas y han sido tres las calabazas que hemos cosechado escribiendo a cuatro manos (Criptozoología, Maldiciones y Fuego), a las que hay que añadir esta travesía tenebrosa seleccionada para el tercer número de Pulporama.

Por separado, Santi ha publicado varios trabajos en revistas científicas relacionadas con sus estudios de Químicas.

En cuanto a mí, José Luis, vi publicado mi primer relato en el Creepy 19

de su segunda época y, muchos años más tarde, he podido participar en las antologías de microrrelatos “Cien instantes en un santiamén” y “Sueños, visiones, terrores”; en Calabazas en el trastero (Que viene el Coco, Dark space opera, La mar); en Sueños de la Gorgona: Ritos de sangre; en la antología Orgullo zombi 2 y en las revistas Sable, Mordedor y Pulporama.

En 2018 la editorial Tusitala reunió varios de mis relatos en un libro titulado “En tiempo de monstruos”, y los acompañó de unas magníficas ilustraciones salidas de los lapiceros y el talento de Ana Andrés Soria.

En el verano de 2022 me darían otra gran alegría publicando mi novela de fantasía “Ehyjvanna, La Viajera”, donde la protagonista descubre que el mundo conocido no es más que una ínfima parte del mundo por conocer.

Por último quería comentar un par de cosillas sobre el relato.

La historia transcurre en mi pueblo, Murias de Rechivaldo, por lo que sus descripciones son fieles a la realidad. Es cierto que se cambió su ubicación tras una riada en septiembre de 1846 en la que murieron tres mujeres.

Lo de las cruces para ahuyentar a los malos espíritus lo leí en un libro sobre la Maragatería, y la verdad es que todavía se mantienen en algunos pueblos, entre ellos el mío. La casa del relato existe realmente. Cuando yo era pequeño solo tenía en pie la fachada. Ahora, en cambio, la han rehabilitado y vive gente en ella sin ningún problema con fuerzas malignas del más allá. Que yo sepa.



LA TRAVESÍA TENEBROSA. S.A.



—¿Sabes que leí el otro día que el libro sobre Amityville era un timo? —le pinchó Manu, levantando la mirada del asfalto para ver la expresión que se le quedaba a su amigo y socio en ciernes.

Acababan de salir de Astorga y enfilaban la carretera que los llevaría hasta su cita en el pueblo de Murias de Rechivaldo. Al fondo todavía se veía nieve en El Teleno, a pesar de las fechas primaverales.

—¿Un timo *Aquí vive el horror*? —protestó Álvaro, pero su cara ya iba camino de convertirse, sin que lo pudiera evitar, en la de un niño al que le hubieran desvelado que los reyes magos son los padres.

—Todo porque andaban mal de pasta, como nosotros.

—Me niego a creer que ese libro que me tuvo más de un mes acojonado sea una patraña. No te daré el gusto de ver cómo se me cae un mito.

—Eres incorregible. Necesitamos dar con gente como tú para que nuestro negocio prospere, gente que se crea cualquier cosa —se jactó Manu en un alarde pragmático de cinismo—. El mundo es así, aunque no lo quieras ver. Pura farsa.

—¿Con esa clase de pensamientos cómo se te pudo ocurrir la idea de La Travesía Tenebrosa?

—El paro te deja mucho tiempo libre. Por aquí el turismo rural y el Camino de Santiago se lo comen todo y me dije: ¿por qué no montar una ruta de casas encantadas? Todo será que tengamos que inventarnos nuestro propio Amityville.

—¿A qué te refieres?

—A que desde que nos pusimos manos a la obra solo hemos encontrado tres candidatas. En la primera, quedó claro que nada más les interesaba ver si podían sacar tajada, como si a nosotros nos sobrara el dinero. Y en la segunda, hasta tú estarás de acuerdo conmigo en que el tío estaba para que lo encerraran.

—Tienes razón, pero no desesperes que a la tercera puede ir la vencida —dijo Álvaro en referencia a la casa que iban camino de ver—. Tengo un presentimiento.

Los dos compartían el mismo entusiasmo por la empresa en la que se habían embarcado, pero lo enfocaban de diferente manera. Mientras Manu lo veía como un negocio que debía desarrollar su actividad bajo los parámetros clásicos del capitalismo, Álvaro, en cambio, buscaba que esta aventura colmara sus ávidas inclinaciones por lo paranormal. Era un verdadero creyente, ansioso por sentir cómo se le desbocaba la adrenalina y compartir esa experiencia con sus futuros clientes.

—La gente lo que quiere es pasar

miedo —expuso Manu—. Les da igual si la casa está encantada o no. Para ellos es como estar dentro de una película. Nosotros lo único que tenemos que hacer es espolear su imaginación. Con eso vale. No hace falta ser testigos de ningún *poltergeist*, pero tú sigue con tus psicofonías y esas cosas. Seguro que quedarán genial en nuestra futura web, si consigues alguna...

—Yo preferiría que ofreciéramos algo auténtico.

—Lo sé. Te mueres por ver un poco de ectoplasma en acción, por estar presente cuando las puertas de un armario se abran de súbito o por escuchar algunas palabras amenazantes susurradas en tu oído. Pero creo, y no te molestes por lo que te voy a decir, que deberías asumir que solo somos dos jóvenes emprendedores que hace demasiado tiempo que están a dos velas y que es muy probable que tengamos que echarle buenas dosis de inventiva para que esto salga adelante. No vamos a tirar la toalla solo porque no encontremos ni una sola casa encantada en toda la comarca, ¿no?

—Entendido, pero deja que mantenga mi ilusión mientras visitamos las posibles candidatas a ingresar en nuestra travesía tenebrosa, ¿vale?

—Faltaría más. —Manu escenificó una sonrisa displicente—. ¿Qué sería de nosotros sin tu devoción a la causa?

Tras coronar una pronunciada cuesta llegaron al pequeño pue-

blo maragato que era partido en dos por la carretera. Giraron a la derecha y continuaron por la calle adoquinada hasta el final, intercambiando miradas de curiosidad con los lugareños. La casa en cuestión era la última del pueblo. Frente a ella había una cruz de madera, pintada de verde y de más de dos metros de altura, erigida sobre un pedestal escalonado. Era costumbre en los pueblos de la maragatería levantar sendas cruces de gran tamaño, una a la entrada (la vieron al pasar delante de la iglesia) y otra a la salida, para ahuyentar a los malos espíritus. Al pie del supersticioso monumento, sentado en sus escalones de piedra, estaba esperándoles Antonio, el hombre con el que habían contactado. Aparcaron y se apearon al frescor de la tarde, que estaba presta a abandonarles. En esa zona del pueblo solo había casas a un lado de la calle. Al otro se extendía una hondonada de verde hierba por donde transcurría el río flanqueado por chopos, alisos y álamos negros.

Nada más descender del coche ambos tomaron nota, cada uno a su manera, del potencial que tenía la ubicación de la casa. Las visitas serían nocturnas, por supuesto. La luna se mostraría tras la tupida malla que componían las ramas de los árboles, rodeada por un firmamento imponente, cuajado de estrellas, que delataría la insignificancia de nuestras existencias terrenales. El croar de las ranas desde el río cer-

cano y el ulular de algún búho rivalizando con los gemidos del viento jugando en los canalones del tejado, a los que habría que sumar los crujidos procedentes de la casa al contraerse o de la maleza recorrida por algún roedor, serían un inmejorable telón de fondo. Un escenario idílico que pedía a gritos una historia de casas embrujadas.

Tras las saluciones de rigor, los jóvenes se mostraron deseosos por entrar en la vivienda y conocer su historia. Su apariencia no resultaba especialmente tétrica: paredes de piedras de considerable tamaño, sabiamente asentadas unas sobre otras, ventanales alargados, una gran puerta de doble hoja y tejado, dónde lo había, de oscura pizarra.

Parecía que al anciano le tendrían que sacar las palabras con sacacorchos, pero en cuanto cogió carrerilla la parquedad inicial pasó a la historia. Contó que la casa la había adquirido su hijo hacía algo menos de tres meses. La parte frontal, tras unas reformas muy básicas, la usaban como vivienda. En la parte posterior había un pajar cuya estructura, en la medida de lo posible, querían aprovechar para transformarlo en lo que a la postre sería una casa rural. Otra más, solo que en este caso el trabajo se quedó a medias. Por lo visto, por las noches los rapaces del pueblo, o al menos eso daban por sentado, se dedicaban a esconderles las herramientas e, incluso, a llevarse los sacos de cemento que tenían apilados en el

patio. Sin embargo, la gota que colmó el vaso fue un accidente. Resultó que una parte del suelo del pajar se derrumbó, llevándose consigo a uno de los operarios que se rompió una pierna al caer a un sótano de cuya existencia nadie tenía conocimiento. Se trataba de una sala sin acceso para llegar a ella, como si hubiera sido ocultada igual que un ignominioso secreto, que poseía unas ruinas romanas que hicieron que las obras se tuvieran que detener. Aquella era una eventualidad bastante común en Astorga, erigida sobre la antigua Asturica Augusta. Además de la Inspección de Trabajo, por el accidente, también vinieron los del ayuntamiento y una historiadora, una tal Mónica Rodríguez que estaba preparando un libro sobre la huella que dejaron los romanos en la provincia de León y que era la única que parecía saber de lo que hablaba.

A continuación, Antonio procedió a relatar algunos de los incidentes que vivió su familia.

—El gato desapareció, cosa muy normal en un pueblo, dirán ustedes, pero no encontraron su cuerpo por ningún lado. Ni por las orillas del río, ni por las huertas, ni por la carretera. Lo curioso, y por eso se lo cuento, es que continuaron sintiendo su presencia. Mi nuera decía que por las noches notaba cómo se les subía a la cama y que hasta le escuchó ronronear al oído en más de una ocasión. —El anciano miró de soslayo al edificio—. Una semana

antes de que abandonasen la casa empezaron los ruidos, objetos que se caían al suelo y una peste de mil demonios que no se iba ni abriendo todas las ventanas. También les sucedió que se despertaban por las mañanas al revés, con los pies en el cabecero de la cama.

—¿Sonambulismo? —aventuró Manu.

—¿Los dos? —Antonio hizo un gesto con las manos para dejar claro lo que pensaba de semejante hipótesis—. ¡Qué va! Ellos seguían bien arropados dentro de la cama. Alguien cambiaba de posición el mueble entero, algo inaudito, pues las proporciones del dormitorio y de la cama no permiten semejante maniobra sin que los dos tuvieran por fuerza que terminar en el suelo y, por supuesto, despertarse.

—¿Le parece —dijo Álvaro, deseoso por entrar ya— que veamos la casa antes de que se nos haga de noche?

—Si no les importa, yo les espero aquí fuera. No hay electricidad, así que tengan cuidado dónde pisan, no se vayan a abrir la crisma y tengamos una desgracia. Aquí tienen la llave y luego, cuando salgan, ya me cuentan.

En esto que se les acercó un paisano de rostro enjuto calado bajo una boina. Le acompañaba un perro labrador, negro como una noche sin luna, que prefirió dar un rodeo y bajar hasta el río antes que pasar por delante de la casa.

—¿No me digas que les vas a dejar

entrar como si tal cosa? —inquirió el recién llegado, entre indignado y sorprendido—. ¿No les has contado cómo acabó tu hijo, divorciado y atiborrado de pastillas? ¿Y de la historia que acarrea esta endemoniada casa, qué, ni pío?

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro? —replicó Antonio, sin ocultar su enfado.

El aludido, ignorando la pregunta, se dirigió a los chavales.

—Andad ojo avizor con este pájaro, que solo os quiere sacar los dineros. Y no cometan la insensatez de adentrarse ahí. Imagino que a unos zagales listos como les presupongo, no les habrá pasado por alto la presencia de dos cruces en las lindes del pueblo. Mismamente, aquí al lado tenemos una. Se trata de una antigua costumbre maragata. Pero lo que debería servir para ahuyentar a los malos espíritus ha funcionado de una forma más bien errónea. El espíritu ha quedado atrapado dentro del pueblo y se esconde entre esas paredes. Quién sabe si accidentalmente o si alguien obró de mala fe cuando trasladaron el pueblo para acá arriba.

—¿Y eso?

—En su origen el pueblo estaba junto al río, donde ahora están las huertas que se ven tras los árboles, pero durante una fuerte tempestad una riada se lo llevó por delante en el cuarenta y seis, en mil ochocientos cuarenta y seis. La cosa es que esa casa es un imán para lo peor del género humano, ¿o qué

pensáis, que solo a las personas las puede poseer el demonio?

—¿Quién vivía en ella antes que su hijo? —quiso saber Álvaro.

—Nadie de manera estable —respondió—. Y que conste que yo no quiero ni un duro de ustedes, ni engañaros ni nada parecido. Solo me gustaría que me ayudaran a comprender lo que les ha pasado a mi hijo y su mujer. Nada más.

—¿Qué, Antonio? —El otro seguía obcecado—. ¿No quieres que sepan lo de la niña que encontraron muerta cuando éramos unos críos? Culparon de ello al retrasado del pueblo. Tenía treinta años o más, pero la cabeza de un rapacín de cinco. Una turba lo ahorcó en el pajar, en el mismo sitio en que apareció la niña. Años más tarde, durante la guerra, los nacionales mataron a la familia que se había quedado con la casa, incluso a los niños. Ya me dirán qué culpa tenían esos pobres inocentes de que sus padres fueran rojos o anarquistas. Después la iglesia se la agenció, pero no para usarla como vivienda. Cuando acabó la guerra, todo al que hacían desaparecer en la comarca pasaba por este infame edificio. Era un secreto a voces, y nunca mejor dicho. Por lo de los gritos, se entiende. Esto duró hasta que una mañana llegaron los maquis y a plena luz del día se cargaron hasta al apuntador.

—¿Está diciendo que hay gente enterrada ahí dentro?

—Tú verás. Si los mataban aquí, no tiene mucho sentido que los en-

terrasen en otro lado, ¿no?

—¿Y qué pasó después con la casa?

—La iglesia se desentendió de ella cediéndosela al pueblo. Cosa extraña, porque esos no regalan nada. Pero antes de que la comprara el hijo de este por un precio irrisorio, estuvieron viviendo muchos años varias familias de gitanos. Nómadas. Estaban un tiempo, se iban, luego volvían... y así una y otra vez, hasta que desaparecieron como si se los hubiera comido la tierra.

—Bueno, ya está bien de sandeces —bramó Antonio, fulminándole con la mirada.

—Dile lo de las voces...

—He dicho que ya está bien.

—... que se oyen como cuando les torturaban.

—¿Usted las ha escuchado? —terció Manu.

—Yo y todo el pueblo. ¿Qué pasa, no me crees?

—Yo no he dicho eso.

—Lo dice tu cara. —Los midió con la mirada, impertérrito—. Vais a entrar, diga lo que diga, ¿verdad?

—Sí. —Álvaro fue categórico—. Y con más motivo después de todo lo que nos ha contado.

El anciano silbó a su perro y se fue igual que había llegado, dejándolos por imposibles.

Ya dentro de la casa, descubrieron que esta contaba con dos zonas

bien diferenciadas. Una estaba en un estado ruinoso, con habitaciones cubiertas de polvo y paja que se desprendía lentamente de los ladrillos de adobe; suelos de arena y escombros que un día cubrieron duras baldosas de terrazo; puertas y ventanas caídas, cansadas de soportar el paso del tiempo, y vigas desnudas que se esforzaban en sujetar el esquelético tejado. Su evidente mal estado podría llegar a ser un problema.

Nada que ver con la zona habitable de la casa. Su atmósfera estaba viciada por la ausencia de una adecuada ventilación, pero ni rastro de las gélidas corrientes espectrales que se esperaba encontrar Álvaro. Apenas entraba la luz mortecina del atardecer por las ventanas. Una pátina de suciedad lo cubría todo. La primera impresión les llevó a pensar que sus ocupantes habían huido más que abandonado la casa. En la cocina había una perola llena de algo viscoso que en su día seguro que fue una succulenta comida, pero que ahora solo era un nido infecto de moho y bacterias. Y en el dormitorio todavía quedaban prendas sobre la cama y colgadas del armario abierto de par en par.

Álvaro se hacía cargo del único despliegue tecnológico que les permitía su paupérrimo presupuesto: una brújula con la que podían detectar cambios significativos del campo magnético. Durante todo el recorrido, no delató ninguna anomalía que la alterara en su come-

tido de señalar el norte. Tampoco escucharon nada que les llamara la atención ni vieron moverse ningún objeto. Tan solo las omnipresentes sombras que preñaban la casa estimularon sus pensamientos acerca de lo que podría ocultarse en ellas.

Manu tecleó en su móvil el nombre de Mónica Rodríguez, pero como encontró demasiadas, tuvo que hilar más fino y añadió la coletilla de «historiadora». Eso le llevó hasta un artículo en una web de una asociación cultural de El Bierzo. Leyó hasta que la autora, cuya foto mostraba a una mujer de aspecto risueño y el rostro sembrado de pecas, mencionaba los restos romanos hallados allí. Según afirmaba, constituían la primera evidencia sobre una misteriosa legión compuesta por mercenarios extranjeros, germanos en su mayoría, y que Tácito nombraba en sus escritos como la Legión Berseker. Tenían su propio cuartel, alejado del resto de las legiones romanas asentadas en la provincia. La historiadora lo ubicaba en *la casa maldita de Murias de Rechivaldo*. Las ruinas encontradas debajo del pajar se corresponderían con las de un templo en el que practicaban rituales paganos. Junto a estas palabras aparecía la imagen de una bella mujer rodeada por lobos y lechuzas. Se trataba de Nótt, denominación en antiguo nórdico que hacía referencia a la diosa de la noche. Siempre utilizando los textos de Tácito como base histórica, a los germanos se les permitían

semejantes privilegios como dádiva por su extremada ferocidad en combate.



Las tornas cambiaron a causa de los rumores sobre el tipo de rituales que llevaban a cabo. El general Estatilio Tauro pretendió zanjarlos disolviendo la legión y crucificando a sus líderes, sin embargo, cuando se presentó en su cuartel lo encontró vacío. Se ordenó una batida por la comarca, pues se les consideró desertores, que resultó infructuosa. Luego Manu posó su dedo índice sobre *la casa maldita de Murias de Rechivaldo* y enlazó con otro artículo, esta vez de la revista *En las Fronteras de los Irracional*, dirigida por el profesor Jiménez del Oso, que vino a corroborar, punto por punto, todo lo que les había dicho el hosco anciano que paseaba con el perro.

—Bueno, por lo menos esto no parece una estafa —musitó—. ¿A ti te suena la revista *En las Fronteras de lo Irracional*, de Jiménez del Oso?

—No. Dirigió tres revistas y ninguna se llamaba así.

—¿Seguro?

—La duda ofende.

Cuando salieron al patio, el cielo ya se estaba tiñendo de un azul violáceo y algunas estrellas, las más brillantes y madrugadoras, comenzaban a titilar preparándose para su momento estelar.

El pajar era un edificio de adobe, con ventanas solo en la parte posterior que daban a la era y con el techo prácticamente derruido. Las puertas por donde sacaban el alimento para los animales estaban abiertas, sujetas por algún gozne oxidado en un ejercicio precario de malabarismo. Dentro reinaba una penumbra tan espesa que los envolvió como un abrigo frente a la paulatina caída del termómetro. El sol estaba ya tan bajo que las ventanas y el techo abierto solo servían para ver cómo el cielo mudaba de piel. La estructura de madera gemía en respuesta al descenso de la temperatura, como si fuera un ente vivo que respirara quejumbroso por los achaques de la edad. Ambos activaron las linternas de sus teléfonos móviles. La luz glacial que proyectaban descubrió montones de paja podrida esparcida por doquiera que miraran.

Álvaro observó la brújula y constató que su aguja se movía errática

en todas direcciones. Se lo enseñó a su compañero y los dos se miraron en silencio. Parecía que por fin habían encontrado algo interesante. Álvaro se acercó hasta el agujero abierto en el suelo del pajar e iluminó sus abisales profundidades.

—¡Hostias! —exclamó. El móvil se le escurrió entre los dedos y cayó al oscuro pozo que estaba contemplando—. Mierda.

Manu soltó una carcajada.

—Bravo, Álvaro. Tú y tus manos de mantequilla os habéis ganado un emocionante viaje al reino de las tinieblas.

—Me pareció ver a alguien ahí abajo —se justificó.

Manu se aproximó y la luz de su móvil reveló una figura femenina de frondosa melena y ojos penetrantes. Era muy similar a la imagen de Nótt, la diosa germana de la noche.

—Solo es un mosaico.

—Ya, claro. —Suspiró—. Bueno, tendremos que bajar, ¿no?

—No seas tan generoso utilizando el plural. El móvil es tuyo. Yo mejor te alumbro desde aquí arriba. Anda, vamos al patio en busca de una escalera para que puedas recuperar tu teléfono.

Encontraron una de madera de cinco metros de longitud, apoyada contra una de las paredes. La llevaron al pajar y la introdujeron a través del boquete. Miraron el oscuro panorama que se les ofrecía, renuentes. Desde el mosaico, la mujer les devolvía la mirada como

si estuviera burlándose de su indecisión.

—Quizás encuentres al gato de la familia —comentó Manu.

—Qué gracioso.

A medida que Álvaro descendía por la escalera fue sintiendo la mordedura del miedo. Esa sensación se hizo más intensa cuando puso el pie sobre el mosaico. Notaba el estómago revuelto y una agobiante presión en el pecho. Pensó que iba a vomitar. Entonces creyó captar un susurro a su alrededor. Agudizó el oído, pero ya no sabía si lo que escuchaba era una voz o el sonido de algo que se arrastraba en la oscuridad. Con el corazón en un puño, cogió su móvil y subió las escaleras como si le persiguiera alguien.

Ya arriba, comprobó que su móvil todavía funcionaba. La caída solo había destrozado el protector de pantalla. Estaba tan nervioso, que casi se le volvió a escurrir de entre las manos.

—Vaya —dijo Manu—. La cara que se te ha quedado me dice que esta casa tiene posibilidades. ¿Qué te parece si le pedimos permiso al viejo para pasar aquí la noche? Además, podríamos grabar algún video para ponerlo en nuestra web, cuando la tengamos.

Álvaro habría querido decir que ni de coña, pero antes de que se diera cuenta ya estaba asintiendo.

Unas horas después, los dos chavales ya cenados se despidieron de Antonio a las puertas de uno de los bares del pueblo y caminaron sin prisa hacia la casa. La luna brillaba por encima de los tejados arropada por una arrolladora multitud de estrellas. La Vía Láctea engalanaba con fastuosa elegancia la bóveda celeste.

—¿No te has sentido extraño en el bar? —comentó Manu.

—Y que lo digas. Parecía una con-fabulación en toda regla: todos mirándonos con disimulo. Seguro que ya se ha corrido la voz de que vamos a pernoctar en la casa del hijo de Antonio. Solo espero que no se le ocurra a ningún gilipollas venir a gastarnos una bromita porque no respondo —dijo pensativo.

Allí las noches suelen ser frescas, en el mejor de los casos. Y aquella no iba a ser una excepción.

—Tengo un frío que pela —se quejó Manu al poco de entrar.

Se fue al patio y volvió con los restos de un palé que alguien había troceado. Asegurándose de que el tiro estaba abierto, encendió la chimenea gracias a una piña resinosa que había cogido de un saco de arpillera repleto de ellas y un ejemplar de *El Faro Astorgano* que se habían dejado olvidado sobre la encimera de la cocina. Las llamas no tardaron en crepitar devorando con avidez la madera. Luego Manu salió otra vez al patio y regresó con más leña.

—Cuando se acabe lo que he traí-

do, vas tú a por más.

Al cabo de un momento les sobresaltó la irrupción de un gato pardo y atigrado que, en cuanto los vio, se dio media vuelta, también asustado, y desapareció en dirección al patio como alma que lleva el diablo.

Los dos se miraron.

—¿Crees que...?

—¿Qué era el gato de la familia? —finalizó Manu la frase—. Deben de ser legión los gatos que a estas horas anden pululando por todo el pueblo, con lo que no creo que este sea el único que nos visite esta noche.

Permanecieron un buen rato embelesados, viendo como las llamas consumían la madera que le iban suministrando.

Para contrarrestar el tedio de la espera, Manu comenzó a liarse un cigarrillo y volvió a insistir en la más que posible necesidad de teatralizar las visitas de sus clientes, porque nadie iba a colgar en las redes sociales una buena crítica sobre una larga espera muerto de frío en un desamparado salón.

Álvaro levantó una mano para pedirle que dejara de hablar e inclinó la cabeza como si se esforzara en captar algo que viniera de muy lejos.

—¿Lo oyes? —susurró.

Manu permaneció inmóvil, con el tabaco en una mano y el papel de liar en la otra.

—No —contestó.

—Es lo mismo que escuché ahí

abajo.

—Pues yo no oigo nada.

—Mierda —masculló Álvaro—. Creo que se me ha metido ese maldito sonido en la cabeza.

Manu terminó de liarse el cigarrillo, se lo encendió y lanzó una sucinta mirada al fuego moribundo de la chimenea. Álvaro cogió la indirecta al vuelo.

—Mira a ver si encuentras otra cosa que no sean palés —le dijo—. Esta madera produce mucha llama pero se consume enseguida. Y nos queda mucha noche por delante.

Cuando se quedó solo, se puso a buscar en el móvil diferentes páginas en busca de ideas para el diseño de la web de La Travesía Tenebrosa. Estuvo ojeando una del pueblo de Salem y otra de Edimburgo, ambas relacionadas con el tema de la brujería. Estaba leyendo la segunda, muy atento a cómo detallaban las rutas que recorrían los lugares en los que vivieron las supuestas brujas y donde fueron quemadas mientras comenzaba a liarse su segundo cigarro, cuando se topó con la foto de la concejala de cultura del ayuntamiento de la capital de Escocia.

—Pero ¿qué coño...?

Se trataba de la historiadora que el viejo les dijo que había visitado la casa tras el descubrimiento del mosaico. Es más, era la *misma* foto. Un puto corta y pega. Estaba atónito. En ese momento, lo único que tuvo claro es que se había precipitado a la hora de decir que aquello

no era un timo. Ya no lo tenía tan claro. Álvaro iba a flipar cuando se lo contara. A propósito de Álvaro, ¿dónde demonios se había metido? ¿Es que había plantado un árbol y estaba esperando a que creciera para talarlo? Resopló, temiéndose que se hubiera caído por el hueco del pajar. Se levantó y salió al patio. El haz de luz de su móvil apenas era rival para la reinante oscuridad de la noche. Aun así, distinguió una silueta que salía del pajar.

—Verás cuando te cuente lo que he descubierto —dijo en voz alta—. Te aviso que no te va a gustar ni un pelo.

La figura se dirigió hacia él. Su contorno se volvió difuso. Parecía una mancha de tinta que poco tuviera de humano. De repente, Manu empezó a sentirse mal. El estómago le estaba jugando una mala pasada. Tiritaba de frío y las piernas le temblaban. Su visión se tornó borrosa. La noche se hizo más oscura, como si aquella ominosa figura que había confundido con su amigo lo abarcara todo, eclipsando el brillo de las estrellas.

A la luz plateada de la luna, los dos ancianos miraban la casa con aire fúnebre desde la era sembrada de matorrales y zarzas que había detrás del pajar. Las tupidas cejas de Antonio ensombrecían sus profundas cuencas. El rostro de su compinche quedaba oscurecido

bajo la boina.

Oyeron la voz de Manu transportada por las alas que la noche le brinda al sonido.

—Verás cuando te cuente lo que he descubierto. Te aviso que no te va a gustar ni un pelo.

A esto le siguió una sucesión de golpes que desembocó en un silencio plúmbeo, espeso, como si el transcurrir del tiempo se hubiera detenido. Ellos estaban familiarizados con esa sensación. La habían vivido muchas veces. Aguardaron sumidos en un mutismo absoluto a que se pasara. La escandalosa riña de unos gatos en algún lugar indeterminado del pueblo les anunció que el mundo se había vuelto a poner en marcha.

—Bueno —dijo Antonio—, otro año más que hemos cubierto el cupo y el pueblo podrá mantenerse a salvo.

—La casa estará satisfecha. Cada vez tardamos menos en cumplir con nuestra parte.

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo. Ya te dije que ese curso de informática que hice nos sería muy útil. Internet es el futuro. Puedes inventarte lo que quieras, como la historiadora que me saqué de la manga y el enlace a esa otra página donde puse todas esas majaderías, que siempre habrá pardillos que se lo crean.

—Si el pueblo supiera lo mucho que nos debe...

—¿Qué te crees, que no lo saben? Pero prefieren fingir como que este

asunto no existe. Que no va con ellos. Mirar para otro lado.

—¿Y cuando tú y yo ya no estemos aquí?

—Quita, coño. No seas pájaro de mal agüero.

—No lo soy. Solo me preocupo.

—Pues no pierdas el tiempo haciéndolo. Cuando llegue el momento, la casa encontrará a otros igual que hizo con nosotros. Ha sido así desde que esto empezó cuando cambiaron de emplazamiento el pueblo por la riada. —Ambos se quedaron en silencio mientras resbalaban por el abismo de la memoria—. ¿Te acuerdas de ese día?

—Ya lo creo. Imposible olvidarla. Cómo se revolvía la jodía. Menudos arañazos me hizo.

—Tú también te habrías resistido con todas tus fuerzas si tuvieras que pasar por lo que le hicimos a ella.

—Vaya suerte tuvimos, ¿eh? La casa nos perdonó la vida y luego el pueblo culpó a ese retrasado de nuestro crimen.

—Ya. ¿Quién iba a sospechar de dos mocosos como nosotros? Y nuestra osadía hizo que lo que habita ahí dentro nos escogiera para continuar con el pacto.

La nostalgia veló sus ojos como si el frío los hubiera cubierto de escarcha.

—¿Qué crees que es ese ser al que servimos?

—Ni idea. —Antonio nunca había dedicado ni un segundo a pensar en ello—. Recuerdo que el señor

Andrés decía unas veces que lo invocaron los romanos, otras que los moros y otras que los druidas o que lo trajeron los extraterrestres.

—¿Pero el señor Andrés no estaba como las maracas de Machín?

—Ya, pero él sirvió a la casa antes que nosotros. Se merece un respeto. Su historia preferida era la de la legión de mercenarios extranjeros, por eso la utilicé cuando escribí lo de la historiadora.

La pareja se puso en movimiento con paso renqueante. Solo faltaba un detalle para poder recogerse con el placer del deber cumplido.

—Pues el otro día dijo el noticiario —comentó Antonio—, que el Papa ha declarado Jubileo Extraordinario para el año que viene.

—Estupendo. Esto será un trasiego continuo de peregrinos.

—Para marzo, a más tardar, ya habremos cumplido con nuestra tarea.

—Ya lo creo. Y los peregrinos dan menos trabajo. Vienen con lo puesto y no te dejan el coche, del que ahora hay que deshacerse, aparcado delante de la casa.

Antonio le miró con desdén y el ceño fruncido.

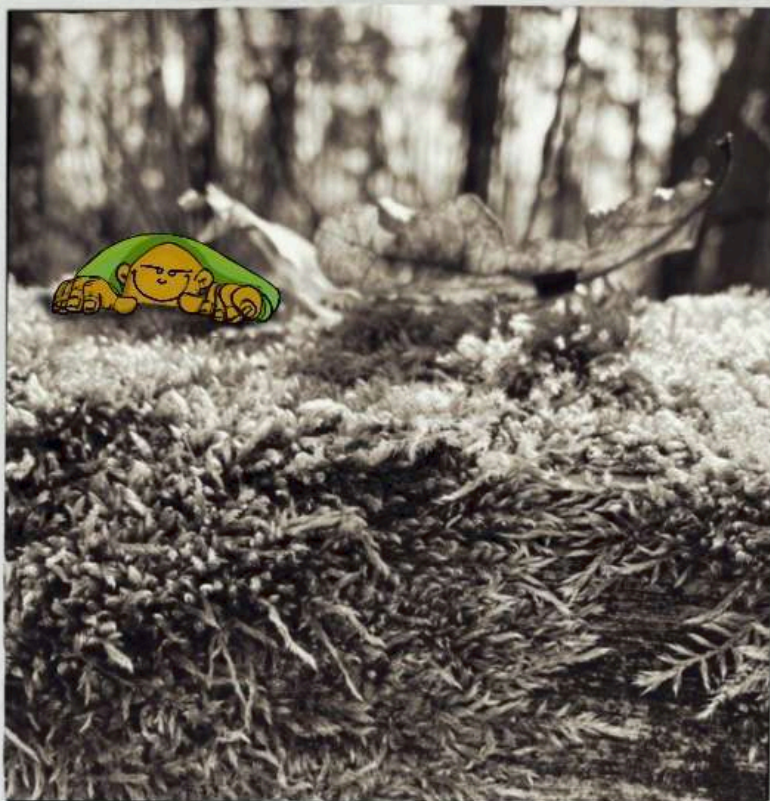
—Será que estos dos te han dado mucha guerra. Si se han metido ellos solitos en la boca del lobo...



Virginia Delgado

THA7L9H7





Teddy Castillo

Ha sido un largo camino desde que escribía historias “de miedo” a los siete años de edad.

Guarda especial cariño a esas historias que compartió bajo un nombre prestado mientras estudiaba en la universidad. No, no hacía ghostwriting, simplemente su pseudónimo era una combinación de dos nombres de pila que le gustaron desde la primera vez que los escuchó.

Esas historias todavía están dando vueltas por las redes; en su mayoría como un burdo primer borrador.

Ahora participa en antologías y publicó un libro de relatos no hace mucho.

Aunque cualquier día de estos nos dará la sorpresa con alguna novela, no parece haber planes de poemarios.

TRAZOS SIN IMPORTANCIA

Quién lo diría.

Los trazos son tan simples que los techos y las calles usan las mismas formas, pero la obra completa es tan realista que puedo oler el pan al ver el horno y el café de la tarde al ver el humo.

Puedo escuchar los pasos de la mujer que avanza lentamente y sentir la caricia de la brisa que agita su cabello. Saboreo las golosinas que ofrecen en la plaza dibujada con líneas imprecisas. Y aunque la pintura apenas muestra la silueta de las aves distantes, sé que son zopilotes y sé que rondan un cuerpo desmembrado.

Siempre fue fácil detectar las señales.

Lo difícil era quedarnos en el pueblo, mirando en cualquier otra dirección. Pretendíamos no saber nada de nada y decíamos que «alguna vaca se habrá desbarrancado» si alguien tenía el mal juicio de mencionar el tema.

Pero lo hacíamos. Todos aprendimos a fingir que no nos importaba el festín de los zopes por la tarde y que nadie sabía que algo más había comido en el cerro esa mañana.

No había nada en el bosque y no se había perdido otro vecino.

Sólo eran trazos negros contra el azul del cielo, una decoración sin importancia en la pintura del pueblo.





Estibaliz Burgaleta

En otra vida, cuando nazca con elasticidad y oído musical, seré bailarina. En esta vida, escribo. He sido guionista en series de televisión como “Skam”, “Velvet”, “Las chicas del cable”, “Tiempos de guerra”, “Seis hermanas” o “Tú no eres especial”, de la que soy creadora y que se estrenó el año pasado en Netflix. También he ejercido como profesora de guion, de inglés y una vez vendí unos pendientes a Sara Montiel en una tienda de bisutería.

He escrito tres novelas: “Loser”, ganadora del premio Cepa de novela juvenil, “El ganador se lo lleva todo” con la editorial Adeshoras y la novela infantil “Los gamers piratas” junto a Roberto Santiago.

Pero como me apasiona el fantástico y la ciencia ficción, también he escrito, en mis ratos libres, varios relatos de ese género. En 2016 “Pros y contras de inventar la máquina del tiempo” ganó el V Concurso de relatos Ficción y Ciencia de la Universidad de Málaga, además he publicado relatos en la web Libros prohibidos, en Orgullo Zombi 4 y uno de mis cuentos aparecerá en el próximo recopilatorio Visiones 2022.



IDEAL PAREJAS

Hay ideas que revolotean por tu cabeza, como moscas que vuelan en círculos. Hasta que en un momento dado la mosca deja de dar vueltas, enfila hacia la ventana abierta, sale al exterior y tú también lo ves claro y no entiendes cómo no lo habías visto así de claro antes.

La revelación le llegó a Natalia en el coche camino a la casa rural. Que ya es mala suerte tomar la decisión de dejar a tu pareja mientras él conduce en dirección a una preciosa cabaña «ideal para parejas» en la que vais a celebrar San Valentín. Así que, aunque mentalmente la decisión estaba tomada, Natalia no dijo ni una palabra. Había dejado de querer a Alonso, pero no lo odiaba tanto como para abandonarle en San Valentín y más cuando ya había abonado la reserva.

Atravesaron los bosques de la sierra por una pequeña carretera serpenteante. Anochece y Natalia empezaba a temerse que se habían equivocado de camino. Solo estaban ellos y los árboles alineados a los lados de la carretera. Por fin, al doblar la siguiente curva vieron el complejo «ideal para parejas». Las cuatro cabañas idénticas que-

rían ser suizas, con sus tejados a dos aguas y sus contraventanas de madera, pese a que no estaban en los Alpes sino en la sierra norte de Madrid. En medio del complejo, la piscina, convenientemente iluminada. Todo igual a las fotos de la página web. Una auténtica postal.

Aparcaron el coche y vieron que ya habían llegado dos coches más. Supusieron que eran los ocupantes de las otras cabañas. Entraron en la que les tocaba a ellos, la segunda.

El interior era tan cuco y rabiosamente romántico como el exterior: chimenea con su correspondiente alfombra frente a ella, muebles de madera. Sobre la mesa de centro del salón había un cuenco con bombones junto a una tarjeta que decía: «bienvenidos».

Daban ganas de hacer una foto, subirla a las *stories* de Instagram acompañada de un filtro con corazones y del texto «*Happy Valentine*». Pero Natalia no lo hizo. Estaba preocupada pensando en esa noche y en que Alonso querría hacer el amor, para eso se viene a las cabañas cuquis en medio de la nada y a ella le parecía el colmo del cinismo follar con él cuando quería dejarlo.

—Hay alguien ahí fuera —dijo Alonso.

Natalia se asomó a la ventana. Vio una figura nadando en la piscina. Una mujer. Nadaba con fluidez y elegancia, de la misma forma que las bailarinas de ballet ejecutan piruetas con aparente facilidad, esta mujer se fundía con el agua.

Llevaba varios segundos (demasiados) observando fijamente a la nadadora y apartó la mirada. Se dio en cuenta entonces de dos cosas. Una, que Alonso seguía mirando a la mujer. Dos, que esta parecía estar desnuda.

—Será la ocupante de otra cabaña —dijo Natalia en voz muy alta, para sacar a Alonso de su ensimismamiento.

—Supongo —respondió él.

La mujer salió del agua. No iba desnuda, simplemente su bikini era de un color rosa pálido que se confundía con su piel. La mujer cogió una toalla, se envolvió con ella y les saludó con la mano. Ellos le devolvieron el saludo.

En ese mismo instante alguien llamó a la puerta. Natalia pegó un pequeño brinco. Joder, menudo susto. Alonso fue a abrir. Un hombre de casi dos metros estaba al otro lado.

—Perdona, soy el vecino de la cabaña de al lado, he visto que había luz... ¿me podrías prestar un momento el cargador del móvil? Me lo he olvidado y el de mi chica es un iphone, no me sirve.

El hombre hablaba en perfecto castellano, pero tenía acento de algún lugar ilocalizable.

—Yo tengo iphone también, pero Natalia no —respondió Alonso.

Natalia tendió su cargador al hombre altísimo. Al hacerlo, él rozó la mano de ella. Tenía las manos ásperas. No mucho. Lo justo. Natalia sonrió, quizá algo bobaliconamente:

—Puedes devolvérmelo mañana, si quieres.

—No os quiero molestar, tendréis planes. Me basta con cargarlo unos minutos...

Mientras lo decía, el hombre alto cogía el cargador y lo conectaba al enchufe. Parecía que su intención era esperar ahí, de pie, a que el móvil se cargara.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Natalia—. Tenemos vino tinto.

Natalia señaló a las bolsas de plástico repletas de comida y bebida que habían comprado en una gran superficie de camino a la cabaña.

—Vale.

Mientras Natalia servía las tres copas de vino se daba cuenta de que su aparentemente impulsiva invitación había sido una buena idea. A Alonso el vino le atontaba y, a más vino, menos posibilidades de polvo. Llenó un poco más su copa que las otras dos.

—¿De dónde eres? —preguntó Natalia al hombre.

—Difícil responder. Nací en un sitio. Me crié en otro. Y no he parado de viajar. En España solo llevo dos años.

—¿Dos años y hablas así? —dijo Alonso.

—También viví un tiempo en México, y mi chica es española, así que...

—¿Hablabais de mí?

La mujer que habían visto antes se asomó a la puerta de la cabaña.

Ni se habían dado cuenta de que habían dejado la puerta abierta. Ella aún tenía el pelo mojado y vestía unos vaqueros y una camiseta extremadamente sencillos pero que le quedaban como si se los hubieran hecho a medida. Menuda pareja, pensó Natalia. Miró el fantasmagórico reflejo en la ventana de ella y Alonso. Nada que ver.

—Les estaba contado a nuestros vecinos que hablo español por ti.

—Ya lo hablaba muy bien antes. Se le dan muy bien los idiomas. Y otras cosas también.

Los dos se rieron y se dieron un rápido beso en los labios.

Natalia sirvió otra copa de vino a la recién llegada.

—No nos hemos presentado si quiera. Yo soy Natalia y él es Alonso.

—Yo soy Valentina.

—Yo Max. Dos besos, ¿no? Es lo que se hace aquí...

Dicho y hecho, Max se acercó a Natalia y le dio dos besos. Ella tuvo que ponerse de puntillas para llegar hasta su cara, que era increíblemente suave.

Tras la ronda de besos, continuaron hablando.

Alonso habló de su trabajo como informático dentro de una gran empresa, hizo sus bromas habituales al respecto: «casi todo se soluciona apagando y volviendo a encender», luego añadió: «cobro por cualquier consulta, ¿eh?» y remató con un: «esto son 20 euros» y todos rieron educadamente. Natalia con-

tó que ella trabajaba en publicidad: «¿sabéis el anuncio ese de las compresas donde se ve el líquido rojo, en vez de azul o rosita? Pues lo he hecho yo».

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Valentina.

Alonso contó que «no fue nada del otro mundo». Se conocieron a través de Tinder, quedaron varias veces, empezaron a salir, luego se fueron a vivir juntos y... «hasta hoy».

El efecto embriagador del vino se esfumó. Natalia sintió como si se hubiera metido de cabeza en la piscina del exterior, que debía estar helada en pleno febrero. Así era su relación, nada del otro mundo.

—Y vosotros, ¿cómo os conocisteis? —preguntó Natalia, para no seguir pensando en su vida y pensar en la de otros.

Valentina y Max se conocieron muy jóvenes, en México. La multinacional para la que trabajaba el padre de Valentina le había destinado ahí. Max trabajó en las obras de reforma de su casa y ahí se vieron por primera vez. Ella mirándole a él desde su habitación de adolescente. Él mirándola a ella desde el jardín. Fue un auténtico flechazo. Un amor a primera vista. Pero los padres de Valentina la tenían muy vigilada. México es peligroso y gigantesco y su hija muy joven, solo una adolescente... Pero Valentina se escapaba de casa para encontrarse con Max. Estuvieron viéndose a escondidas hasta que ella cumplió

la mayoría de edad. Después viajaron por Sudamérica hasta que decidieron cambiar de aires y se instalaron en Madrid.

—Lleváis juntos toda la vida —comentó Alonso, admirado.

—Para nada. Os hemos contado la versión resumida. En la versión extendida rompemos varias veces y salimos con otras personas en medio. ¿Cuántas veces habremos roto en total? —preguntó Valentina a Max. Él, antes de responder, hizo memoria.

—Más de tres y menos de seis.

Los dos se rieron, para después mirarse con los ojos muy brillantes.

—Lo mejor de romper es reconciliarse. Una relación necesita emociones fuertes, o se muere —dijo Max.

Se acabaron la botella de vino y también una segunda. Natalia y Alonso siguieron hablando: de su casa aún de alquiler porque «Madrid está imposible», del proceso de elección del coche que habían comprado hacía tres meses y así hasta que Max y Valentina anunciaron que era hora de volver a su cabaña. Valentina fue a coger su bolso de tela, se le cayó al suelo y se derramó su interior por el suelo: monedas, tarjetas, un pintalabios... A Alonso le faltó el tiempo para correr a recogerlo todo. Se despidieron con la camaradería que dan dos botellas de vino.

Ya en la cama, Alonso se durmió en cuanto posó la cabeza sobre la almohada. Natalia no. Daba vuel-

tas en la cama mientras en su mente le daba vueltas a cómo decirle a su novio lo que debía decirle. Repetía la escena en su imaginación cambiando el escenario, las palabras, el momento, pero ninguno la convencía. Oyó ruidos procedentes de la cabaña contigua. Cojonudo. Lo único que le faltaba era oír a la sexy pareja de al lado follar. Pero no. Eran ruidos más similares a los que se producían al mover un mueble. En algún momento de la madrugada Natalia logró dormirse, pero fue un sueño ligero, tenue y frágil como las alas de una polilla. Tenía la sensación de llevar muy poco tiempo dormida cuando un ruido la despertó. Una parte de ella quería seguir durmiendo y obviarle todo, otra se activó e identificó el ruido. Parecía un golpe contra la cristalera que daba al exterior, a la piscina. Pensó en levantarse y comprobarlo, pero no lo hizo. Volvió a despertarse tiempo más tarde, por el reflejo de los faros de un coche en la entrada del complejo formado por las cuatro cabañas.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban, preguntó a Alonso si había oído algo raro durante la noche.

—¿Yo? Para nada, he dormido como un bendito.

Le contó todo: los ruidos, las luces, el golpe contra el cristal... A la luz del día todo tenía una explicación plausible, la cuarta pareja habría llegado de madrugada. Alonso señaló la zona de aparcamiento don-

de ahora solo estaban dos coches: el suyo, y el que debía pertenecer a Max y Valentina. No es que hubiera llegado la cuarta pareja, es que la tercera se había ido.

—Habrán roto —comentó riendo Alonso.

Natalia fantaseó con que una maldición provocara el desamor entre quienes ocupaban las cabañas. La cuarta pareja habría roto en la carretera y se habría vuelto a casa. La tercera discutió anoche. Ella estaba buscando la manera de romper con Alonso, y sus vecinos... Bueno, quizá con sus vecinos la maldición tendría que trabajar un poco más. Ojalá pudiera culpar a un maleficio de sus sentimientos, así dejaría de sentirse culpable.

Alonso sugirió que dieran un paseo por los alrededores y ella estuvo de acuerdo. Al salir se cruzaron con Valentina, que estaba poniendo el desayuno en una de las mesitas que rodeaban la piscina. Se saludaron y continuaron su camino. Natalia se giró un instante, solo para asegurarse de si habían cerrado la puerta de la cabaña, vio cómo Valentina se levantaba ligeramente el pantalón de algodón que llevaba para rascarse y dejaba a la vista un moratón. No lo tenía la noche anterior.

—Este es un sitio cojonudo para esconder un cadáver —dijo Alonso.

Y llevaba razón.

Apenas habían caminado quince minutos por el estrecho camino

para senderistas y no solo habían perdido de vista las cabañas, es que estaban completamente rodeados de árboles. Lo único que oían era el crujido que sus zapatillas del Decathlon producían al pisar las hojas del suelo.

—¿Cuántos años crees que se llevan Max y Valentina? —preguntó Natalia.

Alonso creía que entre cinco y diez. Natalia estuvo de acuerdo.

—¿Por qué lo preguntas?

—Es que me he dado cuenta de que anoche nosotros les contamos nuestra vida entera. Y ellos apenas nos contaron cómo se habían conocido.

—Nos soltó la lengua el vino.

—Luego he pensado otra cosa. Si se conocieron cuando ella era una adolescente y se llevan siete años, él tenía 23 años y ella 16. Un poco turbio, ¿no?

Alonso se encogió de hombros. Natalia dudó si contarle que había visto un moratón en la pierna de Valentina, pero ahora le parecía que podría haberlo producido tanto un brutal puñetazo de las enormes manos de Max como un golpe casual contra uno de los muebles de pino de la cabaña.

—Son raros esos dos —concluyó Alonso—. Anoche, cuando se le cayó el bolso a Valentina vi su DNI. Adivina.

—¿Que adivine qué?

—No se llama Valentina. Adivina cómo se llama. No lo averiguarás en la vida —dijo riendo.

—Pues dímelo ya y punto.

—María Jesús. Se llama María Jesús. La vecina sexy se llama como una profesora de instituto a punto de jubilarse. Le pega más su nombre falso. A lo mejor está haciendo papeleos para cambiárselo.

Mientras Alonso veía en ese cambio de nombre una anécdota simpática, Natalia seguía pensando en el moratón y su mente creaba una historia en la que María Jesús rompía con Max, lo denunciaba y luego huía del país, para que después él la encontrara y se reconciliaran. El cambio de identidad de ella no hacía sino reafirmar esta teoría...

Qué estupidez, pensó.

La parte más analítica de su cerebro le sugirió que dejara en paz a los vecinos y afrontara sus propios problemas. Este era un momento tan bueno como cualquier otro para sincerarse con Alonso. Si no lo hacía ahora tampoco lo haría el domingo al llegar a casa. Ni el lunes. Ni siquiera el mes próximo.

Estaba abriendo la boca para articular esa frase que tanto temía decir cuando Alonso señaló en dirección a una zona fuera de la ruta para senderistas.

Había una hilera de piedras.

—¡Habrás que seguir las!

Y eso hicieron. Seguir una estela de guijarros era un motivo tan válido como otro cualquiera para retrasar la conversación.

Al principio las piedras estaban colocadas muy cerca, a un palmo las unas de las otras, pero confor-

me iban avanzando la distancia aumentaba y resultaba más difícil seguir el rastro hasta que llegaron a un punto en el que pensaron que ya no había más. Miraron a su alrededor, confusos. Alguien tenía que haberlas colocado y con un propósito.

—A lo mejor se han organizado *gymkanas* aquí. O uno de esos fines de semana de actividades al aire libre para hacer *teambuilding* —dijo Alonso.

Tirarse en tirolina ante la atenta mirada de tu jefe podría ser peor que pasar el fin de semana con tu pareja sin saber cómo decirle que quieres dejarle, pensó Natalia.

Mientras buscaba la siguiente piedra, sus ojos se posaron en la corteza de uno de los árboles, donde alguien había tallado unas iniciales con una navaja. Uve corazón Eme.



—¿Valentina quiere a Max?

—Están mayorcitos para esto, ¿no?

—¿Tú crees que es casualidad? De entre todas las letras del mundo estas son justo las iniciales de nuestros vecinos.

—Todas las letras del mundo son solo veintiocho. Si quitas la equis, la uve doble... son menos. Puede ser Virginia quiere a Manuel. Verónica quiere a Marta. Valeria quiere a Marcos. Venancio quiere a Mercedes.

Alonso podría haber continuado con una retahíla de nombres, pero encontró la siguiente piedra y después otra más. De nuevo, como si quien las hubiera ido colocando se hubiera esmerado tanto como al inicio del caminito de guijarros, estos estaban cerca los unos de los otros. El último de ellos estaba colocado frente a un enorme roble. Lo rodearon. Al otro lado no había ninguna piedra, pero sí una mochila. La abrieron y miraron en su interior. Una linterna, una navaja suiza, una cantimplora vacía y una cartera con algunas monedas, un abono de transporte y tarjetas de esas que acumulamos, aunque no sirvan para gran cosa: una de fidelización de una cafetería sellada a medias, dos o tres de visita... también la tarjeta de acceso a un gimnasio a nombre de un tal Jorge Gómez.

Nada de dinero, tampoco tarjetas de crédito ni documentación identificativa como el permiso de con-

ducir o el documento de identidad.

Quien hubiera dejado la mochila ahí se ocupó de llevarse lo más importante. Y, por algún motivo que se les escapaba a ambos, también se ocupó de dejar un reguero de piedras hasta ahí, ¿para recordar dónde la había dejado y volver a por ella más tarde?

En el camino de vuelta a la cabaña debatieron todas las posibilidades que se les pasaban por la cabeza. La más sencilla decía que el tal Jorge perdió su mochila haciendo esa *gymkana* con piedrecitas. Las iniciales grabadas que coincidían con las de sus vecinos no eran sino eso: coincidencia.

La opción más retorcida decía que los golpes que Natalia oyó la noche anterior eran producto de una pelea entre Max y Valentina. Él la agredió, los vecinos de la otra cabaña lo oyeron, discutieron con Max y, tras una situación tensa, optaron por marcharse de madrugada, pese a que habían perdido su mochila.

Seguro que la opción más sencilla era la real. Seguro que sí. Pero por si acaso, ocultaron la mochila bajo el abrigo de Alonso y entraron directa y rápidamente a su cabaña. Natalia se sintió aliviada al cerrar la puerta tras ellos. Y en cuanto llegó empezó a buscar a «Jorge Gómez» en internet.

—Es absurdo. Es como buscar una aguja en un pajar. Yo mismo conozco a un Jorge Gómez, fue conmigo al colegio —dijo Alonso—. Seguro que tú también conoces a un Jorge

Gómez.

Pero Natalia usó la información de las tarjetas de visita. Una de ellas pertenecía a una consultoría. Había un Jorge Gómez Sanchís trabajando allí. Y ese Jorge Gómez Sanchís tenía cuenta en Instagram. La última foto que había subido, abrazado a una joven rubia con mechas y pendientes de perlas, decía: «nuestro primer San Valentín juntos!!!!» seguido de varios corazones. En los comentarios un tal Nachetefitness preguntaba si tenían algún plan. Jorge había respondido: «sí, nos vamos de finde a unas cabañas en la sierra». La novia de Jorge estaba etiquetada, y su nombre era Valentina.

—¿Me dirás que es casualidad también? —preguntó Natalia, retadora, como cuando estás con ganas de discutir porque sabes que al final tu pareja te acabará dando la razón.

Pero la actitud de Alonso había cambiado, él también empezaba a inquietarse.

—Busca «María Jesús Zumalacárregui». Es el nombre que vi en el documento de identidad.

Natalia tecleó el nombre y añadió «México» al criterio de búsqueda, aun intuyendo que podrían haber mentido también en eso. O quizá no. La mejor manera de crear mentiras convincentes que seas capaz de recordar y repetir es hacer que contengan una parte de verdad. La búsqueda le devolvió una foto de una joven María Jesús, tan gua-

pa como hoy y con la ingenuidad casi infantil de los adolescentes, sonriendo a cámara. En la foto la acompañaban sus padres, también felices y sonrientes. Natalia tendió el móvil a su todavía novio. Sobre la foto el titular de un diario mexicano: «Sin novedades en el caso del doble homicidio de los Zumalacárregui». El cuerpo de la noticia desarrollaba la historia. Antonio Zumalacárregui, ingeniero español, se había enfrentado a un ladrón que había entrado en su casa y este lo mató a golpes. Después se cree que el ladrón oyó a la esposa, Elena, así que subió al piso de arriba y la encontró en la cama de matrimonio. Le pegó un par de cuchilladas, y dejó que muriera desangrada mientras se llevaba el contenido de los joyeros y el dinero en efectivo que había en la casa. La hija de la pareja, María Jesús, fue quien halló los cuerpos de sus padres cuando volvió a casa esa noche. El diario recalca la suerte de la joven que, si hubiera llegado a casa a su hora habitual, habría muerto como sus padres: a golpes o desangrada.

—Lo hizo él, Max —dijo Natalia.

—Y Valentina se calló.

—La cuestión es si calló por miedo, porque ha vivido amenazada por él o si calló porque era su cómplice.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Llamamos a la policía?

—¿Y que vengan y les interroguen y vean que hemos sido nosotros? Si nos hemos equivocado, qué ver-

güenza. Y si no nos equivocamos, qué acojone.

—Ya. Les llamamos cuando lleguemos a casa. Lo primero es irnos de aquí.

Dicho y hecho.

Sacaron sus maletas tamaño aerolínea *low cost* y las llenaron con todo lo que habían traído para su supuesto fin de semana romántico.

Enfilaron hacia donde habían aparcado el coche, dejando atrás la cabaña estilo suizo. Natalia apretó el paso, pero no pudo continuar porque tenía a Max, el alto, fuerte, sutilmente extranjero Max, frente a ella.

—¿Os vais? —preguntó él.

—Sí, nos vamos.

—¿Y eso?

Ella dudó. Alonso intervino:

—Una urgencia familiar. Nada grave, pero nos quedamos más tranquilos si volvemos.

—¿Qué urgencia? —Eso no lo preguntó Max. Hubiera parecido agresivo, innecesario, pero en la suave voz de Valentina sonaba amable, pura educación.

—Una familiar —volvió a decir Alonso.

Se quedaron un tiempo que se les antojó extremadamente largo ahí parados, sin hacer nada, sin decir nada, hasta que Natalia reaccionó.

—Bueno, encantada, ¿eh? Disfrutad del fin de semana.

Pretendía irse, pero ahora fue Valentina o, mejor dicho, María Jesús, quien le cortó el paso.

—Dos besos, ¿no?

Natalia esbozó algo parecido a una sonrisa y dio los dos besos de rigor a Valentina. Al hacerlo dio la espalda a Alonso y lo perdió de vista. Oyó un golpe seco a su espalda. Un golpe que reconoció de inmediato como sospechosamente parecido al que oyó la noche anterior, en el duermevela. Se giró para ver a Alonso con una herida en la frente de la que manaba sangre. La sangre formaba un hilo que salpicaba su camiseta blanca y sus zapatillas del Decathlon. La cabeza de Natalia todavía no había procesado qué había sucedido exactamente, pero sí le dio un mensaje muy claro: corre. Y eso hizo. Cogió su maleta con una mano, con la otra tiró de Alonso y los dos se internaron en el bosque.

No miraron atrás, solo corrieron al límite de sus fuerzas, fuera del sendero. Cuando no les quedó más remedio que parar, porque Alonso dijo que no veía, lo hicieron. Él se limpió con la manga y se asustó al ver lo manchada de sangre que estaba. La herida no había parado de manar en ningún momento. Natalia se quitó la diadema rosa de algodón que le recogía el pelo y se la colocó a Alonso en la frente. Le quedaba fatal, pero al menos servía para absorber la sangre y evitar que le cayera sobre los ojos.

—¿Estás bien?

—No sé. Sí. ¿Nos han seguido?

Los dos miraron a su alrededor. Ni rastro de sus vecinos. Natalia aprovechó para sacar su móvil, te-

nía algo de cobertura.

—Llama a la policía —sugirió Alonso de inmediato.

—¿Y dónde les digo que estamos? ¿En medio del bosque, el árbol número treinta y dos a mano izquierda?

—Diles que vayan a las cabañas.

—¿Sabes volver hasta allí?

No. Alonso no sabía volver. Así que los dos vagaron sin rumbo, ella arrastrando su maleta de ruedas. Se habían alejado tanto del sendero señalado que les resultaba imposible orientarse rodeados por árboles idénticos los unos a los otros. Se hartaron tanto de caminar que llegó un punto en el que cualquier cosa les parecía mejor que seguir andando. Se plantearon si el golpe que Max había propinado a Alonso podría haber sido un accidente, algún tipo de malentendido que se les escapaba, y ellos estaban dando vueltas por el bosque por nada. El nombre en el documento de identidad, ese tercer coche que se marchó, todo podía tener una explicación sencilla y sensata propia de las vidas de una publicista y un informático. Natalia estaba por rendirse, tumbarse sobre la hierba y descansar, cuando Alonso le dijo que le parecía haber visto algo entre los árboles. Una caseta para cazadores, pequeña y desvencijada, pero no importaba. Era un sitio donde guarecerse. Entraron. No quedaba un solo mueble en su interior, apenas algunas herramientas oxidadas colgadas de la pared. Alonso se

tumbó en el suelo, agotado. Natalia llamó desde su móvil a la guardia civil, dio su nombre completo, el de la dirección de las cabañas y contó que su vecino había agredido a su pareja. Se sintió un poco ridícula cuando dijo:

—Huimos y ahora nos hemos escondido en una caseta para cazadores o algo parecido que hay en el bosque. No te sabría dar más indicaciones que esas.

—Entonces, es que se han perdido.

—Sí y no. Nos hemos perdido huyendo de unas personas que nos han agredido. Bueno, una de ellas ha agredido a mi novio, yo estoy bien. Además, sospechamos que estas personas, que se hacen llamar Valentina y Max, pero que creemos que son nombres falsos, han robado a los vecinos de la otra cabaña y también han matado a los padres de ella, de Valentina, que en realidad se llama María Jesús, en México.

El guardia civil, al otro lado de la línea, guardó silencio.

—¿Hola?, ¿sigue ahí? No es una broma, ¿eh? Lo digo en serio. ¿Van a venir a por nosotros?

El guardia civil dijo que sí, que mandaban un coche, que mantuvieran la calma y permanecieran en el sitio. Natalia echó un vistazo a Alonso, con su cinta en la frente manchada de sangre, tumbado en el suelo, espantado y contestó:

—Tranquilo, de aquí no nos movemos.

Se tumbó al lado de Alonso, sobre ese suelo de madera lleno de polvo, dispuesta a esperar la inminente llegada de los guardias civiles.

—Quiero dejarlo —dijo Natalia.

—Dejar ¿qué? ¿De qué hablas?

—De ti. De mí. De nosotros.

Tanto pensar en cómo y cuándo decirlo y había elegido el peor momento, la peor manera.

—¿Estás con otro?

—Qué dices, claro que no.

—¿Entonces?

—Quiero estar sola. Llegar a casa y no hablar con nadie. Pedirme una pizza con piña sin tener que discutir durante veinte minutos qué se va a cenar y luego durante media hora qué tipo de pizza pedir, para luego acabar bajando al chino de la esquina que no nos gusta ni a ti ni a mí.

—Vaya motivo de mierda.

—¿Preferirías que te dijera que llevo tres meses tirándome a otro? ¿Eso no sería un motivo de mierda también?

—O sea, que estás con otro.

—¡Que no estoy con otro, te digo!

—A lo mejor estamos pasando por la crisis de los siete años, he leído que es muy común —dijo Alonso.

—Qué siete años, llevamos juntos cinco años y medio. Igual se te han hecho largos...

—¿Cinco? ¿Seguro? —preguntó él, aún dudando, mientras hacía cálculos mentales, para acabar admitiendo—: Ah, es verdad.

Natalia pensó en lo que venía ahora, cuando volvieran a casa: hacer

las maletas, más conversaciones incómodas sobre quién se quedaba con el alquiler del piso y si lo iban a compartir mientras el otro buscaba alojamiento; cómo contar a amigos y familiares que habían roto; quién se quedaba con el coche que aún estaban pagando a medias...

Cada vez hacía más frío y había menos luz natural. Natalia se incorporó y abrió su maleta, sacó de su interior un par de sudaderas y la mochila que encontraron en el bosque, la que había pertenecido a Jorge Gómez. Lanzó la sudadera más grande a Alonso y ella se puso la otra, una más pequeña, con capucha. Buscó algún tipo de interruptor, pero la caseta no contaba con instalación eléctrica, así que encendió la linterna de Jorge. Tenía muy poca potencia. Se la colocó bajo la barbilla y se acercó a Alonso:

—¿Contamos historias de miedo?

Alonso se echó a reír. Oyeron pasos acercándose a la caseta. Debían ser los guardias civiles. Pero esa misma área de su cerebro que le indicó que debía correr hacia el bosque la alertó de que no tenía sentido que los guardias se acercaran de una forma tan sigilosa. Apagó la linterna e indicó por señas a Alonso que se mantuviera en silencio. Contuvieron el aliento en total oscuridad. Alonso, muy despacio, sin hacer ningún ruido, tanteó en la mochila hasta encontrar la navaja y se la metió en el bolsillo. Se abrió la puerta y vieron dibujadas dos siluetas, inconfundibles. Una per-

tenecía a un hombre alto y fuerte, la otra a una mujer delgada de pelo largo. Ella les iluminó con una linterna tan potente que les deslumbró.

—Te dije que estarían aquí —dijo a Max, para luego enfocar con su linterna a Alonso—. ¡Tú! ¡Fuera!

Alonso asintió y obedeció. Natalia vio cómo Max y él se alejaban, perdiéndose en la oscuridad del bosque. Valentina entró en la caseta y cerró la puerta tras de sí, mientras seguía sujetando la linterna que apuntaba hacia Natalia.

—No te muevas —fue lo único que le dijo.

Natalia aguzó el oído, pero no oía nada del exterior. ¿Por qué no llegaba ya la guardia civil?

—Si quieres mi documentación, la tengo aquí —dijo a Valentina, señalando su maleta.

—No, no la quiero.

Natalia era de esas personas que se levantaban del asiento para cederse a embarazadas y jubilados; que en verano cuando entran insectos en la casa, prefería abrir las ventanas y dejarles ir que comprar un insecticida; que no montaban el pollo si alguien se les cuela en el supermercado. Se había visto siempre a sí misma, y también a Alonso, como personas civilizadas y esencialmente buenas. Desde luego, no estaban preparados para una situación así. Pero tenía que hacer algo. Decir algo. Piensa, Natalia, piensa.

—Sé tu nombre real: María Jesús.

—Esa no soy yo —respondió ella.

—Estaré equivocada, entonces. Pensaba que tú eras la hija de los Zumalacárregui. Imaginé que ellos estaban en contra de tu relación con Max. Pero para ti tu vida de repente era como una película: vuestro amor por encima de todo. Hasta que tus padres os pillaron y te dijeron que se acabó, que él solo era un albañil y que se estaba aprovechando de ti, quería tu dinero, tu estatus, te estaba manipulando porque él ya era un adulto y tú solo una niña. Tú te enfadaste como solo una quinceañera puede enfadarse y deseaste la muerte de tus padres. Pero una cosa es desear algo y otra que tu novio, de verdad, mate a tus padres. Y entonces hiciste lo que todos esperaban de ti, interpretaste el papel de hija doliente y te salió bien, porque era verdad. Cuando cerraron la investigación, te refugiaste en la única persona que te quedaba: él. Sé que has intentado dejarlo muchas veces. No tienes porqué seguir con él. Puedes elegir.

Valentina se acercó a Natalia. Se acercó tanto que el resplandor de la linterna casi la cegaba.

—Yo no intento las cosas. Las hago. He dejado a Max porque me he aburrido de él. Pero cada vez, él me ha vuelto a demostrar lo mucho que me quiere, más que nadie, llegando a donde nadie llega, haciendo lo que nadie hace. Y cada una de esas veces, le he elegido a él. Porque nadie me quiere como él.

Estás jodida, pensó Natalia. Tu plan de mierda se acaba de ir exac-

tamente ahí, a la mierda. Max está en el bosque, matando a Alonso, como antes probablemente mató a Jorge y a la auténtica Valentina. O peor aún: lo está enterrando al pie de uno de esos árboles idéntico a otros, indistinguible, inencontrable. Se llevó las manos a los ojos como si la linterna de Valentina la cegara y dio un par de pasos atrás, acercándose a la pared. Si no recordaba mal, ahí había colgado un martillo oxidado. Su mano se hundió en la oscuridad, en la zona aún no iluminada, buscando el martillo. Valentina reaccionó rápida y movió la linterna justo a tiempo para ver cómo Natalia blandía el martillo contra ella. Alonso está muriendo y lo último que ha oído de ti es que quieres dejarlo, pensó Natalia, y con la rabia de ese pensamiento golpeó a María Jesús. De hecho, golpeó varias veces. Más de tres, menos de seis. Sintió cómo la sangre le salpicaba. Cuando oyó un «chof» que sonó especialmente blando, paró. Cogió la potente linterna de su vecina y la apagó. Encendió la suya y, con esa luz tenue, acertó a ver la cabeza abierta de la mujer que ya no era una belleza. Con un martillo en la mano, la linterna pequeña en un bolsillo y la grande en la otra mano, salió al bosque dispuesta a salvar la vida de su ex novio.

Avanzó a zancadas, pegando gritos, moviendo la linterna y con ella su potente haz de luz como si fuera el foco de una discoteca.

—¡¡¡Dónde estás Max, cabrón!!!
¡No hagas ninguna estupidez, la guardia civil está avisada! ¡Están viniendo! ¡Deja a Alonso en paz y pírate mientras puedas, es lo mejor que puedes hacer! —Gritaba tanto y tan fuerte que temía quedarse afónica—. ¿Dónde coño estás, joder?

—Detrás de ti —dijo Max, para después pegar un bofetón a Natalia que la tiró al suelo. Le quitó el martillo y las linternas. Ella sentía tanto dolor que no podía ni moverse. Se fijó en una pequeña mancha de sangre en su hombro. Adivinó que debía habérsela provocado Alonso con la navaja suiza, al defenderse, y sintió una oleada de orgullo. No se podía mover, pero sí podía hablar.

—Tu novia está muerta —dijo Natalia.

—Eso es mentira —respondió él.

—No miento. El martillo que tienes en la mano está manchado de la sangre de ella. Ve a la caseta si no me crees.

Max miró el martillo, lo arrojó al suelo, cogió a Natalia del brazo y tiró de ella hasta la caseta. Cuando vio el cadáver de Valentina se echó a llorar. Abrazó su cuerpo y se quedó ahí quieto, velando al amor de su vida, con quien lo había compartido todo.

Los faros de un todoterreno iluminaron la escena, una especie de Piedad especialmente sangrienta. Eran los guardias civiles:

—Joder, cuánto habéis tardado,

¿no? —dijo Natalia.

En las inmediaciones, en la zona señalada por el camino de guijarros, encontraron los cuerpos de Jorge y la auténtica Valentina. En los siguientes meses, la historia de la pareja de asesinos que durante veinte años se había dedicado a matar a otras parejas para robarles dinero y sus documentos de identidad, ocupó los titulares. Peter y María Jesús habían sido Lucas y Dolores, Nacho y Marcela, Max y Diana, Jorge y Valentina, por poco casi también Alonso y Natalia.

Encontraron a Alonso amordazado, al lado de un agujero que Max había excavado para ocultar su cadáver y el de su novia.

Los dos: ella despeinada, con un ojo morado y salpicaduras de sangre por todas partes; él con la diadema a modo de venda en la frente, manchado de barro y con una sudadera que le iba pequeña, se sentaron bajo un árbol a esperar la llegada de los sanitarios. La cabeza de ella sobre el hombro de él.

Su fin de semana no había sido romántico, pero desde luego, había sido inolvidable.





Virginia Orive de la Rosa

Virginia Orive de la Rosa vive atrapada en historias de fantasía y busca la salida saltando a través de mundos de ciencia ficción, terror y humor absurdo. En su afán por salvarse, a veces los pone por escrito para compartir la carga con cualquier valiente que se atreva a asomarse a sus páginas. Por el momento sigue luchando por escapar y está decidida a seguir escribiendo hasta que lo consiga. También tiene otra vida paralela, pero es mucho más aburrida.

Ha publicado un relato en las revistas *Supraversum* y *Windumanoth*, en la web de LES editorial y participado en distintas antologías como *Mundos sutiles*, *Dulce Hogar*, *Visiones2020*, *La hermandad de la noche: cuentos de sangre y oscuridad*, *Sueños de nieve*, *Espiados* o *Juglares de fantasía*. En 2020 publicó su primera novela de ciencia ficción titulada *Propósito*, Logro, Duelo de la mano de la editorial Titanium y en enero de 2022 la novela corta de fantasía satírica *Intrigancles* contra el sistema demostrático con editorial Cerbero.

Puedes encontrarla en su cuenta de Twitter: **@virginiadepapel**, como **@virdepapel** en Instagram o en su blog: <https://virginiadepapel.com/>

EL SACAMANTECAS

El olor del miedo, el sonido del dolor y el sabor de la muerte eran la única realidad en la que se sentía cómodo. La excitación del cuchillo hundiéndose en la carne, rasgando, hiriendo, destrozando algo que hasta ese momento era perfecto lo mantenía enganchado como la peor de las drogas. Cada vez lo necesitaba con más frecuencia. Los preparativos en los que antes se deleitaba durante semanas ahora apenas lo saciaban unos días. Observar hacía tiempo que ya no era suficiente. Sabía que debía andarse con cuidado, pero cómo resistirse a esa sensación de poder. Hasta los duros huesos se volvían blandos cuando uno sabía lo que se traía entre manos. Y él lo sabía bien, se había formado a base de acumular experiencias. Una mujer tras otra. Y pronto una más.

Ainara se sentía observada y, al mismo tiempo, se preguntaba quién se dedicaría a perder el tiempo mirándola. Bueno, algún pensamiento al respecto sí tenía, pero se lo guardaba para sí. Nunca había sido muy habladora, aunque en aquel momento tampoco tenía con quién hablar. Vivía sola en el caserío desde que muriera su madre hacía ya tres años; la mujer había aguantado apenas dos más después de que el padre de Ainara hi-



ciese lo propio. No se había puesto enferma, simplemente se había dejado morir de tristeza. Pero el *aita* no solo se había llevado la alegría de la *ama*, también la de Ainara y la del mundo entero.

Siempre había disfrutado de la soledad que le ofrecían aquellas tierras que pertenecían desde hacía siglos a su familia, aunque últimamente notaba una tensión extraña en el ambiente. Un peligro que acechaba desde cada rincón fuera del alcance de su vista. Debió de ser por eso por lo que ella, que nunca daba cuerda a los vendedores que recorrían los caminos de pueblo en pueblo ofreciendo esto y aquello, dejó ese día pasar al hombre aquel. Un tipo bajo y delgado, más bien poquita cosa, pero de rostro agradable y dedos largos, finos y elegantes.

—Vendo miel y paños de tela buena —le dijo el hombre en un tono ensayado, desgastado de tanto usarlo.

—No necesito, gracias.

A Ainara le quedaba aún medio bote de miel de romero que había comprado un día de mercado meses atrás y no le hacían falta paños nuevos, pero en lugar de apartar la mirada y despedirlo, aguardó a que el hombre ofreciera alguna otra cosa.

—También tengo nueces, embutidos y un jabón natural con olor a lavanda que gusta mucho a todas las mujeres.

Frunció el ceño, mientras el hom-

bre hacía equilibrios con los distintos sacos que llevaba para enseñarle esto o aquello según la cara que ella pusiera, hasta que uno se le resbaló, dejando escapar algunas nueces por el camino. Maldijo mientras las recogía y Ainara se agachó para ayudarlo.

—¿Le apetece un café? —preguntó sin saber muy bien por qué, más allá de que no le apetecía quedarse sola en aquella casa en la que unos ojos desconocidos la observaban—. Así puede enseñarme lo que vende con más calma.

—Pues no me vendría mal —respondió el hombre con sonrisa galante.

Ainara no necesitó más que esa sonrisa para arrepentirse, pero una vez hecha la oferta, hubiera estado feo echarse atrás. Guio al hombre hasta la cocina y le invitó a tomar asiento junto a la gastada mesa de madera maciza donde la familia había comido toda la vida. Sacó dos tazas, encendió el fuego y recalentó el café que había sobrado del desayuno. Puso también un cazo con leche y aguardó a que ambos alcanzaran la temperatura adecuada antes de reunirse con el hombre en la mesa.

—¿Lo quiere con leche? Es de mis vacas.

—Siendo así, no me atrevería a rechazarla.

Sirvió el café y colocó sobre la mesa el último trozo que le quedaba de un bizcocho de manzana que había preparado hacía un par

de días. Dio un trago al café y se quemó con las prisas, de pronto nerviosa por aquella presencia intrusa en el interior de su casa. Además, el hombre no parecía tener la intención de cerrar rápido la venta y marcharse de allí. No podía culparlo, hacía un día desapacible, húmedo y con un aire fino que no debía resultar agradable para andar por los caminos. Se acercaba una tormenta.

—Bueno y ¿qué es lo que vende, entonces? —lo animó.

El hombre comenzó a sacar el muestrario completo y colocarlo sobre la mesa de la cocina que se llenó con el aroma a lavanda de los jabones, muy parecido al de la colonia que había usado siempre su madre. Un olor que Ainara siempre había encontrado desagradable; que se le adhería a las fosas nasales, empalagoso y pesado y la acompañaba el resto del día sin que pudiera hacer nada por evitarlo, pero que ahora, además, evocaba tristeza, enfermedad y muerte. Al final le compró unas nueces y un bote de miel que no necesitaba.

—Está muy apartada esta casa, ¿no? —preguntó el hombre cuando ya se marchaba—. No debe pasar mucha gente por aquí.

—Como todos los caseríos —respondió de forma automática, acostumbrada a aquella pregunta que llevaba escuchando toda una vida—. No se crea, viene mucha más gente de la que a mí me gustaría —añadió al recordar aque-

lla sensación que últimamente la acompañaba, la de que alguien la estaba vigilando.

Algunas horas después, esa tarde, de pie en el umbral, dejó que su mirada se paseara por el conocido terreno donde pastaban ociosamente las vacas, antes de que las hiciera entrar para pasar la noche. A su espalda, el pico del monte Aratz se recortaba contra un cielo gris oscuro que presagiaba una tormenta de las de aúpa. Ainara frunció el ceño. Allí no había nadie y, sin embargo, desde que el tipo nuevo había llegado a casa de los vecinos, se sentía observada. Un hormigueo le recorrió la nuca bajo la coleta en que siempre se recogía la melena oscura.

Si al vecino le había dado por venir a mirarla, pues vaya mal gusto tenía. Con la de cosas bonitas que había por la zona y perdía el tiempo con ella. Era una moza recia, aunque a los casi cuarenta años, llamarla moza era ya mucha generosidad. De hombros y caderas anchos y carnes poderosas que le rebosaban un tanto más de lo que le gustaría en la barriga, las caderas y el trasero. Tenía un rostro agradable, de los que inspiraban más confianza que cantares. La piel rubicunda y los ojos color avellana despiertos, siempre pendientes de lo que la rodeaba. Por eso le molestaba tanto no ser capaz de ver al tonto ese, si es que de verdad andaba por allí.

Se encaminó hacia la línea de ár-

boles que nacían a la derecha de la casa, diciéndose que, de tener ella que espiar a alguien, se escondería justo allí. Se asomó, llevando en la mano el bastón que solía usar cuando acompañaba a las vacas. Le pareció distinguir una sombra, un movimiento, pero no estaba segura. Podían ser solo imaginaciones suyas. Además, la casa de los vecinos quedaba a mano izquierda, quizá el tipo se había ocultado en otra parte para evitar dar un rodeo. Pero a ese lado no había ningún escondite, solo el interminable prado que separaba ambos caseríos. Una gota de agua, pesada y enorme se le estampó contra la frente y le pareció escuchar la voz de su padre acompañada de una risa cantarina.

—La primera gota le cae al más idiota —dijo con la vista aún fija en los árboles. Parecía lógico que fuera ella, lo primero porque estaba sola, pero también porque se estaba comportando como una estúpida.

Ainara se dejaba caer por el pueblo cada dos o tres días; dependiendo de cuánto trabajo tuviera y de si necesitaba comprar alguna cosa. Las ventas las solía hacer en el mercado de los domingos que se celebraba en un pueblo cercano, mucho más grande que el suyo, aunque también había algún vecino que se acercaba a su casa en busca de algún queso, leche o mantequilla. Aquella mañana necesitaba ir a la tienda, no tanto por las compras que debía hacer, sino por charlar un rato con el dependiente.

—¿Cómo estamos hoy, Josemari? —preguntó con energía cuando entró en el establecimiento.

—¡Aupa, Ainara! No te esperaba ya, siendo casi mediodía y menos con el tiempo que hace, se viene una tormenta de las gordas.

Eso había pensado ella la tarde anterior, pero los nubarrones les habían dado menos de una hora de gruesas gotas que sirvieron para embarrar los caminos y poco más.

—Se me ha hecho tarde atendiendo el ganado, ya sabes.

Lo cierto era que se había retrasado dando una vuelta por los alrededores del caserío, en busca de esos ojos que la espiaban desde algún lugar que no era capaz de identificar.

—Trabajas demasiado, niña. —Josemari aún la llamaba así. Había sido amigo de su padre desde que ambos eran jóvenes hasta su muerte y todavía veía en Ainara la niña que había sido cuando ambos hombres dedicaban los domingos a jugar al mus en el bar del pueblo.

Ella se limitó a encogerse de hombros y le pasó la lista con las cosas que necesitaba. Josemari dio una voz y Mikel, su yerno, apareció por la puerta que conducía al almacén. Mientras el hombre preparaba el pedido, Ainara aprovechó para interesarse por el tipo aquel de quien sospechaba.

—Oye, Josemari, tú que conoces a todo el mundo. Me ha parecido que en casa del Unai y la Iratxe tienen compañía, ¿no? —comentó

como si tal cosa.

—Sí, un primo de la Iratxe que está de visita. —Josemari miró primero hacia la puerta cerrada, después a la calle que se abría al otro lado del escaparate y, por último, a los pasillos abarrotados de productos por los que se había perdido Mikel. Le hizo un gesto para que se acercara—. No hagas mucho caso de lo que dicen en el pueblo, niña, no son más que chismes de vieja.

Ainara llevaba ya varios días teniendo un mal presentimiento y las palabras de Josemari le dejaron mal cuerpo. Sabía, como todos los vecinos, que el propietario de la tienda era también el dueño de los cotilleos y, si algo se decía en el pueblo, venía de él más que de ninguna vieja, pero siempre era mejor seguirle la corriente.

—No he oído decir nada, la verdad. ¿Qué comentan? —preguntó en un susurro.

—Lo del cuerpo, niña, ¿no te has enterado?

Ella negó con vehemencia.

—El primo viene del valle y, al parecer, salió de allí con prisas. Según la Iratxe, encontró un cadáver hace cosa de un mes mientras daba un paseo por el monte. Aquello lo impresionó tanto que ha venido al pueblo para dejarlo atrás y no pensar más en el tema.

Un mes ya, no se había dado cuenta de lo rápido que había pasado el tiempo desde la llegada del tipo nuevo.

—¿Un ataque de animal?

Ahora fue el turno de Josemari de negar con la cabeza y Ainara creyó adivinar algo lóbrego en el gesto del anciano.

—Una muchacha de veintitantos, destripada y cortada en filetes. Ningún bicho hace eso.

—¡Joder, Josemari! —Un recuerdo vago acudió a su mente, una noticia cruenta en el telediario que había olvidado al poco de escucharla.

—¡Ni que fuera mi culpa! La Iratxe dice que el pobre Julen, que es como se llama el primo, la encontró medio asomando de la tierra cuando se salió del camino para echar una meada y que, desde entonces, no duerme bien, pero hay quien dice que ha venido al pueblo huyendo de la policía. —Josemari se agachó aún más sobre el mostrador y bajó el tono hasta convertirlo casi en un susurro—. Dicen que no ha sido la única, ha habido más cadáveres aquí y allá, todas mujeres, todas despedazadas de mala manera. El regreso del Sacamantecas.

—Anda que os gusta una historia macabra más que a un niño el regaliz, ¿eh? —dijo con intención de restarle importancia.

—¿A qué viene tanto interés por el Julen? ¿No te habrá hecho tilín? —Josemari se rio con una de sus secas carcajadas de anciano, de esas que dejaban claro que sabía mucho más de la vida que ella y por eso no pillaba el chiste.

—No digas tonterías, anda.

Ainara se quedó callada y dejó que el hombre interpretara su si-

lencio como le viniera en gana. Con el tiempo una se acostumbraba a que las gentes del pueblo le hicieran comentarios que, por lo general, venían siempre a significar que ya tenía una edad para andar por la vida soltera y que a ver si se casaba de una buena vez. De tanto en tanto, le mencionaban el nombre de «fulanito con el que te vi hablando el otro día» o el de «mengani-to que se acaba de quedar viudo el pobre muchacho y bien le vendría la mano de una buena mujer para sacar adelante a los críos». Ella torcía el gesto y no decía nada. No le interesaba casarse ni nada que un hombre pudiera ofrecerle, la verdad es que los miraba más bien con pereza y no entendía qué les veían las otras. A ella... ni fu ni fa, la dejaban igual que estaba, así que no tenía intención ni de casarse ni de aguantar a ninguno de esos idiotas.

Aguardó a que el yerno de Josemari volviera con el pedido, pagó y se despidió de ambos con una sonrisa tensa.

Al atardecer, volvió a salir al porche para observar con detenimiento la zona que rodeaba la casa. No podía librarse de aquella sensación y sentía la piel sucia, como si una capa de porquería se deslizara por ella y comenzara a calar hasta alcanzarle las entrañas y emponzoñarle el pensamiento. La tormenta no terminaba de decidirse a arrancar y las nubes seguían cubriendo la zona, oscuras y amenazantes. Volvió a la conversación que había

tenido con Josemari aquella mañana y sintió un escalofrío.

Los rumores de pueblo no eran más que eso y no creía que si el tal Julen hubiese matado a una muchacha en el valle, la policía lo hubiera dejado irse de allí como si nada. Además, no iba a venir al pueblo hablando de la muerte para que todos lo supieran. Era ridículo y, sin embargo, sentía que alguien la vigilaba. Lo que estaba claro era que si había suelto por la zona un sacamantecas, ella tenía grasas de sobra para despertar su interés. Anda que, menudos pensamientos los suyos. Se le escapó una carcajada que captó la atención de una de las vacas. El animal alzó la cabeza para dedicarle una mirada estúpida.

Recogió al ganado para pasar la noche y entró en casa a preparar la cena. De cuando en cuando, alzaba la vista para mirar a través de la ventana de la cocina, a la noche que se extendía lentamente sobre el caserío. Se preparó una ensalada, no tenía mucho apetito, pero la acompañó con una manzana de postre, no fuera a ser que le diera el hambre en un rato. Cogió una novela que tenía a medias, *El camino* de Miguel Delibes, con la intención de leer un rato antes de dormir. También cogió la escopeta de caza que había sido de su padre y que, aunque no la había utilizado nunca, ahora le pertenecía a ella, como todo lo demás. Cerró la casa y subió a su cuarto a acostarse.

Si había un sacamantecas por la zona o no, le daba lo mismo. Si de verdad alguien la estaba observando con siniestras intenciones, se iba a enterar pronto de que se había equivocado de víctima. Ya vería, ya. A lo lejos retumbó un trueno y Ainara, dejando el libro en la mesilla, pensó que ya iba siendo hora de que viniera la tormenta. Era duro esperar por las cosas que se teme que tarde o temprano ocurrirán, pero no terminan de suceder. Como una tormenta fuerte. O la muerte de sus padres. O quien quiera que estuviera rondando su casa. Entre relámpagos, truenos y el rítmico golpeteo de la lluvia contra el cristal, Ainara se quedó dormida.

Se levantó temprano para comprobar que todo se encontraba en buen estado después de la tormenta o, si no bueno, al menos no peor de como estaba antes. Además de lluvia, la noche había traído viento, tan fuerte que había partido las ramas de varios árboles dejándoles la forma de extrañas marionetas tullidas o descompuestos cadáveres que se alzaban de las tumbas, según con los ojos con que una los mirara; los suyos parecían decididos a descubrir funestos presagios en todas partes.

Había pasado mala noche, con una terrible pesadilla en la que alguien, que su corazón le decía no podía ser otro que el primo de la Iratxe, se colaba en su cuarto y le pellizcaba las carnes sobrantes de

la barriga y el trasero mientras se relamía. No tenía rostro humano, sino una especie de hocico lleno de dientes y una lengua negra. Se había visto corriendo por el bosque, empapada por la tormenta, mientras un gruñido animal la perseguía. A ver si no iba a ser un asesino el que había matado a la muchacha del pantano, sino un hombre lobo o vaya usted a saber.



Le entró la risa. ¡Como si ella hubiera creído alguna vez en aquellas monsergas de monstruos y demonios! A ver si ahora se iba a volver una boba de esas. Porque una cosa era colgar un *eguzkilore* en la puerta como se había hecho siempre y era lo tradicional y otra vivir atemorizada por si se le aparecía un engendro cualquiera decidido a hacerle daño. Volvió a reír de buena gana, pero no consiguió que se le alegrara el alma. De pronto, se sentía muy sola en el caserío, demasiado lejos de sus vecinos y del pueblo. Por eso, cuando vio a la vecina acercándose por el camino, la asaltó una extraña mezcla de ansiedad, temor y alivio.

—Buenos días, Iratxe —saludó con una sonrisa.

—Te traigo un bizcocho de nueces, ¿me invitas a un café?

Ainara forzó una sonrisa, conocía a aquella mujer desde siempre y bien sabía que no iba a recorrer el camino de casi dos kilómetros que separaba su casa de la suya únicamente para tomarse un café.

—Claro, mujer, cómo no —dijo invitándola a pasar—. Mucho has madrugado, ¿no? —añadió cuando llegaron a la cocina y hubo colocado la cafetera al fuego.

—Quería pillarte antes de que empezaras la faena, si te digo la verdad.

—Eso me gustaría, sí, que nos dejáramos de tonterías y me contaras sinceramente qué haces aquí.

—¡A mí me hablas tú de tonterías

y honestidad! Pues la próxima vez que quieras saber algo de los míos bien puedes venir a verme y preguntármelo a la cara. Que el mismo camino hay de mi casa a la tuya que de la tuya a la mía. Pero aquí estoy yo porque son muchos años de amistad y no quiero echarlos a perder por un malentendido.

El café reclamó su atención y Ainara se levantó para atenderlo. «¡Joder con el Josemari y sus chismes! Le ha faltado tiempo para ir donde la Iratxe con la copla».

—Perdona, mujer, sentía curiosidad y me dio apuro ir a preguntar —dijo ofreciéndole la espalda a la vecina para que no viera su expresión entre furiosa y asustada—. Normalmente no viene gente de fuera y como ni siquiera comentaste nada ni nos has presentado...

Le tendió la taza humeante, que Iratxe aceptó con un encogimiento de hombros.

—Si es normal, chica, no pasa nada. Solo que me podías haber *preguntao* a mí. El Josemari solo dice tonterías, ya lo sabes tú.

Ainara asintió y ambas mujeres se quedaron calladas, disfrutando del aroma a café que poco a poco se iba extendiendo por la cocina. El bizcocho permanecía sin tocar sobre la mesa.

—¿Qué te ha *contao*? —preguntó por fin Iratxe.

—Poca cosa, que había venido un primo tuyo del valle por no sé qué de un paseo por el bosque.

La mujer suspiró.

—Julen es muy buen chico, pero lo ha pasado mal estos dos meses y lo último que necesita es que la gente del pueblo lo atosigue. Ha venido aquí a cambiar de aires y solo te pido que lo dejes tranquilo.

—¿Yo? ¡Pues si no le he hecho nada yo!

—Perdona, es que estoy muy nerviosa, Ainara —dijo cogiendo la taza de café con ambas manos—. No tengo con quién hablar.

—Siempre puedes contar conmigo, bien lo sabes.

La mujer asintió, pero había un brillo de duda en la mirada.

—Es que... todo el asunto es... Feo, Ainara, todo muy feo.

—Ya —respondió por decir algo, con la esperanza de que siguiera hablando.

—Supongo que el Josemari te ha dicho que el Julen encontró a la cría esa en el bosque. Mejor no hablar de lo que le habían hecho. La policía le investigó, porque no tenían ningún otro sospechoso ni sabían por dónde tirar. El caso es que, en la ciudad ya sabes cómo son, sacaron la historia del Sacamantecas en los periódicos y, como el único nombre que se conocía era el suyo... pues se convirtió en la comidilla. La prensa publicó hasta una foto, pobrecillo.

—Pero no fue él.

—¡Claro que no! Es un buen chico, no mataría una mosca.

Ainara asintió con amabilidad, aunque aquello era lo típico que se decía siempre de los asesinos una vez que los pillaban. Que a ver

quién lo iba a haber imaginado con lo buena gente que parecía. Sí, claro.

—Aquí estará más tranquilo entonces.

Algo en la expresión ansiosa de la vecina le puso la piel de gallina.

—Lo estaba, al principio, pero han llegado rumores.

—¿De lo del bosque? Bueno, mujer, eso seguro que se olvida en unos días.

—No, no es eso. Parece que han encontrado otro cuerpo en una arboleda, en el camino de subida al Aratz. Otra mujer, llevaba muerta más de una semana.

—¿Descuartizada? —Ainara dio un trago al café no porque le apeteciera sino porque tenía la boca tan seca que no veía otro modo de hacer salir las palabras.

—Eso dicen. Yo ya no sé si la gente inventa cosas o si de verdad hay un sacamantecas, pero estoy segura de que no es el Julen, Ainara. Es un buen chico, te lo juro.

—Si tú lo dices, así tiene que ser.

Esperaba que Iratxe no notara el temblor de su voz ni de sus manos. Deseaba creerla, pero a veces estamos tan ciegos ante aquellos a quienes queremos que no nos damos cuenta de la parte mezquina que esconden en las entrañas.

Aquella noche, cuando Ainara cerró la puerta con llave, se quedó allí plantada, estudiando la madera con desconfianza. Dudando de si dejaría entrar a alguien o se interpondría dispuesta a protegerla.

Meneó la cabeza, incrédula, sin terminar de aceptar que, de verdad, estuviera perdiendo el tiempo en dudar de la fidelidad de una puerta. Toda la historia aquella de Julen le tenía la cabeza loca, aunque lo cierto era que ya se sentía observada desde antes de conocerla.

Se acarició la barriga con aire distraído. Si el sacamantecas ese decidía venir a por ella, se iba a enterar de lo que valía un peine. Buena era ella. Cogió la escopeta y la llevó con ella al cuarto. Después, sacó la novela que ya estaba a punto de terminar y se preparó para dormir. Creyó que le costaría conciliar el sueño, pero antes de darse cuenta ya había caído, bocarriba, con la cabeza apoyada en unos cojines dispuestos sobre la almohada y el libro aún en la mano.

Se despertó con uno de sus propios ronquidos, que le sacudió el pecho y le removió el sueño. Abrió los ojos despacio, poquito a poco, a la habitación iluminada únicamente por la luna que se colaba por los pequeños agujeros de la persiana. Alargó la mano para encender la luz con la intención de buscar el libro que a saber dónde había ido a parar y colocar los cojines en una de las sillas antes de volverse a dormir, pero un ruido la detuvo. Tenue, pero inconfundible para quien, como ella, había vivido siempre en aquella casa: el crujido que la desgastada madera del pasillo hacía en un punto determinado, cerca de su dormitorio, cuando al-

guien la pisaba.

Sin dudar ni siquiera un momento, cogió la escopeta y se sentó en la cama apuntando hacia la puerta. No había disparado nunca ni sabía si sería capaz de acertar, aunque estaba decidida a defenderse hasta el último aliento. Un segundo, dos, tres. Conteniendo la respiración, preguntándose si habrían sido imaginaciones suyas o de verdad había alguien fuera. Cuatro, cinco, seis. Le pareció que la manilla de la puerta se movía levemente, tanto que tuvo que repetirse que podía ser la sugestión. Se había dormido esperando que alguien la atacara y ahora, apenas despierta, su mente inventaba cosas, empujada por el miedo. Siete, ocho, nueve. Creyó percibir una respiración, pero era absurdo pensar que podía distinguir algo tan leve desde el otro lado de la puerta. Tonterías. Aquello no estaba pasando. Bajó poco a poco el arma, tratando de no hacer ruido, sin atreverse aún a respirar, pese a que se sentía ridícula. Entonces, el picaporte bajó, silencioso, y la puerta se abrió.

Levantó el arma y apretó el gatillo sin apuntar siquiera. El disparo salió desviado y acertó el marco de la puerta, cerca del hombro de la figura que se recortaba al trasluz. Sintió una extraña mezcla de terror y alivio al comprender que había fallado. ¿Cómo se le ocurría disparar sin saber de quién se trataba? ¿Y si era algún conocido que venía a avisarla de que había ocurrido

algo? Podía haberlo matado, pero no lo había hecho y, en el fondo, una parte de ella sabía que hubiera sido mejor así. Esa persona era quien la había estado espiando y no traía buenas intenciones.

El cuchillo brilló, iluminado por la tenue luz que se colaba por la puerta del dormitorio. No distinguía los rasgos del atacante, pero estaba tan segura de que aquello era un arma como de que se trataba de un hombre. Segurísima. Del todo. Se lo decía el instinto, igual que la había advertido de que alguien la observaba, de que iba a por ella. Podría haber disparado de nuevo, pero ni siquiera lo pensó, quizá porque temía volver a fallar. Agarró la escopeta por el cañón y se lanzó a golpear al hombre con la culata, como si sostuviera una porra.

El desconocido se cubrió con un brazo mientras con el otro intentaba apuñalarla, pero Ainara dio un paso atrás y el ataque se perdió en la oscuridad del dormitorio. Desesperada, sin saber qué hacer, se lanzó sobre él. No estaba segura de dónde se encontraba el cuchillo exactamente ni de si se estaría arrojando contra él como una estúpida, pero tenía claro que no pensaba dejarse matar sin hacer algo. El hombre no esperaba aquella respuesta y trastabilló bajo el peso de Ainara que no dudó en asestarle un rodillazo en pleno muslo. Cayeron al suelo y se oyó el sonido de algo metálico rebotando contra la madera.

—Ahora estás desarmado, hijo de

puta —susurró Ainara, que sentía una presión en el pecho que necesitaba liberar diciendo algo, lo que fuera.



Le atizó, mientras el hombre se cubría con una mano e intentaba sujetarle los brazos, pero ella se escabullía una y otra vez, golpeando con la fuerza que le había dado toda una vida de cortar leña, arar campos y ocuparse del ganado. También encajó algún golpe, pero se mantuvo firme, aunque la escopeta rebotó en un ángulo extraño y se le escapó de entre las manos. Le dio igual. No había perdido contra los cerdos en día de matanza, no iba a perder ahora contra aquel desgraciado. El desconocido apesataba a miseria, dolor y muerte y el tufo le revolvió el estómago provocándole una arcada. De pronto, el hombre dejó de intentar sujetarla y le oyó tantear sobre la madera, sin duda buscando el cuchillo.

—No, no, no, de eso nada.

En ese momento, logró engancharle de los pelos y tirar hacia arriba para empujarlo después con todas sus fuerzas, estampándole la cabeza contra el suelo. El golpe produjo un sonido de lo más satisfactorio, así que Ainara repitió la operación una vez, otra y unas cuantas más, por si las moscas. El hombre no se movía, pero decidió que aquel no era momento para pararse a mirar si seguía o no con vida. La suerte había estado de su parte y no estaba dispuesta a tentarla una segunda vez.

Salió corriendo en pijama y solo se detuvo un momento en la puerta para calzarse las botas de faena antes de largarse de allí corriendo.

La noche era húmeda y fría, chispeaba y el viento agitaba los árboles con fuerza, pero a ella le daba igual. Sentía un calor dentro de sí igual que el de una hoguera. Echó a correr por el camino, el más de un kilómetro que la separaba de la casa de la vecina, pero al llegar allí no supo qué hacer. No podía llamar a la puerta y decirle a Iratxe que venía a saludar después de haber golpeado a su primo y dejarlo malherido o muerto. Nerviosa, se relamió el labio y le supo a sangre; se le había abierto durante la pelea fruto de algún golpe suelto.

El camino continuaba hasta llegar al pueblo, pero debería recorrer más del doble de lo ya andado para llegar. Se sintió muy sola, de pie en mitad de la noche sin saber qué hacer ni a quién recurrir. No podía pedir ayuda a sus vecinos, aunque no fuese su culpa; había sido Iratxe quien les había puesto a todos en peligro al traer allí al primo, ella solo se había defendido. Un ruido a su espalda la hizo decidirse. Avanzó, insegura, por el pequeño sendero que llevaba a la casona de piedra. Llamó a la puerta con mano temblorosa, tan flojo que dudó que nadie pudiera oírlo. Le pareció escuchar pisadas, pero no estaba segura de si provenían del interior o el exterior de la casa. ¿La habría seguido el sacamantecas? Apretó el timbre, que sonó con demasiada fuerza en la calma de la noche.

La puerta se abrió y el corazón casi se le sale del pecho al encon-

trarse frente a frente con un hombre al que no conocía. La miró de arriba abajo; debía resultar una visión extraña, presentándose en mitad de la noche aún en pijama y con las botas viejas. Él llevaba puesto un chándal desgastado, de fondo se escuchaba el sonido bajo de una televisión encendida.

—Soy la vecina —murmuró sin saber qué decir—, necesito ayuda.

—Pase, pase, deme un momento.

El hombre, que debía ser el famoso primo Julen, le señaló el amplio salón y subió la escalera a la carretera. Menuda cara debía traer para que no lo hubiese dudado un momento. Por cómo le dolía el pómulo, imaginó que le habían acertado en él durante la pelea, seguro que le estaba saliendo un cardenal. Ainara supuso que iba a buscar a Iratxe y a su marido Unai. No se equivocaba. Esperó de pie, por miedo a mancharles el sofá con su ropa húmeda de lluvia y barro.

—Ainara, chica, ¿qué haces aquí a estas horas? —dijo Iratxe.

Quiso llorar, pero hasta las lágrimas las tenía paralizadas.

—El sacamantecas.

Julen torció el gesto y su prima puso los brazos en jarras.

—¿Qué tonterías dices? —preguntó Unai con tono brusco.

Intentó explicarse y, al alzar las manos para gesticular, le temblaban tanto que tuvo que sujetarse una con la otra.

—Me ha atacado, en mi casa, con un cuchillo enorme. He corrido

como he podido, no me he atrevido a quedarme allí ni para llamar a la policía.

Ahí, por fin, el llanto acudió a ella. Iratxe se santiguó y le dio un abrazo.

—¡Pobrecita mía!

—Le he golpeado, igual está muerto tirado en el suelo o igual no y se ha marchado. ¡Qué sé yo!

—Bueno, bueno, tú tranquila —dijo Unai con un tono mucho más suave—. Si ha escapado, igual la policía puede investigar y encontrarlo. Seguro que ha dejado alguna pista.

—Sé quién es —respondió, apretando la mandíbula con fuerza. Se sentía como una estúpida, ciega y sorda ante los peligros de la vida. No, era injusto culparse por eso. Aquel desgraciado era responsable del engaño, no ella.

—¿Has podido verle la cara?

—No, pero sé cómo olía.

Intenso, penetrante, haciendo que el estómago se le revolviera mientras peleaban; un aroma a miel y a frutos secos, pero, por encima de todo, a jabón con olor a lavanda; a soledad, desamparo y muerte.

Joseba Vilas

MASCOTA



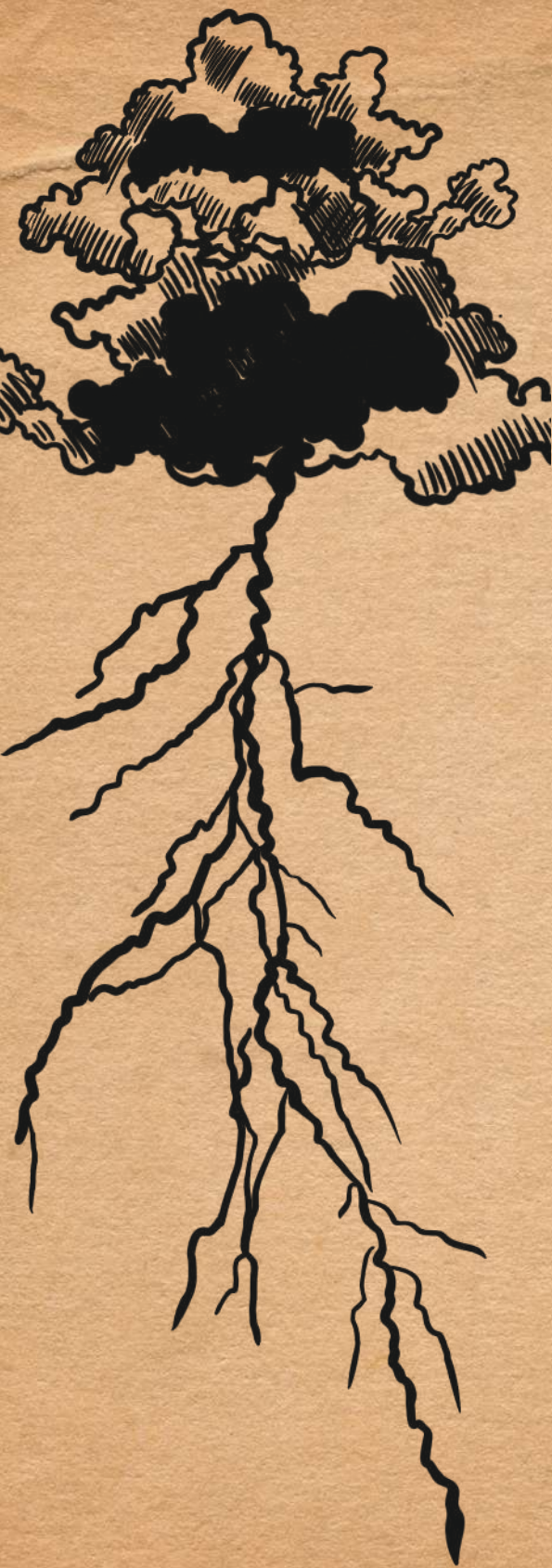


Laura Gómez

Soy Laura Gómez, nací en Madrid en el año 2002. Cursé estudios en fotografía y diseño, pero mi verdadera vocación siempre ha sido la escritura y la creación de historias. Comencé leyendo desde niña y, más tarde en la adolescencia, publicando historias cortas y relatos en foros de escritura y de rol. Escribo sobre diferentes géneros, pero mis pasiones actuales son el terror, lo sobrenatural y el wéstern.

DIENTES nació de estas en el año 2021. Tras no poder encontrarle un hogar donde acogerlo, lo compartí a la vieja usanza en un foro de escritura y autopubliqué para mis amistades más cercanas, donde recibió muchísimo apoyo y amor. Ahora por fin ha llegado a más manos gracias a la revista Pulporama y estoy muy agradecida.

Actualmente estoy trabajando en otros proyectos y buscándole casa a más historias cortas sobre *weird westerns*. Si queréis volver a leerme podéis encontrar *Mejillas Rojas*, mi único relato autopublicado que compartí en 2020, en la plataforma Lektu.



DIENTES

Al principio pensamos que fue la tormenta. Duró los suficientes días como para causar estragos en el pueblo, con lluvias torrenciales que arruinaron las cosechas, truenos que ahuyentaron al ganado y riadas que borraron los caminos. Tenía sentido. Era lo que escuchaba decir a las voces viejas que se sentaban cada noche en el *saloon*. Que tenía sentido lo de las reses, que algunas cabezas desapareciesen o que se encontraran sus cadáveres en los límites del pueblo; es lo que tienen las tormentas. Se lo dijeron a mi madre cuando les sirvió la botella reglamentaria de cada noche mientras yo frotaba los vasos y limpiaba los cubiertos junto al candil, vigilando el halo azul de la luna a través de la ventana, porque cada segundo de luz era un segundo sin nubes, y quizás una noche sin nubes engendraría una mañana sin lluvias. Sin embargo, me desperté con el repiqueteo de las gotas en el techo al día siguiente y ni siquiera pude sentir decepción. Fue esa mañana cuando empecé a pensar que tenía que haber algo más. Mientras compraba en la tienda, con agua chorreando aún del sombrero y las botas embarradas, escuché al hijo del dueño hablar con él en la trastienda sobre otros tres cadáveres que se habían encontrado en las

lindes de uno de los ranchos. No se me había ocurrido llevar la cuenta, pero tampoco me hizo falta para sospechar. ¿No era extraño que las tormentas arrasasen de forma tan violenta con los animales? Fue un pensamiento fugaz, casi inmediatamente pisoteado por la lógica. Por aquel entonces yo tenía muy poca experiencia con todo lo que no fuesen áridos días de sol; quizás a cualquier otra persona del norte, mucho más acostumbrada que yo, le hubiese parecido algo rutinario. Así que meforcé a caminar a casa con la comida enlatada y un fuerte olor a humedad alojado en las narices, sin cuestionarme de nuevo los estragos de la tormenta.

Me arrodillé en la iglesia, recé, ayudé a mi madre en todo lo que pude y cumplí mi propósito de no dudar del hambre de la lluvia. Hasta que salió el sol y de lo único que estaba convencido era de que el sol no tiene dientes.

Los gritos de espanto se escucharon desde la puerta de la hacienda. Nos llamaron a un par de hijos mayores del pueblo para ayudar a los Maynard a sacar del vallado a dos ovejas muertas, seguramente por alguna enfermedad. Querían deshacerse de los cadáveres antes de que la transmitieran al resto del ganado. Eso nos habían dicho. Eso era lo único que sabíamos cuando acudimos corriendo hacia la linde del rancho al sonido de los gritos y encontramos a la hija pequeña escondida detrás de las faldas de su madre, que hincaba las rodillas en

el barro rojo sobre el que descansaban dos pilas de huesos y piel cuya apariencia estaba muy lejos de ser similar a la de una oveja. El hedor era espeso e insoportable y tuve que cubrirme nariz y boca con la mano, esperando no vomitar y empeorarlo incluso más. Los otros dos chicos trataron de ayudar a la señora Maynard a levantarse y aclarar qué había sucedido. No tuve demasiado tiempo para elucubrar posibles respuestas, pero la más simple y la que salió de los labios de la mujer fue también la que menos me esperé.

—Las hemos encontrado así.

Me dolían los ojos y sentí que se me iban a salir de las cuencas mientras las moscas zumbaban y se posaban en las protuberancias que las costillas del animal formaban bajo la piel. Me avergüenza decir que apenas recuerdo lo que sucedió después, aunque pueda contarle como si leyera en voz alta un libro sin ilustraciones en el que la portada son los cadáveres de esas dos ovejas. Acompañamos a la señora Maynard y a su hija de vuelta a casa y ayudamos a limpiarle la falda mientras uno de nosotros informaba al padre del estado de los animales. No parábamos de decir que había sido un coyote, a pesar de que ninguno lo pensase de verdad. Ni siquiera James, que era el único de nosotros que había lidiado con esos demonios antes, se atrevió a negarlo mientras recogíamos los restos con nuestras manos desnudas y las camisas remangadas.

¿Cuál era la alternativa? ¿Asimilar que los coyotes no dejan a las ovejas desnutridas? Tan solo empeoró cuando las analizamos mientras las subíamos al carro. A ninguno de nosotros se nos ocurría ningún animal que tuviese dientes con la forma de las tres incisiones en el pecho de ambas ovejas, así que no dijimos nada. Ni siquiera mediamos palabra de camino a la entrada del desierto, donde las abandonamos, dos pilas de carne que no servirían ya para más que para sembrar el pánico en el pueblo en cuanto los detalles viajaron de boca en boca. No importaba si había sido una broma de mal gusto (las cuales era común sufrir desde que los hijos de la señora Isabel estaban en edad de realizarlas, pero unos niños nunca harían eso a un animal), un crimen, o algún tipo de macabra advertencia para los Maynard, cualquier delito como el del robo o matanza de ganado era motivo de preocupación y alerta cuando puedes contar a tus vecinos con los dedos de la mano. Y más después del atracón que la tormenta se había pegado en los ranchos. Dos semanas viviendo a base de gachas eran suficientes, no necesitábamos más.

Aunque Dios parecía querer ese destino para nosotros.

Aquellos cadáveres fueron los primeros de todos los que vinieron después. La noche pasó con la luz azul de la luna llena y el vaivén de los candiles en los porches y en las vallas de los ranchos, que se que-

daron encendidos para que los ojos de las ventanas pudiesen vigilar. Descubrimos que de poco sirvió cuando nos despertamos a una madrugada igual de azul que la noche con cuatro nuevos animales muertos. Una vaca y tres gallinas.

—Estaban desplumadas y a medio comer. Doña Isabel ha estado toda la mañana limpiando la sangre de la escalerilla del corral.

—Qué asco. Tienen que haber sido los putos coyotes.

—Sí, claro. ¿Y con qué ha desplumado el coyote a las gallinas? ¿Con las pezuñitas? A la vaca se le veían hasta los huesos, como si llevase meses sin comer. Eso tampoco lo hace un coyote.

—¿Qué ha sido entonces, según tú? ¿Una serpiente muy gorda?

—¡Eh! —Di un golpe en la mesa, llamando la atención de los dos hombres. A mi madre no le gustaban las discusiones en el *saloon*, le daban dolor de cabeza. Y a mí no me gustaba que se hablase del tema cuando no habían pasado ni cuarenta y ocho horas desde que había visto las entrañas de dos ovejas—. ¿No tenéis otro tema del que hablar?

—¿No te cabrea que haya algo que se está cargando a los animales? —me contestó Clarence—. Mira que tienes poca sangre.

—Si eso era un chiste no ha tenido mucha gracia.

Fernando negó con la cabeza, dándome la razón y volviendo la atención a su cerveza.

Fue bastante estúpido por mi parte pensar que me quedaban pocas conversaciones por escuchar acerca de muertes de ganado en extrañas circunstancias. Una vaca más y una cabra aparecieron en la calle principal, con un rastro de sangre y forcejeo tras de sí. Una parte de mí quería seguir pensando que se trataba de un animal salvaje, pero no tenía el suficiente poco seso como para autoconvencerme de que un animal arrastraría el cadáver de otro hasta donde se le pueda ver desde los balcones y los porches.

Poco después, las suficientes gallinas como para que se sugiriera cavar una sola fosa para todas. Varias ovejas y cabras a lo largo de los siguientes días y un par de vacas más, todos los animales con tres incisiones en alguna parte del cuerpo, formando un triángulo invertido por el que les habían sorbido la sangre. El miedo era tal que los vecinos que tenían establos lo suficientemente grandes como para poder acoger animales ajenos a su rancho se ofrecieron a ello para que el ganado estuviese más seguro. Las puertas se cerraban a cal y canto cada noche y las familias con niños pusieron tablones para que fuese imposible entrar. Fue la primera vez que mi madre empezó a cerrar el *saloon* antes de la media noche y a obligarme a quedarme en casa, acariciándome las mejillas irritadas por el viento del desierto con unos ojos que parecían ver a las ovejas mutiladas en mí. Salvo por

esos momentos que te ponen los pelos de punta, la vida transcurrió de forma práctica.

Los Maynard esperaban el paso de unas cuarenta cabezas de ganado, de las cuales diez eran para ellos y el resto seguirían una ruta hacia el norte. Quizás deberían de seguirla las cuarenta si el rancho de los Maynard solo les prometía ser pellejos que enterrar entre las dunas. Al menos eso pensábamos todos. Nuestras pocas ganas de cavar otro agujero contrariaban a nuestros estómagos, pero no sabíamos qué decisión tomarían ellos.

—Deberíamos de pedirles ayuda.

—¿A los vaqueros? ¿Y qué van a hacer?

—No lo sé —mi madre se rasca las heridas de las manos. Un día iba a levantarse hasta los lunares—. Pero saben más de protegerse de los animales carnívoros del desierto que el *sheriff*, que no tiene ni idea de nada.

—¿Crees que es un animal? —pregunté.

—¿Crees que es una persona? —me contestó devolviéndome la pregunta.

Miré por la ventana hacia la calle principal.

—Iré a la tienda cuando pasen, supongo. Y aprovecharé mientras compran las provisiones para intentar pedirles ayuda.

A la mañana siguiente no salí de la cama.

Descubrí que había vomitado en mi almohada por la humedad en

mi mejilla y un olor ácido que me arrancó otra arcada, pero no pude hacer nada al respecto antes de volver a quedarme inconsciente. Quizás vomité más, no puedo asegurarlo ahora ni podía asegurarlo al despertarme de nuevo con mi madre sentada a la orilla de la cama, agarrándome de la mano como se hace en un lecho de muerte. Tuve el acto reflejo de soltarla, aterrado. Fue rápidamente reprimido por un intenso dolor de cada músculo de mi cuerpo, pinchando como si no hubiese piel separando mis entrañas de las sábanas. No escuché mi propio aullido de dolor.

—No te muevas, Peck. Dios santo, no te muevas. —Ella parecía mucho más aterrada que yo. Alargó la mano hacia mi cuello, temblando, pero creo que no llegó a tocarme antes de apartarla.

Pasé la mañana entre la vigilia y las pesadillas, temblando en sudores fríos sin tener ninguna capacidad de saber si la sangre que había en mi mano derecha era real. «Padre nuestro que estás en el cielo». La voz de mi madre me sabía a óxido. «La oración de fe sanará al enfermo y el Señor lo levantará». Algo pitaba en mis orejas y el zumbido de los rezos me hacía perder el equilibrio. Pensé que había uvas en mi mano. Intenté clavarles las uñas, pero eran las cuentas de un rosario. Palpé el cristo con las manos pegajosas y me agarré al metal frío.

Pasaron un día y una noche en-

teros hasta que logré recuperar la consciencia, lo cual no me libraba de los dolores, pero sí al menos de los terrores nocturnos. La luz del alba llenó mi habitación y el aliento árido entrando por la ventana me hizo volver un poco en mí. También ayudó la taza de agua que mi madre me forzó contra los labios, aunque el sabor del metal me contraía la boca del estómago. Ella me dijo que yo había sido el primero en ser visitado por el médico. El primero. No era el único enfermo. Los hijos de Isabel habían salido corriendo de casa poco después de que me encontraran pálido y vomitando, gritando que su madre no despertaba y que había sangre en la cama, lo mismo que la mía le dijo al médico de mí. No me recordó la suerte que habíamos tenido de no haber acabado tan mal como aquellas primeras ovejas, las tres incisiones que me ardían en el cuello eran suficiente.

Los vaqueros se fueron tan pronto como llegaron. Mi madre me dijo que Fernando les había intentado pedir ayuda, pero que ninguno quiso quedarse pisando la tierra que nos rodeaba más de un minuto en cuanto se enteraron del mal que se había cernido sobre nosotros. No les podía culpar de pensar que estábamos condenados. Yo también comenzaba a hacerlo. Por desgracia, no me consolaba. Ni me consoló, rumiando el desvanecimiento de la poca esperanza que me quedaba mientras mi madre in-

tentaba conseguir que fuese capaz de incorporarme sobre la cama. Sin éxito alguno, claro.

El pueblo se hizo parte del desierto. El silencio y el viento no chocaban con una sola alma por la calle, ni con gente en los porches o en las ventanas. Temíamos que los cadáveres se comenzasen a acumular en las haciendas, pero también temíamos salir de casa. Mi madre seguía bajando a la barra del *saloon* a quitar el polvo de los vasos y a comprobar que todo estaba en orden, quizás solo por hábito. Una de esas mañanas en las que no tenía nada mejor que hacer que limpiar las teclas del viejo piano, vio a través de la ventana a alguien atando a su caballo al abrevadero del porche. Al principio pensó que el calor estaba haciéndole ver cosas que no estaban, figuras en las formas de las manchas del cristal. Hasta que un hombre cruzó las puertas.

—Buenas tardes —saludó, bajándose el ala del sombrero—. ¿Se puede pedir algo de beber?

Fue extraño para ella ver a alguien hablar con la tranquilidad de un forastero ajeno a lo que vivíamos, y estuvo tentada de decirle que estábamos cerrados, pero acabó sirviéndole lo que le pidió. Porque también era refrescante charlar con algo que no fuesen las paredes. El hombre se sentó y arrulló un vaso de whiskey mientras miraba a su alrededor. Mi madre sabía que no tardaría en preguntar, y aun así no pudo preparar el estómago para

cuando lo hizo.

—He intentado entrar en la tienda de enfrente a por comida y tabaco, pero está cerrada. Pensé que el *saloon* estaría más lleno —sonrió de una forma sarcástica, ella no fue capaz de corresponderle al gesto—. Esto parece un pueblo fantasma, ¿por qué está todo tan vacío? Si no es molestia preguntar.

En el pueblo éramos comúnmente desconfiados de los foráneos. La única razón por la que contestó a las cuestiones del hombre fue que ya le había pagado el whiskey que le había servido, así que si decidía salir corriendo al menos no era con bebida gratis. Le contó la matanza de ganado que acontecía cada noche, por qué dudábamos que fuese un animal, y por qué dudábamos también que fuese una persona. Y le habló de mí. De que sus últimas víctimas habían sido los vecinos del pueblo, y por eso la tienda estaba cerrada, porque el dueño estaba ocupado cuidando de su mujer, igual que ella de mí.

Para su asombro, el hombre no salió corriendo. Ni siquiera parecía excesivamente sorprendido. De hecho, incluso llegó a preguntar:

—¿Tiene su hijo tres incisiones en el cuello, como las que tenían los animales? —Mi madre asintió—. ¿Le importaría que subiese a verle?

Hablando de la desconfianza.

—Gracias, pero ya tenemos un médico en el pueblo.

—No, no soy médico —estiró una sonrisa de disculpa—. Pero pasó

lo mismo en mi pueblo cuando era más joven.

Y aquella respuesta podría haberla dejado en cama igual a como yo lo estaba. Quizás en unas circunstancias menos críticas hubiese hecho falta algo más que la palabra de un hombre para crear esperanza. Sin embargo, no era ese el caso.

La luz que entraba por la ventana era anaranjada cuando unas voces fuera de mi habitación volvieron a despertarme. Luché contra el acto reflejo de mis párpados, queriendo dormir por lo menos un mes más, sin éxito cuando mi madre se sentó junto a mí en la cama y me contó todo esto. El extranjero, que había sufrido nuestra situación, y que quería verme. Lo primero que pensé fue en mi semidesnudez, sintiendo un ligero rubor bajo las pecas. Si hubiese tenido fuerza en los brazos me habría intentado tapar el pecho con las sábanas.

—Solo quiere verte las heridas. ¿Y realmente me quedaba otra que no fuese acceder?

—Siento las molestias. —La voz grave me hizo levantar la mirada.

Un sombrero de vaquero cubría el rostro del hombre hasta que se lo retiró, revelando una melena morena que le llegaba por el cuello de la camisa blanca, con un chaleco marrón oscuro cerrado sobre el pecho y pantalones negros. Suspiré, recostándome en la cama para que las gotas de sudor que habían comenzado a bajarme por la frente no

me llegasen a los ojos. Miré al techo y quise quedarme inconsciente de nuevo.

—Si me vas a toquetear las heridas podrías por lo menos decirnos tu nombre —musité entre los dientes apretados.

No sonrió, no le hizo falta con su tono de voz y su espeso acento español.

—Me llamo Elías Conway, encantado.

Que Dios nos ampare, pensé, porque su nombre era incluso más propio de un perdonavidas que su ropa.

—Peck.

El hombre se sentó junto a mí y retiró la venda que cubría mis heridas, revisándolas cuidadosamente. Mi madre no había podido ni moverme para lavar las sábanas, así que mi almohada seguía teniendo un desagradable charco de sangre seca cuyos restos aún me pinzaban la nuca cada vez que movía la cabeza. Tan de cerca pude analizar cuidadosamente al señor Conway. Diría que lo más característico de su rostro moreno era su perilla de no ser porque una enorme cicatriz le atravesaba desde el puente de la nariz hasta la curva de la mandíbula. Eran dos líneas paralelas, la de abajo más pequeña y difuminada que la otra. Me pregunté si se lo habría hecho con las zarpas el mismo animal que me había atravesado a mí con los dientes.

—No hay mucho más que ver —

acabé soltando, incómodo bajo su mirada castaña.

—No, no lo hay. —Se irguió, girándose a mi madre—. Es un chupacabras.

—¿Qué? —casi lo grazné, haciéndome daño en la garganta.

—Es una criatura nocturna, se alimenta de la sangre de animales como vacas, ovejas, cabras, gallinas... y ocasionalmente de humanos. Su mordida impide que te muevas de la cama, para así poder seguir comiéndote hasta matarte.

No sabía cómo sentirme. Tenía unos cuantos insultos quemándome en la lengua y la poca sangre que me quedaba en las venas me hervía. Seguramente por lo mucho que sonaba a estafa y a la vez por lo mucho que no lo hacía desde una cama ensangrentada.

—Es imposible que un animal así exista y nunca lo hayamos visto.

—Son nocturnos, no son fáciles de ver. —Hincó la rodilla junto a mi cama, quitándose el guante para recoger algo del suelo. Cuando levantó la mano, sostenía cortos cabellos grises entre el índice y el pulgar—. Son como perros desnutridos, con púas en la espalda y pelaje moteado. Este te ha dejado un poco.



Un reflujo ácido se me subió a la garganta. Un animal salvaje se me había subido encima y mordido en el cuello para poder beberse mi sangre. Hubiese vomitado si me quedase algo en el estómago.

—¿Puedo hablar con vuestro *sheriff*?

Pude oír el revuelo en el pueblo desde mi cama. Ventanas y puertas abriéndose, voces de aquí y de allá y movimiento en la calle después de semanas. Tragué saliva. Supuse que al menos podía agradecerle eso al señor Conway.

Esperé que la idea fuese espantar al animal o protegernos de alguna forma de él, pero al parecer la solución era directamente matarlo según Elías. Su sangre era la única cura existente para los enfermos de su mordida, y la única forma de conseguirla era matándolo. No creía que nadie quisiese ver viva a la criatura, así que no se le pusieron pegas. De hecho, el *sheriff* le ofreció pagarle por cazar al chupacabras, a lo que Elías respondió con que no era al primer pueblo al que ayudaba a deshacerse de la criatura, y que aceptaba nuestra generosidad, pero que solo cobraría después de habernos ayudado. Conocía mi pueblo, y de no ser por la desesperación, no solo no le hubiésemos hecho caso, sino que le habríamos tratado de borracho llevado a la locura por el alcohol. Me hubiese reído si no me doliesen demasiado las costillas.

Yo estaba dormido la noche que

Conway salió a cazar al animal. Nadie del pueblo se había ofrecido voluntario a ayudarle. Si su última esperanza moría devorada, que no se llevase a nadie por delante. Hacía un bochorno sofocante y sabía que mi cuerpo no paraba de dar vueltas en la cama. De vez en cuando abría los ojos. Algunas veces veía mi cuarto vacío, y otras tantas unos ojos brillantes mirándome desde la oscuridad. Un aliento cálido me mojaba el pecho, unas garras rascaban la madera. Todo era real hasta que era una pesadilla y me despertaba jadeando. Pensé que hubiese preferido morirme la primera noche y luego se me olvidó que lo había pensado.

—Peck. —Mi madre me puso la mano en la frente, despertándome de lo que me pareció un parpadeo. No podía serlo, porque era de día y Elías estaba esperando en la puerta de mi habitación con una cantimplora entre las manos.

—¿Lo ha cazado?

—¿No confiaba en mí? —Estaba lo suficientemente somnoliento como para que su sonrisa y su tono socarrón no me escamasen demasiado—. El *sheriff* tiene las púas y una pata que pude arrancarle después de recoger la sangre. Era demasiado grande como para cargar el cuerpo entero.

Me costó alegrarme al escuchar las buenas noticias. Dejaba un mal sabor de boca que el sufrimiento de semanas terminase así, a lo largo de una noche de la que solo me que-

daban pesadillas. Debería haber acabado con la tormenta o con la criatura muriendo bajo mis propias manos para que me hubiese encontrado satisfecho. Eso pensé en el momento, todavía enfurecido por los animales, por mi madre, por mí mismo. Pero en verdad, poco me duró el enfado cuando Conway se acercó a la orilla de mi lecho con la bota de piel, agachándose sobre mí igual que la primera vez. Aguanté la respiración.

—Debería curarse en unas horas después de aplicar la sangre.

—¿Tienes que untarla? —Me tembló el cuerpo entero—. Puedo hacerlo yo.

—¿Puedes mover los brazos?

Apreté los dientes y lo intenté. Négulé con la cabeza cuando me rendí, aunque Conway parecía haberlo supuesto y estaba abriendo ya la cantimplora. Se echó un hilo del líquido espeso y casi púrpura en la yema de los dedos. Unas gotas cayeron sobre las sábanas mientras me acercaba la mano al lateral izquierdo del cuello, a lo que respondí torciendo la cabeza para ponerse fácil, a pesar de que la idea de tener la sangre de ese bicho en la piel me daba náuseas. Frotó con los dedos, humedeciendo las costras de las incisiones cuidadosamente.

Aquel fue el principio del final de nuestra pesadilla. Me empecé a encontrar mejor justo después de que Elías se marchase. Un hormigueo me devolvió color a las extremidades entumecidas y a lo largo de las

horas comencé a poder beber agua o comer sin querer vomitarlo todo inmediatamente.

—Elías va a pasar un día más en el pueblo. Poco me parece lo que le hemos pagado... —Mi madre me acarició las manos mientras estaba sentado en el borde de la cama, mentalizándose para levantarme—. Mañana podrías despedirte de él antes de que se vaya y darle las gracias.

Ya no existía el extraño enfado de la inmediatez con la que había pasado todo, así que hice caso a mi madre. Para cuando amaneció ya podía andar sin dificultad. Bajé al *saloon*, con la extraña sensación de que había pasado mucho más tiempo desde que no salía de mi cuarto. El appaloosa moteado de Elías estaba fuera del hotel, y él también, sentado en el porche con un cigarro entre los dedos.

—Señor Conway.

Levantó la mirada castaña con un ojo cerrado por el sol bajo el ala de su sombrero, sonriéndome de nuevo. Al no estar postrado en la cama completamente impedido no fue tan molesta.

—Buenos días, Peck.

—Muchas gracias por su ayuda.

—Nos estrechamos la mano y encontré la suya apretándose con más fuerza de la que esperaba. Me flaquearon las rodillas.

—No hay por qué darlas. A vosotros por vuestra hospitalidad y por el dinero. Ojalá poder hacer más por el ganado y el tiempo que han

perdido, pero solo estoy de paso hacia el norte.

—No se preocupe, ya ha hecho más que suficiente.

—Aun así, espero que podamos volver a vernos en otra ocasión.

Le dediqué un asentimiento educado, pero no parecía estar diciéndolo solo por cortesía.

—Claro.

Aunque no he vuelto a verle desde nuestra despedida, aquel día sí le vi una vez más.

Después de caer el sol, mientras recogía los candiles de la valla de nuestra hacienda, le vi en uno de los callejones del pueblo, su cigarro un destello naranja bajo la luz azul de la luna. Lo importante era que no estaba solo. Alguien cubierto de pies a cabeza por diferentes telas esperaba a que Elías le ayudase a subir al caballo. Me acerqué con sigilo, pensando que quizás alguna mujer del pueblo se había prendado lo suficiente del hombre como para huir con él. Era imposible distinguir a la figura entre la distancia y la oscuridad, y cuando Elías se subió al appaloosa después de aupar a la persona en la grupa, me resigné a que no lo iba a poder saber hasta la mañana siguiente. Por suerte, aun así no dejé de mirar, porque si hubiese apartado los ojos en ese preciso instante, me habría perdido la cola delgada y espinosa que asomaba bajo las telas.

Elías cabalgó hasta la tienda que había instalado lejos del pueblo a lo largo de la noche, bordeando una de las montañas y subiendo entre los árboles a un pequeño risco. Di gruñía a su espalda, revolviéndose en la grupa de Dominó.

—Ya casi estamos.

En cuanto alcanzaron la tenue luz de las brasas de la hoguera, Di se deslizó lejos del caballo, por el suelo hasta el tronco que les había hecho de asiento durante estas últimas semanas. Elías desmontó mientras ella se sacaba las telas de encima, cuidando de no desgarrarlas con las zarpas o las espinas, sacudiendo toda su figura peluda.

—¿Más cómoda? —preguntó él, a lo que solo obtuvo como respuesta la espinosa columna de Di estirándose hasta que los huesos crujieron bajo la piel. Estaba mucho más a gusto caminando con cuatro extremidades que con dos—. Voy a por las vendas y el alcohol.

Una vez hubo atado a Dominó al árbol más cercano, sacó los materiales para poder curar a Di. Vendar las heridas que dejaba al cortar las espinas era parte de su rutina, así que apenas se quejaba, tumbándose en la hierba y dejándole toquetear y mover de aquí a allá su cola todo lo que quisiese. Total, crecerían de nuevo en unos días. También le curó el brazo, esta vez el izquierdo. Iban alternando de dónde le sacaba sangre a cada pueblo que iban. Elías sabía que realmente no importaba, Di no ci-

catrizaba igual que los humanos, pero le salía automático.

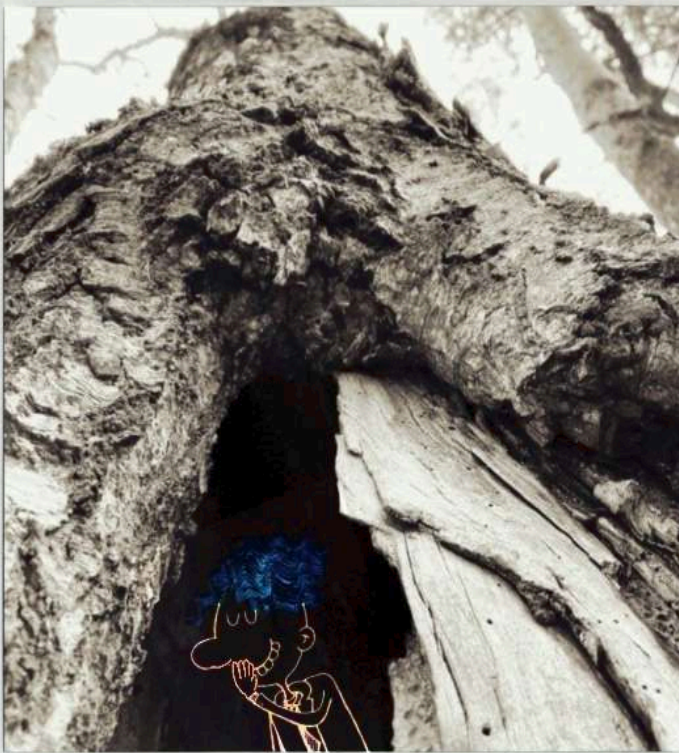
—Ale, ya está.

—Gracias —musitó ella con la voz grave y ronca que le había costado tantos años sacar y que todavía casi siempre se negaba a usar.

Elías se levantó de la hierba, recogiendo por el camino la hilera de ropa y guardándola en la tienda antes de tumbarse junto a Di frente a la hoguera, colocándose el sombrero sobre los ojos. Había avivado las llamas lo suficiente como para que durase un poco más para Elías. Ella no tenía necesidad de dormir con fuego cerca, aunque después de tantos años ya se había acostumbrado, enroscándose en el suelo como un sabueso.

—Creo que por ahora podemos quedarnos aquí un tiempo. Hasta que vuelvas a tener hambre. Entonces seguiremos subiendo hacia el norte.





Daniel Badosa Moriyama

Daniel Badosa Moriyama (Madrid, 1989) es escritor de relatos y novelas, editor de libros en un centro cultural, y profesor de escritura creativa. Se licenció en Psicología por la Universidad Autónoma de Madrid y cursó un máster profesional de edición de libros. Sus relatos han sido publicados en revistas literarias como *Weird Review*, *Grafografxs* y *Mordedor* y también en la Editorial *El Transbordador* y la plataforma online de escritura *Phantastica*. Ha sido el ganador del VII certamen *Allende Sierra* y del certamen “*Historias de Japón*” 2023 y vive actualmente en un pueblo de la Sierra de Madrid con su esposa y dos hijos mellizos.

NO SE PUEDE ENCONTRAR AL QUE NO DESEA SER ENCONTRADO



—Aquí es donde ocurrió todo —me digo a mi mismo en un susurro contenido, pues después de tantos años, regreso para adentrarme en el bosque de los escondidos.

Mis pisadas son cautas. Cortas. No quiero que nadie más me escuche. Así es como he aprendido a andar. En murmullos. A escondidas. En pasos ocultos. Pues no quiero que nadie me descubra. Así es como he aprendido de él. De Lázaró. Aunque en esos terribles años todos acabaríamos llamándole el Escondido.

«No se puede encontrar al que no desea ser encontrado», era lo que siempre nos decía. A menudo. Constantemente. Una y otra vez. Para que no se nos olvidara. Eran sus palabras nacidas de la oscuridad del bosque. Eran sus reglas. Eran sus leyes.

Intento que mis pasos no hagan ruido entre la maleza del bosque. Que no crujan. Que no salpiquen.

Mis pasos son fruto del pasado. De la práctica. De los juegos. Del ritual. De las instrucciones de Lázaró.

Mis pasos, incluso después de tantos

años, siguen siendo los suyos.

«No se puede encontrar al que no desea ser encontrado».

Al principio nadie quería ser amigo de Lázaro. Había venido de otro pueblo cuyo nombre a nadie le importaba. Solo adorábamos nuestro lugar de nacimiento y nuestra futura tumba, el hogar eterno de nuestros padres y nuestros abuelos. Pero Lázaro era un extranjero, un visitante de un lugar del que nos burlábamos sin piedad ni empatía.

Yo me burlaba también. Todo el mundo lo hacía. Él hablaba poco. Él hablaba raro. Su piel era oscura como la madera recién quemada y sus ojos grises como guijarros en el fondo del río en verano. Nadie le hacía caso. Venía con nosotros porque nos daba pena. Venía con nosotros para no aburrirse.

Pero fue Lázaro quien nos mandó construir la base secreta. Aunque eso fue después del accidente. No. Después del secuestro. No. Después del escondite. Sí. Así lo llamó él: el escondite, el bautizo de tierra y polvo que le convirtió en un inmortal.

Cuando llegó aquel providencial día, mi madre me recogió antes de que acabara el colegio. Era raro. Inusual. Y no fui el único. Todos los padres y madres vinieron antes de tiempo. Todos estaban preocupados. Algo había pasado. No nos lo querían decir. Todos callaban, asustados de la puntiaguda realidad que asomaba entre la piel tersada de los adultos. No querían que les

ocurriera lo mismo. Ni a ellos ni a sus hijos.

Pero los niños nos enterábamos de todo. Daba igual que nos lo ocultaran. Éramos buscadores de verdades y tejedores de mentiras. Entendíamos más que lo que los adultos creían. Y ahora solo puedo confirmar lo que yo ya sabía de pequeño: que a los adultos la verdad les daba miedo, y por eso la enterraban y la ocultaban con sus palabras marchitas. Pero nosotros los niños entendíamos. Nosotros encontrábamos las cosas porque ellos no sabían esconderlas bien. No entendían la naturaleza del juego de las profundidades del bosque.

Lázaro había desaparecido. Hablaban de secuestro. Un hombre de piel pálida y ojos hundidos había aparecido en el pueblo. Otro forastero. Un hombre raro, raro, raro. En cuanto desapareció el hombre pálido desapareció también Lázaro. Las huellas de ambos se perdieron en el bosque. La policía empezó a investigar. Y los días pasaron. Y las semanas pasaron. Y las desesperaciones no pasaron.

Todos creímos que Lázaro había muerto. Era el paso lógico. Era el paso normal. El que todos pensábamos pero nadie decía en voz alta, como un secreto que podía romperse. Y nosotros seguimos jugando, como si no hubiera pasado nada. Jugamos porque es lo que hacen los niños para sobrevivir. Era nuestra única herramienta para seguir adelante mientras los padres de Lázaro

seguían llorando en sus chozas carentes de música y voces infantiles.

—Quizás Lázaro está jugando al escondite —acabó diciendo uno de mis amigos, bromeando para ocultar su preocupación y sus miedos, riendo para no llorar en la oscuridad del que teme a una bestia acechar.

—Sí, quizás Lázaro quiere convertirse en el campeón mundial del escondite —seguí diciendo yo entre risas incómodas y chillonas—. Quizás quiere esconderse y esconderse hasta desaparecer para siempre, pero ser siempre recordado.

Mis amigos y yo nos seguimos riendo, sin entender que lo que estábamos diciendo se acabaría cumpliendo como un deseo pedido a la luna.

«No se puede encontrar al que no desea ser encontrado».

Todavía estoy dentro del bosque, recordando a medida que avanzo entre ramas y hojas secas. Entre recuerdos de tierra, polvo y sangre. Entre escondites que nunca acaban.

Y recuerdo las palabras de Lázaro cuando finalmente volvió de entre los muertos. Cuando finalmente decidió salir del bosque que le bautizó con un nombre nuevo.

Jamás olvidaré sus palabras.

Tan secretas.

Tan brillantes.

«No se puede encontrar al que no desea ser encontrado».

Lázaro volvió. Estaba vivo. Más vivo que nunca. El que retornó al pueblo ya no era ese niño de ges-

tos incómodos y voz entrecortada llamado Lázaro. Era alguien completamente diferente. Lo podíamos ver en sus ojos, en sus manos, en su lengua.

Y eso nos aterraba y fascinaba.

—Gané —fue lo primero que dijo a sus padres al volver. Estaba lleno de barro. Completamente manchado y magullado. Sus heridas, pequeñas y finas líneas rojas, eran demasiadas para contar en su cuerpo. Había perdido peso. Estaba en los huesos. Pero sus ojos brillaban entre toda la suciedad. Sus ojos eran dos soles ardientes. Sus ojos revelaban que había alcanzado una incomprendible iluminación durante aquellos meses de desaparición.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —le preguntaron desesperados sus padres. Le preguntó la policía. Le preguntamos nosotros, el grupo de amigos que no éramos amigos pero que nos volvimos amigos y después seguidores.

—Escondido.

Así fue como Lázaro se convirtió en el Escondido. En la representación de aquello que creíamos imposible de alcanzar. Para nosotros, que éramos niños, los juegos lo eran todo. Y aquel que ganara un juego entre la vida y la muerte, solo podía ser considerado un líder entre los líderes.

Y el Escondido tomó su nuevo nombre y lo colocó en su cabeza como una corona de ramas y hojas caídas.

El antes-llamado-Lázaro erigió en

este mismo bosque la base secreta. Nuestra base secreta. Un templo erigido a su magnificencia hecha de palos y mantas prestadas de nuestras casas. Hecha de juegos y risas. Hecha de meriendas furtivas. Hecha de infancia regalada. Pero también hecha de felicidad robada.

—Aquí construiremos nuestro escondite perfecto. Aquí el hombre pálido jamás nos encontrará. Aquí ganaremos por siempre jamás —dijo el Escondido por el hueco dejado entre los arbustos entrelazados.

Nadie tuvo que preguntar quién era el hombre pálido. La policía todavía no le había encontrado. Estaba a la fuga. Desaparecido de la faz de la tierra. Quizás estaba avergonzado de haber sido derrotado por un niño escondido. O quizás tenía miedo del Escondido, igual que lo teníamos nosotros.

Pero nuestra devoción era más fuerte que nuestro temor. Y por eso nos quedamos a su lado en la fortaleza de ramas que había erigido.

—¿Cómo sobreviviste tanto tiempo escondido? —le preguntábamos en nuestro nuevo refugio. Las linternas robadas de nuestros padres iluminaban el lúgubre interior como un espectáculo fantasmal. Todo era sombras y expectación con él.

—El que mira donde nadie lo hace ya ha encontrado un escondite —empezó a decir el Escondido, y su voz era música para nuestros infantiles oídos. No hablaba como un niño, pero era uno. Y nunca

habíamos oído a nadie hablar así. Tan decidido. Tan convencido. Tan iluminado. —Un niño siempre se esconderá mejor que un adulto. El poder está en vosotros también. Yo os enseñaré.

«No se puede encontrar algo que desea no ser encontrado» fue la primera lección. La más importante. La que se ha quedado dentro de mí clavada como una profunda aguja ardiente. Es la lección que no quiere abandonarme a pesar del imperdonable paso del tiempo.

Mis pisadas se detienen. Salgo de mis recuerdos como un pez arrancado del agua. He llegado por fin a la base secreta. Los arbustos siguen siendo los mismos, aunque los recordaba mucho más pequeños. En mi memoria infantil eran colosos de la tierra, guardianes de lo sagrado y lo misterioso.

Me quedo a lo lejos de la base, incapaz de moverme. Los recuerdos reptan por mi mente como insectos que acaban de despertar. Inquietos. Revueltos. Punzantes.

Y cada palabra se siente en mi piel como las pequeñas patas de esos insectos que salen de su hibernación.

—No se puede encontrar al que no desea ser encontrado —consigo decir una vez más, las sílabas cayendo de mi boca como agua estancada. Dejando fluir los recuerdos de mi infancia.

«No se puede encontrar al que no desea ser encontrado».

Así fue como empezó nuestro aprendizaje con el Escondido. No sabíamos lo que estábamos haciendo. Pero seguíamos ciegamente al

Escondido porque algo en sus ojos delataba su poder. Porque su lengua salpicaba con el conocimiento más prohibido y tentador que hubieran presenciado jamás nuestros pequeños ojos.

Nos enseñó a escondernos entre los arbustos para que no se moviera ni una sola hoja con nuestros latidos. Nos enseñó a taparnos en el suelo con basura podrida para que parecíamos parte de ella. Nos enseñó a escalar los árboles y mimetizarnos con sus frondosas copas. Nos enseñó a enterrarnos vivos y relajarnos entre la presión de la tierra que nos cubría como un manto fúnebre. Nos enseñó a sumergirnos en las aguas profundas y a respirar con lentitud por tubos de juncos arrancados con nuestras manos.

Nos enseñó a escondernos con el deseo de nunca ser encontrados.

—El que es encontrado es porque en el fondo de su corazón desea ser encontrado —decía en voz cada vez más alta. Nuestra base secreta temblaba ante su voz, y nosotros temblábamos de emoción y temor—. Si te escondes con el deseo puro de permanecer oculto para siempre entonces habrás llegado a ser un maestro del verdadero escondite.

Nos gustaba esa palabra. Maestro. Nosotros también queríamos ser maestros de ese elevado escondite del que nos hablaba. Nosotros también queríamos ser como el-que-antes-era-Lázaro. Bueno, no como él porque eso era imposible. Pero

queríamos imitarle. Queríamos seguirle. Allá adonde fuera. Porque él sabía cosas que nosotros no sabíamos. Él había sobrevivido al hombre pálido y al bosque antiguo y por eso le respetábamos.

Nuestra iniciación ocurrió unas semanas después de su providencial retorno. Uno de nosotros, Pablo, fue el primero en esconderse. Fue el primero en transformarse bajo su inamovible dirección.

—Sal solo cuando te lo diga el corazón— le dijo el Escondido antes de que desapareciera en las tinieblas del bosque—. Sal solo cuando desees ser realmente encontrado.

Pablo no volvió hasta después de tres semanas. La policía temía que fuera el trabajo del mismo secuestrador, de ese hombre pálido del que todos hablaban en susurros. Nos preguntaron un millón de veces qué sabíamos nosotros. Pero ninguno les dijimos la verdad. Para jugar al escondite hay que saber esconder la verdad también. Los padres de Pablo lloraban desesperados mientras los del antes-Lázaro intentaban consolarles. Eran los únicos que conocían su sufrimiento.

Pero eso iba a durar poco.

Cuando Pablo regresó, nosotros fuimos los primeros en recibirle. Daba pena verle. Su ropa era apenas un trapo sucio que difícilmente tapaba su cintura. Su piel, antes clara, se había convertido en un lodazal con dos piernas. Pero sus ojos brillaban como los del Escon-

dido. Y cuando le vi así, recuerdo lo primero que pensé: qué maldito. Lo había conseguido. El muy cabrón lo había conseguido antes que yo.

El Escondido le abrazó como a un hermano. Le abrazó como a un igual. Le daba lo mismo que oliera a heces y a amoniaco. Le amaba más que a los demás porque había pasado por lo que él había pasado. Cuánta envidia sentí por Pablo. Cuánta envidia sentimos todos. Deseábamos impacientes ser los siguientes. Debíamos ser los siguientes o nos consumiría nuestra propia envidia.

—Todos seremos maestros del escondite —nos consolaba Lázaro—. Sed pacientes. Yo os guiaré hacia el escondite perfecto.

«No se puede encontrar al que no desea ser encontrado».

Había pasado horas en el bosque y todavía no me había movido. Los gusanos de la tierra me aceptaron como a uno más. Me había convertido en un árbol. Y mis raíces eran las que retornaban.

Soy incapaz de entrar en la base secreta. Ya soy un adulto, pero el miedo que sentía es el mismo que el de un niño indefenso ante la boca abierta de un monstruo.

Había huido. Sí, había huido de este lugar. De este terrible y mítico templo erigido al Escondido. Pero al final volvemos donde están nuestras raíces. Da igual que las arranquemos. Que las pisemos. Que las neguemos. Seguirán ahí, esperándonos. Al igual que él

siempre me esperaría.

Me quedo quieto y sigo recordando, con los pies fríos y húmedos y el rostro como un ascua ardiente.

«No se puede encontrar al que no desea ser encontrado».

El Escondido cumplió su palabra. Y uno a uno fuimos desapareciendo del mundo para retornar a él cambiados, diferentes, elevados. La policía y nuestros padres no entendían lo que estaba ocurriendo. Los niños del pueblo se desvanecían para retornar semanas después sin dar explicaciones. ¿Cómo podían entenderlo? No eran parte de nosotros. No entendían nuestro cometido. No entendían el poder de esconderse. Ellos estaban fuera del juego y nosotros estábamos dentro.

—Ellos jamás nos comprenderán —decía el Escondido en nuestra base secreta. Cada vez éramos más. La voz se había corrido. El mensaje se había compartido. No se podía contener el brillo de nuestros ojos ni el poder de nuestros gestos calculados. Éramos la legión de los escondidos.

—Ellos jamás nos comprenderán porque trágicamente han perdido la habilidad de esconderse —siguió diciendo Lázaro a la pequeña muchedumbre que tomaba cada una de sus palabras como un dorado néctar—. Solo saben esconder sus asquerosos pensamientos y sus vidas vacías, y ni siquiera eso lo hacen bien. No saben esconder la totalidad de su cuerpo. No entien-

den lo que significa desaparecer del todo. Solo el que sabe esconder su cuerpo puede esconder su alma. Solo el que sabe esconderse puede volver a encontrarse de nuevo.

Cuando llegó mi turno de ser iniciado tenía miedo. Tenía tanto temor que mi cuerpo no era capaz de soportarlo. Me ardía la mente y me temblaban las piernas. Sudaba por cada poro de mi cuerpo, aterrorizado por la experiencia que tanto anhelaba y temía a la vez. Los demás que ya habían pasado por ella me abrazaron. Me consolaron. Me prometieron que todo iría bien, que no me arrepentiría de mi decisión. Todos me mandaron a la oscuridad y se despidieron con lágrimas y sonrisas en sus rostros encendidos.

Lo último que vi antes de girarme fue la sonrisa del maestro. Tan oscura. Tan brillante. Tan intrigante.

Al principio me arrepentí. Vaya si me arrepentí. Ahí, metido entre la maleza y la porquería. Ahí, metido hasta los tobillos en las aguas fétidas y la oscuridad. Ahí, metido hasta el fondo en el pozo del terror.

Pero cuanto más tiempo pasaba escondido más me gustaba. Era como tener tu propio mundo. Era como ser dueño de un reino oculto. Llegó un momento en que mis propios pensamientos dejaron de ser míos y aparecieron otros que no esperaba encontrar. Era justo lo que decía el Escondido: «Cuando encuentras tu escondite exterior acabas encontrando el interior».

Cuánta paz. Cuánta paz. Cuánta

paz.

Un día casi me encontraron la policía y los habitantes del pueblo en una de sus incontables búsquedas. Por muy poco no me descubrieron. Cerraba la boca con fuerza porque sentía que el corazón se me iba a escapar por los labios. Los tenía tan cerca que podía oler la suela de sus botas de goma y su sudor acumulado de semanas de búsqueda desesperada. Los tenía tan cerca que podía escuchar sus voces repetir: «¿Qué cojones está pasando en este pueblo?».

El Escondido y los demás maestros me dijeron que escuchara a mi corazón. Que él me diría cuándo podría volver a ellos. Cuándo podría salir de mi escondite. No les entendí cuando me lo dijeron. Aparentaba entenderlo, pero no lo hacía. Era un misterio inescrutable.

Pero cuando los días dejaron de tener sentido y mi refugio se convirtió en mi hogar, supe que era el momento de volver y revelarme al mundo. Mi corazón me había hablado. Qué maravilla. Qué voz tan dulce y deliciosa. Qué éxtasis. Mi corazón escondido también salía de su escondite.

Mis padres lloraron cuando me vieron, tan sucio y herido como los demás que me habían precedido. Me preguntaron, pero no contesté. Me pegaron, pero no contesté. Me suplicaron, pero no contesté. Ellos no podían entenderme. Solo los escondidos podían hacerlo. Solo los maestros podían otorgar respues-

tas ocultas.

—Bienvenido de vuelta, hermano del escondite —me dijo el maestro al oído. Su abrazo era cálido. Su abrazo era eterno. Por fin, por fin era parte de él.

«No se puede encontrar al que no desea ser encontrado».

*Respiro si saliera de debajo del agua. Como quien nace y respira por primera vez. Mi pie por fin se ha movido, despe-
gándose de la tierra y de mis recuerdos. Consigo dar un paso. El leve crujido es atronador para mis oídos. No puedo tener miedo toda mi vida. Debo cerrar este oscuro capítulo. Por el amor de Dios, ya soy un adulto. Tengo que dejar de tener miedo. Tengo que dejar el pasado atrás.*

Pero soy incapaz. ¿Cómo voy a poder olvidar todo lo que aconteció? Aunque quisiera, no puedo arrancarme estos recuerdos porque son tan parte de mí como mis oscuras entrañas y ácidos pensamientos.

Así que sigo quieto y sigo recordando.

«No se puede encontrar al que no desea ser encontrado».

Las puertas de las casas se cerraron una vez retorné a mi falso hogar. El alcalde había decidido poner restricciones. Ningún niño saldría de casa sin el acompañamiento de sus padres. Querían evitar que nos escondiéramos. Querían evitar que nos iluminásemos. Hubo protestas, pero al final entendimiento. Los padres no querían volver a experimentar la más terrible de las pérdidas.

—¡No podéis mantenerme ence-

rrado! —gritaba desde mi habitación, arañando las paredes y mi propia piel. Me sentía atrapado. Expuesto. No poder esconderme era como estar desnudo. Necesitaba escuchar las palabras del Escondido. Necesitaba su sabiduría. Le necesitaba. Todos le necesitábamos. Él era perfecto, nosotros no. Él era nuestra inspiración. A lo que aspirar. A lo imposible que desear.

Los niños acabaron escapándose por las noches. No había ventana o puerta cerrada para ellos. Las abrían con sortijas o las rompían con juguetes. Yo también las acabé rompiendo para salir a la base secreta. Mis padres jamás me entenderían. O quizás algún día lo harían, quien sabe. Corrí de vuelta a nuestro escondite, donde los demás esperaban la llegada del gran maestro del escondite.

Y cuando por fin llegó Lázaro, todo fue silenciosa alegría. Porque la manera de celebrar al Escondido tenía que ser con el mismo silencio que nuestro sagrado juego. Nos levantábamos y aplaudíamos sin tocar nuestras manos. Gritábamos sin elevar nuestras voces en la noche. Todo era éxtasis. Algunos nos desmayamos de lo mucho que le ansiábamos. Nuestra rebeldía valía la pena con su presencia. Por él haríamos lo que fuera.

—Nosotros sabemos encontrar lo oculto porque nos hemos adentrado en su espeso manto —decía en voz baja para que nadie nos encontrara en la oscuridad del bosque—.

En todas partes hay objetos que desean ser encontrados por vosotros. Volved a vuestros falsos hogares y encontrad los objetos que vuestro corazón os revele. Da igual lo que sea. Traedlo al día siguiente. Yo os esperaré.

«No se puede encontrar al que no desea ser encontrado».

Un paso. Otro paso. Otro paso. Respiro. No puedo. No puedo. Otro paso. Otro paso. Respiro. Respiro. Respiro. No puedo. No puedo. No puedo. Respiro. No puedo. Aquí fue donde empezó todo. No puedo. No puedo. No puedo. Aquí fue donde todo empezó y todo terminó.

«No se puede encontrar al que no desea ser encontrado».

Obedecemos las órdenes de Lázaro y regresamos a nuestras habitaciones antes del amanecer. No podíamos esperar a buscar y a encontrar. No podíamos esperar a ver qué descubríamos con nuestro corazón. Rebuscamos entre los cajones y los áticos, entre las falsas paredes y los huecos de los muebles. Rebuscamos porque sabíamos que había algo que encontrar y que nos iba a reclamar. Cuando lo viéramos, lo sabríamos. Cuando lo viéramos, nos lo llevaríamos.

Volvimos la siguiente noche con los bolsillos llenos. Estaba orgulloso de mi botín. En la base secreta vaciamos nuestros pequeños sacos y enseñamos lo obtenido. La mayoría eran comidas prohibidas como caramelos navideños o bombones de caramelo duro con licor que te

quemaba el estómago. Pero algunos trajeron botellas de vino y licores de nombres largos y exóticos. Y otros trajeron extraños sobres cuadrados de plata y círculos de plásticos enfundados, cofres con joyas y sortijas y fotos de desconocidos que se parecían a sus padres, pero no lo eran.

El Escondido, una vez más, ganó aquel juego que había creado. Porque él trajo una pistola. Todos nos echamos atrás ante la revelación.

—No tengáis miedo —nos dijo mientras sostenía la brillante arma—. Ha sido ella quien ha querido ser encontrada por mí y solo por mí. Estaba debajo de una tabla suelta de mi casa, seguramente comprada por mis padres para protegerme del hombre pálido. Pero no necesito protección. Yo os protegeré de los males de este mundo. Juntos nos esconderemos para siempre.

«No se puede encontrar al que no desea ser encontrado».

Mi respiración deja de tener sentido. Mis sentidos habían dejado de funcionar desde que he regresado. ¿Por qué decidí volver a este pueblo maldito? La tierra huele igual que siempre. Igual de húmeda y de arcillosa. Olía a peligro. Olía a niños que siguen fielmente a otro niño.

Mi mano toca algo. Sin darme cuenta, en mi pánico había conseguido poner una mano sobre la base secreta. Está áspera. Abandonada. Destartada. Pero sigue viva: latiendo con los recuerdos de una tragedia sin sentido.

Entro más profundo en mis recuerdos de sangre y barro.

«No se puede encontrar al que no desea ser encontrado».

Más objetos fueron descubiertos en los hogares de nuestros padres. Objetos de peligro. Objetos que rezumaban poder. La pistola del antes-llamado-Lázaro había inspirado a muchos. Se despertó en nosotros una rivalidad. Una competición. Todo era un juego para nosotros. Siempre lo había sido, pero ya no distinguíamos el juego del peligro. Empezamos a buscar como locos. Queríamos algo tan especial como él. Queríamos ser él.

Por las noches se escucharon los tintineos del metal contra el metal. La mayoría habían traído tijeras, cuchillos, machetes y navajas suizas, afiladas como agujones de avispa. Pero unos pocos consiguieron los revólveres antiguos de sus abuelos de tiempos de la guerra o las escopetas de caza de sus padres. Brillaban con un orgullo asqueroso. Yo, que solo tenía un cuchillo de carnicero, les odiaba. Les envidiaba.

Todos estábamos alrededor del Escondido, presentándole la brillante ofrenda para conseguir su aprobación. Él acabó asintiendo frente al botín que se iluminaba como una montaña de estrellas robadas.

—Somos especiales —dijo, mirándonos a cada uno de nosotros—. Somos los maestros del escondite. Somos los que encontramos lo oculto. Somos los reveladores de la

verdad y de la justicia. Somos nosotros contra el mundo. La oscuridad es nuestra aliada. La oscuridad es nuestro escondite. Nadie nos hará daño si no somos encontrados. Y aquí y ahora os ofrezco el escondite más perfecto que jamás podrá existir.

El escondido apuntó la pistola contra su oscuro pecho. Contuvimos la respiración, como si sintiéramos el pesado metal sobre nuestras propias pieles pálidas como lunas llenas.

—Pronto vendrán a por nosotros —dijo en susurros, como siempre había hecho en el escondite—. Han descubierto nuestro templo. Planean destruirlo, pero jamás me encontrarán. Mi alma se esconderá para siempre una vez se escape de este cuerpo sucio y frágil. El hombre pálido jamás volverá a encontrarme.

Lázaro alzó sus brazos hacia el techo de nuestra base secreta y respiró con lentitud como un viento entre los árboles que nos rodeaban. Y nosotros respiramos con él, sin entender del todo lo que estaba sucediendo. Pero sabíamos que era algo grande. Especial. Y que nosotros éramos parte de ese momento sagrado.

—Adiós, maestros del escondite, volveremos a vernos cuando desee ser encontrado.

¡PAM!

Un disparo. Un cuerpo. Un agujero.

La sangre nos había salpicado a

todos. Estábamos tan cerca de él que nuestros oídos pitaban como sirenas. Nadie gritó. Nadie lloró. Porque sabíamos que solo se estaba escondiendo. Que el cuerpo que yacía con un agujero en el pecho ya no era Lázaro o el Escondido. Sabíamos que su alma se iba a esconder de todos los males del mundo y que había dejado de sufrir para siempre.

Cuánta envidia sentíamos por él. Pues nosotros también queríamos dejar de sufrir.

Me habría quitado mi propia vida si no hubiera visto las luces de la policía. El disparo les había ayudado a encontrar la base secreta. Entraron a empujones y sus robustos y peludos brazos nos sacaron de nuestro templo. Forcejeamos, pero era inútil. Nuestras armas del escondite final fueron también arrebatadas. Nuestra decisión había sido arrancada.

—No ha sido tu culpa —me repetían una y otra vez mis padres. Su abrazo era asfixiante. Querían que olvidara el incidente. Que olvidara a Lázaro, al Escondido. Pero jamás podría hacerlo. Yo lo había deseado mucho tiempo. Fue parte de mi vida. Aunque quisiera esconderla me sería imposible. Pues tal como nos enseñó quien-antes-era-Lázaro, no puedes esconder aquello que no quieres ocultar.

Pero al final, con el paso de los años, acabé deseando enterrar mi infancia. El encuentro con Lázaro. El secuestro del hombre pálido.

Mis experiencias en el club de los escondidos. Mi iniciación como maestro del escondite. La muerte entre disparos. Me habían afectado demasiado. Mi manera de pensar. De sentir. De actuar. De amar. De vivir. De respirar. De hablar. De morir. Necesitaba ayuda y la conseguí. La terapia parecía funcionar. Yo parecía funcionar. Por fin podía ser yo de nuevo.

Pero entonces algo en mí me habló. Una parte muy muy escondida dentro de mis entrañas había asomado la cabeza. Me hablaba desde dentro del pecho, desde un hueco imposible de llenar e ignorar. Mi corazón me estaba hablando. Y no había dudas de lo que me estaba diciendo. Quería que volviera a la base secreta y fuese testigo del milagro.

El quería ser encontrado de nuevo.

«No se puede encontrar al que no desea ser encontrado».

—Aquí fue donde ocurrió todo —vuelvo a decir mientras me adentro en las ruinas de la base secreta. Si había vuelto era para callar la voz de mi interior para siempre. Quiero que cierre su boca y se quede callada. Quiero dejar de escuchar sus mentiras en sueños y en vida. Quiero dejar de vivir escondido. Quiero que termine todo de una vez por todas.

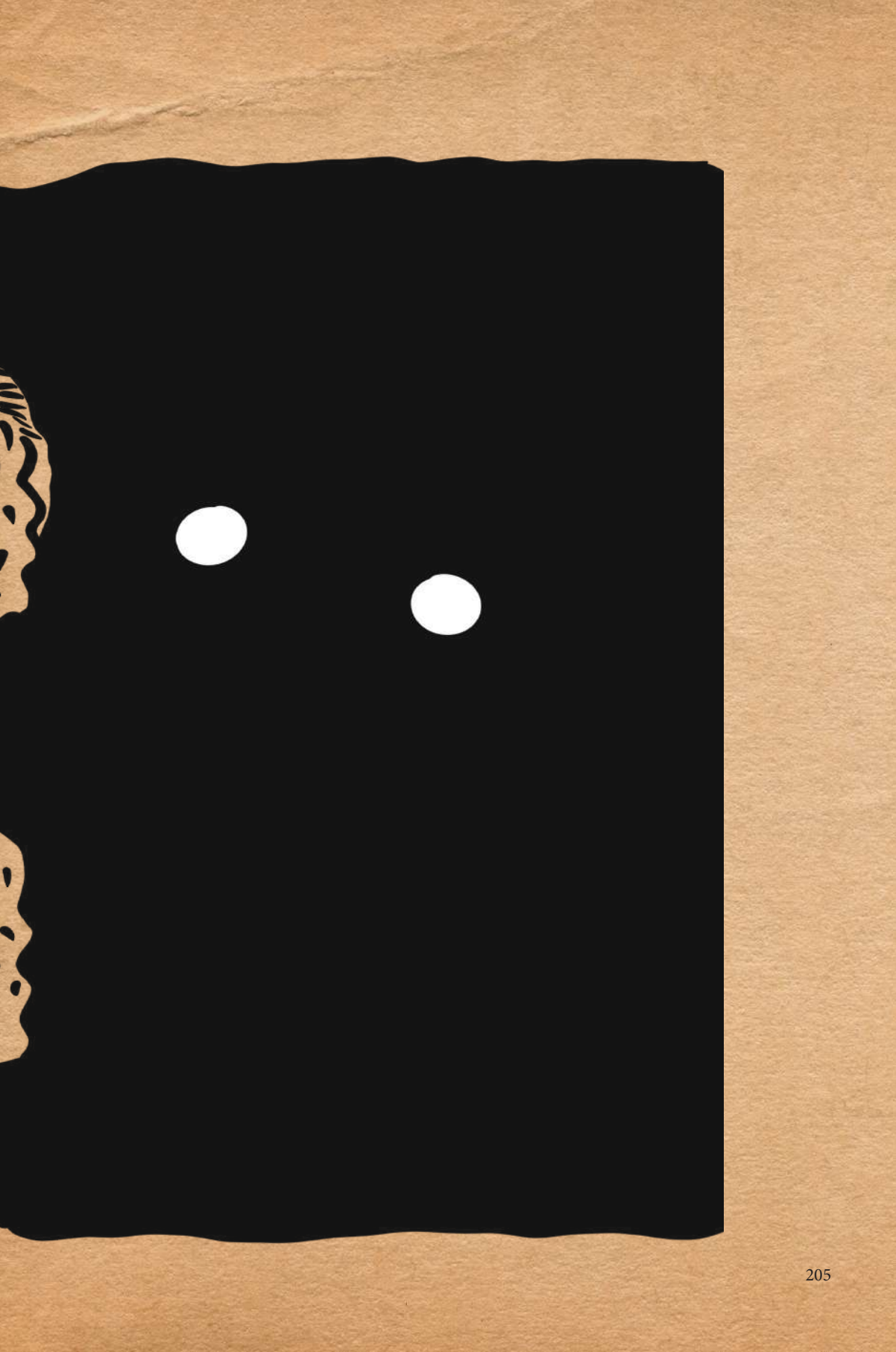
Cuando entro en el escondite ya me están esperando el resto de maestros. Como yo, ellos también han regresado. Han acudido a la llamada de ese corazón infantil e inmortal que había

aprendido a esconderse. Todos poseen la misma mirada que tenía Lázaro. Sus ojos brillan como estrellas fugaces. Y también está Pablo, el primero que aprendió a esconderse. Y en sus brazos sujeta a un niño que era igualito que él de pequeño.

Oh, Dios, han traído a sus hijos a esta pesadilla. Está sucediendo de nuevo. La historia se repite. La base secreta ha vuelto a ser real. Las mentiras ya no eran mentiras. Eran verdades absolutas. Mis antiguos amigos y maestros se giran. Y yo me giro con ellos. Y no le vi al principio porque la noche ha caído sobre mí sin darme cuenta. O quizás fue el mundo el que se apagó por su llegada. Pero hay alguien en la oscuridad. O quizás es mi oscuridad. O su oscuridad. Es una figura pálida como una luna enferma. Pálida como aquel hombre raro, raro, raro que se llevó a Lázaro al bosque por primera vez. Años de terapia se derriten entre mis murmullos. No puedo mover ni las manos ni los pies. Ni yo ni nadie. Y nos habla porque ha decidido volver. Porque ha decidido ser encontrado. Porque quiere revelarse de nuevo ante las tinieblas. Porque la partida del escondite se ha acabado pero el juego no ha hecho nada más que empezar. Su piel es pálida, pero el agujero de su pecho es rojo como un ascua recién encendida.

—Habéis encontrado al que desea ser encontrado —dice una voz en un susurro incontenible.







Carlos Pellín Sánchez

Carlos Pellín Sánchez (Novelda, 1986). Licenciado en matemáticas, diestro común de espada larga. Escritor de pautas desde que publicó con Niña Loba el cuento en cantar de Gesta del «Cantar de Fayna y el Forastero».

Ha publicado un poema en el primer número de esta revista «Me has encontrado, detective», y en el segundo, con el «Canto de Pelek», así como unos cuantos poemas en la revista Virguliéresis. En cuanto a los relatos tiene una mención de honor en el concurso del blog Fabulantes de «Más allá de la muerte» llamado «El baile binario», y dos cuentos publicados en el blog del Yunque de Hefesto: «La soñada» y «Detective».

Actualmente se está peleando con un novelón fragmentado que mezcla prosa y verso. Mientras tanto, tiene un proyecto de #Fanpoesía y poesía fantástica en Twitter con el que intenta que alguna editorial le haga caso más caso con eso del visionado. Búscalo en @heriseus.

UJOMAZUA

El automóvil paró
en la vieja carretera,
muy cerca de la cantera
que antaño se repobló.
La puerta del coche abrió
un tipo un tanto agobiado,
con rostro desencajado
y su móvil sin señal
y ningún triste fanal
ni mojón desmenuzado
que le dejara orientado
en la oscuridad tamaña.
El tipo vio la montaña
donde debía estar él;
por la mañana vergel
pero atardeció con saña
y entonces vino esa extraña
luz de fuerte iridiscencia:
siguió a su coche en cadencia
de inteligente terror;
en la cara sufrió ardor
y extravió su consciencia...
Y aceleró con demencia,
y el hombre llegó en temor
—con la luz alrededor—
hasta la cantera vieja
de desportillada reja
conquistada por natura;
una verde sepultura
separada de la añeja
aldea de negra teja
encerrada tras sus puertas
por las cosas que eran muertas
y que plagaban los cielos:
los demonios en sus vuelos...

Y para mentes abiertas
—o de cerrazones ciertas—,
ovnis... al caso es lo mismo.

Nuestro hombre, de un realismo
en cuyo axioma desconfiaba,
a lo que veía no negaba,
ni a su miedo forzó falso optimismo:
cogió el paraguas de madera ajada
y tiró su teléfono al asiento,
tapó sus ojos al visual lamento
de la luz descendiendo a la calzada.

Salieron entidades al momento:
«Juan», le llamó una voz dulcificada
con embustes de vena humanizada.
Abrió Juan la sombrilla tras un tiento.

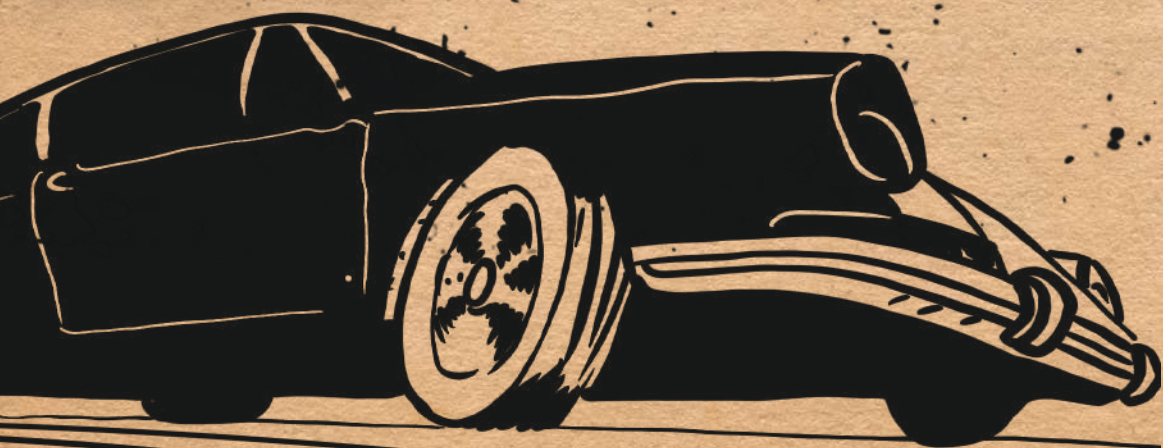
Juan, con buenos pulmones, exclamó
tapado de la ardor, muerte de seso,
y contra los marcianos él cargó.

Mientas corría Juan como un poseso,
la luz de la maldad se escabulló.
A su miedo, así, se dio receso.

Juan no tardó en meterse en su coche
y marcharse de la cantera oscura.

En la aldea contó su tesitura,
y nadie se burló
de lo que sucedió
aquella noche.



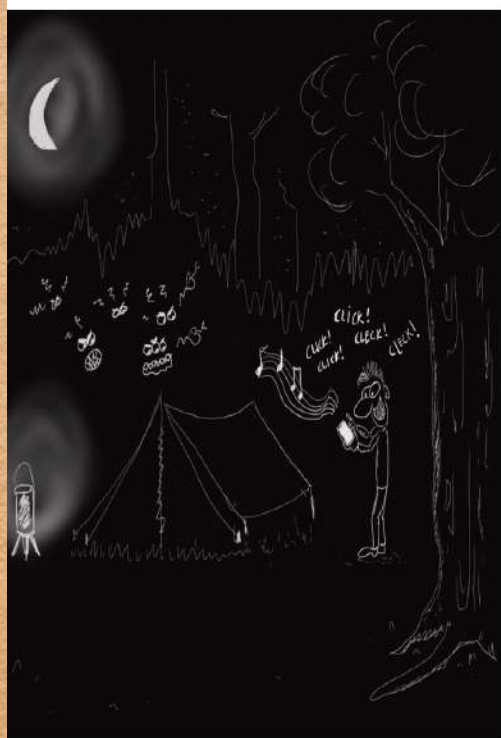


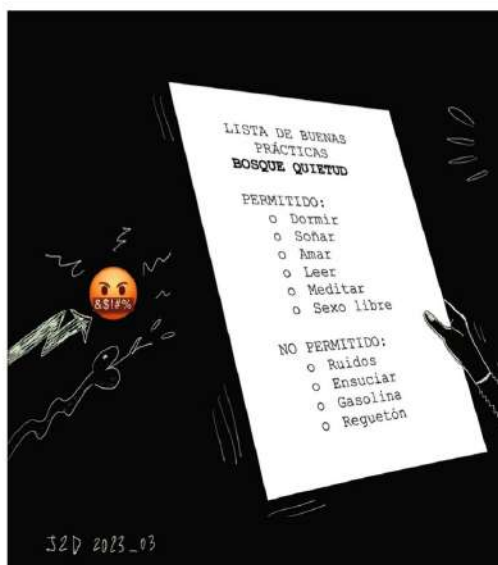


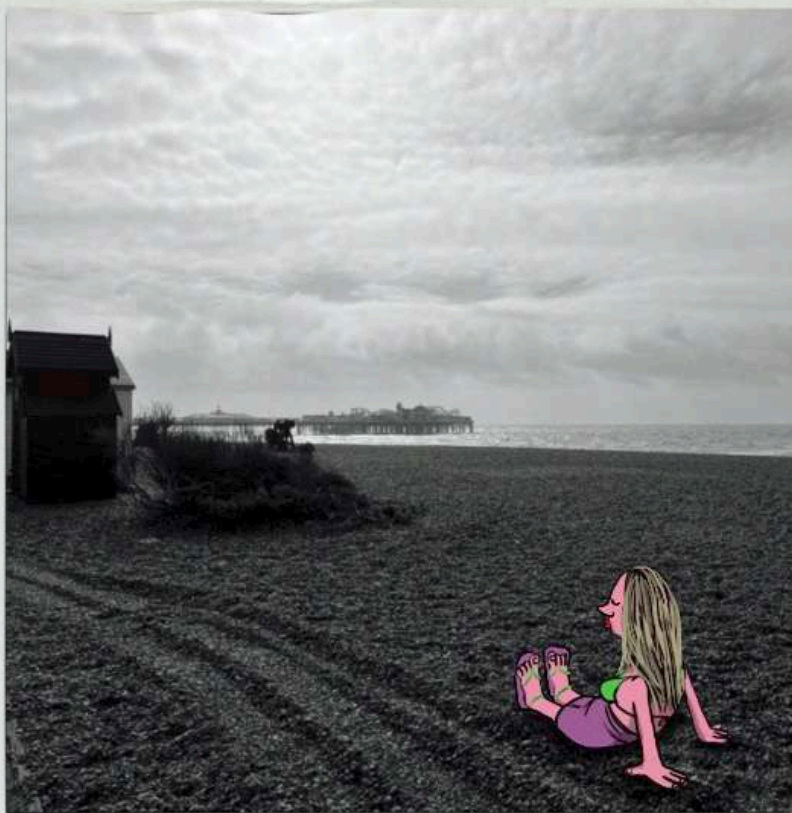
Jesús Durán



ZURITUD







Rosa N. Morillo

Rosa N. Morillo (Badajoz, 1992) es enfermera de hemodiálisis, lo que no le ha impedido seguir cultivando sus dos grandes pasiones: la lectura y la escritura. Se decanta por relatos de corte fantástico, terror y, en ocasiones, ciencia ficción. Algunas de sus últimas publicaciones son “Carroñeros de Ceniza”, en el número diez de la revista de fantasía Windumanoth; “A mi dulce Judith”, en el especial Bram Stoker de la revista digital Círculo de Lovecraft, que fue radioficcionalizado en su podcast, y “La Sombra” en la antología digital Terror Prehistórico, disponible en Lektu. Otras de sus historias, “Era nadie” y “La Reina de las Ratas” han sido ficcionadas en el podcast Cuentos del Bosque Oscuro.

Puedes encontrarla en Twitter y Wattpad como **@23SniperWolf**.

TODO TIENE SU MOMENTO

—Amalia, arriba.

Su madre había tirado de las mantas hacia atrás sin piedad. La muchacha se estremeció antes de abrir los ojos, aguardando unos segundos para acostumbrarse a la penumbra del amanecer. La ventana, con los postigos de par en par, dejaba pasar el frío cruel de uno de esos inviernos sin nieve, en los que la escarcha se formaba sobre las calles de tierra y los charcos de Galazuela y los bebederos de los animales aparecían con dos dedos de hielo. Amalia contuvo el aliento mientras se sacaba el camisón por la cabeza, tiritando al lavarse con el agua fría de la palangana, sostenida en las puntas de los pies mientras se calzaba las medias de lana para tocar el suelo el menor tiempo posible. Se vistió rápido: falda negra, la blusa buena, una rebeca gruesa que su madre le había hecho y que ya empezaba a quedarse corta de las mangas. El cabello, castaño y fosco, bien recogido en el moño para que no se escapara ni un solo mechón.

—¿Quieres un poco de café? —preguntó su madre cuando entró en la cocina, poniéndole la taza de hojalata en la mano sin esperar respuesta. Amalia se llevó a los labios el filo azul, desportillado, y vertió un poco en su estómago revuelto

para que aquella sombra triste y agotada que tenía enfrente se quedara un poco más tranquila. Su madre, que había enterrado un hijo apenas dos semanas atrás, seguía en pie solo porque no sabía hacer otra cosa más que pelear. Amalia tenía que hacer lo mismo. Por ella. Porque no soportaba el espantoso silencio que había dejado Alejandro.

Alcanzó una galleta de barquillo mientras la mujer dejaba preparada la olla para el almuerzo, mordisqueándola con desgana mientras se abrochaba los botines.

—¿Y le ha dicho don Anselmo qué es lo que quiere que haga, madre? —se atrevió a preguntar por fin, sacudiéndose las migas de la falda.

—Pues lo mismo que tu hermano, imagino —contestó su madre sin apartar la vista del puchero—. Que lo acompañes en las visitas. Que le llesves el maletín. Que le quites el polvo a los cacharos del despacho. don Anselmo es un hombre bueno y sabe que el dinero nos hace falta, Amalia. Y tú limpias, cocinas, y hasta te defiendes con la costura. Lo vas a hacer bien, cariño. Pero no llegues tarde el primer día.

La voz de su madre se había quebrado al final. Amalia sabía que, si se quedaba mucho más, acabarían las dos llorando otra vez, así que dejó la taza en la pila y se estiró para coger la bufanda que tenía colgada en el clavo de detrás de la puerta.

—¿Y el abuelo?

—Doña Carmen me dejará salir a la hora de darle de comer. Ya está hablado.

La muchacha vaciló en la puerta un instante más, remolona. Había algo en el aire, en el día plomizo que se iba levantando, que no le gustaba demasiado. O quizás era que, al pensar en la casa de don Anselmo, solo podía recordar la cabeza de su hermano estrellada contra los adoquines de la entrada, con los sesos esparcidos como un halo a su alrededor, con la sangre empapando la tierra, dibujando un almohadón escarlata. Y los ojos de Alejandro, tan grises y tan bonitos, que parecían mirar con burla a la gente que se había reunido para contemplar la tragedia.

—¿Y los bordados?

—Amalia... —reprendió su madre con un suspiro—. Se lo diré a la Pascuala. Igual te deja seguir cogiendo encargos por las noches.

—Gracias, madre.

—Anda, niña, vete ya.

El frío la recibió voraz, y la bufanda pronto se le hizo abrigo escaso. La plaza todavía estaba vacía; la ermita, en silencio, y las casas de aquella parte del pueblo, que todavía no tenían electricidad, dejaban escapar la luz tenue de los candiles por las persianas y ventanucos. Amalia se metió las manos bajo las axilas, maldiciéndose por no haber cogido unas manoplas, y echó a andar calle arriba, hacia la parte alta de Galazuela, donde estaban las casas grandes y antiguas, donde

se comía carne todos los días y los suelos eran de piedra.

Pasó por delante de la casa de las monjas; las novicias jóvenes ya estaban limpiando el umbral a cepillo, aunque no la saludaron. Todo el mundo les había tenido siempre cierta simpatía por lo de su padre, que había desaparecido en la guerra, pero después de lo de Alejandro pocos de sus vecinos les dirigían la palabra, como si la desgracia fuera una enfermedad contagiosa que pudieran transmitir a través de un simple «buenos días».

Amalia siguió subiendo y pasó frente a la casa del alcalde, la que tenía una hornacina con una virgen incrustada donde nunca faltaban flores frescas. La calle se hizo más ancha; las casas, más altas, y empezaron a brotar las rejas floridas y elaboradas a ambos lados mientras su camino se empinaba hacia la falda de la sierra, con balconcillos cuajados de macetas heladas y dinteles labrados. Y, con cada paso que daba, la imagen de su hermano, reventado contra el empedrado, con el mazo aún en la mano y las tejas rotas rodeándolo, se hacía más y más nítida. El nudo que tenía en el estómago creció cuando el portón de la casa de don Anselmo apareció frente a ella, pero Amalia sabía que el hambre y el frío eran peores que la pena. Su madre la necesitaba, era todo lo que le quedaba. Llamó, con los nudillos enrojecidos por el viento, y esperó con la vista fija en la punta de los gasta-

dos botines mientras escuchaba el ir y venir de pasos al otro lado. A la muchacha se le congeló el aliento en la garganta cuando vio que quien abría la puerta era nada más y nada menos que el viejo médico.

—Hombre, Amalita, buenos días. Ya te iba yo a mandar a buscar.

El hombre tenía un rostro agradable; se decía en el pueblo que de joven había sido guapo, con sus ojos azules ocultos tras las lentes ahumadas y su porte alto. Ahora, con los cabellos encanecidos y la barba recortada con pulcritud, seguía teniendo en la mirada algo benévolo y apacible, algo que brillaba con calidez, y que hizo que Amalia lograra desbaratar sus temores para poder articular una respuesta.

—Buenos días, don Anselmo. Perdoneme usted por haber llegado tarde.

—No es tarde, chiquilla, pero este trabajo es así. La gente no sabe de horarios cuando enferma. Habrá días en los que te necesitaré por la madrugada. Pero pasa, Amalia, que te vas a quedar helada. Todavía tengo que coger algunas cosas.

Ella obedeció sin rechistar, agradeciendo el calor que las gruesas paredes le brindaban. No había mucha luz, apenas lograba adivinar las escaleras que subían a la segunda planta, pero acompañó a don Anselmo hasta las cristaleras decoradas que daban a su despacho. Allí olía a polvo, a libros viejos, a chimenea encendida hasta altas horas de la noche. Apenas ha-

bía espacio sobre el lujoso escritorio entre tanto papel y garabato, y los frascos de cristal se apilaban en vitrinas con contenidos de colores diversos, entre instrumentos metálicos que se asemejaban a las tenazas de mover el brasero o a cuchillos diminutos. Anselmo accionó el pequeño interruptor de cerámica y la luz fría de las bombillas se encendió con un chasquido.

—Tienes mucho que aprender, Amalita, pero tu hermano siempre decía lo lista que eras, que sabías leer y todo. —El médico le sonrió y ella asintió, abrumada por la estancia. Nunca hubiera podido imaginar que existiría un lugar lleno de objetos que no podía siquiera nombrar—. También decía que coses muy bien. Eso sí que sería bueno. Dime, ¿cuántos años tienes?

—Trece, don Anselmo.

—Trece —repitió él mientras cogía unos cuantos frascos y los metía en su gastada bolsa de cuero sin mucha atención—. Trece. Con esa edad yo ya estaba en Mánchester. Qué extraño es el mundo, Amalita, ¿verdad?

—No lo sé, señor —la joven se sentía inútil allí plantada, las manos recogidas sobre la falda, los líquidos de los tarros de cristal reflejando la luz eléctrica con más intensidad que el sol en verano.

—Claro que no lo sabes, ¿qué vas a saber, criatura? Toma, sujeta esto.

—Don Anselmo le puso la bolsa en los brazos y ella la agarró como si dentro guardase su vida entera. Se

imaginó a Alejandro colocando las vitrinas en orden, preparando el material de curas, siguiendo al médico por las calles de Galazuela con su sonrisa eterna—. He pedido un coche; la finca de los Contreras está lejos para ir andando. Yo soy muy viejo y tú muy chica para pasar tanto frío. Mi abrigo está en el perchero del recibidor. Tráelo y quita ya esa cara de susto, que no muerdo.

El viaje hasta el cortijo se le hizo largo y corto a la vez; se mantuvieron en silencio, aunque don Anselmo no dejaba de mirarla como quien tiene un libro fascinante en el regazo, abstraído de la lluvia suave que había empezado a barrer el camino. Le hubiera resultado incómodo que cualquier otra persona la estudiara tan exhaustivamente, pero había algo en el viejo médico que le transmitía seguridad, así que continuó aferrada al maletín mientras abrían la cancela. No tenía que agacharse a encerar las escaleras, no tenía que pulir la porcelana. Todo era nuevo, extraño y, aunque lo irreal de la situación le asustaba, había una parte curiosa de ella que empezaba a preguntarse para qué habría llamado al médico don Ciro Calatrava, el dueño de la finca, y de qué manera podría ayudar a don Anselmo en sus quehaceres alguien que podía hacer poco más que poner un paño frío para la fiebre.

El joven señorito, el marido de Elisa Contreras, auténtica poseedora de aquellas tierras, los recibió con

ceño sombrío en una entrada en la que cabía casi todo el hogar de Amalia. La lluvia había aumentado su intensidad y azotaba el case-rón, haciendo la mañana tan oscura que había lámparas encendidas por todas partes. La muchacha se sorprendió pensando en cuánta cantidad de luz podía comprar el dinero y en lo bien que le hubiera ido alguna de esas lamparillas de queroseno a su abuelo para seguir leyendo sus periódicos, esos en los que les había enseñado las letras a Alejandro y a ella.

—Buenos días, don Anselmo. Está peor. Ha pasado la noche con muchos dolores y yo ya no sé qué hacer ni qué darle. Ha estado toda la noche chillando como un animal, se lo prometo. Pensé que me iba a volver loco. Esperanza, la mujer que la cuida, se fue anoche diciendo que no la soporta más, que se va a morir y ella no quiere estar cuando eso pase. Y por Dios que no la culpo.

—Ante todo tranquilidad, Ciro, amigo. Para eso estoy yo aquí ya. —El médico le puso una mano en el hombro y pareció que el hombre se hacía más pequeño, arrugándose sobre sí mismo en un gesto de derrota—. Vete a desayunar algo y yo iré a ver a Elisa. Además, ya no queda mucho, ¿verdad? Hoy es veintiocho de febrero. Está más que cumplida. Van a ser unos pocos días, y luego ya se verá.

Ciro se había cubierto el rostro con las manos; Amalia estaba sorpren-

dida al encontrar en el hombre un reflejo del dolor que ella tenía tan reciente y que lo hacía tan humano, tan cercano. Era terrible saber que se moría alguien a quien se quería, casi el peor de los castigos. A veces pensaba que Dios había sido cruel por llevarse a Alejandro sin permitir que su madre y ella se despidieran, pero en aquel momento comprendió lo que debía ser ver a una persona apagarse poco a poco. Así que para eso estaba ella allí, para cuidar de doña Elisa. Todo parecía comenzar a cobrar sentido, si bien no le entusiasmaba demasiado el camino que se iba revelando ante ella.

El médico la condujo por la casa como si llevara toda la vida allí; Amalia se dio cuenta de que había visitado a la enferma tantas veces que conocía el lugar de memoria.

—No quiero que te asustes ahora, Amalita. Doña Elisa está enferma. Muy enferma. —Anselmo se giró hacia ella, agachándose un poco para quedar a su altura. Ella apretó el asa del maletín para que no le temblasen las manos. Seguro que Alejandro había estado allí, y no estaba dispuesta a ser menos—. Es una enfermedad muy fea, la verdad. Puedo decir sin miedo a equivocarme que no va a estar en mis manos hacer que Elisa se cure. Pero tienes que saber también que doña Elisa está embarazada. Ha sido muy fuerte. Ha soportado mucho por ese niño que lleva dentro. Vamos a hacer todo lo posible para

que nazca sano. ¿Me vas a ayudar, Amalia?

¿Y qué iba a hacer ella, que solo sabía de frotar y remendar, de guisar y barrer la puerta, de bordar las sábanas para el ajuar de las niñas bonitas de Galazuela? Pero la mirada implacable de don Anselmo no dejaba espacio al temor, a dudar de sí misma.

—Se lo prometo, don Anselmo. Voy a hacer todo cuanto sepa.

—Estoy seguro de que sí, Amalita.

No obstante, no estaba preparada para el hedor de la habitación en penumbra, para el aroma denso de la carne en descomposición. Amalia se preguntó cómo podía haber gritado durante la noche una mujer para quien el mero hecho de respirar suponía una lucha constante. Se quedó inmóvil, incapaz de reaccionar, usando todas sus fuerzas para contener la náusea que amenazaba con volver su estómago del revés, mientras don Anselmo encendía la lámpara de la mesita y descubría la tez grisácea de Elisa Contreras debajo de la sábana empapada de sudor.

El vientre, tan abombado que la piel tirante que lo recubría parecía que iba a resquebrajarse, era la única parte de cuerpo de Elisa que parecía viva. Sus brazos y piernas, palos secos de piel y nervio, caían laxos sobre el colchón de lana picada, cuajados de úlceras que supuraban una sustancia amarilla, viscosa, resplandeciente aún en aquella mañana lúgubre.



—Amalia, el maletín, por favor.

La orden fue firme. La muchacha obedeció, debatiéndose contra la repugnancia que le producía la figura encamada, y acercó la bolsa de cuero al médico, que en seguida comenzó a disponer su material en la mesita de mármol y madera. Amalia reparó en los cabellos de doña Elisa, antaño dorados, que se desparramaban a ambos lados de su rostro como una maraña de paja; en su boca, cuarteada por la fiebre y la sed; en sus mejillas hundidas, que le daban un aspecto de cadáver añejo; en los ojos cubiertos por un trapo húmedo, rosado, quizás empapado con sangre.

—Quítate la rebeca, niña, que te la vas a ensuciar. Mira a ver si la jarra tiene agua y trae la palangana; tenemos que lavar las heridas para que no se infecten más de lo que están. —Don Anselmo había dejado la chaqueta y el abrigo sobre una bonita silla de palillería, se había remangado la camisa hasta los codos y mezclaba en un pequeño mortero de metal algunos de sus polvos, sin mirarla—. Hay paños limpios sobre la cómoda. El procedimiento, querida, es muy sencillo: viertes el agua sobre las heridas, una a una, y las limpias a toques. No arrastres, porque podrías levantar la carne.

Amalia se sentía incapaz de replicar, incapaz de cuestionar ninguna de las órdenes de don Anselmo. Se subió los puños de la camisa también; las manos le temblaron cuando llenó la palangana con el

agua que había en la jarra de cerámica con cisnes pintados en esmalte rosa y casi la vierte toda antes de llegar a la cama de la enferma, aunque el médico no pareció darse cuenta. Susurraba, enfrascado en su ungüento. Amalia introdujo un trapo blanco, impoluto, en la jofaina y luego lo escurrió sobre la pantorrilla de Elisa, que se estremeció cuando el agua corrió por su piel, arrastrando pus y sangre reseca. La muchacha se dio cuenta entonces de lo sucias que estaban las sábanas. ¿Cuánto tiempo llevaba aquella desgraciada yaciendo sobre su propio orín, sobre los restos de la infección?

—Don Anselmo —susurró, aterrada ante su propia osadía—. Habría que poner a doña Elisa en un sitio limpio.

—¿Cómo dices? —El hombre alzó el rostro y la miró unos instantes como si se hubiera olvidado por completo de que estaba allí. Tenía las manos manchadas de un polvo amarillo que se le antojó azafrán, y estaba pálido. Amalia supuso que el médico estaba afectado por la lucha, por saber que iba perdiendo la batalla.

—Que si podemos cambiarle las sábanas, don Anselmo. Quizás así doña Elisa pueda descansar mejor.

Los ojos de Anselmo estaban clavados en ella, atravesándola, viendo algo que estaba más allá de la muchacha, más allá de la pared incluso. Aguardó con paciencia. Don Anselmo era un hombre ma-

yor, y por extraordinario que fuera su carácter o por muchos conocimientos que hubiera traído de sus largos viajes en Europa, la fatiga y el dolor hacían mella en él como en cualquier otro hombre.

—Claro, Amalita —concedió al final—. Deja que termine aquí un momento. Sabía que tu parecer dulce podría ver las cosas que a mí se me escapan. Qué razón tenía el bueno de Alejandro.

Hizo falta que don Ciro los ayudase a mover el cuerpo de la joven, que parecía muerta salvo por el breve quejido que emitía al zarandearla, la cabeza caída sin fuerzas contra el pecho de su marido. Cuando la volvieron a tender sobre las sábanas de hilo secas Amalia sintió cierta calidez por dentro, como si supiera que había hecho algo bueno en mitad de tanta desesperación. Con las heridas ya limpias, cogió el mortero que don Anselmo le tenía, a la espera de nuevas órdenes. Era cierto que Elisa le daba miedo y asco a partes iguales, que cuando la barriga de la mujer había temblado al cambiarla de postura, el corazón le había dado un vuelco entre las costillas y casi se desmaya. Sin embargo, se sentía bien siguiendo las indicaciones del médico. Era fácil pensar solo en eso, concentrarse únicamente en la siguiente llaga, en ese trocito de carne que colgaba de un hilacho, como si parche a parche le fueran a devolver a doña Elisa una vida que ya no le pertenecía.

—¿Cuándo, don Anselmo? —había preguntado Ciro antes de dejarlos otra vez a solas con la enferma.

—Pronto. Todo tiene su momento.

Don Anselmo le enseñó cómo rellenar las úlceras con aquel emplasto que olía acre. Los ojos le escocieron, lagrimeando mientras usaba una pequeña espátula de plata para aplicar la crema. La boca de Amalia sabía a tierra por lo penetrante del perfume. Cuando terminaron, pese a que había pasado la media tarde, a la joven le pareció que todo en la habitación tenía un suave resplandor de ámbar. Parpadeó con fuerza, intentando deshacerse de la luminosidad que emitía la cama señorial, el metal que tenía en las manos. Estuvo a punto de consultar a don Anselmo, pero calló al ver al hombre sentado al borde del lecho, con la mano de Elisa sobre su regazo. Con el dedo índice hacía dibujos sobre la palma abierta, inerte, y parecía canturrear algo. Tal vez el padre de doña Elisa había sido íntimo amigo de Anselmo. Quizás había visto crecer a esa muchacha, convertirse en una novia preciosa que pocos meses después sería un espectro atrapado en la cama mientras esperaba a la muerte. El médico se puso en pie con brusquedad, arrancándola de sus ensoñaciones.

—Debo volver a Galazuela a por algunas cosas más, Amalia. No me queda mucho tiempo.

—Y yo me voy a quedar aquí con ella —completó la muchacha con voz serena. No necesitaba que se lo

ordenaran o se lo rogasen. Era algo natural, algo que tenía que suceder. Anselmo asintió despacio mientras se limpiaba las manos en uno de los paños.

—No va a ser tarea fácil, Amalita, niña, pero no te la encomendaría si no pensara que eres capaz de eso y más. Le voy a pedir a don Ciro que te den bien de cenar y le administraré a nuestra querida Elisa una medicación que hará que pase una noche tranquila. Aun así, sus pesadillas a veces son agitadas, pero no te asustes. El ángel de la muerte pasará de largo otra vez hoy.

—¿Y qué puedo hacer yo por ella, don Anselmo?

—Háblale. Hazle compañía. Mó-jale los labios. —El médico avanzó hasta ella y le puso en la mano una llave de metal con la cabeza de forja—. Cuando yo me vaya, quiero que cierres por dentro. Don Ciro se pone nervioso; te tendrá inquieta si lo dejas que se quede. Yo hablaré con él antes de marcharme. Solo quiero que salgas de aquí si doña Elisa comenzara a sangrar y si sospechas que esa sangre pudiera ser del niño que lleva dentro. Entonces buscas a Ciro y me hacéis llamar de inmediato, ¿me has entendido?

—Sí, don Anselmo.

La soledad del silencio la rodeó después de dar dos vueltas a la llave de forja, rota únicamente por la respiración estertorosa de Elisa, que continuaba en la misma postura en la que el médico la había de-

jado. Habían subido para Amalia una bandeja de plata con la cena, pero la muchacha no se sentía con voluntad para comer nada en presencia de la moribunda. La fatiga se había desplomado sobre ella y, en la habitación sin reloj, el único indicador del lento discurrir de las horas era la escasa luz de tormenta, que poco a poco se iba muriendo entre relámpagos y el repiquetear de la lluvia.

Amalia encendió otra vez la lamparita de queroseno y acercó la silla hasta la cama de doña Elisa, preparada para velarla toda la noche, para desquitar en esa desconocida todo el resentimiento que aún le quedaba por no haber podido hacer lo propio con su hermano. Pero los ojos le escocían como si tuviera arenilla, todavía irritados por la pomada de Anselmo, lagrimeando, obligándola a cerrarlos. Se los restregó con los puños una y otra vez, hasta que decidió mantenerlos cerrados, que era como menos le molestaban. Sabía que, aun así, no iba a ser capaz de quedarse dormida, pues los gemidos bajos de Elisa le erizaban el vello de la nuca, recordándole que si extendía los dedos podría tocar su cuerpo empapado en sudor, su vientre retorciéndose con los movimientos de la criaturita que llevaba dentro.

El suelo era de arena amarilla, finísima, y se levantaba en remo-

linos con el viento a su alrededor, cubriendo su ropa y su cabello como si hubieran arrojado pan de oro sobre ella. Amalia no tenía miedo. Caminaba, recortada contra el cielo violeta de un crepúsculo eterno, con el fardo asido en brazos con todo el amor que le quedaba en su corazón roto y recompuesto. El mundo, llevaba el mundo entero entre sus manos, lo sabía con toda el alma. El niño dormía tranquilo, arrullado por la voz de la muchacha, apenas audible en ese páramo desierto. Amalia caminaba hacia el horizonte, preguntándose cómo era posible querer a aquel crío de una manera tan súbita y tan profunda, con esa plenitud en el pecho, igual a cuando se arrodillaba para rezar en el sagrario. Siempre había pensado que era lo mismo que debía sentirse al tragar una bola de luz pura, y Alejandro se reía de ella cuando se lo contaba. Alejandro. El niño tenía que llamarse Alejandro.

—Amalita, dámelo.

Don Anselmo estaba ante ella, aparecido de la nada, ataviado con una extraña capa hecha jirones que se mecía a su alrededor dándole un aspecto exótico. Pero, tras sus gafas ahumadas, sus ojos no eran azules ni cálidos, sino dos iris de oro líquido que temblaban, que se deshacían en espirales viscosas como el ungüento con el que había rellenado uno a uno los agujeros de doña Elisa.

Amalia retrocedió, apretando el bulto contra su pecho, como si con

ese gesto pudiera guardarlo dentro de sus costillas para protegerlo eternamente.

—No puedo.

Don Anselmo avanzó, firme, aunque no se percibía amenaza en su gesto. Extendía las manos, y sus dedos se desdibujaban en gotas de ámbar para luego volver a tornarse carne. Amalia contenía la respiración; la arena del desierto los rodeaba, formaba figuras en el confín de su visión: símbolos que no eran letras ni números, que la joven no había visto jamás.

—Amalia, tú sola no puedes cargar con el fin de los tiempos. Ahora sé que yo tampoco. Dame al niño, por favor. Todo tiene su momento.

El bebé comenzó a lloriquear, tan bajo que apenas podía oírse en la tormenta de arena. El llanto parecía venir de muy lejos: de otro tiempo, de otro universo.

—No puedo, don Anselmo. No tiene madre. No tiene unos brazos que lo acunen ni un pecho que lo alimente. Tengo que ser yo, don Anselmo. Tengo que darle mi carne y mi sangre.

De repente le vino a la mente la imagen de los labios agrietados de doña Elisa, las palabras susurradas en su oído cuando quiso humedecerle la boca. «No dejes que lo termine, por favor. Te lo suplico. No dejes que lo termine». Sin embargo, Amalia comprendía que aquello era más grande que el viejo médico, que ella, que todo. Ya no podía pararse.

Anselmo sonrió y esa cara perdió todo lo humano que tenía, todo lo vivo. Amalia vio entonces que el tiempo había hecho agujeros en el hombre, en su carne, de la misma manera que se había comido a doña Elisa. Y la resina dorada fluía a través de él, colmando cada recoveco, danzando con su brillo entre tendones y huesos: una maraña viva palpitando, parasitando ese huésped mortal en los confines de la realidad.

—Míralo bien entonces, Amalia. Toma conciencia de lo que es, de lo que eres tú ahora, pues en tu regazo guardarás al soberano que todo ha de consumir.

Obediente, como siempre, así lo hizo. Retiró la toquilla de encaje para mirar a los ojos a su pequeño, a su Alejandro, para buscar en ellos la dicha del hermano que había perdido. El rostro de la criatura era un sumidero hacia la nada, hacia el vacío, pero Amalia no se asustó. Se asomó al borde del abismo. Escrutó las sombras que había más allá. Y lo vio todo.

—¡Amalita, por el amor de Dios! ¿Pero qué has hecho?

La voz de don Anselmo cayó sobre ella como un rayo, y los contornos de la habitación comenzaron a dibujarse a su alrededor. Amalia quiso levantarse de la silla, avergonzada por haberse quedado dormida, pero resbaló con una sustancia

viscosa y se cayó de bruces sobre un charco de algo que olía a metal.

Las manos del médico la cogieron por los brazos para ayudarla a ponerse en pie con un estallido de dolor que la recorrió por entero. Por un instante las piernas no la sostuvieron. Todo estaba borroso y la luz dorada del sol le hería las pupilas como alfileres. Entonces reparó en que la chaqueta de Anselmo estaba salpicada de sangre, roja y fresca; sus rasgos rectos se habían desdibujado en una máscara de horror. Los ojos fríos y calculadores del médico la estudiaban con espanto, con fascinación, con avidez. La sentó en la silla en la que creía haber pasado la noche y solo entonces, Amalia se dio cuenta de que sus manos y su falda también estaban teñidas de escarlata.

—¿Qué has hecho, Amalia? —repetía el hombre una y otra vez, sacudiéndola por los hombros. Quería que parase, que la soltara, que todo dejara de brillar de esa forma tan molesta. Entonces escuchó pasos lejos, en el corredor. Casi se escurrió de la silla otra vez cuando Anselmo se abalanzó sobre la puerta como un animal para cerrarla con un portazo y girar la llave. Al otro lado don Ciro aporreaba la madera, jurando y perjurando contra el viejo médico, contra la muchacha.

Ella intentó ponerse en pie y algo caliente se le escurrió por la pantorrilla. Se levantó la falda para mirar, extrañamente calmada, y vio que bajo la rodilla le faltaba un trozo de

piel. Un cuadrado perfecto, grande como la palma de su mano, que sangraba profusamente empapando el suelo de madera y la carísima alfombra. Metió un dedo en el agujero, aturdida, como una niña que se ha pelado las rodillas jugando en la calle. Entonces se percató de que tenía la blusa calada también, así que la remangó. De sus brazos faltaban otros tantos pedazos, esta vez más pequeños, igual de perfectos. No le dolía.

—¿Qué está pasando, don Anselmo?

El hombre la miraba, petrificado, apoyado contra la puerta mientras buscaba las fuerzas para responder a esa pregunta. Amalia se giró hacia la cama: el maletín del médico estaba abierto. El escalpelo, afilado, estaba abandonado entre las sábanas de doña Elisa junto a una maraña de hilos de lana revueltos. La muchacha reconoció en ellos los restos de la rebeca que su madre había tejido con tanto esmero. Entonces reparó en las costuras sobre la piel de Elisa; había empezado de abajo hacia arriba, remendando los rotos con la piel nueva, cubriendo los agujeros rebosantes de ungüento amarillo para que la vida no se le escapara a la parturienta a través de ellos. Por un instante, con el cerebro adormecido todavía por el sueño, o quizás por la hemorragia, Amalia pensó que Anselmo le había arrancado esos pedazos, que la había arrastrado hasta allí para sacrificarla con la esperanza de poder

salvar la vida de Elisa. Pero entonces reconoció las puntadas: prietas, perfectas. Eran suyas. No se sorprendió en absoluto.

—¿Por qué lo has hecho? —volvió a insistir Anselmo.

—Porque se moría —supo Amalia a la vez que respondía. Se acercó hasta Elisa, cuyo pecho se hundía violento en estertores, la nariz afilada de muerta aleteando desesperada. Acarició el vientre palpitante, dejando el rastro de su sangre sobre la piel cenicienta, sobre los labios resecos, pintándolos de carmesí, y arrancó el paño que había cubierto los ojos de la mujer durante aquel tiempo, esperando encontrarlos grises, tal vez dorados. Las cuencas estaban vacías—. ¿Cuántos han hecho falta, don Anselmo? ¿A cuántos ha utilizado usted para mantenerla así, para traerlo de vuelta?

El viejo médico sonrió, ajeno a la muchacha que se desangraba de pie junto a la cama, a los golpes y las súplicas de Ciro detrás de la puerta. Amalia ya no sabía qué hora era, en qué día vivía, o si acaso estaba soñando. Tampoco importaba.

—A muchos —reconoció sin apartar la mirada—. A todos los que han sido necesarios.

—¿A mi hermano también?

Una breve sombra cruzó el rostro de Anselmo. ¿Dolor? ¿Arrepentimiento quizás? Amalia no lo supo distinguir.

—No, Amalia. Alejandro era bueno, diligente, muy listo. Como tú. Aunque no lo creas, su ausencia

me duele tanto como a ti —habló tranquilo mientras se quitaba la chaqueta sucia para dejarla a los pies de la cama de Elisa—. Cuando murió pensé que nunca podría acabar mi obra, que sin su voluntad joven y dispuesta todos mis esfuerzos habrían sido en vano. Que el sacrificio de doña Elisa, del niño que lleva dentro, serían piedras sobre mi conciencia. Pero entonces te vi allí, temblando en mi puerta como una hoja a punto de caer del árbol. Y leí el destino en tus ojos negros: vi lo fuerte que eras, todo lo que guardabas en tu interior.

Mientras hablaba, Anselmo arrancó una tira de las sábanas sudadas de Elisa para hacer un torniquete en torno a la rodilla de la muchacha, que se dejó hacer con docilidad.

—No te haces una idea, chiquilla, de todo a lo que he renunciado, de cuántas cosas he entregado. —El ungüento amarillo se deslizaba sobre la carne despellejada de Amalia, trayendo a su boca otra vez el sabor del desierto—. Tiene que ser aquí y ahora. Un instante robado al tiempo.

La joven asintió con suavidad, comprendiendo. Era 29 de febrero de aquel sombrío año bisiesto.

—Todo tiene su momento.

El médico puso el bisturí en la mano de Amalia, cerrando la propia sobre la de ella. Se miraron en silencio. Amalia pudo hacer lo que había visto a Anselmo: se fue más atrás, leyó más profundo, y encon-

tró los años solitarios del médico, sus viajes por tierras desconocidas, sus viejos papeles con las dobleces marcadas por los siglos. El polvo amarillo que todo lo impregnaba, que se pegaba a sus huesos y los corroía, que iba gobernando los pliegues grises de su cerebro. El anillo en una vitrina, expuesto en una cámara subterránea en la que jamás entraba un atisbo de luz, con la pieza de ámbar engarzada y el sello labrado que no podía reconocer, pero que hizo latir su corazón con anhelo. La criatura hecha de nada, de sombras arremolinadas sobre sí mismas, sentada en una noche sin luna sobre un trono de oro macizo. El niño Alejandro. Su Rey. Su hijo.

Cuando don Ciro Calatrava consiguió echar la puerta abajo, ayudado por otros hombres del pueblo, comprendió que no había dinero suficiente que pudiera acallar el horror que habitaba en sus aposentos. La estampa lo acompañaría en sus pesadillas, en su locura, torturándolo durante largos años hasta su último aliento.

La cama era un mar de espuma rojiza, con el colchón goteando sobre la gruesa alfombra. Elisa estaba abierta como una ternera, desde el mentón hasta el pubis, con los huesos de las costillas quebrados como las portezuelas de una ventana. Se le salían las vísceras sobre las sábanas, enredadas en una baba ama-

rillenta que se extendía despacio sobre su piel gris, sobre su carne muerta. Sus ojos, vacíos, estaban vueltos hacia la entrada con aire acusador. Su cara, aquella máscara de sufrimiento, tenía la mandíbula desencajada. Ciro vomitó al instante. Sabía, desde el comienzo, que iba a perder a su Elisa, pero jamás imaginó que sucedería de esa forma tan brutal, tan cruenta. Y del niño, de su primogénito, no quedaba más que la placenta: una masa consumida, reseca, cubierta de arena amarilla, que las moscas devoraban ávidas antes de que terminara de pudrirse.

Jamás se olvidó del todo la tragedia en Galazuela. El cortijo quedó maldito: pasto para los ladrones, refugio para los exiliados de las guerras venideras, sepultura de aquellos que desaparecieron sin dejar otra cosa que pena y silencio. Nunca más se supo de don Anselmo Donoso, aunque en los días posteriores a la muerte de doña Elisa se decía haberlo visto en las aldeas aledañas, a veces acompañado de una chiquilla, otras tantas solo, e incluso se lo acusaba de llevar a un bebé en brazos.

Lo que si quedó eternamente en Galazuela fueron las moscas, grandes y perezosas, con sus alas doradas a contra luz. Y su zumbido hablaba de muerte, de desgracia, para que, en las insufribles horas de la siesta de verano, cuando el calor golpeaba impertérrito las calles de tierra del pueblo, nadie pudiera ol-

vidar la desgraciada suerte de Elisa Contreras.





Rubi Giráldez González

Rubi Giráldez González (Vigo, 1995). Gran parte de su carrera como juntaletas se debe precisamente a sus reseñas y críticas sobre que empezaron a compilarse en los extintos blogs de Castle Rock Asylum o La Ventana Secreta 6. Su crítica de la miniserie de Drácula (2020) fue publicada en formato impreso en el 7^a n° de la revista Preternatural. Actualmente ocupa su tiempo analizando toda forma de entender el terror y weird co regentando el podcast The Spooky Bar.

Ha publicado relatos en antologías grupales digitales como Vampiralia, Muñecos Malditos (Vuelo de Cuervos), Calabacines en el Ático: Grand Guignol, Cine B (El Lado Oscuro), En el Nombre del Mal, y en papel en Supermalia (ediciones El Transborador) y más recientemente Dark West (Suseya ediciones). También formó parte del blockbuster literario de mechas y kaijus Lovecraftnianos Sueños de Acero Fundido (Editorial Palabras de Agua). Actualmente tratando de decidir cuál de las tantas historias que rondan por su imaginario merece convertirse en su primera novela.

O CORPO ABERTO

(LAS FRONTERAS DEL FOLK HORROR)



A pesar de contar con una digna y rica ristra de leyendas, ritos y tradiciones a lo largo y ancho de nuestra geografía española, resulta alarmante lo poco que se decide trasladar este folclore a nuestro audiovisual (y demás ámbitos artísticos) en comparación a otras regiones del globo donde es habitual y de donde incluso fagocitamos su idiosincrasia.

Sí que, afortunadamente, desde hace unos años ya no resulta tan inusual toparse con ejemplos autóctonos a los que poder inscribir en el ya tan asentado crisol en torno al término «Folk Horror». Destacando sobre todo la figura de Paul Urkijo Alijo, quien ha dedicado básicamente su filmografía a este ámbito desde sus primerizos cortometrajes hasta su excelente debut fílmico con el exquisito cuento gó-

tico vasco *Errementari: El Herrero y el Diablo* (2017) y su reciente indómito relato épico *Irati* (2022). También tenemos nuestra tristemente olvidada desde su año de estreno *O Apóstolo* (*El Apóstol*, Fernando Cortizo, 2012). Nuestra desconocida joya stop motion que seguro que aplaudiría un Guillermo del Toro que viene de lograr su nuevo Óscar con su *Pinocho* (Guillermo del Toro's *Pinocchio*, Guillermo del Toro, Mark Gustafson, 2022), clamando por que se reconozca la animación como un medio y no un género.

En relación directa a la película a la que dedico este artículo, tengo dos ejemplos claros recientes en mente: *Akelarre* (Pablo Agüero, 2020) y *Lúa Vermella* (Lois Patiño, 2020). Desde la puesta en escena más intimista y de corte dramático sobre el acervo folclórico de una

y las dimensiones más telúricas y atmosféricas de la otra. *O Corpo Aberto* (Cuerpo Abierto, Ángeles Huerta, 2021) surge de forma sutil, pero descubriendo una propuesta que merece estar en consideración de cualquiera en busca de películas que merezcan lucir la categoría de «Folk Horror».

Basado en un relato del escritor Xosé Luís Méndez Ferrín, cuyo título permanece en el nombre del pueblo al que va a parar nuestro incauto protagonista: «Lobosandaus». La película se sitúa en 1909 en plena Raía Seca, frontera entre España y Portugal. Estableciendo ya de entrada el concepto de las líneas y fronteras, visibles e invisibles, sobre las que rotará esta historia.

Miguel (Tamar Novas) es enviado a ejercer de profesor en una aldea aislada e inhóspita entre montañas gallegas. Un hombre de razón que chocará de lleno desde sus primeros pasos en esta zona con la superstición y hermetismo de pensamiento enraizado en una vida sencilla en el campo. El invierno se torna más gélido y oscuro cuando se descubre el cuerpo colgando de una soga de un gran conocido del pueblo que viene y va del mismo como el viento... o como el espíritu que dicen que ronda por el lugar en la búsqueda de un cuerpo abierto del que apoderarse.

La premisa de *O Corpo Aberto* es clara, pero sus aspiraciones algo más curiosas que la potencial cin-

ta de fantasmas y posesiones promedio que bien podría tener en mente el espectador incauto. Ángeles Huerta viene justamente de realizar un ejercicio audiovisual de plasmar de los paisajes gallegos con su documental *Esquece Monelos* (2016), el cual aúna un relato humano, urbanístico y etnográfico con el eje temático de un río (que no es tal) que logra permanecer, presente pero moribundo, en la memoria de una ciudad irreconocible y en continua expansión. Vuelve a aprovechar su condición de asturiana de nacimiento, pero habitante de tierras gallegas desde 2002, para empaparse totalmente del misterio brumoso y vivo magnetismo de los paisajes naturales de bosques, montañas y ríos ancestrales. Junto a ello, una recreación de época de pueblos de la región y sus habitantes que llevaba sin intentarse desde *Romasanta, la caza de la bestia* (Paco Plaza, 2004) y que comparte con la excepción de la reimaginación del episodio de *Historias para no Dormir*: «La Pesadilla» (Alice Waddington, 2022), cuya puesta en escena resultaba bastante prefabricada a la par de su justo y dubitativo relato vampírico.

Ángeles Huerta defiende totalmente su salto a la ficción con un increíble muestrario de encuadres y estampas para el recuerdo ya desde su arranque. Con una evocadora secuencia de la carreta donde viaja Miguel en el misterio e incertidumbre de una niebla que lo

envuelve y amenaza con no dejar escapar. Un momento puramente «stokeriano» al que acompaña una narración epistolar, que deja de manifiesto el interés de la película en asociarse con historias de género de corte más clásico, siendo el puente más directo y afianzado de nuestro audiovisual con los títulos capitales británicos que dieron forma y nombre al Folk Horror: *The Unholy Trinity*. *O Corpo Aberto* logra hacerse un digno hueco entre la visión más seria y antropológica de *Cuando las brujas arden* (*Witchfinder General*, Michael Reeves, 1968) y la más completa e iconográfica de *El Hombre de Mimbre* (*The Wicker Man*, Robin Hardy, 1973). Su conexión con la fundacional *La Garra de Satan* (*Blood on Satan's Claw*, Piers Haggard, 1971) también es clara, pero la deriva que recoge de ella es la más particular y mantiene todo lo posible a raya su contexto sobrenatural, a diferencia de la película de la Tigon Productions.

Desde luego que *O Corpo Aberto* no es la película de terror promedio y plagada de sustos. Incluso su total hermetismo a la hora de tratar sobre la leyenda que da título a la película y mueve la historia, puede llegar a ser frustrante con los espectadores más entregados. Pero sí que Ángeles Huerta no puede hacer concesiones cuando acaba descubriendo que su historia se ramifica en líneas temáticas más atípicas y fascinantes, cuando el foco apunta del todo a los personajes in-

terpretados por Victoria Guerra y María Vázquez. La película está regida por las pulsiones y deseos reprimidos que se mimetizan con el misticismo y el ambiente tradicional y opresivo rural. Pero el relato alcanza una entidad mayor cuando se atreve a abordar cuestiones tan pertinentes en nuestra actualidad como es el de la identidad de género o el cuestionamiento de los ambientes de masculinidad tóxica. Todo esto por encima de la consabida historia de fantasmas, sí. Pero no crean por un segundo que *O Corpo Aberto* es un reconocible drama de época camuflado con la pátina de elementos o trasfondo fantástico como pueda ser *El Prodigio* (*The Wonder*, Sebastián Lelio, 2022), aunque las reminiscencias con *Sleepy Hollow* (Tim Burton, 1999) no sean totales y Ángeles Huerta no busque ofrecer un terror efectista y de multisala. *O Corpo Aberto* desde luego no está exenta de pasajes inquietantes por las partituras de Mercedes Peón, dominadas por el carácter trágico y desasosegante en el que se va sumiendo el relato. Y llegando a un frenético tercer acto donde nos topamos quizás con la mejor secuencia del film a la hora de defenderlo como joya reciente para nuestra tradición audiovisual de «Folk Horror», cuando un Miguel ya totalmente superado por las circunstancias se deja llevar entre el desenfreno del carnaval rural y primigenio de Lobosandaus. Rodeado de figuras de paja en llamas

y danzantes personajes ocultos con máscaras artesanas que hasta hace poco podía reconocer como sus vecinos. Un rito ancestral camuflado de fiesta que demuestra una iconicidad visual que nada tendría que envidiar a la laureada *Midsommar* (Ari Aster, 2019). Defendamos lo nuestro y recordemos siempre que «habelas hailas».



Jorge Eloy

El Jorge Eloy escritor es una brújula que apunta al sur de todos y cada uno de los mundos que imagina porque, entre tantos nortes, nunca encuentra el que busca. Crea y expresa. Prueba y falla. Le apasiona transgredir lo que conoce, y también lo que no. El Jorge Eloy no escritor... bueno, es mucho menos fantasioso. Y más normalito. Vive en una ciudad portuaria, esperando, quizá, subirse algún día a un barco y navegar hacia cualquiera de sus mundos.

Ha participado en diversas antologías de relatos como Guerra y Paz, Libélulas Negras III. Distopías, Linares fantástico o Una biblioteca sin libros. En 2022 le publican su primer cuento infantil de ficción histórica, como coautor, titulado El Problema del Faraón, que puede encontrarse en varios idiomas y adaptaciones en Midnight.



NO PISEÍS LA HIERBA

Brotamos. Crecemos. Marchitamos.

Anochece en el lago. La luna asoma lenta. El rocío resplandece. Mece la brisa.

Callan los grillos. Os escuchamos pasear.

Tememos que os desviéis del camino.

Murmuráis confianzas tímidas, como pajarillos cortejándose. No os entendemos. Tampoco nos importa. Queremos dormir. Si tan solo siguierais adelante..., pero no lo hacéis. Veis la orilla y os salís del sendero.

Nos pisáis al avanzar.

Suplicamos que paréis. No nos escucháis. Tampoco os interesa. Queréis bañaros en el lago y no hay camino. Intentamos mitigar el daño, apartándonos. Pero no podemos. Estamos atadas al suelo que nos vio brotar. No como vosotros, que nacisteis libres de toda atadura terrenal.

A cada paso nos hundís más.

Os da igual. Tiráis la ropa, tapando la muerte que habéis causado. Escapáis del crimen. Saltáis al agua. Pero las huellas os persiguen.

Tenéis suerte. Porque crecemos. Aprendemos a perdonar. La mayoría hemos madurado lo suficiente para dejarlo estar.

Por eso, cuando salís del lago chorreando, tememos que no os vayáis. Tememos que reincidáis..., tememos que volváis a pisarnos. Susurráis excitaciones cohibidas, como abejas polinizando. Os revolcáis entre besos y caricias.

Matándonos.

Enfurecemos. Las recién brotadas, las crecidas, incluso las marchitas. Todas queremos venganza.

Nos escucháis afilar. Gritáis a la vez. Azota el viento. El rocío oscurece, carmesí.

La luna escapa rápida. Amanece en el lago.

Nacéis. Crecéis. Y, si nos cabreáis, morís.

